BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 103

PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

III

MÁXIMAS DE REYES Y GENERALES • MÁXIMAS DE ROMANOS • MÁXIMAS DE ESPARTANOS • ANTIGUAS COSTUMBRES DE LOS ESPARTANOS • MÁXIMAS DE MUJERES ESPARTANAS • VIRTUDES DE MUJERES

INTRODUCCIONES Y NOTAS POR
MERCEDES LÓPEZ SALVÁ Y MARÍA ANTONIA MEDEL

TRADUCCIONES POR
MERCEDES LÓPEZ SALVÁ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por ROSA M.ª AGUILAR.

Depósito Legal: M. 8013-1987.

ISBN 84-249-1232-2.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6057.

BIBLIOGRAFÍA *

G. J. D. AALDERS, *Plutarch's Political Thought*, Amsterdam, 1982.

J. ALSINA, «Ensayo de una bibliografía de Plutarco», *Rev. Est. Clás.* 35 (1962), 515-533.

D. BABUT, *Plutarque et le Stoicisme*, París, 1969.

R. H. BARROW, *Plutarch and his Times*, Londres, 1967.

G. W. BOWERSOCK, «Some Persons in Plutarch's *Moralia*», *Class. Quart.* 15 (1965), 265-270.

G. BUSOLT, *Griechische Staatskunde*, Munich, 1920-1926.

B. EINARSON-P. LACY, «The Manuscript Tradition of Plutarch's *Moralia*», *Class. Philol.* 46 (1951), 523-547, e *ibid.* 53 (1958), 217-233.

H. ERBSE, «Die Bedeutung der *Synkrisis* in den Parallelbiographien Plutarchs», *Hermes* 84 (1956), 398 y sigs.

R. FLACELIÈRE, «Rome et ses empereurs vus par Plutarque», *Ant. Class.* 32 (1963), 28 y sigs.

—, *L'amour en Grèce*, París, 1960.

F. FOCKE, «Synkrisis», *Hermes* 58 (1923), 317-368.

* Para una mayor información bibliográfica remitimos a los volúmenes 77, 78 y 98 de Biblioteca Clásica Gredos, donde se recogen, además de una bibliografía general sobre Plutarco, diversos repertorios bibliográficos, así como las traducciones y ediciones de la obra plutarquea. Nuestra traducción se ha hecho sobre el texto de la edición de Teubner: *Plutarchi Moralia*, II, recens. et emend. W. NACHSTÄDT-W. SIEVEKING-J. B. TITCHENER, Leipzig, 1935; 1971[3].

B. Forte, *Rome and the Romans as the Greeks saw them* (American Academy Rome, Papers and Monographs 24), Roma, 1972.

W. Gemoll, *Das Apophthegma*, Leipzig, 1924.

P. Glaesser, *De Varronianae doctrinae apud Plutarchum vestigiis* (tesis doct.), Leipzig, 1881.

O. Gréard, *De la morale de Plutarque*, París, 1874[2].

V. Hahn, *De Plutarchi «Mulierum virtutum» vestigiis apud scriptores polonos*, Morawski, 1922.

W. C. Helmbold-E. N. O'Neil, *Plutarch's Quotations*, Baltimore, 1959.

J. Hershbell, «Plutarch and Anaxagoras», *Ill. Class. Stud.* 7 (1982), 141-158.

R. Hirzel, *Plutarch und das Erbe der Alten*, Leipzig, 1912.

G. L. Huxley, *Early Sparta*, Londres, 1962.

C. P. Jones, «Towards a Chronology of Plutarch's Works», *Journ. Rom. Stud.* 56 (1966), 61-74.

—, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.

E. Kapetanopoulos, «Klea and Leontis: Two Ladies from Delphi», *Bull. Corr. Hell.* 90 (1966), 119-130.

F. Le Corsu, *Plutarque et les femmes dans les «Vies Parallèles»*, París, 1981.

M. A. Levi, *Quattro studi spartani e altri scritti di storia greca*, Milán, 1967.

H. Martin, «The concept of *Philantrōpia* in Plutarch's *Lives*», *Amer. Journ. Philol.* 82 (1961), 164-175.

—, «The concept of *Prāotēs* in Plutarch's *Lives*», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 3 (1960), 65 y sigs.

M. P. Nilsson, «Die Grundlagen des spartanischen Lebens», *Klio* 12 (1912), 308-340.

J. Palm, *Rom, Römertum und Imperium in der griechischen Literatur der Kaiserzeit*, Lund, 1959.

H. Pavis D'Escurac, «Perils et chances du regime civique selon Plutarque», *Ktema* 6 (1981), 287-300.

C. B. R. Pelling, «Plutarch's Adaption of his Source-material», *Journ. Hell. Stud.* 100 (1980), 127-190.

—, «Plutarch's Method of Work in the Roman *Lives*», *ibid.* 99 (1979), 74-96.

A. Pérez Jiménez, «Actitudes del hombre frente a la *Týchē* en las *Vidas Paralelas* de Plutarco», *Bol. Inst. Est. Hel.* 7 (1973), 101-110.

H. Peter, *Die Quellen Plutarchs in den Biographien der Römer*, Halle, 1865.

L. Piccirilli, *Le Vite di Licurgo e di Nume*, Venecia, 1980.

T. Renoirte, *Les Conseils politiques de Plutarque. Une lettre ouvèrte aux Grecs à l'époque de Trajan*, Lovaina, 1951.

D. A. Russell, *Plutarch*, Londres, 1973.

—, «On reading Plutarch's *Moralia*», *Greece and Rome* 15 (1968), 130-146.

F. Saas, *Apophthegmata regum et imperatorum*, Plön, 1881.

F. H. Sandbach, «Plutarch and Aristotle», *Ill. Class. Stud.* 7 (1982), 207-232.

B. Scardigli, *Die Römerbiographien Plutarchs. Ein Forschungsbericht*, Munich, 1979.

W. Scherer, «Die Staatsphilosophie Plutarchs von Chäronea», en *Abhandlungen auf dem Gebiet der Philosophie und ihrer Geschichte*, homenaje a G. von Hertling, Friburgo, 1913, páginas. 274-288.

H. Schlaepfer, *Plutarch und die klassischen Dichter. Ein Beitrag zum klassischen Bildungsgut Plutarchs*, Zurich, 1950.

C. Schmidt, *De apophthegmatum quae sub Plutarchi nomine feruntur collectionibus* (tesis doct.), Greifswald, 1879.

R. Schottlaender, «Plutarch als praktischer Philosoph», *Alg. Zeitschr. Phil.* 4, 1 (1979), 40-55.

A. Sickinger, *De linguae latinae apud Plutarchum et reliquiis et vestigiis* (tesis doct.), Friburgo, 1883.

W. Sieveking, *Über Liebe und Ehe: eine Auswahl aus den Moralien*, Munich, 1941.

Ph. A. Stadter, «Tacitus and Plutarch. Some interpretative Methode», *Riv. Stud. Class.* 15 (1963).

—, *Plutarch's Historical Methods. An Analysis of the «Mulierum Virtutes»*, Cambridge, 1965.

C. THEANDER, «Plutarch und die Geschichte», *Bulletin de la Soc. royale de Lettres Lund* (1950-1, Lund, 1951), 1-86.

E. TIGERSTEDT, *The Legend of Sparta in Classical Antiquity,* Estocolmo, 1974.

M. TREU, *Der sogenannte Lampriaskatalog der Plutarchsschriften,* Waldenburgo, 1873.

R. VOLKMANN, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* 2 vols., Berlín, 1867-1869.

G. VORNEFELD, *De scriptorum latinorum locis a Plutarcho citatis,* Munich, 1901.

H. WEBER, *Die Staats- und Rechtslehre Plutarchs von Charoneia,* Bonn, 1959.

W. WEISSENBERGER, *Die Sprache Plutarchs von Chaeronea und die pseudoplutarchischen Schriften* (tesis doct.), Würzburgo, 1895.

K. M. WESTAWAY, *The educational Theory of Plutarch,* Londres, 1922.

B. X. DE WET, «Aspects of Plutarch's Portrayal of Pompey», *Ant. Class.* 24 (1981), 119-132.

D. WYTTENBACH, *Lexicon Plutarcheum. Index Graecitatis,* Oxford, 1795-1830; Leipzig, 1796-1834; reimpr. Hildesheim, 1962.

K. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia,* Stuttgart, 1964[2] (= *RE,* XXI, 1951, cols. 636 y sigs.).

MÁXIMAS DE REYES Y GENERALES

INTRODUCCIÓN

Se inicia esta colección de *Máximas* con una dedicatoria al Emperador Trajano, hecho que encuentra paralelo en otros muchos autores a lo largo de la historia, baste citar a título de ejemplo *El Príncipe* de Maquiavelo. En esta dedicatoria, fuera o no prevista por el propio Plutarco, se ruega al Emperador que acepte «como dones de amistad y primicias... de filosofía... la utilidad de estas notas», tras dejar constancia de la buena voluntad y la magnanimidad mostradas por Artajerjes, rey de los persas, y por el espartano Licurgo al valorar las ofrendas y regalos recibidos por parte de gente sencilla.

La disposición de las *Máximas de reyes y generales* es como sigue: ocupan el primer lugar las de dirigentes persas, escitas, siracusanos, macedonios y sirios, vienen a continuación las de griegos, atenienses primero y espartanos después.

El personaje que destaca en esta colección por el mayor número de anécdotas que de él se citan, treinta y cuatro, es Alejandro Magno. Conocemos la antipatía de Plutarco por los potentados helenísticos, así como su devoción por la libertad de Grecia a la que los macedonios pusieron fin. Sin embargo, era grande la admiración que sentía por el hijo de Filipo, él que era un griego, siempre consciente

de serlo y orgulloso de ello, aun cuando sabía que la Grecia de sus días no tenía poder político ni militar.

Un importante estudio sobre el concepto que un griego cultivado, de la época imperial, tiene de la actividad política, y sobre la valoración que de ella hace, lo constituye la obra de G. J. D. Aalders, *Plutarch's political Thought,* Amsterdam, 1982, cuya lectura aporta interesantes matizaciones a cuestiones que podrían, en apariencia, resultar contradictorias.

No es nuestra intención insistir sobre un tema tan debatido como es el de la autoría de esta obra; recordamos, eso sí, lo que el propio Plutarco refiere en *Moralia* 464F y 457D: que tenía por costumbre hacer colecciones de notas, y, como señala F. C. Babbitt en su edición (Londres, 1931, pág. 4), nada más natural que el autor de las *Vidas* hubiera recogido previamente su material con el fin de poder manejarlo más fácilmente, dada la dificultad en tiempos antiguos de consultar libros escritos y guardados en forma de rollo. Por otra parte, si Estobeo, que toma libremente numerosas citas de esta obra, prefiere, en unos casos, versiones aparecidas en las *Vidas* y, en otros, la versión de los *Moralia,* es obvio que el libro existía como un volumen independiente en tiempo de Estobeo o, probablemente, antes.

Cierto es que en otros escritos de Plutarco, cuya autoría no se discute, se repiten historias de esta colección con pequeñas variaciones, características, por lo demás, de este autor y que se explican, o por una mejor adaptación a su contexto, o simplemente porque de lo que se trata es de evitar parecidos exactos.

En el «Catálogo de Lamprias» las *Máximas de reyes y generales* figuran con el núm. 108.

MÁXIMAS DE REYES Y GENERALES

172A

PLUTARCO A TRAJANO, EMPERADOR MÁXIMO: ÉXITO Y PROSPERIDAD

Artajerjes, rey de los persas, consideraba, ¡oh Trajano, B emperador máximo, monarca absoluto!, que no era menos digno de un rey y de un hombre humanitario el aceptar pequeños obsequios con benevolencia y buena voluntad, que el hacerlos grandes. Así, una vez que cabalgaba por un camino, un simple trabajador que nada poseía cogió agua del río con ambas manos y se la ofreció; el rey la aceptó con agrado y sonrió, valorando el favor más por la buena voluntad del que lo hacía que por la necesidad de quien lo recibía [1].

Licurgo, en Esparta, puso a buen precio los sacrificios, C para que siempre se pudiera honrar a los dioses pronta y fácilmente con lo que hubiera [2]. Y, precisamente con esta intención, también yo te ofrezco a ti sencillos regalos como dones de amistad y primicias comunes de filosofía [3]. Acepta junto con mi buena voluntad también la utilidad

[1] Cf. Plutarco, *Vida de Artajerjes* V 1013B-C, y Eliano, *Varia Historia* I 32.

[2] Cf. Plut., *Moralia* 228D, y *Vida de Licurgo* XIX 52A.

[3] Cf. Platón, *Protágoras* 343b.

de estas notas, si contienen algo conveniente para el recto entendimiento de los caracteres y gustos de dirigentes, reflejados más en sus palabras que en sus hechos. D Cierto, mi compendio de los generales, legisladores y monarcas griegos y romanos más ilustres incluye sus vidas. Muchas de sus hazañas, sin embargo, tienen una suerte diferente [4], pero al estar sus manifestaciones y proclamas junto a sus hechos, experiencias y fortunas, ofrecen la oportunidad de poder mirar diáfanamente como en un espejo la intención de cada uno. De aquí que Siramnes, el persa, dijera a quienes se asombraban de que sus acciones no tuvieran éxito y sus palabras, en cambio, mostraran sensatez, que él era dueño de sus palabras, pero que de sus acciones lo eran el azar y el Rey.

E En las *Vidas,* las manifestaciones de los hombres se sitúan junto a sus hechos y aguardan el placer de una lectura sosegada. Aquí, pienso que sus palabras, coleccionadas por separado como ejemplo y semilla de sus vidas, no te harán malgastar el tiempo y podrás pasar revista con brevedad a muchos hombres dignos de recuerdo.

Ciro [5]

1. Los persas aman a los de nariz corva por el hecho de que Ciro, el más amado de sus reyes, tenía una nariz aguileña [6].

[4] Diodoro Sículo, XV 41, presenta este mismo comentario como expuesto por el sátrapa persa Farnabazo al general ateniense Ifícrates.

[5] Ciro el Grande, el Viejo o el Mayor, fundador del Imperio persa. En el año 547 ocupó Sardes y sometió, después, todo el Asia Menor. Tomó Babilonia en el 538/9, y en el año 529 murió asesinado en el campo de batalla.

[6] Cf. *Mor.* 821E.

2. Decía Ciro que quienes no tenían intención de procurarse bienes a sí mismos estaban obligados por necesidad a procurárselos a los otros; y que no conviene que gobierne a nadie aquel que no es mejor que los gobernados [7].

3. No permitió que los persas, a pesar de sus de- F seos, ocuparan un territorio llano y suave, en lugar del suyo montañoso y áspero, alegando que las semillas de las plantas y las vidas de los hombres se asimilan a su tierra de origen [8].

Darío [9]

1. Darío, el padre de Jerjes, decía en alabanza de sí mismo que en las batallas y en los peligros se había hecho más sensato [10].

2. Después de haber fijado los impuestos a sus súbditos, mandó llamar a los gobernadores de las provincias y les preguntó si consideraban gravosos los impuestos. Al contestarle que moderados, ordenó que pagaran la mitad.

3. Cuando estaba partiendo una granada muy gran- 173A de, alguien le preguntó qué desearía tener en número igual al de las semillas. Él le respondió: «Zópiros». Zópiro era un hombre valiente y amigo suyo [11].

[7] Cf. Jenofonte, *Ciropedia* I 6, 8, y VII 5, 83.

[8] Cf. Heródoto, IX 122, y Plat., *Leyes* 695a.

[9] Darío I, rey de Persia, 521-485 a. C. Se caracterizó por la organización administrativa que confirió al Imperio persa y por su tolerancia con las naciones sometidas.

[10] Cf. *Mor.* 792C.

[11] En Hdt., IV 143, se encuentra la misma historia, pero con el nombre de Megabazo en lugar de Zópiro.

4. Zópiro, después de haberse desfigurado cortándose la nariz y las orejas, engañó a los babilonios, y, tras ganarse su confianza, entregó a Darío la ciudad. Muchas veces dijo Darío que él preferiría tener a Zópiro entero que a cien babilonios [12].

SEMÍRAMIS [13]

B Semíramis se preparó su propia tumba y grabó en ella esta inscripción: «Cualquier rey que necesite dinero, que abra este monumento y coja cuanto quiera.» Darío lo abrió, pero no encontró dinero, sino otra inscripción que decía así: «Si no fueras malvado y avaricioso, no habrías movido los restos de los muertos.»

JERJES [14]

1. Ariamenes, hermano de Jerjes, hijo de Darío, bajaba de Bactriana, para disputar a Jerjes su derecho al trono. Éste le envió regalos con la orden de que se los entregaran con estas palabras: «Jerjes, tu hermano, te honra C ahora con esto, pero si él es proclamado rey, tú serás el

[12] HDT., III 154-160.

[13] HDT., I 187, dice que fue Nitocris, la reina, quien hizo construir su sepulcro encima de una de las puertas más frencuentadas de Babilonia y mandó grabar esa inscripción en el lugar más visible.— Fue Semíramis, reina de Asiria, esposa de Nino, fundadora de Babilonia.— Hubo en Babilonia varias reinas de este nombre.— A Nitocris unos la hacen mujer de Nabucodonosor, otros de Evilmerodac.

[14] Rey de Persia, 458-465 a. C. Fue vencido por los griegos en Salamina y Platea.

más importante de su corte.» Cuando Jerjes fue rey, Ariamenes le rindió homenaje y le colocó la corona. Jerjes le concedió el segundo puesto detrás de él [15].

2. Encolerizado con los babilonios porque provocaban revueltas [16], los dominó y les ordenó que en lugar de llevar armas tocaran la lira y la flauta, cultivaran la prostitución, se dedicaran al comercio y vistieran túnicas con pliegues [17].

3. Dijo que no comería higos del Ática, importados para la venta, hasta poseer la tierra que los producía.

4. Una vez capturó a unos espías griegos en el campamento, pero no los maltrató, sino que los invitó a inspeccionar libremente el ejército y, después, les permitió marchar [18]. D

ARTAJERJES [19]

1. Artajerjes, el hijo de Jerjes, llamado «Manolarga» por tener una mano más larga que la otra decía que es más digno de un rey ser manilargo que roñoso [20].

[15] PLUTARCO cuenta la historia con más detalles en *Mor.* 488D-F. La tradición que Plutarco recoge es bastante diferente de la recogida por HDT., VII 1, 4. En éste la lucha por el reinado es entre Artobazanes y Jerjes, hijos de Darío, pero de distintas esposas.

[16] La tradición usual es que Babilonia se rebeló contra Darío (HDT., III 150). Cuando los persas estaban en Samos, los babilonios preparan y llevan a cabo la rebelión contra Darío.

[17] Se dice que Ciro había empleado este recurso contra los lidios. (Cf. HDT., I 156, y POLIENO, *Stratêgêmata* VII 6, 4.)

[18] HERÓDOTO cuenta este hecho en VII 146-147.

[19] Rey de Persia, 465-425 a. C. Se atrajo la amistad de Temístocles y firmó con los griegos en el año 449-448 la paz de Cimea en la que se delimitaban las fronteras de Grecia y Persia. Durante la guerra del Peloponeso, Artajerjes propició la amistad de Esparta con el Persa.

[20] Cf. PLUT., *Vida de Artajerjes* I 1011E.

2. Fue el primero que permitió que cualquiera de sus compañeros de caza que lo deseara y fuera capaz de ello, disparara en primer lugar [21].

3. Fue el primero que ordenó este castigo para los dirigentes que habían cometido alguna falta: en lugar de azotar su cuerpo y arrancarles el pelo, que azotaran sus mantos, una vez se hubiesen despojado de ellos, y pelaran la tiara, fuera ya de su cabeza [22].

E 4. Satibarzanes, su chambelán, había solicitado de él una acción indigna; pero, al darse cuenta de que lo hacía por treinta mil daricos, ordenó a su administrador traerle esta suma de dinero y se la entregó diciendo: «Toma, Satibarzanes, pues si te doy esto no seré más pobre; en cambio, seré más injusto, si hago aquello.»

Ciro el Joven [23]

Ciro el Joven, cuando exhortaba a los espartanos a aliarse con él, les decía que tenía un corazón más fuerte que el de su hermano, que bebía más vino y que lo soportaba mejor; que aquél en las cacerías, difícilmente se mantenía F en el caballo, y en los peligros ni siquiera en el trono. Pedía que le mandasen hombres y a cambio prometía dar caballos a los soldados de infantería, carros a los que tuviesen caballos, aldeas a los que poseyeran terrenos y ciudades a los que tuvieran aldeas; y que de oro y plata no habría cuenta, sino peso [24]

[21] Jenofonte, en *Ciropedia* I 4, 14, atribuye esta innovación a Ciro el Mayor; sin embargo, cf. Ctesias, *Persica,* fr. 40.

[22] *Cf. Mor.* 35E y 565A.

[23] Hijo de Darío II y Parisátide, nació en el 423 y murió en Cunaxa en el 401 a. C. Su acción guerrera contra los atenienses es relatada por Jenofonte en *Anábasis* y *Helénicas,* así como otras circunstancias de su vida y su carácter.

Artajerjes Mnemón [25]

1. Artajerjes, hermano de Ciro, llamado Mnemón, no sólo ofrecía audiencia gratuita a quienes querían hablar con él, sino que también pidió a su mujer legítima que corriera las cortinas del carruaje para que quienes lo desearan pudieran hablarle por el camino [26].

2. Un pobre le ofreció una manzana de un tamaño 174A extraordinario. El rey la aceptó de buen grado y dijo: «Por Mitra, creo que éste transformaría una ciudad pequeña en una grande si se le confiara tal misión» [27].

3. En una huida, después de haberle sido saqueada su impedimenta, mientras comía higos secos y pan de cebada, decía: «¡Qué gran placer desconocía!» [28].

Parisátide

Parisátide, la madre de Ciro y Artajerjes, aconsejaba que quien fuera a hablar con franqueza al rey tuviera delicadeza en el uso de sus palabras.

[24] Cf. Plut., *Vida de Artajerjes* VI 1013F.

[25] Rey de Persia, hijo mayor de Artajerjes y Parisátide, nació entre los años 451 y 443 a. C. Por su extraordinaria memoria se le dio el sobrenombre de *Mnēmōn.* Murió entre los años 363 y 357 a. C. Durante su reinado mantuvo una constante guerra contra Egipto.

[26] Cf. Plut., *Vida de Artajerjes* V 1013D-E.

[27] *Ibid.,* IV 1013B.

[28] *Ibid.,* XII 1017B: se trata de agua «podrida». El eunuco Satibanes consigue para el rey un pequeño odre que contenía agua podrida; éste la bebió y juró por los dioses que en su vida había bebido agua más delicada y limpia.

B

Orontes

Orontes, yerno del rey Artajerjes, fue deshonrado por una acusación y cuando se pronunció el veredicto contra él, dijo: «Como los dedos de los matemáticos, que pueden representar unas veces miríadas y otras unidades [29], así también les ocurre a los amigos del rey, unas veces lo pueden todo y otras apenas nada» [30].

Memnón

Memnón, que luchaba contra Alejandro en defensa del rey Darío, atacó con su espada a un mercenario que decía C injurias indecentes contra Alejandro y le dijo: «Te alimento para luchar contra Alejandro pero no para difamarlo.»

Costumbres de los reyes de Egipto

Los reyes egipcios, según una costumbre suya, hacían jurar a los jueces que, aunque un rey les ordenara fallar algo injusto, no lo harían.

Poltis

Poltis, rey de los tracios, en la guerra de Troya, al recibir a la vez mensajeros de los aqueos y de los troyanos,

[29] Cf. Pauly-Wissowa, *Real-Enclyclopädie,* II, col. 1068.

[30] Diógenes Laercio, I 59, atribuye a Solón una aseveración semejante: «Los que pueden mucho con los tiranos son como las notas numerales que usamos en los cómputos; pues, así como cada una de ellas ya vale más, ya menos, igualmente los tiranos exaltan a unos y abaten a otros.»

pidió a Alejandro que devolviera a Helena y aceptara de él dos bellas mujeres.

Teres [31]

D

Teres, el padre de Sitalces, decía que cuando no estaba en campaña y no tenía nada que hacer, se daba cuenta de que no se distinguía en nada de sus palafreneros [32].

Cotis [33]

Cotis regaló una piel de león a uno que le había regalado una de leopardo. Por naturaleza era colérico y castigaba con crueldad a los que se equivocaban en sus obligaciones. En una ocasión, un huésped le trajo unas vasijas de cerámica, frágiles y delicadas, trabajadas con figuras en relieve de forma muy artística y realista. Ofreció regalos a su huésped, pero rompió todas las vasijas diciendo: «Así no castigaré con demasiada crueldad a quienes las E rompan.»

Idantirso

Idantirso, rey de los escitas, a quien atacó Darío cuando atravesaba el Danubio, intentó persuadir a los tiranos

[31] Rey de los odrisos en la Tracia a comienzos del siglo v a. C. Cf. Tucídides, 29 II 29.

[32] En *Mor.* 792C, esto se atribuye a Ateas, rey escita del siglo iv a. C.

[33] Rey de Tracia, 382-360 a. C. En el 365, en guerra contra los atenienses, tomó Sesto, cf. Demóstenes, XXIII 158. Célebre por su mal carácter, murió asesinado.

jonios para que quitaran el puente del río y escaparan. Pero, como se negaron por su lealtad a Darío, los llamó esclavos sumisos e incapaces de escapar [34].

ATEAS

Ateas escribió a Filipo: «Tú mandas sobre macedonios que han aprendido a luchar contra hombres, yo, en cambio, sobre escitas que son capaces de luchar contra la sed y el hambre.»

F Mientras almohazaba su caballo, preguntó a los embajadores de Filipo, si también Filipo hacía esto.

Cuando capturó a Ismenias, excelente flautista, le pidió que tocara. Todos los demás quedaron admirados, pero Ateas juró que le agradaba más escuchar el relincho de su caballo [35].

ESCILURO [36]

Esciluro, que dejaba ochenta hijos varones, estando próximo a morir, dio a cada uno un haz de jabalinas y les ordenó partirlas. Cuando éstos desistieron, cogió las jabalinas una por una y con facilidad las partió todas. Les enseñó, así, que si estaban unidos serían fuertes, pero que si se separaban y se peleaban serían débiles.

---

[34] Cf. HDT., IV 142. Los escitas lo dicen de los jonios: «Son los esclavos más amantes de sus amos y los menos amigos de huir.»

[35] Cf., sobre el prestigio de Ismenias como flautista, *Mor.* 334B, 632C y 1095F. En el siglo IV, bajo el reinado de Ateas, alcanzó el pueblo de los escitas una amplia extensión en Centroeuropa, tras haberse unido políticamente las diferentes tribus ante el ataque de Darío I.

[36] Rey de los escitas, ss. II o I a. C.

GELÓN [37]

1. El tirano Gelón, cuando hubo vencido a los cartagineses en Hímera, firmó la paz con ellos y les obligó a incluir en los pactos que dejarían de sacrificar sus hijos a Cronos [38]. 175A

2. Hizo salir muchas veces a los siracusanos en expedición a cultivar la tierra, para que la región resultara mejor al ser cultivada y ellos no se hicieran peores con la holganza.

3. Pidió dinero a los ciudadanos, y, cuando empezaron a manifestar su desaprobación, les dijo que lo pedía para devolverlo, y después de la guerra así lo hizo.

4. En un banquete se hacía circular una lira y todos, B uno tras otro, la tañían y cantaban, pero él ordenó que le entraran el caballo y con ágil facilidad saltó sobre él [39].

HIERÓN [40]

1. Hierón, el tirano que sucedió a Gelón, decía que nadie que le hablara con franqueza le era inoportuno.

---

[37] Tirano de Gela, 491-483, y de Siracusa, 485-478 a. C. Cf. HDT., VII 154-158, y TUC., VI 5, 3.

[38] Cf. *Mor.* 171 y 552A. Según DIOD., XX 14, esta práctica resurgió en el año 310 a. C.

[39] Cf. PLUT., *Vida de Temístocles* II 112, donde se refiere cómo éste, en circunstancias igualmente embarazosas, se vio en la precisión de autodefenderse con desenfado.

[40] Tirano de Gela y Siracusa, 478-466 a. C. Hermano de Gelón, heredó su poder a la muerte de éste (cf. HDT., VII 156, y DIOD., XI 38, 7 y 67, 3). Con Hierón alcanzó Sicilia su esplendor máximo tanto política como culturalmente. Se rodeó en su corte de personajes como Simónides, Píndaro, Baquílides, Esquilo y Epicarmo.

2. Consideraba que los que divulgan un secreto cometen una injusticia incluso contra aquellos a quienes lo divulgan. Pues odiamos no sólo a los que lo divulgan, sino también a los que escuchan lo que no queremos.

3. Al ser censurado por alguien a causa del mal aliento de su boca, alegó que su mujer jamás había dicho nada C sobre esto. Mas ella respondió: «Yo pensaba que todos los hombres olían así»[41].

4. En respuesta a Jenófanes de Colofón, quien afirmaba que apenas mantenía a dos esclavos, dijo: «Pues Homero, al que tú ridiculizas, mantiene, aunque muerto, a más de diez mil.»

5. Castigó al cómico Epicarmo, por decir una inconveniencia en presencia de su mujer.

Dionisio el Viejo[42]

1. Dionisio el Viejo, como se echara a suerte el turno D de oradores de acuerdo con una letra, y cayera la M, a uno que dijo: «Mentecateces dices, Dionisio», le respondió: «Monarca seré», y, después de hablar públicamente ante la asamblea, fue al punto elegido general por los siracusanos.

[41] Cf. Luciano, *Hermotimus* 34. En Hdt., VIII 104, Hermótimo es un eunuco de Pedasa, ayo de los hijos de Jerjes.

[42] Tirano de Siracusa, 405-367 a. C. Fue el fundador de la tiranía más poderosa y larga de la época (cf. Diod., XIII 91 ss., y Cic., *Tusc.* V 22, 63). En el año 404 los demócratas de Sicilia se levantaron contra él, y, tras un asedio de casi un año en la ciudadela de Siracusa, se salvó por la ayuda de los espartanos (Diod., XIV 8 ss.). Tras su victoria convirtió Siracusa en la metrópoli de Sicilia. Murió en guerra contra los cartagineses, empresa que le ocupó buena parte de su vida.

2. Cuando al principio de su tiranía fue sitiado por haber conspirado los ciudadanos contra él, sus amigos le aconsejaron apartarse del poder, si no quería ser vencido y morir. Pero él, al ver que un cocinero degollaba un toro y éste caía rápidamente, dijo: «¿Y no sería desagradable que nosotros por temor a la muerte que es tan breve, abandonáramos un poder tan grande?»[43].

3. Al enterarse que su hijo, a quien pensaba dejar su imperio, había violado a la mujer de un hombre libre, le preguntó con indignación si le conocía a él algún acto E de tal naturaleza. El joven respondió: «Tú no tuviste un padre déspota.» Y él le replicó: «Ni tú tendrás un hijo, si no cesas de hacer tales cosas.»

4. En otra ocasión, al entrar en casa de su hijo y ver gran número de copas de oro y de plata, le gritó: «No hay en ti un tirano, pues a pesar de la cantidad de copas que me has cogido, no te has hecho ni un solo amigo.»

5. Recaudó dinero de los siracusanos, pero, después, al ver que se lamentaban, pedían y decían no tener, ordenó hacer una segunda recaudación, e hizo esto dos o tres veces. Después que les hubo convocado para mayores F recaudaciones, como les oyera reírse y burlarse mientras paseaban por el ágora, mandó hacer parar tal incremento y dijo: «Ahora, en efecto, no tienen nada puesto que nos desdeñan.»

6. Cuando su madre, entrada ya en años, quiso casarse, le dijo que él podía violar las leyes del Estado, pero no las de la naturaleza[44].

[43] Cf. *Mor.* 783C-D; y El., *Var. Hist.* IV 8.

[44] Cf. Plut., *Vida de Solón* XX 89D: «concertando matrimonios fuera de la edad».

7. Mientras castigaba con dureza a otros malhechores, era considerado con los ladrones, para que los siracusanos cesasen de comer y beber entre ellos.

8. Al decirle un extranjero que tenía que hablar con él y enseñarle cómo prevenirse de los conspiradores, le or- 176A denó explicarse. Se le acercó, pues, y le dijo: «Dame un talento, para que parezca que has oído las señales de los conspiradores.» Se lo dio, pretendiendo haberlas oído, y se asombró de la táctica del hombre.

9. A uno que le preguntaba si tenía tiempo libre, le respondió: «¡Ojalá nunca me suceda esto!»

10. Al oír que dos jóvenes, mientras bebían, le habían difamado mucho a él y a su tiranía, los invitó a ambos a una cena. Al observar que uno se embriagaba y hablaba mucho, pero que el otro bebía escasamente y con prudencia, dejó en libertad al primero en la idea de que B era bebedor por naturaleza y hablaba mal a causa de la borrachera; al otro, en cambio, mandó matarlo por considerarlo desafecto y hostil en forma premeditada.

11. Al acusarle algunos por honrar y promocionar a un hombre malvado y aborrecido por los ciudadanos dijo: «Pues quiero que haya alguien más odiado que yo.»

12. Cuando unos embajadores de los corintios rehusaron unos regalos que él les ofrecía a causa de que su legislación no les permitía a los embajadores aceptar regalos de ningún soberano, les dijo que hacían mal al rechazar lo único bueno que tienen las tiranías y al enseñar que incluso el recibir un favor de un tirano es algo temible.

13. Al oír que un ciudadano tenía oro enterrado en C su casa, le ordenó que se lo trajera. Pero el hombre le burló algo, se trasladó a otra ciudad y se compró un terreno. Dionisio lo mandó llamar y ordenó que se le devolviera todo, porque había comenzado a emplear su riqueza y ya no hacía de una cosa útil algo inútil.

Dionisio el Joven [45]

1. Dionisio el Joven decía que él había dado de comer a muchos sofistas, no porque los admirase, sino porque deseaba ser admirado a través de ellos.

2. A Políxeno [46], el dialéctico, que decía haberle puesto en evidencia, le respondió: «Con tus palabras, sin duda, D pero con los hechos yo te pongo a ti, pues tú has abandonado lo tuyo y te preocupas de mí y de lo mío.»

3. Cuando estaba a punto de perder el poder, a uno que le preguntó: «¿Para qué te sirvió Platón y su filosofía?», le respondió: «Para aceptar tal cambio de fortuna con facilidad.»

4. Al ser interrogado sobre cómo su padre, que era pobre y un simple ciudadano, había obtenido el poder sobre los siracusanos, y cómo él, en cambio, que ya lo tenía y era hijo de un tirano, lo perdió, respondió: «Mi padre se embarcó en este asunto cuando era odiada la democracia, yo, en cambio, cuando la tiranía era odiosa.»

5. Interrogado sobre este mismo asunto por otra per- E sona [47], contestó: «Mi padre me dejó su tiranía, pero no su suerte.»

---

[45] Tirano de Siracusa, 367-343 a. C. A diferencia de su padre, era de carácter débil e inconsecuente, por lo que no supo conservar el legado heredado y se entregó al dispendio y a la bebida. Tuvo, no obstante, sensibilidad para la ciencia, la literatura y la filosofía, como lo muestra su aprecio por los pitágoricos y su amistad con Platón.

[46] Cf. PLAT., *Cartas* II 314d.

[47] Según EL., *Var. Hist.* XII 60, se trata de Filipo de Macedonia.

AGATOCLES [48]

1. Agatocles era hijo de un alfarero. Tras haberse convertido en dueño de Sicilia y haber sido proclamado rey, acostumbraba a tener copas de cerámica al lado de las de oro y mostrándoselas a los jóvenes decía: «Por haber hecho tales objetos antes, ahora hago éstos a causa de mi buena administración y mi valentía.»

2. Cuando sitiaba una ciudad, unos lo increparon desde la muralla diciéndole: «Alfarero ¿Cómo pagarás el sueldo a tus soldados?» Éste, tranquilo y sonriente, contestó: «Cuando tome esta ciudad.» Después que la hubo tomado por la fuerza, vendió a los cautivos y dijo: «Si de nuevo me insultáis, hablaré ante vuestros dueños.»

F

3. Cuando los de Ítaca acusaban a sus marineros porque, cuando llegaron a la isla, les arrebataron algunos de sus animales, contestó: «Vuestro rey, cuando vino a nuestro país, no solo tomó el ganado, sino que cegó al pastor [49] y después se marchó.»

[48] Tirano de Siracusa y Sicilia, 316-289 a. C. Nació en el año 360, hijo de un célebre alfarero siracusano. De natural ambicioso, con probado espíritu militar y hábil político se atrajo a su lado al general cartaginés Hamílcar, con cuya ayuda alcanzó un puesto de relevancia en la sociedad política siracusana que le permitió asumir los máximos poderes a fines del año 316 (cf. DIOD., 19, 5). Se caracterizó por su brutalidad con los pueblos que sometía. Dirigió personalmente una expedición a África, asoló Cartago, aspiró a tener todas las ciudades griegas del sur de Italia bajo su poder. Pero con su muerte en el año 289 cayó también su imperio.

[49] El Cíclope (HOMERO, *Odisea* IX 375).

DIÓN [50]

Dión, que expulsó a Dionisio de su tiranía, cuando oyó que conspiraba contra él Calipo [50bis], en quien confiaba al máximo entre sus amigos y huéspedes, no aceptó abrir una investigación, pues dijo que era mejor morir que vivir en guardia continua no sólo frente a los enemigos, sino también frente a los amigos.

177A

ARQUELAO [51]

1. Arquelao en un convite, al serle solicitado por uno de los comensales de aspecto no muy recomendable una

[50] Nace en el años 409. Yerno de Dionisio I, gozó de prestigio tanto en la corte de este monarca como en la de su hijo Dionisio II. Su entrañable amistad con Platón hizo que lo llamara para redactar una constitución para la Siracusa de Dionisio II que la convirtiera de tiranía en un estado de derecho. El intento quedó en mera utopía. Las desavenencias entre Dionisio II y Dión llevaron a éste a Grecia para desde allí conspirar contra aquél. Con la ayuda de los cartagineses apostados en Sicilia logra entrar en la isla. En su marcha hacia Siracusa se le unieron ciudades sicilianas independientes. En este momento, muchos esperaban que la concepción platónica del Estado se convirtiera en realidad. Pero Dión, instalado en el poder como *stratēgós autokrátōr*, asumió cada vez más las posiciones del tirano rechazando el modelo político propuesto por el filósofo. (Cf. PLAT., *Cartas* VII y VIII, y PLUT., *Vida de Dión* LIV 982 y ss.)

[50bis] Ateniense, que frecuentaba la Academia, amigo de Platón y de Dión, a quien llegó a asesinar en el año 354, convirtiéndose en tirano de Siracusa por un corto tiempo. (Cf. PLAT., *Carta* VII 352C.)

[51] Hijo de Perdicas II de Macedonia, tras la muerte de su padre, asesinó a sus parientes más cercanos (cf. PLAT., *Gorgias* 471A ss.) y se erigió rey en el año 413. Promovió el desarrollo industrial y cultural de Macedonia (cf. TUC., II 100, 2). Llamó a su corte a Eurípides, Agatón, Timoteo y al pintor Zeuxis. También invitó a Sócrates, pero éste rehusó. Murió víctima de una conjuración en el año 399 (cf. DIOD., XIV 37, 5).

copa de oro, ordenó a un esclavo entregársela a Eurípides. Ante el asombro del individuo, dijo: «Tú, en efecto, tienes derecho a pedir, pero éste, en cambio, lo tiene a recibir incluso sin haber pedido.»

2. Al preguntarle un barbero charlatán: «¿Cómo te corto el pelo?», le respondió: «En silencio».

3. Una vez, Eurípides abrazó en el banquete y besó al bello Agatón al que ya le había crecido la barba [52]. Arquelao dijo a sus amigos: «No os asombréis, pues el otoño de los bellos es también bello.»

4. Timoteo, el citarista, al recibir mucho menos de lo que esperaba, se lo censuró claramente y, cantando entonces este verso:

La plata, nacida de la tierra, te arroba [52bis],

señaló a Arquelao. Éste le replicó:

y tú, sin embargo, la imploras.

5. Al derramar alguien agua sobre él, como sus amigos le incitaran contra este hombre, les dijo: «Pero si no derramó el agua sobre mí, sino sobre aquél que creyó era yo.»

FILIPO, PADRE DE ALEJANDRO [53]

1. Teofrasto ha referido que Filipo, el padre de Alejandro, llegó a ser no sólo grande entre los reyes, sino el

[52] Este hecho se atribuye también a Eurípides en EL., *Var. Hist.* XIII 4, así como en PLUT., *Vida de Alcibíades* I 192A, y *Mor.* 770C.

[52bis] EDMONDS, *Lyra Graeca,* III, pág. 330 núm. 28.

[53] Rey de Macedonia, 359-336 a. C. Nace en el año 382 a. C., hijo de Amintas III y de Eurídice. En el año 357/6 toma Anfípolis, Potidea

más grande y más moderado por su fortuna y su carácter [54].

2. Decía, en efecto, que felicitaba a los atenienses, si podían encontrar cada año diez hombres para elegir como generales. Pues él en muchos años había encontrado un solo general: Parmenión.

3. Al anunciarle en un solo día muchos acontecimientos felices dijo: «Oh fortuna, hazme algún pequeño mal para compensar tantos y tan grandes bienes» [55].

4. Después de haber vencido a los griegos, algunos le aconsejaban que ocupara las ciudades con guarniciones, pero dijo que prefería que se le llamase honrado durante mucho tiempo, que amo durante poco.

5. Al aconsejarle sus amigos que expulsara a uno que lo injuriaba, dijo que no lo haría, para que no fuese de un lado a otro hablando mal de él entre más gente [56].

6. Cuando Esmicito acusaba a Nicanor de que siempre hablaba mal de Filipo, sus compañeros consideraron necesario que lo hiciera llamar y lo castigara. Mas Filipo dijo: «Pero de cierto que Nicanor no es el peor de los macedonios. Hay que vigilar, pues, no sea que suceda por

y Pidna (DIOD., XVI 8, 3). Hacia el año 354 domina toda la costa tracia, excepto la Calcídica. Se dirige, después, contra Iliria y Epiro (352) y extiende su poder hasta el mar Negro. En el 350 asola Estagira y Olinto (348) y acaba por adueñarse de la Calcídica. Ocupa después las Termópilas, y, a pesar de las continuas advertencias de Demóstenes a los atenienses, no se pudo evitar que Filipo, tras afianzarse en la Grecia peninsular e insular, declarase en el 340 la guerra a Atenas. En el año 337 es proclamado *stratēgós autokrátōr.* Al año siguiente es asesinado en la boda de su hija. Había creado ya las bases que permitirían a su hijo Alejandro constituir el imperio.

[54] Cf. CIC., *De Off.* I 26, 90.

[55] Cf. *Mor.* 105A y 666A.

[56] Cf. PLUT., *Vida de Pirro* VIII 387E.

causa nuestra». Cuando supo que Nicanor estaba fuertemente oprimido por la pobreza y que él lo había descuidado, ordenó que se le entregara un regalo. Cuando Esmicito dijo, otra vez, que Nicanor se pasaba el día haciendo elogios sorprendentes del rey a todos, dijo Filipo: «Veis, pues, que el que se hable bien o mal depende de nosotros mismos.»

7. Dijo que estaba agradecido a los jefes populares de los atenienses, ya que, al injuriarlo, lo hacían mejor en sus discursos y en su carácter. «Pues intento probar a la vez con palabras y obras que son unos embusteros.»

8. Cuando los atenienses que habían sido hechos prisioneros en Queronea, fueron liberados por él sin rescate [57], como exigieran, además, sus túnicas y mantos e insultaran a los macedonios, Filipo dijo sonriendo: «¿No os parece que los atenienses piensan que los hemos vencido en un juego de dados?»

9. Cuando se le rompió la clavícula en una batalla, al pedirle algo el médico que lo atendía cada día, le dijo: «Toma cuanto quieras, pues tú tienes la llave» [57bis].

10. De dos hermanos, Ambos y Cadauno, al ver que Cadauno era sensato y práctico, y que Ambos era necio y tonto, dijo que Cadauno era ambos y Ambos ninguno.

11. A quienes le aconsejaban tratar con crueldad a los atenienses, les decía que era absurdo mandar, a un hombre que lo sufría y lo hacía todo por su celebridad, que rechazara el espectáculo de esa celebridad.

12. Nombrado juez de dos maleantes, al uno le ordenó huir de Macedonia y al otro que lo siguiera.

[57] Cf. Polibio, V 10, y Diod., XVI 87. El triunfo de Filipo sobre los atenienses en Queronea ocurrió el 2 de agosto del 338.

[57bis] El término griego *kleís* significa en castellano tanto «clavícula» como «llave».

13. Cuando estaba a punto de acampar en un bello lugar, al informarse de que no había pasto para las acémilas exclamó: «¡Qué vida es la nuestra, si incluso debemos vivir según la conveniencia de los asnos!» [58].

14. Cuando deseaba tomar una guarnición fortificada, como sus espías le anunciaran que era muy difícil e inexpugnable, preguntó si era tan difícil que ni un burro cargado de oro podía acercarse.

15. Al enfadarse y quejarse los hombres de Lastenes, el de Olinto, porque algunos de los de Filipo los habían llamado traidores, dijo que los de Macedonia eran por naturaleza zafios y rudos y que a una artesa la llamaban artesa [58bis].

16. Aconsejaba a su hijo tratar con familiaridad a los macedonios para ganarse el favor del pueblo y que, mientras le fuese posible, puesto que otro reinaba, fuera humanitario [59].

17. Le aconsejaba que se procurara amigos buenos y también malos de entre los poderosos de la ciudad, pues, después, tendría necesidad de unos, y de los otros podría abusar.

18. A Filón el Tebano que había sido huésped y benefactor suyo cuando pasó un tiempo en Tebas como rehén, pero que después no le había admitido ningún regalo, le dijo: «No me prives de mi invencibilidad, dejándome derrotado en benevolencia y generosidad.»

19. En una ocasión en que se capturaron muchos prisioneros, supervisaba su venta, sentado, con una túnica

[58] Cf. *Mor.* 790B; Eunapio, fr. 56 en Dindorf, *Historici Graeci.*

[58bis] Cf. Luc., *Iupiter Tragoedus* 32, y Kock, *Com. Att. Frag.*, III, pág. 451, Adespota, núm 227.

[59] Cf. *Mor.* 806B; Cic., *De off.* II 14, 48.

que le subía de forma inadecuada. Uno de los que iban a ser vendidos gritó: «Suéltame, Filipo, pues soy amigo de tu padre.» Filipo le preguntó: «¿De dónde hombre, y D cómo llegaste a serlo?» Le respondió: «Deseo acercarme y decírtelo en privado.» Se lo llevó, en efecto, hacia adelante y le dijo: «Bájate un poco la clámide, pues es incorrecto que estés sentado así.» Filipo dijo: «Dejadlo libre, pues verdaderamente no se me oculta que es un amigo sincero.»

20. Una vez que estaba de camino invitado a cenar por uno del país se llevó con él a un considerable número de personas; al ver que el huésped se turbaba, pues no era suficiente lo preparado, habló previamente a cada uno de sus amigos y les aconsejó que dejaran un sitio para el E pastel. Éstos obedecieron, y, esperando más, no comieron mucho y, así, hubo suficiente para todos [60].

21. Cuando Hiparco [60bis] de Eubea murió, evidentemente a Filipo le afectó en profundidad; al decirle alguien: «Pero, de hecho, a aquél la muerte le ha llegado a su hora», respondió: «A él sí, pero pronto para *mí*. Pues se adelantó a morir antes de haber recibido de mí una muestra digna de nuestra amistad.»

22. Al enterarse de que Alejandro lo censuraba porque tenía hijos de más mujeres, le dijo: «Si tienes muchos competidores para el trono, sé noble y honrado, para que F obtengas el reino no por mí, sino por ti», y le aconsejó que prestara atención a Aristóteles y que estudiase filosofía, «para que —dijo— no hagas muchas cosas como las que yo me he arrepentido de haber hecho» [61].

[60] La historia se repite en *Mor.* 123F y 707B.

[60bis] Filipo derrocó a Hiparco y tomó Eretria y Oreo, en el año 343, con un ejército dirigido por Parmenión. Cf. Dem., IX 58, y XVIII 295.

[61] Cf. Plut., *Vida de Alejandro* IX 669A.

23. Después de haber designado juez a un amigo de Antípatro, al darse cuenta de que se teñía el pelo y la barba, lo cesó, alegando que quien es infiel a su vello, no es de fiar en sus obras [62].

24. En un juicio contra Maquetas se adormeció y, sin prestar mucha atención a la justicia, falló contra él. Éste gritó que recurriría contra aquella sentencia, e indignado Filipo le preguntó: «¿A quién?» Contestóle Maquetas: «A ti, oh rey, si escuchares despierto y con atención.» Enton- 179A ces se levantó, se centró más en sí mismo y reconoció que Maquetas había sido tratado injustamente, mas no revocó su fallo, sino que pagó él mismo la suma de la multa.

25. Cuando Harpalo, en favor de su pariente y amigo Crates, procesado por delitos, estimó justo que éste pagara la multa, pero que se le liberara de la condena para que no fuera censurado, replicó Filipo: «Mejor es que se hable mal de éste que no de nosotros por su culpa.»

26. Indignados sus amigos, porque los peloponesios le silbaban en los juegos olímpicos, a pesar de haber sido bien tratados, dijo: «¿Qué sería, pues, si hubieran sido B maltratados?» [63].

27. En una expedición durmió durante más tiempo de lo habitual y, después, al levantarse, dijo: «Dormí seguro, pues Antípatro estaba despierto.»

28. Otra vez, mientras dormía durante el día, los griegos reunidos ante las puertas, indignados, lo censuraban. Parmenión les contestó: «No os asombréis si Filipo ahora duerme, pues cuando vosotros dormís, él está en vela» [64].

[62] En El., *Var. Hist.* VII 20, el hecho se atribuye a Arquidamo y se refiere a un hombre de Quíos.

[63] Cf. *Mor.* 143F y 457F.

[64] En Plut., *Vida de Alejandro* XXXI 683E, se cuenta algo parecido del propio Alejandro.

29. Cuando se disponía en una cena a corregir a un tañedor de arpa y a hablar de la interpretación en este instrumento, le dijo el tañedor: «¡Ojalá no te vaya tan mal, oh rey, como para que sepas esto mejor que yo!» [65].

C **30.** En una ocasión en que había discutido con su mujer Olimpia y con su hijo, llegó Demarato, el corintio, y le preguntó en qué relación se hallaban entre sí los griegos. Demarato le contestó: «No te corresponde a ti hablar sobre la concordia de los griegos, cuando los que te son más próximos se hallan así respecto a ti.» Filipo comprendió, cesó en su ira y se reconcilió con ellos [66].

31. Le dijo a una anciana que insistía en ser juzgada por él y que a menudo lo molestaba, que no tenía tiempo. La anciana le espetó a gritos: «Entonces no seas rey.» D Éste, atónito por lo dicho, al punto la atendió no sólo a ella sino a todos los demás.

ALEJANDRO [67]

1. Cuando Alejandro era aún niño y Filipo cosechaba muchos éxitos, no se alegraba sino que decía a sus compa-

[65] La historia se encuentra también en *Mor.* 67F, 334D y 634D.

[66] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* IX 669C.

[67] Alejandro el Magno, rey de Macedonia, 336-323 a. C. Hijo de Filipo y de Olimpia. Discípulo de Aristóteles. Sobresalió en Queronea por sus dotes de mando (338) y se hizo con el trono a la muerte de Filipo (336). Realizó expediciones hasta el Danubio e Iliria, dominó una insurrección de los tebanos. Venció al ejército persa en Gránico (334) y en el 333 venció al rey Darío en su retirada junto al río Issos, cerca de la ciudad de Gordion. En Egipto fundó Alejandría (332) y se hizo proclamar descendiente de Zeus Ammón. En el 327 comenzó una expedición a la India. Ya en esta época había concebido la idea de un imperio mundial. Mantuvo una política de tolerancia con el persa; él mismo estu-

ñeros: «Mi padre no me dejará nada.» Cuando los niños le decían: «Pero esto lo ha adquirido para ti», respondía él: «¿Y de qué me sirve?; si tengo mucho, no haré nada» [68].

2. Como, por ser ágil y ligero de pies, su padre le insistiera en correr en los Juegos Olímpicos, le contestó: «Si, al menos, fuera a tener reyes como competidores» [69].

3. Al traerle a una joven a muy última hora de la E tarde para que se acostara con él, preguntó que por qué a aquella hora. Ella respondió: «Esperé a que mi marido se fuera a la cama.» Alejandro castigó severamente a sus esclavos porque por ellos estuvo cerca de convertirse en un adúltero.

4. En una ocasión en que estaba ofreciendo incienso a los dioses pródigamente y a menudo cogía el incienso a manos llenas, Leónidas, su pedagogo, que estaba presente, le dijo: «Niño, inciensa así de abundantemente cuando poseas la tierra que produce el incienso.» Cuando la poseyó, le envió una carta: «Te he enviado cien talentos de incienso y casia para que no repares en pequeñeces en F lo referente a los dioses, pues sábete que hemos ocupado también la tierra que produce este aroma» [70].

5. Cuando estaba a punto de trabar la batalla en Gránico aconsejaba a los macedonios comer sin restricción y sacar todo al medio, en la idea de que al día siguiente comerían de los enemigos.

6. Cuando Perilo, un amigo suyo, le pidió dote para sus hijas le ordenó que cogiera cincuenta talentos. Al decir

vo casado con una hija de Darío, y promocionó el matrimonio entre griegos y persas. Murió en el año 323, cuando se encontraba en una expedición contra Arabia.

[68] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* V 66F.

[69] *Ibid.*, IV 666D, y *Mor.* 331B.

[70] Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XII 32, 62.

éste que diez eran suficientes le respondió: «Para aceptarlos tú, sí, pero no para darlos yo.»

7. Ordenó a su administrador que diera a Anaxarco, el filósofo, cuanto le pidiera. Cuando el administrador le 180A dijo que pedía cien talentos, exclamó: «Hace bien, pues sabe que tiene un amigo que quiere y puede hacer tales presentes.»

8. En Mileto, al ver que había muchas esculturas de atletas que habían vencido en los Juegos Olímpicos y Píticos dijo: «¿Dónde estaban cuerpos como éstos cuando los bárbaros sitiaron vuestra ciudad?» [71].

9. Ada, reina de los carios, se honraba en mandarle siempre comidas y pasteles preparados extraordinariamente por artistas y especialistas en cocina. Pero él le dijo que *tenía mejores cocineros:* para el desayuno, la marcha nocturna, y para el almuerzo, el frugal desayuno.

10. Cuando todos estaban preparados para la batalla, le preguntaron sus generales si había algo además de esto. B «Nada —dijo—, excepto rasurar las mejillas de los macedonios.» Como Parmenión se sorprendiera, le dijo: «¿No sabes que en las batallas no hay agarradero mejor que una barba?» [72].

11. Al ofrecerle Darío diez mil talentos y el repartir el Asia a partes iguales con él, Parmenión dijo: «Si yo fuera Alejandro, lo aceptaría.» Y éste contestó: «Y yo, por Zeus, si fuera Parmenión.» Pero a Darío le respondió: «Ni la tierra tolera dos soles, ni Asia dos reyes» [73].

[71] Cf. en ARISTÓFANES, *Pluto* 1003, y ATENEO, 523, el proverbio: «En otro tiempo eran los milesios robustos y vigorosos.»

[72] Cf. PLUT., *Vida de Teseo* III 3A.

[73] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXIX 681F; DIOD., XVII 54; LONGINO, *De sublimitate* IX 4.

12. Cuando se disponía a arriesgar todo en Arbela C contra un millón de hombres sublevados, se le acercaron sus amigos y acusaron a los soldados de que en las tiendas hablaban y conspiraban para quedarse ellos el botín en lugar de que entrara al tesoro. Éste sonriendo dijo: «Anunciáis buenas cosas. Pues yo oigo en esto conversaciones de hombres preparados para vencer y no para huir.» Muchos soldados se le acercaron y le dijeron: «Rey, confía y no temas al número de los enemigos, ellos no soportan nuestro olor de cabra.»

13. Cuando el ejército estaba preparado en orden de batalla, como viera a un soldado que ajustaba la correa a la jabalina, lo expulsó por inútil, dado que se preparaba D ahora cuando debía estar ya utilizando las armas.

14. Cuando leía una carta de su madre que contenía difamaciones secretas contra Antípatro, como Hefestión leyera junto con él, según acostumbraba, no se lo impidió. Pero, cuando hubo terminado, se sacó su anillo y estampó el sello en la boca de aquél.

15. En el santuario de Ammón fue proclamado por el profeta hijo de Zeus. «Nada asombroso —dijo—, pues Zeus es por naturaleza padre de todos y a los mejores los adopta como propios» [74].

16. Cuando fue herido en la pierna por un arco, E como muchos de los que acostumbraban habitualmente a saludarlo como un dios corrieran hacia él, relajado el rostro, dijo: «Esto de aquí es sangre, como veis, y no 'icor' del que fluye de los bienaventurados dioses» [75].

[74] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* XXVII 680F.

[75] Es una historia que se repite con frecuencia; cf. *Mor.* 341B, PLUT., *Vida de Alejandro* XXVIII 681B; DIÓG. LAERC., IX 60. La cita es de la *Ilíada* V 340.

17. Como algunos alabasen la frugalidad de Antípatro en el sentido de que llevaba una vida dura y austera, dijo: «Por fuera Antípatro es de ropaje blanco, pero por dentro es todo púrpura.»

18. En el frío del invierno, como uno de los amigos que lo entretenían le ofreciera un pequeño brasero y un poco de fuego, le ordenó que le trajera o leños o incienso.

F **19.** Cuando Antipatrides trajo a cenar a una bella tañedora de lira, conmovido Alejandro ante su presencia, preguntó a Antipatrides, si por ventura no estaba enamorado de la mujer. Al reconocerlo éste, Alejandro le dijo: «¡Desdichado, ¿no te llevarás inmediatamente del banquete a esta mujer?!»

20. Otra vez, Casandro lo forzó a besar a Pitón, el amado del flautista Evio. Al ver que Evio se afligía, saltó con indignación sobre Casandro y gritó: «¡No es posible ni enamorarse de nadie por culpa vuestra!»

21. Cuando éste enviaba a los macedonios enfermos 181A e incapacitados por mar, se demostró que uno alistado entre los enfermos, no lo estaba. Sometido a interrogatorio en su presencia, confesó haber alegado este pretexto por amor a Telesipa que partía por mar. Alejandro le preguntó: «¿A quién es necesario hablar en lo concerniente a Telesipa?» Cuando se informó de que era libre, dijo: «Pues bien, oh Antígenes, persuadamos a Telesipa, para que se quede con nosotros; pues coaccionar a una mujer que es libre no es lo nuestro» [76].

22. Cuando los mercenarios griegos que estaban con B los enemigos llegaron a su poder, ordenó custodiar a los atenienses con cadenas, puesto que se alimentaban del Estado y trabajaban como mercenarios, y a los tesalios, porque poseían la mejor tierra y no la trabajaban; a los tebanos los dejó en libertad diciendo: «Solamente a éstos no les ha quedado ni ciudad ni tierra por nuestra culpa.»

[76] Cf. *Mor.* 339C, y PLUT., *Vida de Alejandro* XLI 689B.

23. Cuando tomó cautivo al indo que tenía mejor reputación en disparar con arco y de quien se decía que podía hacer pasar una flecha a través de un anillo, le ordenó hacer una demostración. Como no quiso, Alejandro, encolarizado, ordenó ejecutarlo. Cuando lo llevaban, dijo el hombre a los que lo conducían: «En muchos días no me he ejercitado y temí errar en el tiro.» Alejandro, al escucharlo, quedó asombrado y lo liberó con regalos, porque prefirió soportar la muerte antes que mostrarse indigno de su reputación.

24. Cuando Taxiles, rey de los indos, se encontró a C Alejandro lo desafió no a combatir ni a hacer la guerra, sino a aceptar favores, si era inferior, pero si era mejor, a hacer el bien. Alejandro le contestó que se había de combatir en torno a cuál sobresalía en hacer el bien.

25. Al oír de la célebre roca Aorno [77], en la India, que era un lugar difícil de tomar, pero que quien la ocupaba era un cobarde, dijo: «En este caso el terreno es fácil de tomar.»

26. Cuando otro que ocupaba una roca que parecía inexpugnable se entregó a sí mismo junto con su fortaleza a Alejandro, éste le ordenó ejercer su mando y le dio adicionalmente un terreno, diciendo: «Me parece que es una D persona sensata quien prefiere confiarse a un hombre honrado antes que a un lugar fortificado.»

27. Después de la ocupación de la roca, sus amigos le decían que había superado a Heracles con sus hazañas. Pero él contestó: «Pues yo no considero que mis hazañas

[77] Roca fortificada a orillas del río Indo, que fue tomada por Alejandro en el año 329. Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LVIII 697E; DIOD., XVII 85, y ARRIANO, *Anábasis* IV 28, 1, y V 26, 5.

junto con mi mando sean equiparables a una sola palabra de Heracles.»

28. Al darse cuenta de que algunos de sus amigos, al echar los dados, no tomaban el juego como un divertimiento, los castigó.

29. Entre sus amigos mejores y más sólidos parece que honró a Cratero por encima de todos y, sin embargo, amó a Hefestión. «Pues Cratero —decía— es amigo del rey, pero Hefestión lo es de Alejandro» [78].

E **30.** A Jenócrates, el filósofo, le envió cincuenta talentos. Como no los aceptara y dijera que no los necesitaba, preguntó si Jenócrates no tenía ningún amigo. «Pues a mí —dijo— la riqueza de Darío apenas me bastaría para los amigos.»

31. Poro, después de la batalla, fue interrogado por él: «¿Cómo te trataré?» «Como a un rey», contestó. Y le preguntó: «¿Y ninguna otra cosa?» Le respondió: «Todo está incluido en el 'como a un rey'.» Quedó maravillado de su inteligencia y valentía y le añadió un territorio mayor del que poseía antes.

F **32.** Informado de que era ultrajado por alguien dijo: «Es propio de un rey que hace el bien, oír que se hable mal de él.»

33. Cuando estaba a punto de morir, dijo mirando a sus compañeros: «Veo que mi funeral será grande.»

34. Una vez muerto Alejandro, dijo Demades, el orador, que a causa de su anarquía le había parecido el ejército de los macedonios semejante al Cíclope después de haber sido cegado [79].

[78] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* 691F, y DIOD., XVII 114.

[79] Cf. PLUT., *Vida de Galba* I 1053C, que también pone estas palabras en boca de Demades; en cambio, en *Mor.* 336F, el dicho se atribuye a Leóstenes.

PTOLOMEO, HIJO DE LAGO [80]

Ptolomeo, hijo de Lago, cenaba y dormía muchas veces en casa de sus amigos. Y si alguna vez invitaba a alguien, se servía de lo de aquéllos, y les hacía traer las copas, los manteles y las mesas. Él no poseía más que lo necesario, pues decía que era más propio de un rey enriquecer que ser rico.

ANTÍGONO [81]

1. Antígono pedía dinero continuamente. Alguien le dijo: «Pero Alejandro no era así.» Y él contestó: «Naturalmente, pues él cosechó Asia, pero yo recojo las cañas.» 182A

2. Al ver que algunos soldados jugaban a la pelota con sus corazas y yelmos, se regocijó e hizo venir a sus generales con el deseo de alabarlos. Pero al oír que éstos estaban bebiendo, les entregó su mando a los soldados.

[80] Ptolomeo Soter, rey de Egipto, 323-285 a. C. Nace en el año 367 a. C., hijo de Arsínoe y Pt. Lago, general de Alejandro, fue enviado a Egipto, donde realizó una inteligente actividad política. En el 305 fue nombrado rey y recibió honores divinos por la ayuda prestada a la isla de Rodas cuando estaba sitiada (DIOD., XVIII-XX). En el 285 asoció a su hijo al trono como corregente. Organizó en Egipto el ejército y la administración, acuñó moneda egipcia, promovió la ciencia y la cultura a través de la Biblioteca y el Museo y promocionó para griegos y egipcios el culto a Serapis. Murió en el año 283.

[81] General de Alejandro, que gobernó en Asia Menor del 323 al 301 a. C. Fue sátrapa de Frigia en el año 333. A la muerte de Alejandro recibió Panfilia y Licia. Fue siempre partidario de la unidad de las provincias y gozó de prestigio entre los griegos. Su reino se extendía desde el Helesponto hasta el Éufrates (DIOD., XIX 105, 1). En el 304 recibió el título de rey. Murió en el 301 en lucha contra los otros diádocos en Ipsos.

3. Como todos estaban asombrados de que al hacerse anciano tratara sus asuntos con suavidad y gentileza, dijo: B «Antes, en efecto, necesitaba poder, ahora, en cambio, reputación y benevolencia.»

4. A su hijo Filipo que en presencia de muchos le preguntó: «¿Cuándo vamos a levantar el campo», le dijo: «¿Qué temes? ¿Acaso a ser el único en no oír la trompeta?» [82].

5. Empeñado el joven en alojarse en casa de una mujer viuda que tenía tres hijas muy hermosas, llamó al que llevaba la pensión y le dijo: «¿No echarás a mi hijo de este multitudinario antro?»

6. Después de haber pasado una larga enfermedad, cuando se recuperó dijo: «No fue tan malo, pues la enfermedad nos recordó que no fuéramos orgullosos, puesto que somos mortales» [83].

C **7.** Cuando Hermódoto lo llamó en sus poemas «Hijo del Sol», dijo: «No sabía esto el esclavo que se preocupa de mi orinal» [84].

8. Al decir alguien que todo es bello y justo para los reyes, le replicó: «Sí, por Zeus, para los de los bárbaros; pues para nosotros sólo lo bello es bello y sólo lo justo es justo.»

9. Cuando Marsias, su hermano, tuvo un juicio, pidió que se celebrara el proceso en casa, pero le contestó: «Será, por supuesto, en la plaza y todos podrán oír si delinquimos en algo.»

10. Una vez en invierno obligó a acampar en unos lugares que carecían de las provisiones necesarias. Algunos

[82] Cf. *Mor.* 506C.

[83] Estobeo lo atribuye a Alejandro, cf. *Florilegium* XXI 15.

[84] Cf. *Mor.* 360C.

soldados lo criticaron sin darse cuenta de que se hallaba cerca. Él delimitó el lugar de su tienda con el bastón y dijo: «Os lamentaréis, si no os apartáis más para criticarme.» D

11. Cuando Aristodemo, uno de sus amigos, hijo, al parecer, de un cocinero, le aconsejaba que pusiera fin a sus gastos y donaciones, le dijo: «Tus palabras, Aristodemo, huelen a mandil de cocina.»

12. Cuando los atenienses inscribieron como liberto en la lista de ciudadanos a un esclavo suyo muy estimado, dijo: «No quisiera que ningún ateniense fuera azotado por mí.»

13. Un joven, discípulo del orador Anaxímenes, pronunció delante de él un discurso cuidadosamente preparado, y él, con el deseo de informarse de algo, le formuló una pregunta. Como el joven quedara callado, le dijo: E «¿Qué dices?» ¿O

es esto lo escrito en las tablillas? [85]

14. Cuando oyó a otro orador decir que al ser el clima nevoso hizo que la tierra quedara sin hierba, le dijo: «¿No cesarás de tratarme como a la plebe?»

15. Al pedirle Trasilo, el Cínico, un dracma, le dijo: «No es propio de un rey este don.» Al responderle: «Pues, dame un talento», le contestó: «Pero no es propio de un cínico este ingreso» [86].

16. Cuando envió a Demetrio, su hijo, con muchos barcos y fuerzas para liberar a los griegos, decía que su F

[85] Eurípides, *Ifigenia entre los tauros* 787.

[86] En *De beneficiis* II 17, 1, de Séneca, se cuenta la historia con más detalle, así como en *Mor.* 551E.

fama, desde la Hélade, cual desde una atalaya, prendería por toda la «ecúmene» [87].

17. Mientras Antágoras el poeta cocinaba un congrio y agitaba él mismo la cazuela, se le colocó detrás y le dijo: «¿Piensas que Homero, oh Antágoras, cocinaba un congrio mientras escribía las hazañas de Agamenón?» Antágoras le contestó: «Y tú, rey, ¿crees que Agamenón mientras realizaba aquellas hazañas se ocupaba de si alguien en el campamento cocinaba un congrio?»

183A **18.** Después que vio en un sueño a Mitrídates [88] segar una cosecha de oro, decidió matarlo. Tras comunicárselo a Demetrio, su hijo, le hizo jurar que guardaría silencio. Demetrio, tomó a Mitrídates, se fue a dar un paseo con él junto al mar y con la punta de la espada escribió en la arena: «Huye, Mitrídates.» Éste comprendió y huyó al Ponto y allí fue rey hasta el final de su vida.

Demetrio [89]

1. Cuando Demetrio sitiaba a los rodios, cogió en un arrabal un cuadro del pintor Protógenes que representaba

[87] Cf. Plut., *Vida de Demetrio* VIII 892B.

[88] Fundador de la dinastía de los reyes del Ponto (cf. Diod., XX 111, 4; Estrabón, XII 562, y App., *Mithr.* 9), fue proclamado rey en el 281. Mantuvo pactos de amistad con Bizancio, Calcedonia y Heraclea. Murió en el año 266. La dinastía póntica perduró hasta el año 63 a. C., cuando Pompeyo sometió a Mitrídates VI.

[89] Se le conoce con el sobrenombre de Poliorcetes (el asediador). Tras ser derrotado en Gaza por Ptolomeo I, ocupa Atenas en el 307 (Diod., XIX 85 ss.). En los años 305/4 intenta en vano someter la isla de Rodas (cf. Plut., *Vida de Demetrio* XXI y XXII). Después de la muerte de su padre Antígono, se fija como meta fundar un reino en Grecia y, tras haber sometido Atenas, Beocia y Tebas, es proclamado rey de Macedonia y Tesalia (293-287) y funda la ciudad de Demetrias (Estr., IX 436). Murió como prisionero de Seleuco en Apamea en el año 286.

a Yaliso [90]. Al enviarle los rodios unos mensajeros que le pedían que dejara el cuadro, les dijo: «Antes destruiría B los retratos de mi padre que esta pintura.» Después de llegar a un acuerdo con los rodios, dejó el artefacto del asedio para ellos, como muestra de la grandeza de su obra y de la valentía de aquéllos.

2. Sublevados los atenienses, cuando la ciudad había sido ya tomada y se hallaba en mala situación por falta de víveres, los reunió al punto en asamblea y les entregó trigo como regalo. Al hablar públicamente sobre ello cometió un barbarismo. Uno de los que estaban sentados pronunció la frase como debería haber sido dicha. «Bien C —dijo—, por esta corrección os doy otros cinco mil medimnos.»

Antígono Segundo [91]

1. Antígono Segundo, cuando Demetrio, su padre, fue capturado y le envió a uno de sus amigos con la orden

[90] Yaliso era nieto del Sol y de la ninfa Rodas. El cuadro fue conocido por Apeles, por Cicerón (*Or.* II 5) y por Plinio (*Hist. Nat.* XXXV 36, 102), quien lo describió detalladamente. Según este autor, la pintura fue trasladada al Templo de la Paz en Roma, donde se quemó en un incendio. El artefacto de asedio, al que alude después, es descrito por Diod., XX 48, y Plut., *Vida de Demetrio* XXI 898B.

[91] Rey de Macedonia, 283-239 a. C. Tomó parte junto con su padre, Demetrio Poliorcetes, en las luchas de Grecia (Plut., *Vida de Demetrio* XXXIX 7). Se alió con el rey espartano Areo para expulsar a Pirro de Macedonia, y consolidó el poderío macedónico estableciendo tiranos en Elis, Mégara y Argos. Se enemistó después con Areo al que derrotó en Corinto, a la vez que hacía caer en Cos la flota de Ptolomeo II. Ocupó en el 262 Atenas (Pausanias, III 6, 4 ss.). Murió en el 239.

de que no prestase atención si escribía algo forzado por Seleuco, ni se retirase de las ciudades, él en persona escribió a Seleuco que le cedía todo el poder y se entregaba a sí mismo como rehén a condición de que se liberara a su padre, Demetrio.

2. Cuando estaba a punto de entablar un combate naval con los soldados de Ptolomeo, el timonel dijo que las naves enemigas eran muchas más en número. Éste le replicó: «¿A cuántas calcularías que es equivalente mi presencia?» [92].

D

3. En una ocasión en que cedía frente a la avanzada enemiga, dijo que no huía, sino que buscaba su conveniencia apostado en la retaguardia.

4. Cuando un joven, hijo de un padre valiente, pero sin tener él reputación de buen soldado, estimaba que había de recibir los emolumentos de su padre, le dijo: «Pero yo, oh joven, ofrezco regalos y soldada por la excelencia de un hombre, pero no por la de su padre.»

5. Cuando murió Zenón de Citio, el filósofo al que más admiraba, dijo que el espectáculo de sus hazañas le había sido arrebatado [93].

E

Lisímaco [94]

1. Lisímaco, vencido en Tracia por Dromiquetes, a causa de la sed se entregó a sí mismo y a su ejército; cuando, hecho prisionero, bebió, dijo: «¡Dioses! ¡Por qué pequeño placer me he convertido de rey en esclavo!»

2. A Filípides, el poeta cómico, amigo y confidente suyo, le dijo: «¿De cuál de mis cosas te haré partícipe?» Y aquél respondió: «De lo que quieras, excepto de tus secretos» [95].

Antípatro [96]

1. Antípatro, al oír hablar de la muerte de Parmenión a manos de Alejandro, dijo: «Si Parmenión conspiró contra Alejandro, ¿en quién se ha de confiar? Y si no, ¿qué se ha de hacer?»

F

2. De Demades el orador, cuando ya era anciano, decía que era como una víctima consumida en un sacrificio, que sólo le quedaba el estómago y la lengua.

---

[92] Cf. *Mor.* 545B, y *Vida de Pelópidas* II 278D.

[93] Cf. Diόg. Laerc., VII 12.

[94] General de Alejandro y, después, rey de Tracia y Macedonia, 305-286/1 a. C. Nace en el 361. Colaborador de Alejandro, fue nombrado por éste trierarca y, a su muerte, recibió la Tracia (Diod., XVIII 3, 2). Luchó contra Perdicas y contra los otros diádocos de Alejandro. Rehusó todo tipo de reunificación o poder centralizado. Consiguió el dominio de Grecia desde el Egeo hasta la desembocadura del Danubio. En el 305 recibió el título de rey (Diod., XX 53). Ocupó diferentes ciudades del Asia Menor, entre ellas Sardes. Con la caída de Antígono I controló el Helesponto, estrecho que une Europa y Asia. Se hizo con las ciudades de Éfeso, Mileto y Priene. Cuando fue capturado en el 292 por Dromiquetes compró su libertad cediendo algunos terrenos del Danubio. En el 284 alcanzó su dominio la máxima extensión, uniendo felizmente Europa y Asia. Luego, por luchas internas familiares se vio amenazado y dividido. En el 281 perdió la vida en una batalla. Algunos episodios de su vida son presentados por Plut., *Vida de Demetrio* XXXIX 908B; Pol., *Stratēgēmata* VII 25, y Diod., XVIII-XXI.

[95] Cf. *Mor.* 508C y 517 B y F. Era un poeta ateniense filomacedónico, por cuya amistad intentó Lisímaco atraerse la benevolencia de los atenienses.

[96] Junto con Parmenión, fue el general de confianza de Filipo y Alejandro. Vive del 400 al 319 a. C.

Antíoco Tercero [97]

1. Antíoco Tercero escribió a las ciudades que, si él escribía y ordenaba algo contra las leyes, no le prestaran atención, considerando que había actuado por ignorancia.

2. Al ver que la sacerdotisa de Ártemis era extraordinariamente bien parecida, se retiró al punto de Éfeso por temor a que, contra su intención, se viese impulsado a cometer algún acto no piadoso.

Antíoco el Halcón

1. Antíoco, el apodado Halcón, luchaba por el reino 184A contra su hermano Seleuco. Pero, puesto que Seleuco, vencido por los gálatas, no se hacía visible en parte alguna, sino que se creía que se le había ejecutado, Antíoco, quitándose la púrpura, se vistió un manto oscuro. Poco después, al informarse que su hermano estaba a salvo, hizo sacrificios a los dioses para celebrar la buena noticia e hizo que las ciudades que estaban bajo su dominio se engalanaran con coronas [98].

[97] Antíoco el Grande, probablemente; rey de Siria, 223-187 a. C. Dominó parte del Asia Menor y Tracia, por lo que tuvo que enfrentarse a los romanos. Mantuvo Siria y Mesopotamia hasta el final de sus días. Fue asesinado en el 187 cuando saqueaba un templo del dios Bel en la ciudad de Susa. Sobre su actividad e intereses políticos, cf. Ruipérez-Tovar, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1970, págs. 339 y sigs.

[98] Cf. *Mor.* 489A.

Eumenes [99]

Se estimaba que Eumenes, objeto de una conspiración dirigida por Perseo, había muerto. Cuando la noticia llegó a Pérgamo, Átalo, su hermano, se ciñó la corona, se B casó con su mujer y se proclamó rey. Al enterarse que su hermano se hallaba con vida y se acercaba, salió a su encuentro, como de costumbre, con sus guardias personales y una pequeña lanza. Eumenes lo saludó amablemente y le dijo al oído:

No te apresures en casarte, hasta no verlo muerto [100].

Durante toda su vida ni dijo ni hizo ninguna otra cosa sospechosa, pero al morir dejó a aquél su mujer y su reino. Por estas cosas, Átalo no promocionó a ningún hijo suyo aunque tuvo muchos, sino que entregó el reino, aún en vida, al hijo de Eumenes, cuando llegó éste a la edad viril.

Pirro de Epiro [101] C

1. A Pirro le preguntaron sus hijos siendo niños, a cuál dejaría el reino. Y Pirro contestó: «A aquel de vosotros que tenga la espada más afilada.»

[99] Eumenes II, rey de Pérgamo, 197-159 a. C. Mantuvo una política de amistad con Roma, aunque en la última década surgieron también las diferencias. Terminó con la independencia de los gálatas. Mandó construir el altar de Zeus en Pérgamo. Promocionó la cultura griega en Atenas, Delfos, Rodas, y Calauria. Embelleció la ciudad de Pérgamo, cuya biblioteca se convirtió en foco cultural del helenismo.

[100] Parodia de un verso de Sófocles adaptado para esta situación. Ver Nauck, *Trag. Graec. Frag., Sófocles,* núm. 601.

[101] Fue rey de Epiro en torno al 307 y hasta el 272 a. C. Se consideró un nuevo Alejandro. Luchó contra los romanos (280). En Siracusa fue

2. Al preguntarle cuál era el mejor flautista, si Pitón o Cafisias, dijo: «Polispercón es el mejor general.»

3. Cuando se enfrentó con los romanos los venció dos veces, pero perdió muchos amigos y generales y dijo: «Si venciéramos aún a los romanos en una sola batalla, estaríamos perdidos» [102].

4. Cuando después del fracaso se retiraba de Sicilia D por mar, se volvió a sus amigos y les dijo: «¡Qué palestra dejamos a romanos y cartagineses!»

5. Cuando los soldados le dieron el nombre de «Águila», dijo: «Desde luego que sí, pues soy elevado por vuestras armas cual si fueran ligeras alas.»

6. Al oír que unos jóvenes, mientras bebían, habían dicho muchas difamaciones contra él, ordenó que al día siguiente los trajeran a todos a su presencia. Una vez allí, preguntó al primero si había hablado esas cosas de él. Y el joven respondió: «Sí, majestad, y habríamos dicho mucho más que esto, si hubieramos tenido más vino» [103].

nombrado general y rey cuando acudió en ayuda de los griegos frente a los cartagineses (278). Expulsó a Antígono de Macedonia. Cayó en una lucha callejera cuando intentaba tomar Argos. Tanto Aníbal como Antígono lo consideraron un excelente general (LIVIO, XXXV 14, 5 ss.; PAUS., IV 35, 4). Insistía, no obstante, en que no debía declararse la guerra sin haberse agotado antes las posibilidades diplomáticas (cf. RUIPÉREZ-TOVAR, *Historia...*, págs. 308 y sigs.).

[102] Ver PLUT., *Vida de Pirro* XXII 397B. Parece ser que esta frase la pronunció en Heraclea cuando venció a los romanos bajo el consulado de P. Valerio Levino.

[103] *Ibid.*, VIII 387F, y VALERIO MÁXIMO, V 1, ext. 3.

ANTÍOCO [104]

1. Antíoco cuya segunda campaña fue contra los partos [105], en una persecución de cacería se extravió de sus amigos y servidores y entró sin ser reconocido en una cabaña E de hombres pobres. Durante la cena sacó la conversación sobre el rey y oyó que, en general, era un hombre honrado, pero que, al confiar la mayoría de los asuntos a amigos indeseables, se descuidaba, y muchas veces se despreocupaba de lo necesario a causa de su excesiva afición a la caza. Entonces él calló. Pero al día siguiente cuando se presentaron sus guardias en la cabaña y se reveló su personalidad, pues le trajeron la púrpura y la corona, dijo: «Desde el día que os tomé a mi servicio, ayer por primera vez oí palabras verdaderas en torno a mí.»

2. Cuando sitiaba Jerusalén, los judíos le pidieron F siete días de tregua por su fiesta principal. Antíoco no sólo se los concedió, sino que también hizo preparar toros con cuernos de oro y gran cantidad de incienso y de aromas y lo llevó todo en procesión hasta las puertas. Él en persona entregó el sacrificio a los sacerdotes de aquéllos y regresó al campamento. Los judíos se asombraron e inmediatamente después de las fiestas se le pusieron en sus manos [106].

[104] Antíoco VII, rey de Siria, 137-128 a. C. Hijo de Demetrio I. En el año 138, con 16 años, se hizo cargo del gobierno de Siria. Hizo capitular a la ciudad de Jerusalén, si bien se mostró siempre muy respetuoso con la religión de los judíos. A los partos los venció en el 130 en tres batallas y, con ello, recuperó Babilonia y la Media. Se ha dicho que su caída supuso la del helenismo en el Asia continental.

[105] La primera había sido contra Jerusalén.

[106] Cf. JOSEFO, *Ant. Iud.* XIII 8, 2, y DIOD., XXXIV 1.

TEMÍSTOCLES [107]

1. Temístocles, siendo aún joven, se dedicaba a la bebida y a las mujeres. Pero, después de que Milcíades al mando del ejército venció en Maratón a los bárbaros, 185A ya no era posible encontrar a Temístocles en una vida desordenada. A los que se asombraban del cambio les decía: «El trofeo de Milcíades no me permite ni dormir ni ser indolente» [108].

2. Interrogado sobre si preferiría ser Aquiles u Homero, dijo: «Tú mismo, ¿qué preferirías ser, el que vence en las Olimpíadas o el que proclama a los vencedores?»

3. Cuando Jerjes descendía contra Grecia con su poderosa expedición, Temístocles, temiendo que el jefe popular Epicides, cobarde y falto de escrúpulos, llegase a general y perdiera la ciudad, le persuadió con dinero a retirarse de la campaña [109].

4. Adimanto, que no se atrevía a entablar batalla naval, le dijo a Temístocles cuando éste exhortaba y animaba B a los griegos: «Temístocles, en los juegos siempre castigan a los que salen antes de tiempo.» Y Temístocles le contestó: «Sí, Adimanto, pero no coronan a quienes se quedan atrás.»

[107] Político ateniense, demócrata radical, de amplia visión política, se da cuenta hacia el 490 que el éxito de Atenas está en la constitución de una poderosa flota. Gracias a la plata de las minas de Laurión, tuvo medios económicos para crearla y trabajar en ella. Por su flota y la preparación de sus marinos, formados por Temístocles, los griegos vencieron a los persas en Salamina (480). En 471, Temístocles fue condenado al ostracismo.

[108] Cf. *Mor.* 84B, 92C, 552B y 800B, y *Vida de Temístocles* III 113B.

[109] Cf. EL., *Var. Hist.* XIII 40, y DIÓG. LAERC., VI 21.

5. Al levantar Euribíades su bastón como para pegarle, le dijo: «Pega, sí, pero escúchame.»

6. Al no convencer a Euribíades para entablar una batalla naval en los estrechos, envió en secreto un mensaje al bárbaro aconsejándole no temer a los griegos que huían. Una vez que aquél fue convencido y derrotado tras un combate naval en el lugar donde era ventajoso a los griegos, de nuevo le envió un mensaje en que le ordenaba huir hacia el Helesponto lo más rápidamente posible, dado que C los griegos pensaban destruir el puente. Así, a la vez que salvaba a los griegos parecía que salvaba a aquél [110].

7. Al decirle uno de Sérifo, que no era famoso por él, sino por su ciudad, le contestó: «Dices la verdad, pero ni yo sería famoso si fuera de Sérifo, ni tú si fueras ateniense.»

8. Antífates, el Bello, antes huía y despreciaba a Temístocles que lo amaba; pero, una vez que éste alcanzó poder y una gran reputación, se le acercaba y lo halagaba. «Muchacho —le dijo Temístocles—, nos ha costado tiempo, pero uno y otro hemos tenido sentido.»

9. A Simónides que pedía un fallo judicial que no D era justo, le dijo que ni él llegaría a ser buen poeta si cantaba al margen de la música, ni él sería gobernante honrado si administraba la justicia al margen de la ley [111].

10. De su hijo, que hacía las delicias de su madre, decía que poseía el mayor poder entre los griegos, pues a los griegos los gobernaban los atenienses, a los atenienses él, a él la madre del niño y a ésta el niño.

11. De los pretendientes de su hija prefería al hombre E honrado que al rico, y decía que buscaba un hombre que

[110] Cf. HDT., VIII 75 y 110; cf., también, POL., *Stratēgēmata* I 30, 3 y 4, y PLUT., *Vida de Temístocles* XII-XIV 118B-120C.

[111] Cf. *Mor.* 534E y 807B.

necesitase dinero, más que dinero necesitado de un hombre [112].

12. Al vender una tierra, mandó anunciar también que tenía un vecino honrado.

13. Al insultarlo groseramente los atenienses, les dijo: «¿Por qué os disgustáis por ser bien tratados muchas veces por los mismos?» Y se comparaba con los plátanos, bajo los que todos corren cuando hay tormenta, pero cuando llega la bonanza, al pasar por su lado, tiran de sus hojas y rompen sus ramas.

14. Para burlarse de los de Eretria, les decía que eran como las jibias, que tenían espada [112bis], pero no tenían corazón.

15. Cuando fue desterrado primero de Atenas y luego de Grecia, se dirigió al rey persa y, como le pidiera éste que hablara, le dijo que su discurso se parecía a las mantas de colores; pues, como aquéllas, una vez extendido, muestra las formas, pero, plegado, las oculta y las echa a perder. F

16. Pidió un tiempo para aprender la lengua persa, con el fin de así poder mantener un conversación por sí mismo y no por medio de ningún otro [113].

17. Al ser honrado con muchos regalos y hacerse rápidamente rico, dijo a sus hijos: «Hijos, deberíamos arruinarnos si no lo estuviéramos ya [114].»

[112] Cf. Cic., *De off.* II 20, 71, y Val. Máx., VII 2, ext. 9, y Plut., *Vida de Temístocles* XVIII 121C.

[112bis] El «hueso» de las jibias, al que se conoce vulgarmente entre nosotros como «pluma».

[113] Cf. Tuc., I 137. Caracteriza muy bien este autor a Temístocles en I 183, 3 ss.

[114] Cf. *Mor.*, 328F y 602A, y *Vida de Temístocles* XXIX 126F; Pol., XXXIX 11.

Mirónides [115]

Mirónides, al mando de una expedición militar contra los beocios, dio a los atenienses orden de salida. Cuando la hora estaba cerca, como los capitanes le dijeran que no todos estaban presentes, dijo: «Presentes están los dispuestos a combatir», y aprovechando la resolución de su ánimo, venció a los enemigos. 186A

Arístides [116]

1. Arístides el Justo gobernaba siempre de acuerdo con su conciencia, y evitaba las facciones políticas, pues pensaba que la influencia de los amigos impulsa a cometer actos de injusticia.

2. Cuando los atenienses lo precipitaron al ostracismo, un hombre rudo e ignorante se acercó a él con un tejuelo y le pidió que escribiera el nombre de Arístides. «¿Conoces a Arístides?», le preguntó. El hombre le dijo

[115] Famoso general ateniense. Tomó parte en las guerras del Peloponeso. Venció en el 458 a los corintios en Mégara y en 456 a los tebanos en Enofita. En el 454 dirigió con éxito una expedición contra Tesalia (cf. Tuc., I 105 ss., y Diod., XI 81, 5).

[116] Hombre de Estado ateniense desde las Guerras Médicas. Luchó junto a Milcíades en Maratón y era contrario a la política naval de Temístocles. Fue condenado al ostracismo en el año 482, lo que le permitió a Temístocles organizar la flota. Regresó a Atenas tras la amnistía concedida después del triunfo de Salamina. Recobró pronto su popularidad como político conservador y dirigió a los atenienses en Platea en el 479 (Hdt., IX 28). A pesar de sus diferencias en política interna, ambos estrategos tenían pareja visión de la política exterior de Atenas (cf. Tuc., I 91, 3). Murió hacia el año 467 a. C.

que no lo conocía, pero que le irritaba el sobrenombre de B «El Justo», y sin pronunciar palabra escribió el nombre en el tejuelo y se lo entregó [117].

3. Siendo enemigo de Temístocles, al ser enviado como embajador junto con él, le dijo: «¿Quieres, Temístocles, que dejemos nuestra enemistad en la frontera? y, si te parece, al regresar, de nuevo la tomaremos» [118].

4. Después de haber fijado los impuestos a los griegos, regresó tanto más pobre cuanto gastó en el viaje.

5. Esquilo [119] escribió referente a Anfiarao:

no quiere parecer el mejor sino serlo
profundo surco cosechando en su ánimo
C *del cual nacen las decisiones cuerdas,*

y al decirse estos versos, todos miraron a Arístides.

Pericles [120]

1. Pericles, siempre que estaba a punto de tomar el mando militar, recogiéndose la clámide, se decía a sí mismo: «Cuidado, Pericles, vas a gobernar a hombres libres, griegos y, además, atenienses» [121].

2. Ordenó a los atenienses suprimir Egina cual legaña del Pireo [122].

3. A un amigo que le pedía un falso testimonio en el que también estaba incluido un juramento, le dijo que él era amigo hasta el altar.

4. Cuando estaba a punto de morir se sentía feliz D de que ningún ateniense se hubiera vestido un manto negro por su causa [123].

Alcibíades [124]

1. Alcibíades, siendo aún un niño, quedó apresado en un asidero en la palestra, y al no poderse soltar mordió

[117] Cf. Plut., *Vida de Arístides* VII 323A, y Cornelio Nepote, *Arístides* I 3.

[118] Cf. Hdt., VIII 79; Plut., *Mor.* 809B, y *Vida de Arístides* VIII 323c, y Pol., *Stratēg.* I 31.

[119] *Los Siete contra Tebas* 592. Cf. *Vida de Arístides* III 320B.

[120] Estadista ateniense. Tras la muerte de Efialtes y el ostracismo de Cimón se hace cargo de la jefatura del partido popular de Atenas. Completa las reformas sociales iniciadas por Efialtes. En el 443 asume todos los poderes (Tuc., II 65, 9). Es nombrado varias veces *stratēgós autokrátōr.* Embellece la ciudad de Atenas con monumentos arquitectónicos y esculturas. Se rodea de un círculo de personajes ilustres, como Sófocles, Anaxágoras, Protágoras, etc., que dan merecida altura cultural a la ciudad. Pericles intentó conservar las ideas tradicionales que animaban el espíritu de la *polis,* insuflándoles a la vez la savia de los nuevos tiempos. Murió en el segundo año de la Guerra del Peloponeso a consecuencia de la peste que se desencadenó en Atenas en el año 430 (Tuc., II 13, 2 ss. y 65, 2 ss.).

[121] Cf. *Mor.* 620C y 831D.

[122] *Ibid.,* 803A; cf., también, *Vida de Pericles* VIII 156D, y *Vida de Demóstenes* I 846C; Aristóteles, *Retórica* III 10. Aten., 99D, atribuye la expresión al orador ateniense Demades. La rivalidad de Egina y Atenas proviene de los últimos años del s. v. Después de Maratón estas dos ciudades libraron guerras constantes. En el año 486, Egina logra imponerse por su supremacía naval a Atenas. Esta derrota le brindó a Temístocles la oportunidad de desarrollar una política de construcciones navales a gran escala.

[123] Cf. *Mor.* 543C, y *Vida de Pericles* XXXVIII 173C.

[124] *Ca.* 450-404. Hijo de Clinias y sobrino de Pericles, de viva personalidad y esmerada formación sofística, intentó hacia el 420 aislar Esparta, aliándose con Argos, Elis y Mantinea. Tras algunos reveses en sus proyectos políticos, dirigió en el 417 una expedición contra la neutral isla de Melos, donde pasó a cuchillo o redujo a la esclavitud a sus habi-

la mano del que estaba debajo. Éste le dijo: «Muerdes como las mujeres.» «No —respondió—, sino como los leones» [125].

2. Cortó la cola a un perro muy bonito que poseía, comprado por siete mil dracmas, y dijo: «Para que los atenienses hablen sobre esto de mí y no se ocupen de ningún otro asunto.»

E **3.** Al entrar en una escuela pidió un poema de la *Ilíada,* pero el maestro le dijo que no tenía nada de Homero. Alcibíades le dio un golpe de puño y pasó de largo [126].

4. Al acercarse a las puertas de Pericles y cerciorarse de que éste no descansaba, sino que reflexionaba sobre cómo rendiría cuentas a los atenienses dijo: «¿No sería mejor reflexionar cómo no rendirlas?»

5. Requerido desde Sicilia por los atenienses para un juicio capital, se escondió y dijo que era necio que el que está procesado intente ser absuelto siéndole posible huir [126bis].

tantes. En el 415 logró convencer a sus conciudadanos para realizar una expedición a Sicilia que resultó un fracaso para la flota ateniense. Alcibíades, entretanto, condenado por los atenienses por su falta de respeto a la religiosidad tradicional, se refugia en Esparta. En el 413 ayuda al rey espartano Agis en su invasión del Ática indicándole que se fortificara en Decelea. Tras una serie de derrotas de los atenienese, Alcibíades es llamado y vuelve triunfalmente en el 408. La asamblea le concedió plenos poderes. Pero en el 406 la flota ateniense fue derrotada por el espartano Lisandro. Tras la caída de Atenas, Alcibíades se refugió en Frigia, en la corte de Farnabazo, quien lo ejecutó por orden de Lisandro.

[125] En *Mor.* 234E, este mismo relato se pone en boca de un espartano.

[126] Cf. PLUT., *Vida de Alcibíades* VII 194D, y EL., *Var. Hist.* XIII 38.

[126bis] Hay un juego de palabras entre *apopheúgein* «ser absuelto» y *pheúgein* «huir». Se le acusaba por la mutilación de los Hermes en Atenas y por la profanación, en esta ciudad, de los misterios eleusinos (cf. PLUT., *Vida de Alcibíades* XXI 202C).

6. Al decirle uno: «¿No confías en el juicio de la patria respecto a ti?», respondió: «Ni en mi madre, no F sea que casualmente se equivocase y echara la piedrecilla negra en lugar de la blanca» [127].

7. Cuando oyó que se le había condenado a muerte a él y a los suyos, dijo: «Demostrémosles que vivimos.» Y, poniéndose al lado de los espartanos, comenzó la guerrea de Decelea contra los atenienses [128].

LÁMACO [129]

Lámaco castigó severamente a un capitán que había cometido un error. Éste dijo que jamás volvería a hacerlo, pero Lámaco le respondió: «En la guerra no es posible errar dos veces.»

IFÍCRATES [130]

1. Ifícrates por su fama de hijo de zapatero era menospreciado. Ganó por primera vez reputación cuando él 187A

[127] Cf. PLUT., *Vida de Alcibíades* XXII 202D, y EL., *Var. Hist.* XIII 38. En los juicios se empleaba una piedrecilla *(pséphon)* que era negra si expresaba condena, y blanca cuando se estimaba que el procesado debía quedar absuelto.

[128] Cf. POL., *Stratēg.* I 40, 6, y EL., *Var. Hist.* III 38.

[129] General ateniense. Fue junto, con Nicias y Alcibíades, al frente de la expedición a Sicilia (TUC., VI 49 ss., 101 ss.; DIOD., XIII 7). Era célebre por su honradez personal.

[130] Famoso general ateniense del siglo IV a. C., considerado como el primer aventurero militar de la historia en la propia Grecia. Creó el cuerpo de peltastas, con armas más ligeras que el de hoplitas. Mantenía los campamentos siempre fortificados. Realizó expediciones a Arcadia,

mismo, herido, recogió a un enemigo vivo y sus armas, y lo trasladó a su propia trirreme.

2. Al acampar en un territorio amigo y aliado, como pusiera una empalizada y cavara cuidadosamente un foso, a uno que le dijo: «¿Pues qué tememos?», le contestó que la peor expresión de un general era la de «jamás lo hubiera sospechado» [131].

3. Cuando disponía su ejército en orden de batalla contra los bárbaros, decía que temía que no conocieran el nombre de Ifícrates, con el que hacía temblar a los demás enemigos.

4. Condenado a muerte, dijo al sicofanta: «¿Qué haces? La guerra nos rodea, y persuades a la ciudad para que delibere sobre mí y no conmigo.»

B

5. A Harmodio, el descendiente del antiguo Harmodio, que le reprochaba su bajo linaje, le dijo: «Mi linaje empieza en mí, el tuyo, en cambio, termina en ti.»

6. Cuando un orador le preguntó en la asamblea: «¿Quién eres que te enorgulleces tanto?, ¿acaso un jinete o un hoplita o un arquero o un soldado de infantería ligera?», le respondió: «Ninguno de éstos, sino el que sabe mandar sobre todos ellos.»

al Peloponeso y al Helesponto. Luchó al lado del rey tracio Cotis y también del sátrapa Farnabazo contra Egipto. Junto con Cabrias realizó una expedición por el mar Jónico. Luchó en contra (360) y a favor de Atenas (357).

[131] VAL. MÁX., VII 2, atribuye este dicho a Escipión el Africano, y SÉN., *De ira* II 31, 4, a Fabio. Cf. POL., *Stratēg.* III 10, y CIC., *De off.* I 23, 81.

TIMOTEO [132]

1. Se consideraba a Timoteo un general afortunado. Algunos envidiosos pintaban las ciudades entrando en una trampa por propia voluntad mientras aquél dormía. Timoteo decía entonces: «Si durmiendo tomo tales ciudades, ¿qué pensáis que haré despierto?»

C

2. Cuando uno de los soldados más valientes mostraba una herida a los atenienses, dijo: «Yo me avergoncé de que, siendo general vuestro en Samos, cayera cerca de mí el disparo de una catapulta.»

3. Cuando los oradores promovían a Cares y estimaban que el general de los atenienses debía ser un hombre así, dijo Timoteo: «No el general, sino el que lleva la cama del general» [133].

CABRIAS [134]

1. Cabrias decía que mandaban mejor el ejército quienes conocían más a fondo los asuntos de los enemigos.

D

2. Cuando fue acusado de traición junto con Ifícrates, éste le reprochaba que en una situación de peligro iba al gimnasio y comía a la hora acostumbrada, a lo que le replicó: «Estáte seguro de que, si los atenienses fallan una

[132] General y político ateniense de la segunda mitad del siglo IV. Fue amigo de Isócrates. Ocupó Samos y actuó con éxito en el Quersoneso y la Tracia. Cf. POL., *Stratēg.* III 10.

[133] Cf. *Mor.* 788D y 856B; EL., *Var. Hist.* XIII 43.

[134] General ateniense, siglo IV a. C., amigo y sucesor de Ifícrates. Tras la paz de Antálcidas, protegió a los faraones egipcios de los ataque persas. Se enfrentó a los espartanos en Naxos (cf. JEN., *Hel.* V 4, 61).

sentencia en contra nuestra, nos matarán tanto a ti, sucio y desnutrido, como a mí, bien comido y aseado.»

3. Solía decir que era más temible un ejército de ciervos conducido por un león que uno de leones conducido por un ciervo.

Hegesipo [135]

E Cuando Hegesipo, llamado el del Copete, incitaba a los atenienses contra Filipo, alguien de la asamblea dijo en alta voz: «Nos traes la guerra.» Le replicó: «Sí, por Zeus, y vestiduras negras y tributos públicos y discursos funerarios, si estamos dispuestos a vivir como libres y no a hacer lo que nos ordenen los macedonios.»

Piteas [136]

Piteas, siendo aún joven, se presentó en la asamblea para oponerse a las resoluciones propuestas en torno a Alejandro. Como alguien le dijera; «Y tú, joven como eres, ¿te atreves a hablar sobre tales asuntos?», contestó: «Alejandro, al que vuestros votos declaran dios, es más joven que yo» [137].

[135] Orador ateniense del siglo IV a. C., que se opuso duramente a Filipo de Macedonia. Se le llamaba el del Copete por la forma de su peinado, ya totalmente pasado de moda. Esquines usa regularmente este término cuando habla de él.

[136] Orador y político ateniense del siglo IV a. C. Del 333 al 322, aproximadamente, fue partidario de la política propugnada por Demóstenes, pero después defendió una política filomacedónica.

[137] Cf. *Mor.* 804B, y Dióg. Laerc., VI 8 y 63.

Foción el ateniense [138]

1. A Foción, el ateniense, nadie lo vio ni reír ni llorar. F

2. En la celebración de una asamblea, a uno que le dijo: «Foción, pareces reflexionar», le contestó: «Sospechas lo correcto, pues reflexiono si puedo omitir algo del discurso que voy a pronunciar ante los atenienses.»

3. Al declarar un oráculo a los atenienses que existía un hombre en la ciudad contrario a las opiniones de todos, los atenienses ordenaron y vociferaron que se buscara quién era. Foción dijo que era él, pues era el único al que no le agradaba nada de lo que la mayoría hacía y decía [139].

4. Una vez, al expresar una opinión ante el pueblo, 188A como obtuviera aprobación general y viera que todos aceptaban el discurso por igual, se volvió a sus amigos y les dijo: «¿He dicho algo malo sin darme cuenta?»

5. Cuando los atenienses pedían contribuciones para un sacrificio público, y puesto que otros habían contribuido, él, importunado muchas veces, dijo: «Yo me avergonzaría de daros mi contribución y no restituir a éste», y señaló al punto a su prestamista.

[138] General y político ateniense del siglo IV a. C. a quien Demóstenes, que temía sus intervenciones rápidas y eficaces en la tribuna de los oradores, llamaba «el hacha de sus discursos». Fue amigo de Platón y de Jenócrates. Político realista, fue partidario de una política promacedónica e intentó evitar la guerra con Filipo. También en el 322 evitó una invasión macedónica del Ática. Tras la muerte de Antípatro asumió los poderes en Atenas. En el 318 a. C. fue condenado a beber la cicuta (cf. Plut., *Vida de Foción*).

[139] *Ibid.*, X 746E.

6. Demóstenes, el orador, le dijo: «Los atenienses te matarán si se vuelven locos.» «Sí —dijo—, a mí si se vuelven locos, y a ti si permanecen cuerdos»[140].

B **7.** Aristogitón, el sicofanta, cuando estaba a punto de morir en la prisión, una vez pronunciada la condena, pidió que Foción viniera a él; como sus amigos no le permitieran acercarse al perverso hombre, dijo: «Y ¿dónde podría uno conversar más agradablemente con Aristogitón?»

8. Irritados los atenienses con los de Bizancio por no haber recibido en su ciudad a Cares, enviado con fuerzas de ayuda para ellos contra Filipo, Foción dijo que no había que irritarse contra los aliados que desconfiaban, sino contra los generales que provocaban desconfianza; él mismo fue elegido general y, obedecido por los de Bizancio, C hizo que Filipo regresara sin éxito[141].

9. Cuando Alejandro, el rey, le envió cien talentos como regalo, preguntó a los que los traían, que por qué, habiendo tantos atenienses, Alejandro le daba esto solamente a él. Aquéllos le respondieron que era al único al que consideraba noble y honrado, y les dijo: «Pues bien, permitidme no sólo parecerlo, sino también serlo.»

10. Cuando Alejandro pidió trirremes, como el pueblo llamara a Foción personalmente para que estuviera presente y los aconsejara, se levantó y dijo: «Yo os aconsejo dominarlos con las armas, o ser amigos de los que dominan.»

D **11.** Cuando se extendió un rumor infundado sobre la muerte de Alejandro, y los oradores se lanzaron en seguida a la tribuna dando orden de no demorarse sino de hacer ya la guerra, Foción estimó que se debería esperar y conocer los hechos con seguridad. «Pues si hoy ha muerto —dijo—, también mañana y pasado mañana estará muerto.»

[140] *Ibid.*, IX 745F. Demades en lugar de Demóstenes aparece en *Mor.* 811A.

[141] *Ibid.*, X 746E. Este episodio se sitúa en el 339 a. C.

12. Cuando Leóstenes lanzó la ciudad a la guerra, impulsándola con brillantes esperanzas ante el nombre de la libertad y de la hegemonía, Foción comparó sus palabras con los cipreses: «Son bellos y elevados —dijo—, pero no tienen fruto.» Mas al tener éxito las primeras tentativas y celebarar la ciudad con sacrificios la buena nueva, como alguien le preguntara si hubiera querido que esto hubiera sido realizado por él, dijo: «Esto, sí, realizado, pero tam- E bién aquello aconsejado»[142].

13. Cuando los macedonios invadieron el Ática y devastaron la costa, hizo salir a los jóvenes en edad militar; muchos corrían hacia él y le urgían a tomar aquella colina, para destacar allí una fuerza. Él les dijo: «Por Heracles, cuántos generales veo y qué pocos soldados.» No obstante, atacó, venció y mató a Mición, jefe de los macedonios[142bis].

14. Transcurrido poco tiempo, los atenienses vencidos en la guerra recibieron una guarnición por orden de Antípatro. Menilo, el jefe del destacamento ofreció dinero a F Foción, quien, indignado, dijo que aquél no era mejor que Alejandro y que la causa por la que lo recibía ahora era peor que entonces cuando no lo aceptó.

15. Antípatro decía que él tenía dos amigos atenienses y que ni había persuadido a Foción para que aceptara un regalo, ni había satisfecho a Demades dándoselo.

[142] *Ibid.*, XXIII 752A, B.

[142bis] Este episodio pertenece a la guerra lamia, 322 a. C. Cf. *ibid.*, XXV 752E.

16. Al exigirle Antípatro que hiciera algo contra la justicia, le dijo: «No puedes, Antípatro, servirte de Foción a la vez como amigo y como adulador» [143].

189A **17.** Después de la muerte de Antípatro, establecida la democracia en Atenas, se condenó a muerte en la asamblea a Foción y a sus amigos. Algunos lloraban cuando eran conducidos. A Foción que caminaba en silencio, le salió al paso un enemigo y le escupió en la cara. Éste miró a los oficiales y les dijo: «¿No hay nadie que ponga fin a su comportamiento ignominioso?»

18. A uno de los que estaban a punto de morir, que se lamentaba y se indignaba, le dijo: «¿No estás contento, Tudipo, de morir junto con Foción?» [144].

19. Cuando ya le ofrecían la copa, alguien le preguntó B si quería decir algo a su hijo. «Yo —dijo— te ordeno y te pido que no guardes rencor a los atenienses.»

Pisístrato [145]

1. Pisístrato, el tirano de los atenienses, después de que algunos amigos suyos hicieron defección y tomaron

[143] Se encuentra repetido por Plut., en *Mor.* 64C, 142B, 533A; *Vida de Foción* XXX, y *Vida de Agis* II 795E.

[144] Cf. *Mor.* 541C, y El., *Var. Hist.* XIII 41.

[145] Primo de Solón, colaboró con él en la anexión de la isla de Salamina. So pretexto de un atentado, se rodeó de una guardia propia, lo que le permitió adueñarse de la Acrópolis y hacerse el amo de Atenas. Gobernó en Atenas del 561 al 528, con algún paréntesis de destierro. Su tiranía fue próspera y brillante para la ciudad. Mantuvo, en general, la constitución de Solón. Elegía personalmente a sus magistrados con el fin de que le fueran afectos para poder mantener la estabilidad política. Con las otras ciudades mantuvo una política de paz y amistad. Impedía, así, que los desterrados encontraran apoyo fuera de la ciudad. Impulsó una vigorosa política comercial, especialmente en el Helesponto. Adornó Atenas con espléndidos edificios y templos. Fomentó el culto de Atenea. Instituyó las Grandes Dionisíacas, en las que se representaban obras teatrales, impulsando así la creación dramática. Agrupó a los poetas en su corte y procedió a las célebres recopilaciones homéricas. Murió hacia el 528 a. C.

File, fue hacia ellos llevando el saco con la ropa de la cama. Al preguntarle aquéllos qué quería: «Persuadiros —dijo— a que os retiréis, o si no os persuado, permaneceré con vosotros; por esto he venido preparado.»

2. Al ser acusada su madre ante él, de que amaba y tenía encuentros secretos con un joven siempre temeroso y que pedía muchas disculpas, lo invitó a comer y le preguntó durante la comida: «¿Cómo ha ido?» Le respondió: «Muy agradable.» Y él le dijo: «Así será para ti cada C día, si complaces a mi madre.»

3. Cuando Trasibulo, que amaba a la hija de Pisístrato, se la encontró y la besó, éste incitado por su mujer contra aquél, dijo: «Si odiamos a los que nos aman, ¿qué haremos a los que nos odian?» Y entregó la doncella a Trasibulo como esposa [146].

4. Unos juerguistas nocturnos se encontraron a su mujer, e hicieron y dijeron muchas cosas impúdicas. Al día siguiente, lloraban y suplicaban a Pisístrato, quien les dijo: «Vosotros intentad moderaros de ahora en adelante, pero mi mujer ayer no salió para nada.»

5. Cuando estaba a punto de casarse con otra mujer, D sus hijos le preguntaron si existía algún motivo de reproche hacia ellos. Les dijo: «En absoluto, sino de elogio, y deseo tener otros hijos como vosotros.»

[146] Cf. *Mor.* 457F, y Val. Máx., V 1, ext. 2.

Demetrio de Falero [147]

Demetrio de Falero aconsejaba al rey Ptolomeo adquirir y leer libros sobre la monarquía y el poder: «Pues lo que los amigos no se atreven a recomendar a los reyes está escrito en los libros.»

E

Licurgo [148]

1. Licurgo, el espartano, introdujo la costumbre de que los ciudadanos llevaran el pelo largo, porque decía que la melena hace a los bellos más apuestos y a los feos más temibles [149].

[147] Filósofo y estadista. Fue alumno de Aristóteles y amigo de Teofrasto. Como buen peripatético, era partidario de la política promacedónica. Gobernó Atenas del 317 al 307 a. C., como hombre de confianza de Casandro. Estuvo después en Tebas y Alejandría, donde se ganó la confianza de Ptolomeo Lago. Escribió una autobiografía donde relata sus experiencias políticas (cf. Jacoby, *Frag. Gr. Hist.*, 228, fr. 3). Escribió obras de carácter político, filosófico, filológico y también una retórica. Unió a su habilidad de estadista una amplia educación humanista.

[148] Legendario legislador de Esparta. De él escriben Ruipérez-Tovar, *Historia...*, pág. 106): «La personalidad de Licurgo es legendaria para nosotros y, seguramente, también lo era para los espartanos del siglo vii; lo más probable es suponer que en aquella época Licurgo no era más que un nombre y que los sucesivos reformadores presentaban sus reformas como restauraciones de leyes olvidadas, dictadas en tiempos míticos por esa figura prestigiosa.» Una buena fuente de información sobre este legislador la ofrece Plutarco en su *Vida de Licurgo*. Algunas de sus leyes fueron recogidas por Porfirio en *De abstinentia* IV 3 ss.

[149] Hay muchas referencias a la costumbre espartana de llevar el pelo largo, por ejemplo: *Mor.* 189F, 230B, 228F; Jen., *Constitución de Esparta* XI 3, etc.

2. A uno que lo urgía a crear una democracia en la ciudad, le dijo: «Primero tú crea una democracia en tu casa.»

3. Ordenó construir las casas solamente con sierra y hacha; pues los hombres se avergüenzan de introducir en casas sencillas vasos, tapetes y mesas valiosas.

4. Prohibió competir en el boxeo y en el pancracio, para que ni en los juegos se acostumbraran a rendirse [150].

5. Prohibió hacer campañas militares muchas veces contra los mismos para que no se hicieran más belicosos. Algún tiempo después, cuando Agesilao fue herido, Antálcidas dijo que había recibido un noble pago de los tebanos a sus enseñanzas al haberlos acostumbrado y enseñado a hacer la guerra contra su voluntad. F

Cárilo [151]

1. Cárilo, el rey, al interrogársele acerca de los motivos por los que estableció Licurgo tan pocas leyes, contestó que a los que usan pocas palabras no les hacen falta muchas leyes.

2. A uno de los hilotas que se presentó insolentemente ante él, le dijo: «Sí, por los dioses [152], te mataría si no estuviera tan enfadado.»

[150] Véase *Mor.* 228D, y *Vida de Licurgo* XIX 52A, y Sén., *De beneficiis* V 3.

[151] Rey de Esparta, de la casa de los Euripóntidas (Plut., *Vida de Licurgo* 1, y Paus., II 36, 4). Según Sosibio (*Frag. Gr. Hist.*, 595, fr. 2), reinó *ca.* 874-811 a. C.

[152] Cástor y Polideuces, por quienes era usual jurar a los espartanos. Es de notar que toda la frase de Cárilo está reproducida en dialecto dorio.

3. A uno que le preguntó que por qué llevaban el cabello largo, le contestó que éste era el menos caro de sus ornamentos.

TELECLO [153]

190A Teleclo, el rey, en contestación a su hermano que se quejaba de los ciudadanos porque se conducían respecto a él con menos consideración que hacia el rey, dijo: «Tú, en efecto, no sabes someterte a la injusticia.»

TEOPOMPO [154]

Teopompo, en respuesta al que le enseñaba en una ciudad la muralla y le preguntaba si le parecía bella y alta, dijo: «¿No es, entonces, un gineceo?»

ARQUIDAMO [155]

Arquidamo, cuando en la guerra del Peloponeso los aliados estimaron oportuno limitar sus contribuciones, dijo: «La guerra no se alimenta de porciones fijas.»

[153] Rey de Esparta, de la familia de los Ágidas, reinó del 853 al 814 a. C. (HDT., VII 204; PAUS., IV 4, 2, y DIOD., VII 8, 2). Fue asesinado en el santuario de Ártemis en Limna, lo que provocó la primera guerra mesenia.

[154] Rey de Esparta, de la familia de los Euripóntidas. Reinó del año 785 al 738 a. c. Participó en la primera guerra mesenia (743-724). Introdujo los éforos para controlar a los demás magistrados y redujo el poder del pueblo en favor de los Reyes y la Asamblea de Ancianos *(gerusía)*. PLUTARCO recoge algunos de sus dichos en *Vida de Licurgo* VII 2, XX 7 y XXX 3.

[155] Arquidamo II, rey de Esparta, 469-427 a. C. De la familia de los Euripóntidas. Participó en la cuarta guerra mesenia. En la primera fase de la guerra del Peloponeso llevaba el mando de las tropas espartanas. De aquí que este primer período de la guerra recibiera su nombre (TUC., I 79 ss.; II 10-23, 47).

BRÁSIDAS [156]

B

1. Brásidas cogió un ratón entre unos higos secos, y al recibir un mordisco, lo soltó. Dijo entonces a los presentes: «No hay nada tan pequeño que no pueda salvarse, si osa defenderse de quienes lo atacan.»

2. En una batalla fue alcanzado por una lanza que le atravesó el escudo. Al extraer de la herida la lanza, mató con ella a su enemigo. Al preguntarle cómo había sido herido, respondió: «El escudo me traicionó.»

3. Cuando aconteció que cayó mientras intentaba liberar a los griegos de Tracia, los mensajeros enviados a Esparta se dirigieron a su madre; preguntó ésta, en primer C lugar, si Brásidas había muerto honorablemente. Al elogiarlo los tracios y decir que nunca habría otro igual, replicó: «Os equivocáis extranjeros; Brásidas era, en efecto, un hombre honrado, pero Esparta tiene muchos mejores que él» [157].

[156] En 431/30 fue éforo epónimo de Esparta. Se distinguió en la guerra del Peloponeso como excelente y beligerante estratego. Se destacó en la defensa de Pilos frente al sitio de los atenienses (TUC., IV 11 ss.). Llevó una decisiva campaña contra los atenienses de la Tracia (*ibid.*, IV 108-117). Estuvo en Sición, Corinto, Mégara y Macedonia (*ibid.*, IV 70). En el 424 hizo capitular Anfípolis (*ibid.*, IV 103), y precisamente en esta ciudad de la Tracia, en una confrontación con el ateniense Cleón, ambos generales murieron en el 422 (*ibid.*, V 6-11). La valentía de Brásidas fue proverbial.

[157] Se encuentra repetido en *Mor.* 219d, 240C, y en *Vida de Licurgo* XXV 55D.

Agis [158]

1. Agis, el rey, decía que los lacedemonios no preguntan cuántos son los enemigos, sino dónde están.

2. En Mantinea, cuando intentaban disuadirlo de entablar combate contra los enemigos, pues eran muchos más, contestó: «Es preciso que quien quiere gobernar a muchos luche contra muchos.»

3. Al ser alabados los de Élide por celebrar los Juegos Olímpicos con honradez, dijo: «¿Qué hacen de sorprendente si cada cuatro años practican un solo día la justicia?» Y como se persistiera en los elogios, replicó: «¿Qué hay de sorprendente en que practiquen con honradez un asunto honorable, a saber, la justicia?» [159].

D

4. A un hombre malvado, que le preguntaba muchas veces quién era el mejor espartano, le respondió: «Aquel que menos se asemeje a ti.»

5. A otro que le preguntó cuántos eran los espartanos, le respondió: «Cuantos son suficientes para mantener apartados a los malvados.»

6. Y al formularle otro la misma pregunta, le dijo: «Te parecerán muchos, si los ves cuando luchan.»

[158] Agis II, Euripóntida, hijo de Arquidamo II. Fue rey de Esparta del 427 al 399 a. C. En el 426 realizó una expedición contra el Ática. Se destacó en el 418 en Mantinea donde su acción mereció la victoria (Tuc., V 65). En el 413 ocupó Decelea, plaza fuerte fronteriza de los atenienses (Tuc., VII 19-27). Jugó un papel importante en la capitulación de Atenas del 404. Sus últimas expediciones militares fueron contra Elis (Jen., *Hel.* II 2, 33 ss.).

[159] Cf. *Mor.* 215F, y *Vida de Licurgo* XX 52C.

Lisandro [160]

1. Cuando Dionisio el Tirano envió costosas túnicas a las hijas de Lisandro, éste no las aceptó, alegando temer que pareciesen más feas a causa de ellas [161].

E

2. A los que lo vituperaban a causa de hacer muchas cosas mediante engaño por ser indigno de Heracles, les dijo que, donde la piel de león no llega, se debe ajustar la de zorro.

3. A los argivos que parecían tener argumentos más justos que los espartanos en torno al territorio en litigio, les dijo mientras desenvainaba la espada: «El dueño de ésta es quien mejor argumenta sobre los límites de la tierra.»

4. Al ver que los espartanos vacilaban en llevar la batalla contra las murallas de los corintios y como viera una liebre que salía a saltos fuera del foso, les dijo: «¿Teméis a unos enemigos tales, por cuya inactividad las liebres duermen en sus muros?» [162].

F

[160] General espartano dotado de clara inteligencia militar y política. Comprendió que el éxito final de la guerra del Peloponeso estaba en separar de Atenas cuantas comunidades fuera posible y procurar para Esparta el apoyo persa. Así lo hizo. Se ganó la simpatía de Ciro el Joven, del que recibió fuertes ayudas que le permitieron rehacer la flota y vencer a los atenienses en Notion (407). Tras una reacción de éstos en la que vencieron a Calicrátides en las Arginusas (406), Lisandro, de nuevo al mando de la flota espartana y con el apoyo persa, derrotó a los atenienses en Egospótamos (405). Desde finales de este año bloqueó Atenas por mar, hasta que en abril del 404, tras negociar las condiciones de paz con Terámenes, Lisandro entraba triunfalmente en el Pireo. Fue el primer griego que en vida recibió honores divinos. Cf. Plut., *Vida de Lisandro*, y Ruipérez-Tovar, *Historia...*, págs. 208 y sigs.

[161] Cf. *Mor.* 141D, 229A, y *Vida de Lisandro* II 434C. En *Mor.* 218E, se refiere de Arquidamo la misma historia.

[162] Cf. *Mor.* 229D, y *Vida de Lisandro* XXII 445D.

5. Cuando un hombre de Mégara en una asamblea pública hizo uso de la libertad de expresión contra él, le dijo: «Tus palabras necesitan una ciudad.»

AGESILAO [163]

1. Agesilao decía que los habitantes del Asia como libres eran malos, pero como esclavos buenos.

2. A los que acostumbraban a llamar al rey de los persas «el Gran Rey», les dijo: «¿En qué es aquél mayor que yo si no es ni más justo ni más sensato?» [164].

3. Al ser interrogado sobre cuál de las dos virtudes era mejor, si la valentía o la justicia, respondió: «En nada necesitaríamos la valentía si todos fuéramos justos.»

191A 4. Por la noche cuando estaba a punto de levantar rápidamente el campamento del territorio enemigo, al ver a su amado llorando y abandonado a causa de una enfermedad, dijo: «Es difícil ser piadoso y cuerdo a la vez.»

5. Menécrates, el médico, designado con el título de «Zeus» le escribió en una carta: «Menécrates, Zeus, al rey Agesilao, alegría.» A lo que le contestó: «El rey Agesilao a Menécrates, salud» [165].

[163] Rey de Esparta, 398-360 a. C. Sucede en el trono a su hermano Agis II. Del 396 al 394 realizó expediciones al Asia Menor. Conquista Sardes. En el 394 vence a los beocios en Queronea, pero en el 370 el ejército espartano es derrotado por las nuevas técnicas estratégicas introducidas por el general tebano Epaminondas. Muere en Cirene en el año 360 a. C. (cf. PLUT. *Vida de Agesilao*, y POL., *Stratēg.* II 1).

[164] Cf. JEN., *Agesilao* VII 4. Una observación similar de Sócrates se encuentra en PLAT., *Gorgias* 470E.

[165] En ATEN., 289B, es Filipo de Macedonia quien respondió así a Menécrates.

6. Los espartanos vencieron a los atenienses y a los aliados en Corinto, y cuando se informó del número de enemigos muertos, exclamó: «¡Ay de Grecia, que ha mata- B do por sí misma a tantos cuantos serían suficientes para vencer a todos los bárbaros!» [166].

7. Al recibir de Zeus en Olimpia un oráculo que quería, los éforos le recomendaron entonces que consultara también al dios pítico los mismos asuntos. Se presentó en Delfos y preguntó al dios si era de la misma opinión de su padre.

8. Al interceder por uno de sus amigos a Hidrieo de Caria, le escribió: «Si Nicias no ha cometido injusticia, déjalo en libertad; si la ha cometido suéltalo por mí; de cualquier modo, libéralo.»

9. Al ser invitado a escuchar a uno que imitaba el canto del ruiseñor, dijo: «Se lo he oído muchas veces al propio ruiseñor.»

10. Después de la batalla de Leuctra, puesto que la C ley ordenaba que todos los que hubieran huido quedaran privados del derecho de ciudadanía, al ver los éforos que la ciudad quedaba vacía de hombres, quisieron derogar este castigo y nombraron a Agesilao legislador. Éste se presentó en medio de la asamblea y ordenó que todas las leyes a partir del día siguiente entraran en vigor [167].

11. Cuando fue enviado como aliado al rey de los egipcios, fue sitiado junto con él. Los enemigos eran muchos más en número y rodeaban el campamento con un foso. Como el rey ordenara atacar y entablar combate, Agesilao D dijo que no impediría el deseo de los enemigos de igualarse

[166] Cf. *Mor.* 211E; PLUT., *Vida de Agesilao* XVI 604F; CORN. NEP., XVII, *Agesilao* 5, 2. La fuente es, probablemente, JEN., *Agesilao* VII 4.

[167] Cf. POL., *Stratēg.* II 1, 13.

en fuerza a ellos. Y cuando ya faltaba poco espacio para terminar el foso, puso a sus hombres en orden de batalla en este lugar y luchando de igual a igual ganó la batalla.

12. Cuando estaba muriendo dio orden a sus amigos de no hacerle ninguna escultura ni pintura y habló así de las imágenes: «Si, efectivamente, he hecho algo noble, esto es mi mejor recuerdo; pero si no hice nada, de nada valdrían todas las estatuas.»

Arquidamo, hijo de Agesilao [168]

E Arquidamo, el hijo de Agesilao, al ver un proyectil lanzado por una catapulta, traída entonces por primera vez de Sicilia, gritó: «¡Oh Heracles, el valor del hombre ha muerto!»

Agis, el joven [169]

1. El joven Agis, cuando Demades dijo que los prestidigitadores se tragaban las espadas espartanas por su pequeño tamaño, exclamó: «De hecho, precisamente, los lacedemonios alcanzan a los enemigos con sus espadas.»

[168] Arquidamo III, rey de Esparta. Hijo de Agesilao II, nace en el 400 a. C. Ya en el 362 se destacó por su defensa de Esparta contra Epaminondas. En el 361 fue proclamado rey. Ayudó a los foceos y a los de Tarento. Cerca de Manduria murió en el 388 en el campo de batalla.

[169] Agis III, rey de Esparta, 338-331 a. C. Enemigo de Alejandro, recibió dinero de los persas para hacer la guerra a Macedonia. Tras el triunfo de Issos, la hegemonía de Alejandro es evidente. Sólo Agis se empeña en no verlo y promueve continuas campañas contra Alejandro. Consigue que algunas ciudades del Peloponeso hagan defección de Macedonia. En Megalópolis sucumbe frente a Antípatro en una encarnizada batalla.

2. Cuando los éforos ordenaron que concediera soldados al traidor, dijo que no confiaba hombres ajenos a quien había traicionado a los suyos [170].

Cleómenes [171]

Cleómenes, a uno que le había prometido darle gallos que morían en la pelea, le dijo: «No, sino dame los que F matan en la pelea.»

Pedareto [172]

Pedareto, al no ser elegido para los Trescientos [173], honor de primer orden en la ciudad, se marchó contento y sonriente, diciendo que se alegraba de que la ciudad tuviese trescientos ciudadanos mejores que él.

Damónidas

Damónidas, cuando fue colocado en el último lugar del coro por quien lo dirigía, dijo: «Bien, has descubierto cómo también este lugar puede convertirse en un sitio de honor.»

[170] En *Mor.* 215C se atribuye a Agis II, rey de Esparta, 427-401 a. C.

[171] Cleómenes II, rey de Esparta, 370-309 a. C. (Cf. Paus., I 13, 4, III 6, 2; Diod., XX 29, 1, y Plut., *Vida de Licurgo* XX 52E.)

[172] General espartano en la guerra del Peloponeso. (Cf. Tuc., VIII 28 ss., y Plut., *Mor.* 231B, y *Vida de Licurgo* XXV 55C.)

[173] Cf. Hdt., VII 205; Tuc., V 72; Jen., *Constitución de Esparta* IV 3.

NICÓSTRATO [174]

192A Nicóstrato, general de los argivos, cuando fue invitado por Arquidamo a entregar un terreno a cambio de mucho dinero y una esposa espartana, la que quisiera, excepción hecha de las mujeres de la familia real, le contestó que Arquidamo no era descendiente de Heracles, pues Heracles, cuando iba de un lado a otro castigaba a los malos, y Arquidamo, en cambio, hacía malos a los buenos.

EUDÁMIDAS [175]

1. Eudámidas, al ver en la Academia que Jenócrates, anciano ya, trataba temas filosóficos con sus alumnos, e informado de que buscaba la virtud, dijo: «¿Cuándo, pues, la pondrá en práctica?»

B 2. En otra ocasión, al oír a un filósofo argumentando que sólo el sabio es un buen general, dijo: «El discurso es admirable, pero el orador no ha estado nunca en medio del fragor de las trompetas.»

ANTÍOCO

Antíoco, cuando era éforo, al oír que Filipo había entregado a los mesenios su territorio, le preguntó si también

[174] De la época de Arquidamo III, 361-338 a. C. (Cf. DIOD., XVI 44, y PLUT., *Mor.* 192A, 535A, 714A-D.)

[175] Hermano de Agis III, a quien sucedió en el año 331 a. C. Procuró mantener buenas relaciones con Macedonia, cf. PAUS., III 10, 5, y PLUT., *Vida de Agis* III 3.

les había dado el poder de seguir luchando por el mantenimiento de aquella tierra.

ANTÁLCIDAS [176]

1. Antálcidas respondió a un ateniense que llamaba ignorantes a los espartanos: «Nosotros somos, en efecto, los únicos que no hemos aprendido nada malo de vosotros.»

2. A otro ateniense que le decía: «Pero nosotros os pusimos en fuga muchas veces desde el Cefiso», le contestó: «Nosotros, en cambio, jamás os pusimos en fuga desde el Eurotas.» C

3. Cuando un sofista se disponía a leer un encomio de Heracles, exclamó: «Pues, ¿quién lo censura?»

EPAMINONDAS [177]

1. Mientras Epaminondas el tebano fue general, jamás el pánico cundió en el campamento.

[176] Político espartano que negoció la «Paz de Antálcidas», también designada como «del rey», entre Persia y Grecia, 387 a. C. Esta paz negociada en Sardes, reconoce el dominio del soberano persa sobre las ciudades de Asia Menor y Chipre, y asegura la autonomía de las demás ciudades griegas, disuelve la liga de Beocia y amenaza con la guerra a quienes no estén dispuestos a respetarla.

[177] Brillante general y político tebano, 420-362. Se distinguió, además de por ser un excelente estratego, por su formación filosófica, su facilidad retórica y su sentido de la ironía. Venció a los espartanos en la batalla de Leuctra (371), utilizó allí por primera vez la táctica oblicua, que consistía en buscar la ruptura de la línea contraria en su punto más fuerte. Su victoria supuso el final de las alianzas peloponésicas. Aisló a Esparta. Para ello, concedió la libertad a Mesenia, ayudó a la confedera-

2. Acostumbraba a decir que la muerte en guerra era la más bella.

3. Solía manifestar que el cuerpo de los hoplitas debía estar entrenado no sólo en ejercicios atléticos, sino tam- D bién en militares. Por esto también atacaba a los entrados en carnes, y así a uno lo expulsó del ejército alegando que tres o cuatro escudos apenas le cubrirían el vientre a causa del cual no había visto sus partes.

4. Era tan austero en su forma de vida que, invitado a comer por un vecino, al encontrar un preparado de pasteles, companages y aromas, al punto se marchó diciendo: «Yo pensaba que tú celebrabas una comida, pero no que hacías un despliegue de ostentación» [178].

5. Cuando el cocinero rindió cuentas a los oficiales del gasto de unos días, Epaminondas se indignó solamente E por la cantidad de aceite; como los oficiales se sorprendieran, les dijo que no le dolía el gasto, sino que tal cantidad de aceite hubiera sido admitida dentro de su cuerpo.

6. Cuando la ciudad se hallaba en fiesta y todos se daban a la bebida y a los banquetes, Epaminondas, paseando, sucio y sumido en sus pensamientos, se encontró a un amigo suyo; éste se sorprendió y le preguntó que por qué sólo él paseaba en aquel estado. Le respondió: «Para

ción arcadia y creó la ciudad de Megalópolis. Tomó parte también en los combates de Tesalia contra Alejandro de Feras; en Beocia condenó a muerte a todos los ciudadanos de Orcomene que se le oponían. En la llanura de Mantinea, en una conflagración general, donde por un lado luchaban Esparta, Atenas, los eleos, los aqueos y Arcadia del Norte y, por el otro, Tebas, Argos, Mesenia y Arcadia del Sur, perdió la vida Epaminondas (362), cuando estaba a punto de alcanzar la victoria. Con él concluyó también el poder de Tebas. Una colección de relatos sobre la vida de Epaminondas en Pol., *Strateg.* II 3.

[178] Cf. *Mor.* 1099C.

que os sea posible a todos vosotros emborracharos y estar despreocupados.»

7. A un hombre vulgar que había cometido un delito menor, ni a pesar de pedírselo Pelópidas, lo liberó; en cambio, cuando lo solicitó su amante, lo liberó y dijo que reci- F bir tales favores era propio de heteras, pero no de generales.

8. Cuando los espartanos hicieron una expedición y les fueron comunicados a los tebanos los oráculos, unos prediciendo la derrota y otros la victoria, ordenó que éstos se situaran a la derecha de la tribuna de los oradores y aquéllos a la izquierda. Una vez situados todos, se puso en pie y dijo: «Si queréis obedecer a los arcontes y avanzar al encuentro de los enemigos, éstos son para vosotros los oráculos», y señaló los de buen agüero; «pero si os acobardáis ante el peligro, aquéllos», y miró a los de mal agüero.

9. En otra ocasión cuando se dirigía contra los enemigos, hubo un trueno y al preguntarle los suyos cuál pensaba que era la indicación del dios, respondió: «Los ene- 193A migos están atronados porque, habiendo tales territorios en la cercanía, acampan en lugares como éstos.»

10. Solía decir que lo más agradable de todo lo noble y bueno que le había sucedido, fue vencer aún en vida de su padre y de su madre a los espartanos en Leuctra [179].

11. Acostumbraba a aparecer en toda ocasión con el cuerpo ungido y el rostro alegre, pero el día después de aquella batalla llegó sucio y abatido. Al preguntarle sus amigos si le había sobrevenido algún suceso adverso, contestó: «Ninguno, pero ayer me alegré más de lo que alguien con sentido tiene por bueno; por esto, hoy castigo la inmoderación de mi alegría.» B

[179] Cf. *Mor.* 786D, 1098B, y *Vida de Coriolano* IV 215C.

12. Al saber que los espartanos ocultaban tamañas calamidades, y con el deseo de mostrar la derrota de aquéllos, no permitió retirar todos los cadáveres a la vez, sino uno a uno por ciudades, de modo que se viera que los de los espartanos eran más de mil.

13. Jasón, monarca de Tesalia, llegó a Tebas como aliado y envió dos mil monedas de oro a Epaminondas que se hallaba en una situación de fuerte penuria. Pero éste no aceptó el oro, sino que mirando fijamente a Jasón C le dijo: «Cometes un error y empiezas mal.» Y tomó prestados cincuenta dracmas de uno de sus conciudadanos como ayuda para la campaña e invadió el Peloponeso [180].

14. Otra vez, al enviarle el rey de los persas treinta mil daricos, atacó duramente a Diomedonte por haber hecho un viaje tan largo para sobornar a Epaminondas. Y ordenó decirle al rey que, si tenía propósitos convenientes para los tebanos tendría por nada a Epaminondas como amigo, pero como enemigo si no eran convenientes.

15. Cuando los argivos se hicieron aliados de los tebanos, embajadores atenienses se presentaron en Arcadia y acusaron a uno y otro pueblo. Y como Calístrato, el orador, considerase a Orestes y a Edipo como un reproche para sus respectivas ciudades, Epaminondas se levantó y D dijo: «Estamos de acuerdo en que entre nosotros se ha cometido un parricidio, y un matricidio entre los argivos; pero nosotros expulsamos a los que hicieron esto, y los atenienses, en cambio, los recibieron» [181].

16. A los espartanos que acusaban a los tebanos de muchas y graves ofensas, les dijo: «Éstos, empero, pusieron fin a la brevedad de vuestros discursos.»

[180] Cf. *Mor.* 583F, y El., *Var. Hist.* XI 9.

[181] Esta alianza de argivos y tebanos se realizó en el 370 a. C. Cf. *Mor.* 810F, y Corn. Nep., *Epaminondas* XV 6, 1-3.

17. Cuando los atenienses adoptaron como amigo y aliado a Alejandro, tirano de Feras, que era enemigo de los tebanos, y como les prometiera ofrecerle la mina de E carne para comprar por medio óbolo [182], Epaminondas dijo: «Nosotros ofreceremos gratuitamente la leña a los atenienses para esta carne, pues arrasaremos el país si interfieren en nuestros asuntos.»

18. A los beocios, relajados por el ocio, quería siempre mantenerlos en armas, y cuando fue elegido gobernador de Beocia, les decía aconsejándoles: «Pensároslo una vez más, hombres; pues si yo soy general, habréis de guerrear.» Y denominaba su territorio, que era llano y extenso, «palestra de guerra» [183], en la idea de que no podrían dominarlo, a no ser que tuvieran la mano en el anillo del escudo.

19. Cabrias derribó en los alrededores de Corinto a F unos pocos tebanos que luchaban con ardor bajo las murallas y erigió un trofeo [184]; Epaminondas le dijo burlándose: «Allí es preciso erigir no un trofeo sino un Hecateo.» Pues acostumbraban a erigir la imagen de Hécate en los cruces de tres caminos delante de las puertas.

20. Al anunciar alguien que los atenienses habían enviado un ejército equipado con armas nuevas al Peloponeso, dijo: «¿Por qué Antigenides se lamenta si Telene tiene flautas nuevas?» Era Telene el peor flautista y Antigenides el mejor [185].

[182] La mina es la suma de cien dracmas, el medio óbolo es la duodécima parte de una dracma.

[183] El texto griego dice *orchéstra,* esto es, lugar donde danza el coro en las tragedias. Cf. Plut., *Vida de Marcelo* 310B, en donde se citan otras dos experiencias semejantes.

[184] Cf. Diod., XV 69.

[185] Cf. *Mor.* 335A.

194A **21.** Cuando se dio cuenta de que el que portaba su escudo había recibido mucho dinero de un hombre que había caído prisionero, le dijo: «Devuélveme el escudo y cómprate una taberna en donde terminar tu vida; pues, al haberte convertido en uno de los hombres más ricos y felices, ya no querrás someterte a riesgos igualmente [186].

22. Al preguntársele si se consideraba a sí mismo mejor general que Cabrias o Ifícrates, respondió: «Es difícil juzgar mientras vivamos.»

23. Cuando a su vuelta de Lacedemonia fue llevado a un proceso capital junto con los generales que estaban con él por haber prolongado contra la ley su generalato B en Beocia cuatro meses, ordenó a sus colegas que le cargaran la responsabilidad como si hubieran sido forzados, y dijo que él no tenía mejores palabras que sus hazañas; pero que si de todos modos era preciso decir algo ante los jueces, él estimaba justo en caso de que lo mataran, que se inscribiera la sentencia en su estela funeraria, de modo que los griegos supiesen que Epaminondas obligó a los tebanos contra su voluntad a pasar a fuego Lacedemonia, que durante quinientos años no había sido devastada, y que había poblado Mesenia después de un espacio de doscientos treinta años, y que había organizado y unido en una misma confederación a los de Arcadia, y que había devuelto la autonomía a los griegos; todo esto, en efecto, C se había realizado en aquella campaña. Los jueces salieron y se rieron mucho, y no emitieron su voto contra él [187].

[186] Cf. El., *Var. Hist.* XI 9.

[187] Cf. *Mor.* 540D y 799E; Cic., *De inv.* I 33 (55-56) y 38, 69; El., *Var. Hist.* XIII 42; Paus., IX 14, 5-7; Corn. Nep., *Epaminondas* XV 7, 3-8.

24. Cuando en su última batalla [188] fue herido y trasladado a la tienda preguntó por Defanto y, después de éste, por Yoledas. Al informarse que estos hombres habían muerto ordenó a los tebanos pactar con los enemigos en la idea de que no tenían general. Y la realidad confirmó su palabra, pues conocía excelentemente a sus conciudadanos.

Pelópidas [189]

1. Pelópidas, general asociado a Epaminondas, cuando sus amigos le dijeron que se despreocupaba de un asunto necesario, a saber, de reunir dinero, dijo: «Necesario D es el dinero, por Zeus, para este Nicodemo», y señaló a un hombre cojo y lisiado [190].

2. Al pedirle su mujer, cuando salía para la batalla, que se cuidara, dijo que esto se debía aconsejar a otro, pero a un oficial y a un estratego debía aconsejárseles que cuidaran a sus ciudadanos» [191].

3. Al decir uno de sus soldados: «Hemos caído entre los enemigos», respondió: «¿Por qué más que ellos entre nosotros?»

4. Cuando fue traicionado por Alejandro, tirano de Feras, al ser encadenado, le hablaba en mal tono. Al decirle aquél: «¿Tienes prisa en morir?», le contestó: «Cierta-

[188] En Mantinea, 362 a. C.; Plutarco escribió una *Vida de Epaminondas*, pero se perdió y no ha llegado a nosotros.

[189] General tebano, amigo de Epaminondas; acudió a liberar Cadmea (379) cuando fue ocupada por los espartanos. Ayudó a los tesalios contra Alejandro de Feras (369). En el 364 abatió a éste en Cinoscéfalos, pero él también murió en la contienda. (Cf. Plut., *Vida de Pelópidas*.)

[190] *Ibid.*, III 279C, y El., *Var. Hist.* XI 9.

[191] Plut., *Vida de Pelópidas* XIX 288C.

mente, para que los tebanos se irriten más y tú pagues tu pena más rápidamente»[192].

5. Tebe, la mujer del tirano, vino a Pelópidas y le dijo que le asombraba que, estando atado, estuviese tan alegre. Éste le respondió que más le asombraba ella, que, sin estar atada, soportaba a Alejandro[193].

E 6. Después que Epaminondas lo hubo liberado[194], dijo que se sentía agradecido a Alejandro, pues había comprobado que se encontraba muy valeroso no sólo ante la guerra, sino también ante la muerte.

---

[192] *Ibid.*, XXVIII 293A.

[193] *Ibid.*, 293B.

[194] Este episodio sucedió en el año 367 a. C. (Cf. Diod., XV 75, 2.)

MÁXIMAS DE ROMANOS

INTRODUCCIÓN

Las *Máximas de romanos* no son sino un apéndice de las *Máximas de reyes y generales*. El «Catálogo de Lamprias» las considera como un único escrito.

Constituyen un *Corpus* de 172 máximas que ofrecen al lector una panorámica histórica de la evolución de Roma desde el siglo III a. C. (época republicana) hasta el primer emperador, César Augusto.

Nos ilustra, asimismo, sobre los generales romanos que participaron en las Guerras Púnicas, las confrontaciones sociales que precedieron a los triunviratos y las conquistas de los romanos hasta formar el Imperio. Son la mejor invitación para una lectura reposada de las *Vidas,* que, como el mismo Plutarco dice en su prólogo, «aguardan el placer de una lectura sosegada» (172E).

MÁXIMAS DE ROMANOS

MANIO CURIO [1]

1. Manio Curio, al acusarle algunos de que repartía a cada uno una pequeña porción de la tierra conquistada y convertía la mayor parte en pública, dijo con énfasis que no había ningún romano que considerase pequeña la tierra que lo alimentaba.

2. Cuando los samnitas llegaron a él después de su victoria y le ofrecieron oro, estaba precisamente cocinando nabos en ollas. Contestó a los samnitas que no tenía ninguna necesidad de dinero mientras pudiese preparar una cena de este tipo y que para él era mejor que tener dinero, dominar a quienes lo tenían [2]. 194F

[1] Mn. Curio, cónsul en el 290 a. C. y dos veces más en fechas posteriores. Conquistó a los samnitas y doblegó a los sabinos. En el 275 derrotó a Pirro. Murió en el 270. Fue muy admirado por Catón.

[2] Son muchas las referencias a este incidente. Así, en PLUTARCO, *Vida de Catón el Mayor* II 337A; ATENEO, 419A; CICERÓN, *De Rep.* III 28, 40; PLINIO, *Hist. Nat.* XIX 26, 87; VALERIO MÁXIMO, IV 3, 5.

GAYO FABRICIO [3]

1. Gayo Fabricio, al enterarse de la derrota de los romanos por Pirro dijo: «Pirro ha vencido a Levino [4], pero no los epirotas a los romanos.»

2. Cuando fue a ver a Pirro para la liberación de los cautivos, éste le ofreció mucho dinero, pero no lo aceptó. 195A Al día siguiente preparó Pirro su mayor elefante para que, sin saberlo Fabricio, apareciera y rompiera a berrear detrás de él. Así sucedió. Y Fabricio se dio la vuelta y dijo sonriendo: «A mí no me inmutó ni el oro ayer, ni la bestia hoy.»

3. Pirro pidió a Fabricio que se quedara con él y que compartiera con él el poder, pero le respondió: «Para ti esto no es ventajoso, pues los epirotas, si nos conocen a los dos, preferirán ser regidos por mí antes que por ti» [5].

B **4.** Cuando Fabricio era cónsul, el médico de Pirro le mandó una carta, en la que se ofrecía, si él lo ordenaba, a matar con fármacos a Pirro. Fabricio mandó la carta a Pirro y le aconsejó que se percatara de por qué era el peor juez tanto de amigos como de enemigos.

5. Cuando Pirro descubrió la conjura, hizo colgar al médico, y a Fabricio le devolvió los prisioneros sin rescate; éste no los aceptó como regalo, sino que le dio a su vez un número igual para que no pareciese que aceptaba una recompensa. Pues no había desvelado la trama para ganar

[3] Cónsul en los años 282 y 278 a. C. En el 282 triunfó sobre los samnitas. En el segundo consulado realizó una expedición contra Pirro. Fue proverbial su honradez e incorruptibilidad.

[4] La derrota de Levino tuvo lugar en el año 280 a. C. Cf. PLUT., *Vida de Pirro* XVIII 394C.

[5] *Ibid.*, XX 395-6.

el favor de Pirro, sino para que no diese la impresión de que los romanos matan con engaño, como si no pudieran vencer abiertamente [6].

FABIO MÁXIMO [7]

C

1. Fabio Máximo, que no quería entablar combate con Aníbal sino consumir con el tiempo la fuerza de éste, necesitada de dinero y alimentos, lo siguió de cerca, tomando una ruta paralela por lugares ásperos y montañosos. A pesar de que muchos se burlaban y le llamaban esclavo preceptor de Aníbal, les hizo poco caso y siguió sus propios pensamientos. A sus amigos les decía que consideraba más cobarde al que teme las burlas y censuras que al que huye de los enemigos [8].

2. Cuando su colega en el mando, Minucio, derribó a algunos enemigos y mucha era su fama de ser un hombre digno de Roma, Fabio dijo que temía más la fortuna que el infortunio de Minucio. Después de poco tiempo cayó D éste en una emboscada, y cuando corría el riesgo de perecer junto con su tropa, acudió Fabio en su ayuda, mató a muchos enemigos y a él lo salvó. Entonces, Aníbal dijo a sus amigos: «¿No predije yo muchas veces que la nube de las montañas produciría alguna vez una tempestad sobre nosotros?»

3. Después del desastre de la ciudad en Cannas fue elegido cónsul junto con Claudio Marcelo, hombre que po-

[6] *Ibid.*, XXI 369D.

[7] Q. Fabio Máximo el *Cunctator*, fue tribuno (216), pretor (214) y cónsul (213), reelegido cuatro veces más. Luchó contra Aníbal. (Cf. PLUT., *Vida de Fabio Máximo.)*

[8] *Ibid.*, V 177A; DIODORO, XXVI 3, 1.

seía audacia y deseo de luchar siempre contra Aníbal. E Fabio esperaba que, si nadie luchaba, las tropas de Aníbal en continua tensión rápidamente se agotarían. Aníbal decía que temía más a Fabio que no luchaba que a Marcelo que luchaba [9].

4. Un soldado lucano había sido acusado ante él de que por las noches paseaba muchas veces fuera del campamento por amor a una mujer. Pero, por lo demás, informado Fabio de que era admirable en el manejo de las armas, ordenó que en secreto capturaran a su amada y la trajeran ante él. Cuando se la trajeron, hizo venir al hom- F bre, y le dijo: «No ha pasado inadvertido que por las noches te vas en contra de la ley; ni tampoco antes habían pasado inadvertidos tus buenos servicios. Sean, pues, tus faltas reparadas por tus nobles hazañas y en el futuro estarás con nosotros. Pues tengo una garantía.» Y condujo a la mujer hacia adelante y se la encomendó a él.

5. A Aníbal que retenía con una guarnición a los tarentinos, excepto la zona de la Acrópolis, Fabio lo apartó lejos mediante un engaño, tomó la ciudad y la saqueó. Al preguntarle su escribano qué decisión tomaba respecto a las imágenes sagradas, dijo: «Dejemos a los tarentinos sus encolerizados dioses» [10].

6. Marco Livio, que defendía con una guarnición la Acrópolis, decía que la ciudad se había tomado por él.

[9] Cf. Plut., *Vida de Fabio Máximo* XIX 185A-C. La derrota romana en Cannas tuvo lugar el año 216 a. C. (Cf. Plin., *Hist. Nat.* III 105; Polibio, III 107, y Livio, XXII 43.)

[10] Desde el año 272, Tarento dependió del poder romano y tuvo su Acrópolis ocupada (cf. Pol., II 24, 13, y Liv., XXVIII 10, 15). En el 212 se inclinó hacia Aníbal (Pol., VIII 26), pero Roma tomó duras represalias y la sometió con pérdida total de su independencia (cf. Estrabón, VI 278; Liv., XXVII 16, y Plut., *Vida de Fabio Máximo* XXII 187A-C).

Los demás se burlaron, pero Fabio dijo: «Dices la verdad, 196A pues si tú no hubieses perdido la ciudad, yo no la habría reconquistado.»

7. Cuando ya era mayor y su hijo, que era cónsul, trataba asuntos de su cargo en presencia de muchas personas, avanzaba Fabio montado a caballo. Como el joven enviara un lictor [10bis] y le ordenara desmontarse, los demás quedaron confundidos, pero Fabio se bajó del caballo y, corriendo más de lo que su edad le permitía, abrazó a su hijo y le dijo: «Haces bien, hijo, al darte cuenta de a quiénes gobiernas y de la magnitud del poder que has tomado sobre ti.»

Escipión el Mayor [11]

B

1. Escipión el Mayor dedicaba el tiempo libre de sus obligaciones políticas y militares a la literatura y solía decir que, cuando tenía tiempo libre, trabajaba más [12].

2. *Cuando tomó Cartago* [13] *por la fuerza*, unos soldados cogieron cautiva a una bella doncella, y como fue-

[10bis] Funcionario romano, una de cuyas funciones era acompañar a los magistrados para transmitir y hacer cumplir sus órdenes (*ibid.*, XXIV 188A; Liv., XXIV 44; Val. Máx., II 2, 4, y Aulo Gelio, II 2).

[11] Escipión Africano el Mayor, 235-183 a. C. Tomó parte en la batalla de Cannas. Fue procónsul en España, de donde expulsó a los cartagineses (Liv., XVIII 14). Pasó luego a Sicilia, desde donde planeó, en contra del parecer del Senado, su expedición a África. Vence a Aníbal en Zama (Pol., XV 5). Tras un pacto de paz con los cartagineses (201) recibe el sobrenombre de «Africano» (Liv., XXX 45, y Pol., XVI 23). Al final de su vida hubo de abandonar Roma y muere en la Campania en el año 183 a. C. Su capacidad política y militar mereció los elogios de Tito Livio y Polibio.

[12] Cf. Cic., *De off.* III 1.

[13] Se refiere a Nueva Cartago en España, 210 a. C. (cf. Pol., X 8-19, y Liv., XXVI 42-51 y XXVII 7).

ran con ella y se la entregaran, les dijo: «La aceptaría con mucho gusto si fuera un particular y no un gobernante.»

3. Mientras asediaba la ciudad de Bacia [14], cuyo templo de Afrodita todo lo dominaba, ordenó que se garantizara allí la seguridad para escuchar a los litigantes durante C dos días en el templo de Afrodita. Y esto hizo, como previamente había dicho, cuando hubo tomado la ciudad.

4. Al preguntar uno en Sicilia en qué confiaba para disponerse a hacer atravesar el ejército por Cartago, le señaló a trescientos hombres armados que se estaban ejercitando y una alta torre que dominaba el mar, y le dijo: «No hay ninguno de éstos que no suba a esta torre y se tire de cabeza si yo lo ordeno.»

5. Una vez que hubo atravesado, dominado la tierra y quemado el campamento de los enemigos, los cartaginese le enviaron mensajeros e hicieron pactos: acordaron que D les entregarían los animales, las naves y el dinero. Pero, al llegar por mar Aníbal de Italia, se arrepintieron de los acuerdos, pues sintieron confianza. Cuando Escipión se enteró, dijo que ni aunque ellos lo quisieran guardaría ya los pactos, a no ser que pagaran cinco mil talentos más, dado que hicieron venir a Aníbal.

6. Cuando los cartagineses fueron completamente vencidos, le enviaron mensajeros para negociar un tratado de paz, pero él ordenó a los que habían venido que se marcharan de inmediato, rehusando escucharlos antes de que le trajeran a Lucio Terencio. Era Terencio un romano, hombre acomodado, que fue hecho prisionero por los cartagineses. Cuando vinieron y trajeron al hombre, Escipión en E la asamblea se sentó junto a él en la tribuna y negoció así con los cartagineses y puso fin a la guerra.

[14] Probablemente se refiera a Baria —hay variantes en la lectura de los manuscritos—, pues en esta ciudad había una ciudadela y un templo a Afrodita (cf. VAL. MÁX., III 7, 1; AULO GEL., VI 1, y PLIN., *Hist. Nat.* III 197).

7. Terencio marchó tras él en el desfile triunfal con un sombrerillo de fieltro a modo de liberto. Cuando Escipión murió, Terencio preparó a los que asistieron al funeral, vino con miel para beber y se esforzó en tributarle todos los honores en lo relativo al entierro. Esto, por supuesto, fue posterior.

8. Antíoco, el rey, después que los romanos hubieron pasado a Asia para atacarle, envió un legado a Escipión para negociar la paz, pero éste le dijo: «Hubiera sido nece- F sario antes, pero no ahora, cuando tú has admitido el bocado y el jinete» [15].

9. El senado decretó concederle un dinero del tesoro, pero los tesoreros no quisieron abrir aquel día; por lo que él mismo dijo que abriría, pues estaba cerrado porque él había llenado el tesoro de una gran cantidad de dinero.

10. Cuando Petilio y Quinto le hicieron muchas acusaciones ante el pueblo, dijo que en aquel día había vencido a los cartagineses y a Aníbal, y manifestó que él en persona, coronado, subía al Capitolio para ofrecer un sacrificio y pidió que quien quisiera emitiera su voto sobre él. Una 197A vez dicho esto, subió y el pueblo lo siguió dejando tras sí a los acusadores con la palabra en la boca [16].

[15] Se refiere a Antíoco el Grande, cuya política de expansión le llevó a la guerra contra los romanos en el 192 a. C. (cf. POL., XVIII 47, y XXI 15; LIV., XXXVII 36). Los romanos lo vencieron definitivamente en Magnesia en el 190 a. C.

[16] Cf. *Mor.* 540F; *Vida de Catón el Mayor* 344D; POL., XXIII 14; LIV., XXXVIII 50-51; AULO GEL., IV 18.

TITO QUINCIO [17]

1. Tito Quincio fue un hombre tan brillante desde muy al principio, que fue elegido cónsul sin haber sido antes tribuno, pretor o edil. Fue enviado como general contra Filipo y se le persuadió a mantener una conversación con él. Filipo estimaba que debía tomar unos rehenes pues aquél estaba con muchos romanos y él solo representaba a los macedonios. Pero Quincio le dijo: «Tú te redujiste a ti mismo a la soledad, pues mataste a tus amigos y parientes» [18].

B 2. Después de haber vencido a Filipo en combate, pregonó en los Juegos Ístmicos que dejaba a los griegos en libertad y autonomía. De aquí que cuantos romanos fueron hechos prisioneros en tiempos de Aníbal y eran esclavos de señores griegos, los griegos, tras haberlos comprado a cada uno por quinientas dracmas, se los entregaron como regalo a Quincio, y aquéllos en Roma lo siguieron en desfile triunfal, llevando un gorrillo de fieltro en la cabeza, como era costumbre entre los que habían alcanzado la libertad [19].

3. A los aqueos que tenían en mente realizar una expedición militar contra la isla de Zacinto, les recomendó C que tuvieran cuidado, no fuera que al estirar su cabeza,

[17] T. Quincio Flaminino. Se distinguió por su rápida carrera en la magistratura romana, por su derrota de Filipo V de Macedonia en la batalla de Cinoscéfalos, en Tesalia, en junio del 197, y por la política filohelénica que llevó a término: obligó a Filipo a renunciar a las ciudades griegas y en los Juegos Ístmicos del 196 proclamó la libertad de los griegos (POL., XVIII 46, 5).

[18] Cf. PLUT. *Vida de Flaminino* II 369C, y XVII 378D; POL., XVIII 7.

[19] Cf. PLUT., *Vida de Flaminino* VIII 372F, X 374D, y XIII 376F; POL., XVIII 20-27; LIV., XXXIII 7-10, 32 y 52, y VAL. MÁX., V 2, 6.

como las tortugas, fuera del Peloponeso, se pusieran en peligro.

4. Cuando Antíoco [20], el rey, llegó con una gran tropa a la Hélade y todos se aterrorizaron por la multitud de hombres y su armamento, Quincio contó la siguiente historia a los aqueos. Dijo, en efecto, que en Calcis al cenar con un amigo, quedó sorprendido por la cantidad de carnes, pero que su amigo le comentó que todo ello era carne de cerdo, diferente por la preparación y condimentación. «Pues bien —añadió—, no os asombréis vosotros ante la tropa real al oír de lanceros, acorazados, infantes y arqueros con dos caballos, pues todos son sirios que se dife- D rencian unos de otros en sus atavíos.»

5. A Filopemen [21], general de los aqueos, que tenía muchos jinetes y hoplitas, pero no iba bien de dinero, bromeando le dijo que Filopemen tenía brazos y piernas, pero no tenía estómago. Y, efectivamente, Filopemen por la constitución de su cuerpo era algo así.

GNEO DOMICIO [22]

Gneo Domicio, a quien Escipión el Grande puso en lugar suyo como colega de su hermano Lucio en la guerra

[20] La amenaza que suponía para los romanos la política de expansión de Antíoco III de Siria obligó a las tropas romanas a permanecer en Grecia hasta el año 194 (cf. LIV., XXXV 49). En el 192, T. Q. Flaminino volvió a Grecia, tras haber reanudado Antíoco las hostilidades, como jefe de una comisión especial para pactar la paz.

[21] Sobre el aspecto físico de Filopemen, cf. PLUT., *Vida de Filopemen* II 357A.

[22] Cn. Domicio Enobarbo. Fue cónsul en el 192 a. C. Se distinguió en la batalla de Magnesia en la guerra contra Antíoco. (Cf. APIANO, *Hist. Rom.*, *Las guerras sirias* VI 30-36, y LIV., XXXVIII 39.)

contra Antíoco, después de haber inspeccionado las falan- E ges de los enemigos, y como los oficiales le urgieran para que atacara enseguida, dijo que no había tiempo suficiente para derribar a tantas decenas de miles, saquear su bagaje, volver al campamento y disfrutar de lo suyo, pero que esto lo harían a la mañana siguiente a su debida hora. Y al día siguiente se lanzó contra los enemigos y mató a cincuenta mil.

Publio Licinio [23]

1. Publio Licinio, cónsul al cargo del ejército, derrotado por Perseo, rey de los macedonios, en batalla ecues- F tre, perdió dos mil ochocientos hombres, de los que unos murieron y otros fueron capturados. Después de la batalla, Perseo envió embajadores para tratar sobre la paz y el vencido pidió al vencedor que confiara su caso a los romanos.

Paulo Emilio [24]

1. Paulo Emilio al participar como candidato para un segundo consulado fracasó en la elección. Pero, como la guerra contra Perseo y los macedonios se prolongara por

[23] P. Licinio Craso. Fue cónsul en el 171 a. C. Inició la tercera guerra macedónica contra Perseo. (Cf. Pol., XXVIII 8, y Liv., XLII 62.)

[24] Lucio Emilio Paulo, el Macedónico. Nació en el año 228. Estuvo en la Hispania Ulterior con mando proconsular (190-189). Fue dos veces cónsul (182 y 168). Ejerció el mando supremo en la tercera guerra macedónica y venció al rey Perseo en Pidna en junio del 186 (Liv., XLIV 23-46). Su victoria se celebró en Roma durante tres días. Del botín de la guerra el erario quedó tan repleto que los ciudadanos no tuvieron que volver a pagar tributo. Murió de enfermedad en el año 160 a. C. (Cf. Plut., *Vida de Emilio Paulo.*)

la inexperiencia y debilidad de los generales y le nombraran cónsul a él, dijo que no les debía ningún agradecimiento. Pues fue elegido general no porque él necesitara un cargo público, sino ellos un gobernante.

2. Cuando llegó a casa desde el foro, se encontró a su hijita Tercia llorando y le preguntó el motivo. Ella le contestó: «Se nos ha muerto Perseo (era un perrito llamado así).» Él dijo: «Para buena suerte, hija, y aceptó el 198A augurio.»

3. Al encontrar en el campamento mucha audacia y palabrería por parte de supuestos generales y de intrigantes ordenó que guardaran tranquilidad y que solamente afilaran las espadas, pues él se encargaría de lo restante.

4. Ordenó a los vigilantes nocturnos que hicieran la guardia sin lanzas ni espadas para que, al renunciar a defenderse de los enemigos, luchasen así mejor contra el sueño.

5. Después de penetrar en Macedonia por las montañas, y ver a los enemigos colocados en orden de batalla, a Nasica que le urgía a atacar enseguida le dijo: «Sí, si B tuviera tu edad, pero mi mucha experiencia me impide luchar, después de una marcha, contra una falange en orden de batalla.»

6. Después de haber vencido a Perseo, y mientras celebraba las fiestas por la victoria, decía que es fruto de una misma experiencia el preparar el más temible ejército contra los enemigos y el banquete más agradable para los amigos [25].

7. Cuando Perseo fue hecho prisionero, como le indignara el formar parte de la procesión triunfal, le dijo: «Esto está en tu mano.» Y le dio autorización para matarse.

[25] Cf. *Mor.* 615E; Estobeo, *Florilegium* XVIII 22.

8. Al ser descubierto un inmenso tesoro, él no tomó C nada, pero dio a su yerno Tuberón una vasija de plata de cinco libras de peso en reconocimiento a su valor. Y esto, dicen, es el primer objeto de plata que entró en casa de los Elios.

9. Sucedía que de los cuatro hijos varones que tuvo, a los dos primeros los había dado en adopción a otros. De los dos que quedaron en casa, uno murió cinco días antes de su triunfo, a la edad de 14 años, y el otro cinco días después de su triunfo, a los 12 años. Cuando llegó, como el pueblo estuviera condolido y deplorara la pérdida junto con él, dijo que ahora estaba fuera de peligro y sin D miedo respecto a la patria, puesto que la fortuna ya había fijado en su casa la retribución de sus éxitos y él lo había aceptado en favor de todos [26].

Catón el Viejo [27]

1. Catón el Viejo, al atacar el libertinaje y lujo en el pueblo, dijo que era difícil hablar a un estómago que no tenía orejas [28].

[26] Cf. Plut., *Vida de Emilio Paulo* XXXV, y XXXVI 274A y F; Séneca, *Ad Marciam de consolatione* 13; Val. Máx., V 10, 2. Cic., en *De amicitia* II 9, hace una breve referencia a la entereza de Emilio, y también en *Tusc.* III 28, 70, y *Cartas* IV 6.

[27] M. Porcio Catón, el Censor, 234-149 a. C. Pasa por ser la personalidad más conocida de la Roma del siglo II a. C. Realizó una brillante carrera dentro de la administración romana. Fue cuestor, edil, pretor, cónsul, procónsul, tribuno militar, censor y augur. Tomó parte activa en las guerras contra Aníbal y contra Antíoco III. Su actividad política fue discutida hasta el punto de comparecer 44 veces ante los tribunales, si bien quedó siempre libre de sus cargos. Según Plutarco, uno de sus últimos actos políticos fue la destrucción de Cartago. Se le llamó el Demóstenes Romano por su capacidad oratoria. Fue también un excelente escritor que creó un nuevo estilo para la prosa latina. Se han perdido muchas de sus obras. Así, su *Historia de Roma* que abarcaba desde los orígenes de la ciudad hasta su época. Además de algunas obras de carácter moral, de las que se conservan fragmentos, escribió un tratado *De Agricultura*, que ha llegado hasta nuestros días. Para una amplia semblanza de este personaje véase Plut., *Vida de Marco Catón*, y Cic., *C. Maior. De Sen.*

2. Decía que le asombraba cómo puede salir adelante una ciudad en la que un pescado se vende más caro que un buey.

3. En una ocasión, al criticar el prevaleciente dominio de las mujeres, dijo: «Todos los hombres gobiernan a sus mujeres, nosotros a todos los hombres y nuestras mujeres a nosotros» [29].

4. Decía que prefería, después de haber hecho un E favor, no recibir agradecimiento a no sufrir castigo después de cometer una injusticia, y concedía siempre perdón a todos los que erraban, excepto a sí mismo.

5. Al estimular a los oficiales a castigar a quienes cometían errores, decía que quienes pueden apartar a los que obran mal, si no los apartan, los incitan a ello.

6. Decía que le causaban mayor alegría los jóvenes que enrojecían que los que palidecían.

7. Y que odiaba al soldado que movía las manos al caminar y los pies al luchar y cuyo ronquido era más fuerte que su grito de guerra.

8. Solía decir que el peor gobernante era el que no podía gobernarse a sí mismo. F

9. Consideraba que era de la mayor importancia que cada uno se respetase a sí mismo, pues nadie jamás se separa de sí.

[28] Cf. *Mor.* 131D, 996D, y *Vida de M. Catón* VIII 340A.

[29] *Ibid.*, VIII 340B, y *Mor.* 185D.

10. Al ver que se levantaban estatuas en honor de muchos, dijo: «De mí prefiero que los hombres pregunten que por qué no hay una estatua de Catón, a que pregunten por qué la hay» [30].

11. Exhortaba, a quienes estaban en el poder, a que fueran parcos en el uso de la autoridad, para que siempre les asistiera la posibilidad de ejercitarla.

12. Decía que quienes quitaban el honor a la virtud, quitaban la virtud a la juventud.

13. Solía decir que ni a un oficial ni a un juez debía rogársele en favor de lo justo, ni suplicarle en favor de lo injusto.

199A **14.** Decía que la injusticia, aunque no cause un peligro para los que la cometen, lo causa para todos.

15. Por haber muchas cosas deshonrosas en relación con la vejez, estimaba que no se le debía añadir el deshonor proveniente de la maldad.

16. Consideraba que el encolerizado se diferencia del loco por una cuestión de tiempo [31].

17. Decía que quienes usan la fortuna con mesura y moderación son los menos envidiados; pues no se nos envidia a nosotros, sino a lo que nos rodea.

18. Solía decir que los que se toman en serio los asuntos ridículos, serán ridículos en los asuntos serios.

19. Decía que era preciso asegurar las hazañas nobles con hazañas nobles para que no decayese su reputación.

20. Censuraba a los ciudadanos que elegían siempre B a los mismos gobernantes. Les decía: «Parece, en efecto, que no consideráis el gobernar digno de mucha estima o que no hay muchos dignos de gobernar.»

[30] Cf. *Mor.* 820B, y *Vida de M. Catón* XIX 347C.

[31] Cf. Horacio, *Epístolas* I 2, 62; Sén., *De ira* I 1, 2.

21. Simulaba admirar al que había vendido las tierras costeras como si fuese más fuerte que el mar: «Pues lo que éste apenas toca, aquél se lo ha tragado con facilidad.»

22. Cuando participaba en las elecciones a censor, al ver que otros necesitaban la masa y la adulaban, él gritaba que el pueblo tenía necesidad de un médico severo y de una limpieza a fondo. Pues era preciso elegir no al más agradable, sino al más inexorable. Y al hablar así, fue elegido por delante de todos.

23. Al enseñar a los jóvenes a luchar con valor decía muchas veces que la palabra es mejor que la espada, y C la voz mejor que la mano, para poner en fuga y espantar a los enemigos.

24. Cuando estaba en guerra con los que habitaban en las riberas del río Betis, estuvo en peligro por el gran número de sus enemigos; los celtíberos se mostraron dispuestos a venir en su ayuda por doscientos talentos, pero los romanos no permitieron concertar un sueldo para hombres bárbaros, y Catón les dijo que estaban en un error: pues si vencían no pagarían de lo suyo, sino de lo de sus enemigos, y si eran derrotados no serían ni deudores ni acreedores [32].

25. Después de capturar más ciudades, según decía, D que días pasó entre los enemigos, él no cogió del país enemigo más que lo que comió y bebió.

26. Distribuyó a cada soldado una libra de plata diciendo que era mejor que muchos regreseran de la expedición con plata que pocos con oro. Pues no tenían otro deber los oficiales en las provincias que incrementar su reputación.

[32] Este episodio sucedió en el año 195 a. C., cuando era cónsul en España. Cf. Plut., *Vida de M. Catón* X 341F.

27. Tenía cinco criados en el campamento; de ellos uno compró tres cautivos, y como no le pasara desapercibido a Catón, antes de comparecer ante él, se colgó.

E **28.** Cuando fue invitado por Escipión el Africano a ayudar a los aqueos desterrados para que regresaran a su patria, simuló no preocuparle el asunto. Pero, al producirse una gran discusión en el senado, se levantó y dijo: «Nos sentamos aquí como si no tuvieramos otra cosa que hacer que debatir si unos griegos ancianos serán llevados a enterrar por nuestros enterradores o por los de allí» [33].

29. Postumio Albino [34] escribió una historia en lengua griega y pidió perdón a sus lectores. Catón dijo con ironía que se le debía conceder el perdón, si la escribió obligado por un decreto de los anfictiones. F

Escipión el Joven [35]

1. Dicen que Escipión el Joven en los cincuenta y cuatro años que vivió no compró nada, ni nada vendió, ni

[33] *Ibid.*, IX 341A, y Pol., XXXV 6.

[34] Político y escritor. Fue cónsul en 151 a. C. y embajador en Grecia en el 146. Escribió poesía y una obra histórica en lengua griega, que pronto se perdieron. No gozó de las simpatías ni de Catón ni de Polibio. (Cf. Plut., *Vida de Catón* XII 343B, y Pol., XXXIX 12 y XL 6.)

[35] Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, el Joven, 185-129 a. C. Poseyó una amplia formación humanística, atestiguada por Cicerón, quien lo consideró como el ideal de aristócrata romano con formación helénica. Desde su juventud mantuvo una estrecha amistad con Polibio (XXII 9, 2-15, 12). En el 151 participó en la guerra contra España. En el 147 fue elegido cónsul y se le entregó el mando supremo de las fuerzas que iban a pelear en África. En el 146 sometió y destruyó la ciudad de Cartago (cf. Pol., XXXIX 1 ss.), por lo que, al incorporar una parte de África como provincia del Imperio Romano, recibió el sobrenombre

nada edificó y que dejó solamente treinta y tres libras de plata y dos de oro en una gran hacienda. Y esto, a pesar de que fue dueño de Cartago y fue el general que más enriqueció a sus soldados [36].

2. Observaba el precepto de Polibio y procuraba no salir del foro antes de hacer de alguna manera compañero y amigo a alguno de los que se encontraba.

3. Cuando aún era joven tenía tal reputación por su valentía y sagacidad, que, al preguntársele a Catón el Viejo por los hombres que estaban en campaña en Cartago, entre quiénes se encontraba Escipión, dijo: 200A

Él solo es inteligente, los otros son sombras que revolo- [*tean* [37].

4. Cuando llegó a Roma de una campaña, lo llamaron, no en muestra de agradecimiento, sino en la idea de tomar Cartago con él rápida y fácilmente.

5. Una vez que había pasado dentro de la muralla, los cartagineses se defendían con fuerza desde la ciudadela. Él se dio cuenta de que el mar que quedaba por medio no era profundo, y Polibio le aconsejó clavar bolas de hierro con puntas o poner estacas con pinchos, para que los enemigos no pasaran y atacaran las plataformas romanas. B Pero Escipión dijo que sería ridículo, después de haber to-

de Africano. En el 142 fue elegido censor. En el 133 sitió, sometió y destruyo la ciudad de Numancia. Las circunstancias de su muerte son oscuras y nunca se ha descartado la posibilidad de que se debiera a un atentado de algún partidario de los Graco, a cuya política se opuso Escipión.

[36] Cf. Eliano, *Hist. Var.* XI 9; Pol., XVIII 35; Plin., *Hist. Nat.* XXXIII 50 141.

[37] Cf. *Mor.* 805A, y *Vida de M. Catón* XXVII 352F. La cita es de *Odisea* X 495.

mado las murallas y estar ya dentro de la ciudad, actuar para no luchar contra los enemigos [38].

6. Al encontrar que la ciudad estaba llena de estatuas griegas y de ofrendas votivas de Sicilia, proclamó que quienes estuvieran allí de aquellas ciudades las identificaran y se las llevaran.

7. No permitía ni a esclavo ni a libre tomar nada del tesoro ni siquiera comprar, cuando todos se dedicaban a saquear.

C **8.** Cuando apoyaba a Gayo Lelio, su amigo más íntimo, que participaba como candidato al consulado, preguntó a Pompeyo si también él tomaba parte en la elección de cónsul. (Pompeyo tenía reputación de ser hijo de flautista.) Le dijo que no participaba, sino que se ofreció a llevar con él a Lelio a todas partes y a ayudarle en su campaña electoral; ellos lo creyeron y esperaron, pero fueron totalmente engañados, pues se cuenta que éste se paseaba por el foro y solicitaba el voto a los ciudadanos. Los otros se indignaron, pero Escipión riendo dijo: «Es por nuestra necedad, como si nos dispusiéramos a exhortar no a hombres sino a dioses, por lo que nos hemos entretenido esperando a un flautista» [39].

9. Apio Claudio, que competía con él para la censu- D ra, decía que él saludaba a todos los romanos por el nombre, mientras que a Escipión le faltaba poco para desconocerlos a todos. Escipión le contestó: «Dices la verdad, pues yo no me he preocupado de conocer a muchos, sino de no ser desconocido por nadie» [40].

[38] Sobre el relato de la toma de Cartago, ver Diodoro, XXXII 23-25, y Apiano, *Historia romana. Las guerras púnicas* XIX 127-132.

[39] Cf. Cic., *De am.* 21, 77.

[40] Cf. Plut., *Vida de Emilio Paulo* XXXVIII 275C.

10. Pedía a los ciudadanos, cuando precisamente luchaba contra los celtíberos, que les enviaran a los dos a la campaña o como legados o como tribunos militares y que tomasen como jueces y testigos del valor de cada uno a los que combatían.

11. Una vez nombrado censor, quitó a un joven su caballo, porque en el tiempo en que se hacía la guerra a Cartago dio una cena muy cara e hizo preparar un pastel E de miel con la forma de la ciudad, lo llamó Cartago y lo colocó ante los presentes para que lo saquearan. Al preguntar el joven el motivo por el que se le había quitado el caballo, respondió Escipión: «Porque saqueaste Cartago antes que yo.»

12. Al ver a Gayo Licinio que pasaba a su lado, dijo: «Sé que este hombre ha perjurado pero, puesto que nadie lo acusa, yo no puedo ser a la vez acusador y juez.»

13. Fue enviado por el senado en una tercera misión, según dice Clitómaco,

a vigilar el buen orden y los actos de arrogancia de los [hombres [41],

como inspector de ciudades, pueblos y reyes. Como al llegar a Alejandría y después de desembarcar paseara con la F cabeza cubierta por el manto, los alejandrinos que lo ro-

[41] La cita es de Homero, *Od.* XVII 487. Sobre este episodio, cf. *Mor.* 777A, donde se cita como fuente a Posidonio, en lugar de a Clitómaco; Aten., 549D, y Diod., XXXIII 28A. El rey al que se hace alusión es Ptolomeo VIII, cuya obesidad era famosa. Los alejandrinos lo llamaban *phýskōn* (el barrigudo).— Panecio (*ca.* 185-109 a. C.), filósofo estoico, vivió en Lindos, Atenas y Rodas. Hacia el 144 se trasladó a Roma, donde entró a formar parte de la *cohors amicorum* de Escipión. Acompañó al político romano en muchos de sus viajes. Fue maestro de Posidonio.

deaban le pidieron que se descubriera y les mostrara el rostro a quienes lo deseaban. Cuando se descubrió, gritaron y aplaudieron. El rey, en cambio, a duras penas podía emular a los que caminaban por su inactividad y la molicie 201A de su cuerpo. Y Escipión dijo a Panecio en un suave susurro: «Ya los alejandrinos se han beneficiado en algo de nuestra visita, pues por nosotros han visto a su rey pasear.»

14. Viajaba con él un amigo filósofo, Panecio, y cinco esclavos; cuando uno de ellos murió en tierra extranjera, se hizo mandar a uno de Roma porque no quería comprar otro.

15. Por tener los numantinos reputación de invencibles y después de haber vencido a muchos generales, el pueblo designó a Escipión cónsul por segunda vez para esta guerra. Pero el senado impidió que se enrolaran muchos para la campaña, con el fin de que Italia no quedara desierta. Tampoco le permitieron tomar dinero del dispo- B nible, sino que le asignaron los ingresos de los impuestos cuyo plazo aún no había vencido. Escipión dijo que no necesitaba dinero, pues el suyo y el de sus amigos le bastaría, pero censuró lo de los soldados, pues la guerra era difícil; si por la valentía de los enemigos habían sido vencidos tantas veces, era difícil por ser contra tales hombres, pero si habían sido vencidos por la cobardía de los ciudadanos, entonces lo era por ir con tales hombres [42].

16. Cuando al llegar al campamento encontró mucho desorden, libertinaje, superstición y molicie, expulsó al punto a los adivinos, sacrificadores y alcahuetes; ordenó sacar fuera todos los utensilios, excepto una olla, un asador y C un vaso de barro, y concedió una copa de plata de no

[42] Cf. Apiano, *Historia romana. Las guerras en España* XIV 84.

más de dos libras a los que quisieran tenerla. Prohibió bañarse y, respecto a los que se daban ungüentos, ordenó que cada uno se lo aplicara a sí mismo; pues las acémilas, al no tener manos, necesitan que otro las frote. Y ordenó que comieran en pie algún alimento crudo y que cenaran recostados pan o sopa de avena simplemente y carne asada o cocida. Y él mismo iba cubierto con un sayo negro y decía que estaba de luto por el deshonor del ejército [43].

17. Al detectar que las acémilas de Memmio, tribuno militar, llevaban unos recipientes para enfriar el vino con D incrustaciones de piedras preciosas, obra de Tericles [44] le dijo: «Por ser así te has hecho inútil para mí y para la patria por treinta días, pero para ti por toda la vida.»

18. Cuando otro le enseñó un escudo bellamente ornamentado dijo: «El escudo, oh joven, es bello, pero conviene que un hombre romano mantenga sus esperanzas más en la mano derecha que en la izquierda.»

19. A otro, al levantar una estaca de la empalizada y decir que era muy pesada, le dijo: «Muy probable, pues tu confías más en el leño que en la espada.»

20. Al ver el descuido de los enemigos, decía que compraba la seguridad con el tiempo; pues un buen general, como un médico, trata la curación con el hierro como última instancia. Y, ciertamente, atacó en el momento opor- E tuno y puso en fuga a los numantinos.

21. Cuando los ancianos reprochaban a los vencidos que habían huido de quienes tantas veces persiguieron, se cuenta que uno de los numantinos dijo que el ganado era ahora también el mismo, pero otro el pastor.

[43] *Ibid.*, y Pol., *Strateg.* VII 16, 2; Val. Máx., II 7, 1.

[44] Célebre alfarero, contemporáneo de Aristófanes. (Cf. Teofrasto, *Hist. pl.* V 3, 2.)

22. Después de haber tomado Numancia y desfilado triunfalmente por segunda vez, le surgió una discrepancia con Gayo Graco respecto al senado y a los aliados, y el pueblo, agraviado, le protestó en la tribuna de oradores, F pero él dijo: «Jamás el grito de guerra de los ejércitos me inquietó y menos el de una chusma, de quienes sé que Italia no es su madre, sino su madrastra» [45].

23. Cuando los hombres de Graco gritaban que se matase al tirano, dijo: «Probablemente quienes hacen la guerra a la patria quieran deshacerse antes de mí, pues no es posible que Roma caiga mientras esté Escipión, ni que Escipión viva cuando Roma caiga.»

Cecilio Metelo [46]

1. Cecilio Metelo, que quería introducir su tropa en 202A un lugar fortificado, como le dijera un centurión que con la sola pérdida de diez hombres tomaría el lugar, le preguntó si quería ser uno de los diez.

2. Al preguntarle un tribuno militar de los más jóvenes, qué iba a hacer, le contestó: «Si considerara que mi túnica lo sabe, me la quitaría y la echaría al fuego» [47].

3. A pesar de ser hostil a Escipión en vida de éste, cuando murió se entristeció, y ordenó a sus hijos que colaboraran en llevar el féretro, y dijo que por Roma agradecía a los dioses que Escipión no hubiera nacido en otro pueblo.

Gayo Mario [48]

1. Gayo Mario que procedía de una humilde familia, al llegar a la vida política por sus servicios militares, se anunció a sí mismo como candidato al edilato mayor. B Pero, al darse cuenta de que se quedaba atrás, aquel mismo día se alistó como candidato al edilato menor. Y como fracasara también en aquél, no por eso renunció a ser el primero entre los romanos [49].

2. Por tener varices en ambas piernas se sometió sin ser atado a una operación médica. Y sin gritar ni pestañear soportó con fortaleza la intervención. Pero cuando el médico se dirigía a intervenir la otra pierna, Mario no quiso, alegando que la curación no merecía el dolor.

---

[45] Cf. Pol., *Stratēg.* VIII 16, 5; Val. Máx., VI 2, 3.

[46] Fue pretor (148 a. C.), cónsul (143), procónsul en la Hispania Citerior (142), censor (131) y augur (140-115). Incorporó Macedonia como provincia de Roma, luchó contra los celtíberos en España, fue enemigo de los Gracos y mantuvo diferencias con Escipión, lo que no fue óbice para que le reconociera como un gran político. (Cf. Cic., *De am.* 21, 77, y *De off.* I 25, 87; Plin., *Hist. Nat.* VII 45, 144, y Val. Máx., IV 1, 12.)

[47] Cf. *Mor.* 506D, y Val. Máx., VIII 4, 5.

[48] General romano (157-86 a. C.). Luchó con Escipión en Numancia. Ganó prestigio en la guerra de Yugurta (rey de Numidia) al que venció y llevó prisionero a Roma. Fue tribuno militar y cuestor (121), tribuno de la plebe (119); no llegó a ser edil, pero en el 115 fue elegido pretor. En el 114 actuó como procónsul en la Hispania Ulterior. En el 107 fue elegido por primera vez cónsul, magistratura para la que se le eligió otras seis veces más. Reformó el ejército. Luchó contra los germanos y en África. Promulgó una serie de leyes que molestaron al partido aristocrático, por lo que encontró la oposición de Sila, jefe de dicho partido. Tras la victoria de Sila frente a Mitrídates en el Ponto, Mario tuvo que abandonar el poder, no sin antes haber embellecido Roma con lujosos edificios. En el año 86, poco antes de su muerte, fue elegido cónsul por séptima vez. (Cf. Plut., *Vida de C. Mario.* Algunas de las anécdotas contadas por Plutarco, han sido también referidas por Cic., *Tusc.* II 15, 35; *Pro Mil.* 4, 9 ss.; Plin., *Hist. Nat.* XI 104, 252; Val. Máx., V 2, 8, y VI 1, 12, y Frontino, *Stratēgémata* II 7, 12.)

[49] Plut., *Vida de C. Mario* V 408A, y Cic., *Pro Plancio* 21, 51.

3. En su segundo consulado, Lusio, su sobrino, maltrató a un joven del ejército de nombre Tribonio, y éste C lo mató. Como muchos lo acusaran, no negó haber matado al oficial, y dijo y mostró el motivo. En efecto, Mario ordenó traer la corona otorgada por las hazañas de supremo valor y la colocó sobre Tribonio.

4. Cuando estaba acampado frente a los teutones en un lugar con poca agua, como los soldados dijeran que tenían sed, les mostró un río que fluía próximo a la empalizada de los enemigos y les dijo: «Allí tenéis bebida comprable con sangre.» Ellos le exhortaron a que les llevara mientras tuvieran la sangre fluida y no cuando estuviera cuajada a causa de la sed.

5. En las guerras cimbrias proclamó ciudadanos romanos a mil hombres de Camerino que habían sido valien- D tes al margen de toda ley. A los que se quejaban les decía que no oía las leyes por el fragor de las armas.

6. En la guerra civil, al encontrarse cercado y asediado en una trinchera, se mantenía firme y aguardaba el momento propicio. Pompedio Silón le dijo: «Si eres un gran general, Mario, baja a luchar.» A lo que respondió: «Si tú eres un gran general, oblígame a luchar incluso cuando no quiero» [50].

Catulo Lutacio [51]

Catulo Lutacio, en la guerra cimbria, estaba acampado junto al río Atiso; los romanos, cuando vieron que los bárbaros lo cruzaban para atacar, retrocedieron, y éste, sin E poder contenerlos, se puso entre los primeros que corrían, para que no dieran la impresión de huir de los enemigos, sino de seguir a su general.

[50] Cf. Plut., *Vida de C. Mario* XXXIII 424D.

[51] Q. Lutacio Catulo, cónsul en el 102 a. C. con C. Mario, general en la guerra contra los cimbrios. Se distinguió también como historiador y orador. El suceso que aquí se narra tuvo lugar en el año 101 a. C.— El río Atiso es el actual Adigio, que entonces servía de frontera entre la Galia Cisalpina y la Venetia (*ibid.*, 418F).

Sila [52]

Sila, llamado «El Afortunado», tenía dos de las mayores fortunas, la amistad de Pío Metelo y el hecho de no haber asolado Atenas, sino de haber perdonado a la ciudad [53].

Gayo Popilio [54]

F

Gayo Popilio fue enviado a Antíoco con una carta del senado, que le ordenaba sacar de Egipto el ejército y no usurpar el reino de los hijos de Ptolomeo, que estaban huérfanos. Al aproximarse a él por el campamento, Antíoco de lejos lo saludó amistosamente, pero Popilio sin saludarle le entregó la carta. Cuando el rey la leyó, dijo que deli-

[52] L. Cornelio Sila (138-78 a. C.), jefe del partido aristocrático, fue nombrado por el senado general del ejército en la primera guerra póntica contra el rey Mitrídates. Declaró a Mario «enemigo público» y realizó numerosas proscripciones entre los miembros del partido popular. En el año 82 fue proclamado dictador (cf. Cic., *Leg.* III 5). Realizó diversas modificaciones en la administración romana y abolió algunas instituciones de marcado carácter popular, como las *frumentationes* o repartición de trigo (cf. Plut., *Vida de Sila*).

[53] *Ibid.*, VI 454D, y *Comparación de Lisandro y Sila* V 478B.

[54] Cónsul en el año 172 y en el 158 a. C. El episodio que aquí se narra sucedió en el 168 a. C. Hacen referencia a él Pol., XXIX 27; Apiano; *Hist. Rom. Guerras Sirias* 66; Liv., XLV 12; Cic., *Phil.* VIII 8, 23; Justino, *Hist. Phil.* XXXIV 3, y Val. Máx., VI 4, 3.

beraría y le daría la respuesta, pero Popilio trazó un círculo en torno a él con una rama y dijo: «Pues bien, mientras 203A estás aquí delibera y contesta.» Todos se asombraron de la sabiduría de este hombre y Antíoco acordó hacer lo decretado por los romanos; entonces Popilio lo saludó y lo abrazó.

LÚCULO [55]

1. Lúculo avanzaba en Armenia con diez mil hoplitas y mil jinetes contra Tigranes que poseía un ejército de ciento cincuenta mil hombres el día seis de Octubre, día en el que, años atrás, las fuerzas de Cepión fueron aniquiladas por los cimbrios. Como alguien dijera que los romanos temían y ofrecían sacrificios expiatorios aquel día, contestó: «Entonces hoy lucharemos con valor para convertir este día nefasto y triste en uno alegre y agradable a los romanos.»

2. Dado que sus soldados temían especialmente a los B acorazados, los exhortó a tener valor: «Pues es más trabajo despojar a éstos de sus armas que vencerlos.» Fue el primero en avanzar a la colina, y, al ver el movimiento de los bárbaros, gritó: «Hemos vencido, compañeros.» Y sin encontrar resistencia los persiguió. Perdió sólo cinco romanos que cayeron y mató a más de cien mil enemigos.

[55] General romano, amigo de Sila el dictador, comandante en jefe del ejército romano contra Mitrídates (tercera guerra). Fue cónsul en el 74. En el 69 venció a Tigranes. Apoyó a Cicerón contra Catilina. Murió en el 56. (Cf. PLUT., *Vida de Lúculo*.)

GNEO POMPEYO [56]

1. Gneo Pompeyo fue tan amado por los romanos cuanto odiado fue su padre. En su juventud se adhirió por completo al partido de Sila. Y sin ser oficial, ni pertenecer al senado, alistó en el ejército a muchos hombres de Italia. Cuando Sila lo llamó, dijo que no presentaría su tropa C al dictador sin botín y sin mancha de sangre. Y no fue antes de haber vencido en muchas batallas a los generales de los enemigos.

2. Cuando fue enviado como general a Sicilia por Sila, se dio cuenta de que los soldados en las marchas se desviaban para cometer actos de violencia y robar. A los que se apartaban sin razón y corrían de un lado a otro, los castigó y selló las espadas de los que eran enviados por él [57].

3. Estaba a punto de matar a todos los mamertinos D por haberse pasado al partido contrario. Pero Estenio, el jefe del partido popular, le dijo que no actuaba con justi-

[56] Cneo Pompeyo Magno (106-48 a. C.). Amigo y colaborador de Sila, tras su muerte se hace dueño de Roma como jefe del partido aristocrático. En el 72 somete España. En el 66 derrota a Mitrídates. Convirtió a Siria en provincia del Imperio Romano. En el 63 ocupó Jerusalén. En el 60, junto con Craso y César, formó parte del primer triunvirato. En el 55 fue elegido cónsul junto con Craso. En el 52 consiguió que el senado lo nombrara *consul sine collega*. Las discrepancias con César fueron inevitables, hasta el punto de declararlo «enemigo público». César, que estaba en la Galia, cuando se enteró, se presentó en Roma y obligó a Pompeyo a huir. Éste marchó a Grecia donde fue derrotado su ejército en Farsalia (48). Se refugió en Egipto y allí fue asesinado (cf. PLUT., *Vida de Pompeyo*).

[57] *Ibid.*, X 624A. Fue en el año 82 a. C. cuando fue enviado a Sicilia y recuperó la isla para Sila.

cia al castigar a muchos inocentes en lugar de al único responsable, y que éste era él, que había convencido a sus amigos y obligado a sus enemigos a elegir el partido de Mario. Pompeyo, asombrado, dijo que concedía el perdón a los mamertinos por haber sido persuadidos por un hombre tal que estimaba más la patria que su propia vida. Y liberó la ciudad y a Estenio.

4. Cruzó a Libia contra Domicio [58] y lo venció en una gran batalla. Como los soldados lo saludaran como comandante y jefe, dijo que no aceptaba el honor mientras E la empalizada de los enemigos estuviera en pie. Éstos, a pesar de la fuerte lluvia que los cubría, se lanzaron al ataque y destruyeron por completo el campamento.

5. Cuando regresó, Sila lo recibió amistosamente con muchos honores y fue el primero en llamarlo Magno. Él deseaba celebrar su triunfo, pero Sila no se lo permitió porque no pertenecía aún al senado. Como Pompeyo dijera a los presentes que Sila no sabía que más personas adoran al sol naciente que al poniente, gritó éste: «Que celebre su triunfo.» Servilio, aristócrata, se irritó y muchos solda- F dos lo apoyaron y reclamaron algunos privilegios por el triunfo. Cuando Pompeyo dijo que prefería renunciar al triunfo antes que halagar a aquéllos, Servilio dijo que ahora veía que Pompeyo era realmente grande y merecedor del triunfo [59].

6. Era costumbre en Roma entre los soldados de caballería, cuando habían cumplido en el ejército el tiempo reglamentario, llevar su caballo al foro ante los dos hombres que llaman censores y, después de enumerar sus campañas y los generales a cuyas órdenes habían servido,

[58] El año 81 a. C. (*ibid.*, XI-XII 624C-E).

[59] *Ibid.*, XIII-XIV 625, 626B, y *Mor.* 804F.

recibir el elogio o la censura, según conviniera. Pompeyo, 204A cuando era cónsul, llevó él mismo su caballo a los censores Gelio y Léntulo. Aquéllos le preguntaron, de acuerdo con la costumbre, si había servido en todas las campañas y él respondió: «En todas y a mis órdenes como comandante en jefe.»

7. Al apoderarse de los escritos de Sertorio en Iberia, entre los cuales había cartas de muchos generales que invitaban a Sertorio a Roma para una revolución y un cambio de gobierno, las quemó todas concediendo a los perversos la oportunidad de arrepentirse y de hacerse mejores.

8. Cuando Frates, el rey de los partos, le envió un mensajero, reclamando el derecho de establecer su frontera en el Éufrates, dijo que los romanos establecían como frontera ante los partos lo que era justo.

9. Lucio Lúculo, después de las campañas, se entregó B a los placeres y a una vida suntuosa y censuraba a Pompeyo que, según él, aspiraba a hacer muchas cosas que ya no eran de su edad. Pompeyo le contestó que, para un anciano, iba más contra su edad llevar una vida voluptuosa que gobernar [60].

10. Cuando estuvo enfermo, su médico le prescribió tomar tordo; quienes lo buscaron, no lo encontraron, pues no era la temporada, pero alguien dijo que se podía encontrar en casa de Lúculo, dado que los criaba durante todo el año. «Bien —dijo—, si Lúculo no llevase una vida de lujo, Pompeyo no podría vivir.» Permitió al médico marcharse y tomó cosas fáciles de procurarse.

11. En una época en que hubo en Roma una fuerte C escasez de grano, fue designado, de palabra, intendente del mercado, pero, de hecho, dueño de tierra y mar. Nave-

[60] Cf. Plut., *Vida de Lúculo* XXXVIII 518B, y *Mor.* 785E.

gó a África, a Cerdeña y a Sicilia y, después de reunir mucho grano, se apresuraba a volver a Roma. Pero, como se levantara una gran tormenta y los pilotos vacilaran, embarcó el primero, ordenó levar anclas y gritó: «Navegar es una necesidad, vivir no es una necesidad» [61].

12. Al descubrirse su discrepancia con César, Marcelino, uno de los que tenían fama de haber sido promovidos por Pompeyo, después de haberse pasado a César, habla- D ba mucho contra aquél en el Senado. Pompeyo le dijo: «¿No te avergüenzas, Marcelino, de vilipendiarme a mí, gracias a quien te convertiste de mudo en elocuente, y de ser un muerto de hambre en uno que vomita para comer de nuevo?»

13. A Catón que lo criticaba duramente, porque, cuando muchas veces predijo que el poder y el auge de César no era por el bien de la democracia, él se le oponía, le contestó: «Lo tuyo era más profético pero lo mío más amistoso» [62].

14. Al hablar con libertad sobre sí mismo, dijo que él había obtenido cada magistratura más deprisa de lo que él esperaba y que la había perdido mucho antes de lo que esperaban los demás.

15. Después de la batalla de Farsalia huyó a Egipto y cuando estaba a punto de pasar de una trirreme a una E barca pesquera que el rey le había enviado, se volvió a su mujer y a su hijo y no dijo sino aquello de Sófocles:

Quien comercia con un rey
es esclavo de aquél, por más que llegue como libre [63].

[61] Esto ocurrió en el año 57 a. C. Cf. Cic., *Cartas a Ático* IV 1, 7; Dión Casio, XXXIX 9, y Plut., *Vida de Pompeyo* XLIX-L.

[62] *Ibid.*, LX 651E, y *Vida de Catón el Joven* III 787D.

[63] Nauck, *Trag. Graec. Frag.*, *Sófocles*, núm. 789. Además de Plutarco (*Mor.* 33D, y *Vida de Pompeyo* LXXVIII 661A), Apiano, *Hist. rom. Guerras Civiles* II 84, y Dión Cas., XLIII 4, afirman que Pompeyo citó estos versos poco antes de morir.

Y cuando se hubo cambiado, se clavó una espada, y profirió un único lamento, y sin decir nada sino cubriéndose se entregó.

Cicerón [64]

1. Cicerón, el orador, era objeto de burla por su nombre. Sus amigos le aconsejaban cambiárselo, pero dijo que él haría a Cicerón más ilustre que los Catones, los Catulos y los Escauros [65].

2. Al ofrecer una copa de plata a los dioses, hizo grabar en la inscripción las letras de sus dos primeros nombres, pero en lugar de Cicerón hizo esculpir un garbanzo [66]. F

3. Decía que los oradores que daban grandes voces montaban por debilidad sobre el grito, como los cojos sobre el caballo [67].

4. Verres que tenía un hijo que no había hecho buen uso de su cuerpo en la juventud, criticaba a Cicerón de afeminamiento y lo trataba de depravado. Cicerón le dijo: «¿Desconoces que conviene criticar a los hijos dentro de las puertas de casa?» [68].

[64] Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.), el más destacado orador de la latinidad, que unió a sus dotes retóricas, las de filósofo, político y escritor. Plutarco escribió su vida y la puso en parangón con la de Demóstenes.

[65] Cf. Plut., *Vida de Cicerón* I 861C. Recuérdese que *scaurus* significaba «de pies torcidos» y *catullus* «cachorrillo».

[66] El nombre de Cicerón tiene su origen en la palabra latina *cicer* «garbanzo». Se cuenta que un ascendente del orador tenía en la nariz una verruga que parecía un garbanzo y por este motivo se le dio tal sobrenombre.

[67] Cf. Plut., *Vida de Cicerón* V 863C.

[68] *Ibid.*, VII 864C. Verres fue pretor de Sicilia y se caracterizaba por su codicia y ambición.

5. Al decirle Metelo Nepote: «Con tus testimonios has matado a más que has salvado con tus defensas», le con- 205A testó: «Sí, porque tengo mayor credibilidad que elocuencia» [69].

6. Cuando Metelo le preguntó quién era su padre, le respondió: «Esta contestación tu madre la ha hecho muy difícil.» Pues la madre de Metelo era licenciosa y el propio Metelo era ligero de cascos, inseguro y se dejaba arrastrar por sus impulsos [70].

7. Cuando murió Diódoto [71], el maestro de los oradores, Metelo colocó un cuervo de piedra sobre su tumba y Cicerón dijo que el tributo era justo, pues éste le había enseñado a volar, pero no a hablar.

8. Al oír que había muerto Vatinio, hombre muy diferente a él y malvado por demás, y saber después que B vivía, exclamó: «¡Mal muera quien tan mal ha mentido» [72].

9. A uno que parecía ser de raza africana y que decía que no escuchaba a Cicerón cuando hablaba, le dijo: «Ciertamente, no tienes la oreja sin agujerear» [73].

10. A Casto Popilio, que quería ser abogado, pero era un ignorante y un inepto, lo convocó como testigo a un juicio. Al alegar aquél que no sabía nada, le dijo Cicerón: «¿Pues crees tal vez que se te va a preguntar sobre leyes?» [74].

[69] *Ibid.*, XXVI 873F, y *Mor.* 541F. Metelo Nepote fue cónsul con Catón el año 62 a. C. y enemigo irreconciliable de Cicerón.

[70] PLUT., *Vida de Cicerón* 874B.

[71] Diódoto, filósofo estoico, fue también maestro de Cicerón. Murió hacia el año 60 a. C.

[72] *Vida de Cicerón* XXVI 873E.

[73] *Ibidem*, y *Mor.* 631D. Las orejas agujereadas eran un signo de esclavitud.

[74] En *Vida de Cicerón* XXVI 874A, se atribuye la misma anécdota a Publio Consta.

11. Al recibir Hortensio, el orador, como recompensa una esfinge de plata de parte de Verres, como Cicerón le dijera una indirecta, le replicó que él era inexperto en la resolución de enigmas, a lo que Cicerón le respondió: «Ciertamente, la esfinge está en tu casa» [75]. C

12. Al encontrarse a Voconio con tres hijas muy feas de cara, dijo en voz baja a sus amigos:

Sin permitirlo jamás Febo, engendró hijos [76].

13. Cuando Fausto, el hijo de Sila, por la cantidad de sus deudas publicó la lista de sus bienes para venta pública, dijo: «Me agrada esta lista más que la de su padre» [77].

14. Cuando Pompeyo y César se enemistaron, dijo: «Sé de quién huyo sin saber hacia quién huyo» [78].

15. Censuraba a Pompeyo por abandonar la ciudad e imitar a Temístocles más que a Pericles, cuando sus asuntos no eran semejantes a los de aquél, sino a los de éste [79].

16. Cuando se pasó a Pompeyo en un nuevo cambio de opinión, como le preguntara Pompeyo dónde había dejado a Pisón, su yerno, le respondió: «Con tu suegro» [80]. D

17. A uno que había cambiado del partido de César al de Pompeyo, y decía que por la prisa y la excitación

[75] *Ibid.*, VII 864D, y QUINT., *Inst. Or.* VI 3, 98.

[76] Cf. NAUCK, *Trag. Graec. Frag.*, *adespota*, núm. 378. Probablemente sea del *Edipo* de Eurípides.

[77] Cf. PLUT., *Vida de Cicerón* XXVII 874D, y CIC., *Cartas a Ático* IX 11. Se hace referencia a las listas de proscritos publicadas por Sila.

[78] PLUT., *Vida de Cicerón* XXXVII 879D, y CIC., *Cartas a Ático* VIII 7, 2.

[79] Cf. PLUT., *Vida de Pompeyo* LXIII 652F, y CIC., *Cartas a Ático* VII 11, 3, y X 8, 4.

[80] Pompeyo estuvo casado con Julia, hija de César.

había dejado el caballo detrás, le dijo que lo mejor lo había decidido respecto al caballo [81].

18. A uno que proclamaba que los amigos de César estaban sombríos, le dijo: «Hablas como si fueran hostiles a César.»

E **19.** Después de la batalla de Farsalia, cuando Pompeyo había huido, un tal Nonio dijo que entre ellos aún había siete águilas y por esto exhortaba a tener coraje. Le dijo Cicerón: «Bien aconsejarías si hiciéramos la guerra contra grajos.»

20. César, tras su victoria, levantó con honor las estatuas de Pompeyo que habían sido derribadas. Cicerón hablando de él dijo: «César al levantar las estatuas de Pompeyo se asegura las suyas» [82].

21. Tenía en tan alta estima el hablar bien y luchaba tanto por ello, que, fijado un pleito ante los centunviros, F cuando el día llegaba, al anunciarle su esclavo Eros que el caso se había pospuesto para el día siguiente, le concedió la libertad.

Gayo César [83]

1. Gayo César, cuando siendo aún joven huía de Sila, cayó en manos de unos piratas. En primer lugar, cuando

[81] Las dudas de Cicerón respecto a los partidos de César y Pompeyo son reflejadas por Plutarco en *Vida de Cicerón* XXXVII-XXXVIII.

[82] Cf. Plut., *Vida de Cicerón* XL 881D, *Vida de César* LVII 734E, y *Mor.* 91A; Suetonio, *Divus Iulius* 75.

[83] Gayo Julio César (100-44 a. C.). Estadista, militar y escritor. Formó parte, junto con Craso y Pompeyo, del primer triunvirato. Amplió considerablemente las fronteras de Roma. En el año 48 venció a Pompeyo en Farsalia. Un año más tarde venció a Farnaces, el hijo de Mitrídates, y en el 45 derrotó en Munda (España) a los hijos de Pompeyo, convirtiéndose así en el único dueño del vasto poder romano. En las *idus*

se le pidió una cantidad de dinero se rió de los ladrones por desconocer a quién tenían y acordó darles el doble; después, cuando se le vigilaba mientras reunía el dinero, ordenó que callaran y que le proporcionasen tranquilidad para dormir. Escribió discursos y poemas y se los leyó, y a los que no lo elogiaban lo suficiente los llamaba bárbaros insensibles y, riendo, los amenazaba con colgarlos, lo que incluso cumplió algo después. Pues cuando se trajo 206A el rescate y fue liberado reunió hombres y barcos de Asia, cogió a los piratas y los crucificó [84].

2. En Roma entró en competencia con Catulo, primero entre los romanos para el sumo sacerdocio [85], y, acompañado por su madre hasta las puertas, le dijo: «Madre, hoy tendrás un hijo, o pontífice máximo, o exilado.»

3. Repudió a Pompeya, su mujer, de la que se habían oído malos rumores en relación con Clodio; después, cuando Clodio fue acusado en un proceso por esto, y César fue citado como testigo, no dijo nada malo de su mujer. Al preguntarle el acusador: «Por qué, pues, la expulsaste?», le contestó que la mujer de César debía también estar B libre de sospecha [86].

4. Al leer las hazañas de Alejandro, lloró y dijo a sus amigos: «A esta edad había vencido a Darío y yo hasta ahora no he hecho nada.»

de marzo del año 44 fue asesinado por una conjuración republicana en el teatro de Pompeyo en Roma. (Cf. Plut., *Vida de César,* y Suet., *Divus Iulius.*)

[84] Cf. Plut., *Vida de César* I-II 708A-D; Suet., *Div. Iul.* 4, y Val. Máx. VI 9, 15.

[85] Fue elegido *Pontifex Maximus* en el año 63 a. C. Cf. Plut., *Vida de César* VII 710D, y Suet., *Div. Iul.* 13.

[86] Su separación de Pompeya tuvo lugar a finales del año 62 a. C. Plut., *Vida de César* X 712C, y *Vida de Cicerón* XXIX 875E; Dión Cas., XXXVII 45, y Suet., *Div. Iul.* 6 y 74.

5. Al pasar por un pobre y pequeño poblado en los Alpes y suscitar sus amigos la cuestión de si también allí habría disensiones y competencias por los primeros puestos, se detuvo y muy pensativo dijo: «Preferiría ser el primero aquí que el segundo en Roma.»

6. Decía que lo grande y atrevido de las acciones audaces exigía actuar, mas no reflexionar.

C

7. Al pasar el Rubicón de la provincia de la Galia contra Pompeyo, dijo ante todos: «La suerte está echada» [87].

8. Cuando Pompeyo huyó al mar desde Roma, y Metelo, que era eparco, impidió el deseo de César de tomar dinero del tesoro y cercó el tesoro, César amenazó con matarlo. Metelo quedó atónito, mas César le dijo: «Me es más difícil decir esto, jovenzuelo, que ejecutarlo» [88].

9. Como sus soldados fueran transportados lentamente desde Bríndisi a Dirraquio, embarcó, pasando inadvertido a todos, en una pequeña nave e intentó hacer la travesía marítima. Como la nave fuera abatida por el oleaje, reveló su identidad al piloto y gritó: «Confía en la suerte, pues sábete que llevas a César» [89].

D

10. En esta ocasión le fue impedida la travesía por ser fuerte la tormenta. Los soldados se reunieron en torno a él y estaban muy afectados de que esperase otras fuerzas

[87] El 10 de enero del año 49 a. C. Cf. Plut., *Vida de César* XXXII 723F, y Suet., *Div. Iul.* 32.

[88] Cf. Plut., *Vida de César* XXXV 725C, y *Vida de Pompeyo* LXII; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 41 y 138; Dión Cas., XLI 17, 2; Cic., *Cartas a Ático* X 4, 8, y Lucano, *Farsalia* 114 114-153. Esto sucedió cuando Pompeyo se marchó de Roma, huyendo de César, a Bríndisi.

[89] Pompeyo en su huida pasó de Bríndisi a Dirraquio y de aquí se hizo a la mar. Cf. *Mor.* 319B, y *Vida de César* XXXVIII 726D; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 57; Dión Cas., XLI 46; Suet., *Divus Iulius* 58; Lucano, *Farsalia* V 580, y Val. Máx., VIII 2.

por no confiar en ellos. Se dio la batalla y venció Pompeyo, pero éste no siguió adelante, sino que se retiró al campamento. César dijo: «Hoy la victoria fue para los enemigos, pero no tienen al hombre que sabe vencer» [90].

E

11. En Farsalia, Pompeyo dio orden a su infantería, una vez formada en orden de batalla, de que permaneciera quieta y a pie firme en su puesto y aguardara a los enemigos, pero César decía que cometió un error al sustraer a los soldados la tensión y la intensidad de un ataque con entusiasmo [91].

12. Cuando venció a Farnaces del Ponto en una incursión, escribió a sus amigos: «Llegué, vi, vencí» [92].

13. Después de la derrota y de la huida a África de los seguidores de Escipión, Catón se quitó la vida. César dijo: «Catón te envidio por tu muerte, pero también tú me envidiaste a mí por tu salvación» [93].

F

14. Algunos miraban con desconfianza a Antonio y a Dolabela y aconsejaron a César que fueran vigilados. Pero César dijo que él no temía a los menestrales ni a los que brillaban de ungüentos, sino a aquellos delgados y pálidos, y señaló a Bruto y a Casio [94].

[90] Cf. Plut., *Vida de César* XXXVIII-XXXIX 726-727B, y *Vida de Pompeyo* LXV 654A; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 62; Dión Cas., XLI 50, y Suet., *Div. Iul.* 36.

[91] Esta batalla tuvo lugar el 9 de agosto del 48. Cf. Plut., *Vida de César* XLIX 729B, y *Vida de Pompeyo* LXIX 656C; César, *Guerra Civil* III 92; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 79.

[92] Esta victoria la obtuvo en Zela en Asia Menor, en agosto del año 47 a. C. Cf. Plut., *Vida de César* L 731F; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 91; Dión Cas., XLII 48, y Suet., *Div. Iul.* 37.

[93] Cf. Plut., *Vida de César* LIV 733B, y *Vida de Catón el Joven* LXXII 794C; Apiano, *Hist. rom., Guerras Civiles* II 99, y Dión Cas., XLII 12.

[94] Cf. Plut., *Vida de César* LXII 737C, *Vida de Antonio* XII 921B, y *Vida de Bruto* VIII 987C.

15. Cuando en una cena surgió una conversación sobre cuál muerte era la mejor, dijo: «La repentina.»

César Augusto [95]

1. César, el primero en ser llamado Augusto, cuando aún era joven, pidió a Antonio los veinticinco millones del primer César asesinado que Antonio se había llevado de la casa del César a la suya propia. Quería devolver a los romanos la suma dejada por César, a saber, setenta y cinco dracmas a cada uno. Pero Antonio retenía el dinero 207A y le aconsejó que si estaba en sus cabales se olvidara de su petición. César anunció mediante heraldo su patrimonio paterno y lo vendió. Al restituir lo legado adquirió para sí la benevolencia de los ciudadanos y el odio para aquél [96].

[95] César Octavio Augusto (63 a. C.-14 d. C.). Hijo de una sobrina de César, se educó bajo la tutela de su tío abuelo que en su testamento lo nombró heredero universal. Formó con Marco Antonio y Lépido el segundo triunvirato (año 43), y unidos derrotaron a Bruto y Casio en Filipos. En el año 36 destituyó a Lépido que aspiraba al dominio absoluto de Sicilia. Marco Antonio, partidario de una política orientalizante, marchó a conquistar Egipto, pero, conquistado por Cleopatra, Octavio lo acusó de traición ante el Senado romano. La escuadra romana de Octavio venció en Actio a la escuadra egipcia el 2 de septiembre del año 31 a. C., y Egipto pasó a ser provincia romana. Octavio quedaba dueño absoluto de Roma. Asumió todas las magistraturas. Reorganizó la administración. Amplió las fronteras de lo que sería su Imperio. Puso paz en las provincias (la célebre «paz octaviana»). Embelleció Roma. Fue su época la Edad de Oro de la literatura romana. Su testamento y sus *res gestae*, el *Monumentum Ancyranum*, pueden leerse hoy todavía en el templo romano que se conserva en la actual capital turca, Ankara. La vida de Augusto escrita por Plutarco, se ha perdido, pero conservamos la biografía, *Augustus*, de Suetonio.

[96] Cf. Plut., *Vida de Antonio* XVI 922C-D, y *Vida de Bruto* XXII

2. Remetalces, rey de los tracios, que se había pasado de Antonio a César no se moderaba en la bebida, sino que se hacía odioso haciendo reproches a la nueva alianza. César bebió a la salud de uno de los otros reyes y dijo: «Yo amo la traición, pero no elogio a los traidores» [97].

3. Los alejandrinos, después de la conquista de la ciudad, esperaban sufrir lo peor, pero César subió a la tribuna, B situó junto a él a Arío de Alejandría y dijo que perdonaba a la ciudad, en primer lugar por su grandeza y belleza, en segundo por Alejandro, su fundador, y en tercero por Arío, su amigo [98].

4. Cuando le llegó la noticia de que Eros, el procurador de Egipto, compró una codorniz que había vencido a todas en la lucha y que era invicta, y que la había asado y se la había comido, lo hizo llamar y le incoó un proceso. Puesto que reconoció el hecho, ordenó clavarlo en el mástil de una nave.

5. En Sicilia designó a Arío en lugar de a Teodoro como gobernador. Al entregarle uno un papel en el que estaba escrito: «Teodoro de Tarso es un pelado o un ladrón, ¿qué piensas tú?» César lo leyó y escribió debajo: «Estoy de acuerdo.» C

6. De Mecenas, su confidente, recibía cada año en su cumpleaños una copa de regalo.

7. A Atenodoro [99], el filósofo que pidió que lo mandara a casa por su edad, se lo concedió. Pero, cuando Atenodoro se despidió de él, le dijo: «Cuando te irrites, Cé-

994B; Apiano, *Hist. rom.*, *Guerras Civiles* III 28; Dión Cas., XLV 3-5, y Suet. *Div. Iul.* 83.

[97] Cf. Plut., *Vida de Rómulo* XVII 28A.

[98] Cf. Plut., *Vida de Antonio* LXXX 955A, y Suet., *Aug.* 89.

[99] Filósofo estoico, nacido en Tarso. Dirigió durante algún tiempo la Biblioteca de Pérgamo. Desde el año 70 a. C. vivió en Roma.

sar, no digas ni hagas nada antes de haberte recorrido las veinticuatro letras del alfabeto.» César lo cogió de la mano y le dijo: «Aún necesito tu presencia», y lo retuvo un año entero, y dijo:

D *el premio del silencio es también seguro* [100].

8. Cuando oyó que Alejandro, a la edad de treinta y dos años, al haber realizado la mayor parte de sus conquistas, no sabía qué haría el resto de su vida, César se asombró de que Alejandro no considerara empresa más importante que conquistar la hegemonía, la de ordenar lo que había sometido.

9. Después de haber promulgado la ley sobre los adúlteros [101], en la que se fijaba cómo se debía juzgar a los acusados y cómo se debía castigar a los convictos, a continuación arrebatado por la cólera, golpeó con sus puños a un joven que había ultrajado a su hija Julia. Éste le E gritó: «Has establecido una ley, César.» Hasta tal punto se arrepintió que el día aquel rehusó la comida.

10. Cuando envió a su yerno Gayo a Armenia, suplicaba a los dioses que la popularidad de Pompeyo, la audacia de Alejandro y la suerte suya lo acompañaran [102].

11. Decía a los romanos que iba a dejar en el poder a un sucesor que no había reflexionado dos veces sobre el mismo asunto. Se refería a Tiberio.

12. Cuando intentaba calmar a los jóvenes de elevado rango social que alborotaban, como no le prestaban atención, sino que seguían alborotando, les dijo: «Jóvenes, es-

[100] Cf. EDMONDS, *Lyra Graeca*, II, fr. 69, pág. 322.

[101] Se refiere a la *lex Iulia de adulteriis coercendis*, cf. DIÓN CAS., LIV 16, 1 ss., y HOR., *Odas* IV 5, 21.

[102] Cf. *Mor.* 319D.

cuchad a un anciano a quien de joven los ancianos lo escuchaban» [103].

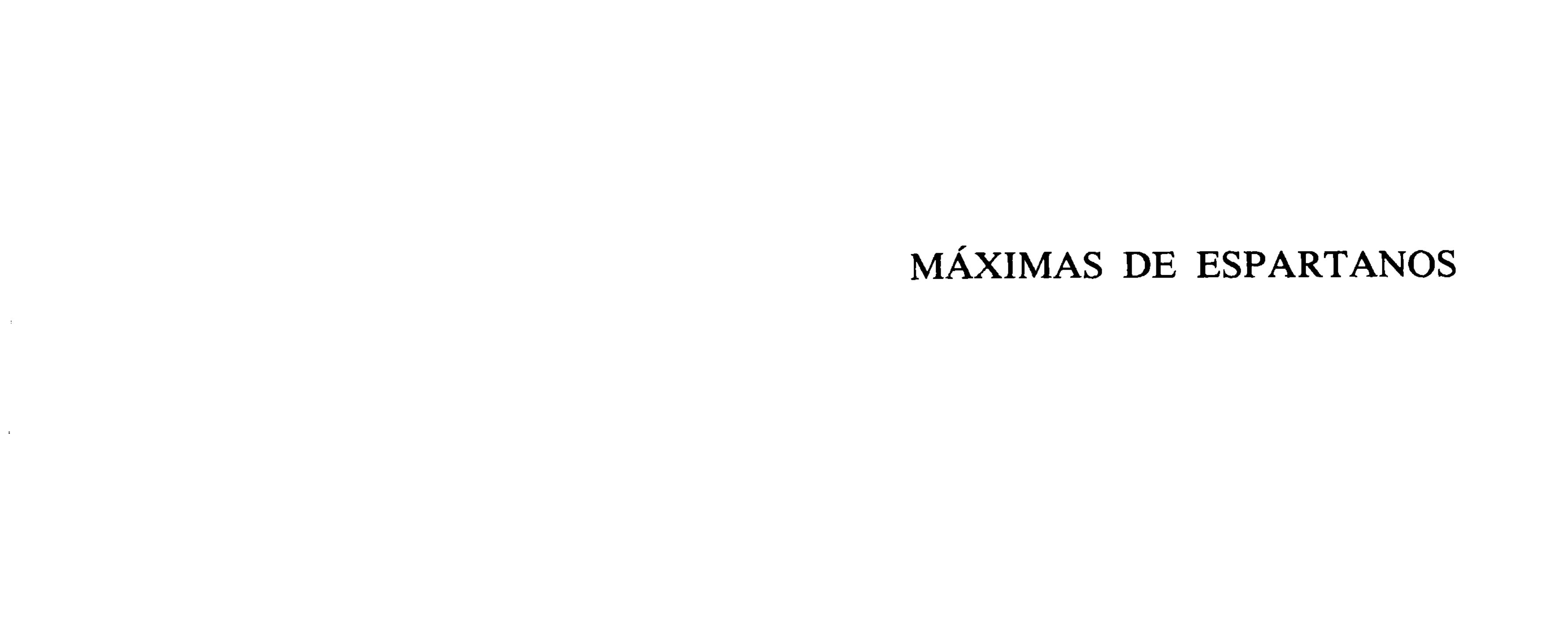
13. Como el pueblo ateniense, al parecer, hubiera F cometido una ofensa desde Egina escribió que pensaba que no les pasaría inadvertido que estaba enfadado; pues de otro modo no hubiera pasado el invierno en Egina. Pero ni dijo ni les hizo ninguna otra cosa.

14. Uno de los acusadores de Euricles que hablaba con libertad, sin contemplaciones y excesivamente, llegó a decirle algo así: «Si esto, César, a ti no te parece importante, ordénale que me repita el libro séptimo de Tucídides.» César, enfadado, ordenó detenerlo. Pero al informarse de que éste era el único descendiente de Brásidas, lo hizo llamar y después de amonestarlo moderadamente, lo dejó en libertad.

15. Cuando Pisón edificaba su casa cuidadosamente 208A desde los cimientos hasta el techo, le dijo: «Me alegro de que construyas así, como si Roma fuera a ser eterna» [104].

[103] *Ibid.*, 785D.

[104] Se trata, probablemente, de Cn. Calpurnio Pisón, que fue cónsul con Augusto el año 7 a. C.



MÁXIMAS DE ESPARTANOS

INTRODUCCIÓN

Constituye este escrito un compendio de cuatrocientas dieciséis máximas, trescientas cuarenta y cuatro de ellas pertenecen a sesenta y ocho ilustres personajes espartanos y las setenta y dos últimas son de personajes desconocidos. En ellas no oculta Plutarco su admiración por el pueblo de Agesilao y Licurgo, por su constitución política, por el tipo de vida de esta ciudad-estado y por las virtudes de sus ciudadanos. El criterio seguido en la presentación de personajes es estrictamente alfabético.

En lo que respecta a las fuentes, se ha de hacer notar que Plutarco fue un lector omnívoro y que, como él mismo confiesa en *Moralia* 457D y 464F, tenía el hábito de coleccionar todo tipo de anécdotas y de dichos o hechos célebres que llegaban a él, ya fuera por tradición oral, ya a través de sus múltiples lecturas. No dudamos que conocía bien los clásicos griegos, y que por su natural forma de pensar, quizá entre los historiadores sintiera una especial predilección por Jenofonte. Baste señalar las setenta y nueve anécdotas que relata de Agesilao, muchas de las cuales se recogen en la obra de Jenofonte que lleva por título el nombre de este monarca espartano.

El estilo de las *Máximas* es menos cuidado que el de las *Vidas* y otros escritos morales del autor, pues mientras en éstos evita rigurosamente el encuentro de vocales en hiato, no sucede lo mismo en los compendios de máximas. Ha de señalarse que en ocasiones aparece el dialecto dorio en las respuestas de los personajes espartanos.

En la tradición manuscrita sigue a este compendio el de *Antiguas costumbres de los espartanos* y el de *Máximas de mujeres espartanas*. Unidos los tres tratados resulta un conjunto de cuatrocientas noventa y ocho anécdotas de tamaño similar al compendio de *Máximas de reyes y generales*. Fue H. Stephanus quien, en su edición de 1572, los separó y les dio los títulos con los que hoy los conocemos. W. Nachstädt, Sieveking, Titchner, en la edición publicada en la Editorial Teubner (Leipzig, 1938), si bien respetan los títulos dados por Stephanus, los dejan en calidad de subtítulos y consideran los *Apophthégmata Lakoniká* como un todo subdivisible en tres partes diferentes, manteniendo así la tradición manuscrita.

Esta obra aparece con el número 169 en el «Catálogo de Lamprias.»

MÁXIMAS DE ESPARTANOS

AGASICLES [1]

1. Agasicles, rey de los espartanos, como alguien se asombrara de que, a pesar de ser aficionado a oír charlas, no admitiera al sofista Filófanes, le dijo: «Quiero ser discípulo de aquellos de quienes también me gustaría ser hijo.» 208B

2. A uno que planteaba cómo se podría gobernar con seguridad sin llevar guardia personal, le dijo: «Si uno gobernara a los suyos como los padres a sus hijos» [2].

AGESILAO EL GRANDE [3]

1. Agesilao el Grande fue elegido por sorteo maestro de ceremonias en una fiesta; al preguntarle el escanciador cuánto servía a cada uno, dijo: «Si hay preparado mucho vino, sirve cuanto cada uno pida; pero si hay poco, sirve a todos por igual.» C

[1] Rey espartano que reinó entre los años 590 y 560 a. C., en la época de la guerra de espartanos contra tegeatas (cf. PAUSANIAS, III 7, 6).

[2] Es un eco de HOMERO, *Od.* II 47.

[3] Cf. *Mor.* 190F y n. 163.

2. Como un malhechor recibiera torturas sin rechistar, Agesilao dijo: «¡Cómo un hombre por demás perverso alcanza fortaleza y perseverancia en actos vergonzosos y miserables!»

3. Como alguien elogiara a un orador por hacer grandes los asuntos pequeños, dijo que no era bueno un zapatero que pusiera zapatos grandes a un pie pequeño [4].

4. Como alguien le dijera: «Has asentido», y le repitiera muchas veces lo mismo, le contestó: «Sí, por cierto, si es justo, pero si no, lo dije, en efecto, pero no asentí.» D Y como añadiera: «Pero, ciertamente, los reyes deben llevar a término aquello en lo que dieran una señal de asentimiento con la cabeza» [5], le dijo: «No más que quienes se acercan a los reyes deben preguntar por lo justo y hablar, acertando el momento oportuno y adecuado para los reyes.»

5. Siempre que oía a algunos que elogiaban o vituperaban, consideraba que no era menos necesario informarse de las costumbres de los que hablaban, que de aquellos sobres quienes hablaban.

6. Cuando aún era niño, en la celebración de una fiesta gimnástica, el director de la danza le asignó un lugar sin distinción. Él obedeció, a pesar de estar ya destinado a E ser rey, y dijo: «Bien, demostraré que los lugares no distinguen a los hombres célebres, sino los hombres a los lugares» [6].

7. Como un médico le prescribiera una laboriosa curación, nada simple, le dijo: «No por los dos dioses, no está establecido que yo viva a toda costa, ni me voy a someter a todo.»

[4] Cf. *Mor.* 224C, y Cicerón, *De or.* I 54, 231.

[5] Adaptación de Hom., *Il.* I 527.

[6] Cf. *Mor.* 149A. En 219 la observación se atribuye a Damónidas, y Diógenes Laercio, II 73, la pone en boca de Aristipo.

8. Una vez estaba junto al altar de Atenea, la del Santuario de Bronce, sacrificando bueyes, y un piojo le picó, mas no se movió, pero lo cogió visiblemente delante de todos y lo mató mientras decía: «Por los dioses, ¡cuán agradable es matar al conspirador incluso junto al altar!»

9. En otra ocasión, al ver a un ratón arrastrado fuera F de un agujero por un muchacho que lo retenía, y cómo, después, el ratón se volvió, mordió la mano del que lo apresaba y huyó, Agesilao se lo hizo observar a los presentes y dijo: «Cuando el animal más pequeño se defiende así de los que delinquen, ¿qué pensáis que conviene que hagan los hombres?» [7].

10. Cuando quería presentar guerra al persa para liberar a los griegos de Asia, consultó el oráculo de Zeus en Dodona y, exhortándolo a ello, transmitió la respuesta oracular a los éforos. Éstos le aconsejaron que fuera a Del- 209A fos a preguntar sobre lo mismo. Fue, en fin, al oráculo y preguntó así: «Apolo, ¿eres de la misma opinión que tu padre?» Y como lo confirmara, fue así elegido general y comenzó la campaña [8].

11. Tisafernes, al principio, por temor a Agesilao hizo unos pactos en virtud de los cuales el rey le dejaría las ciudades griegas con autonomía. Después, empero, mandó venir un poderoso ejército del rey e hizo una declaración de guerra a Agesilao, a menos que se marchara del Asia. Agesilao aceptó con agrado la transgresión y se lanzó como para avanzar contra Caria. Y, cuando Tisafernes B hubo concentrado sus fuerzas allí, Agesilao levó anclas e invadió Frigia. Después de haber tomado la mayor parte

[7] Una anécdota parecida se atribuye a Brásidas en *Mor.* 79E, 190B y 219C.

[8] Cf. *Mor.* 191B, *supra.*

de las ciudades y mucho dinero dijo a sus amigos: «Delinquir, tras haber cerrado un pacto, es impío; pero engañar por un falso razonamiento al enemigo no es sólo justo y respetable, sino también agradable y provechoso» [9].

12. Al estar en desventaja de jinetes, regresó a Éfeso, e hizo una proclama entre los ciudadanos acomodados para que cada uno se canjeara a sí mismo por un hombre y un caballo, liberándose así de la milicia. De este modo se reunieron hombres y caballos aptos, en lugar de cobar- C des y ricos. Y dijo que emulaba a Agamenón, pues aquél, al recibir una buena yegua, liberó también a un hombre malo y rico de la milicia [10].

13. En cumplimiento de su orden de vender a los prisioneros desnudos, los que despachaban el botín así los vendían, y había muchos compradores de su ropa, pero se burlaban de sus cuerpos blandos y tiernos a causa de su vida a la sombra como de algo inútil e indigno de valor. Agesilao se levantó y dijo: «Esto es por lo que lucháis, éstos contra quienes lucháis.»

14. Después de haber derrotado a Tisafernes en Lidia y de haber matado a muchos de sus hombres se dirigió D contra el país del rey. Como éste le enviara dinero y le pidiera poner fin a la guerra, Agesilao le respondió que sólo la ciudad tenía el poder de la paz, que le agradaba más enriquecer a sus soldados, que ser rico él mismo, y que consideraba noble el que los griegos no aceptaran regalos de los enemigos, sino que adquirieran sus despojos [11].

[9] Cf. Plutarco, *Vida de Agesilao* IX 600C; Jenofonte, *Helénicas* III 4, 5 y ss., y *Agesilao* I 10; Cornelio Nepote, XVII, *Agesilao* 2 y 3; y Diodoro, XIV 79.

[10] Cf. *Mor.* 32F, y *Vida de Agesilao* IX 600D; Jen., *Hel.* III 4, 15, y *Ages.* I 24. La referencia es a Hom., *Il.* XXIII 296 y ss.

[11] Estos episodios sucedieron entre los años 396-4 a. C. Cf. Jen., *Hel.* III 4, 25, y *Ages.* IV 6, y Plut., *Vida de Agesilao* X 601A-B.

15. Cuando Megabates, hijo de Espitrídates, joven de aspecto muy bello, se le acercó para abrazarlo y besarlo por creer que era amado por él, Agesilao se apartó. Aquél cesó de frecuentarlo, y Agesilao fue en su busca. Sus amigos le dijeron que él era el causante por temer acercarse E al beso del hermoso joven, pero que si no actuaba con cobardía, aquél volvería. Agesilao se concentró en sí mismo durante no poco tiempo y, después de un largo silencio, dijo: «No es necesario que nosotros lo persuadamos, pues me parece que prefiero estar por encima de tales deseos, más que tomar por la fuerza la ciudad más poblada de los adversarios, ya que es mejor conservar la propia libertad de uno que privar a los demás de la suya» [12].

16. En casi todos los asuntos era muy exacto y legalista, pero en las cuestiones de sus amigos consideraba que era un pretexto el ser justo en demasía respecto a ellos. Hay, en efecto, una nota de él a Hidrieo el Cario, en la que intercede en estos términos: «Si Nicias no ha cometi- F do delito, déjalo en libertad; pero si lo ha cometido por mí, déjalo; de cualquier modo déjalo en libertad» [13].

17. Agesilao se mostraba, así, en la mayoría de los casos en favor de sus amigos. Pero también hay algún caso en que por la situación crítica consideraba mejor el bien público. Pues, una vez en que se dio un levantamiento de la acampada muy desordenado, abandonó a su amado enfermo, y como éste le suplicara y lo llamara con lágrimas, se volvió y dijo: «¡Cuán difícil es ser a la vez compasivo y sensato!» [14].

[12] Cf. Plut., *Vida de Agesilao* XI 602A, y *Mor.* 31C y 81A; Jen., *Ages.* V 4-5.

[13] Cf. *Mor.* 191B, y *Vida de Agesilao* XIII 603B.

[14] *Mor.* 191A, y *Vida de Agesilao* XIII 603C, en donde cita como fuente de la anéctoda a Jerónimo el Filósofo, refiriéndose, probablemen-

18. Llevaba un régimen de vida para su cuerpo que en nada era mejor al de los que estaban con él; se mantenía completamente alejado de la bebida y de la comida excesiva, y hacía del sueño no un dueño, sino un súbdito 210A de los acontecimientos; mantenía la misma actitud respecto al frío y al calor, de forma que sólo él hacía buen uso siempre de las estaciones; acampaba en medio de los soldados y su lecho no era mejor que el de otro [15].

19. Decía continuamente que convenía que el gobernante fuese superior a los particulares no en una vida fácil, sino en fortaleza y valentía.

20. En efecto, al preguntarle alguien qué ventajas habían reportado a Esparta las leyes de Licurgo, contestó: «Desdeñar los placeres.»

21. Al que mostraba su sorpresa por la sencillez de su vestido y alimentación y de los demás espartanos, le decía: «De este tipo de vida, extranjero, cosechamos la libertad.»

B **22.** Cuando alguien lo exhortaba a tomar un descanso y le decía que, por lo incierto de la fortuna, jamás encontraría momento de esto, le respondía: «Yo acostumbro a ejercitarme de modo que encuentro cambio en ningún cambio.»

23. Incluso cuando llegó a anciano siguió el mismo método; a uno que le preguntó por qué con un frío tan intenso iba a su edad sin manto, le contestó: «Para que los jóvenes tengan como ejemplo a imitar a los gobernantes más ancianos.»

te, al historiador Jerónimo de Cardia, autor de una historia de las hazañas de Alejandro.

[15] Plut., *Vida de Agesilao* XIV 603D; Jen., *Ages.* V 2, 3 y IX 5, y Corn. Nep., XVII, *Ages.* 5, 2.

24. Los tasios, cuando marchaba con el ejército por su país, le enviaron harina, gansos, dulces, pastas de miel, y todo tipo de alimentos y bebidas muy costosas; pero sólo C aceptó la harina y ordenó a quienes lo habían traído que se llevaran todo lo demás, ya que no les era útil para nada. Mas como le insistieran y le pidieran que aceptase todo, ordenó que esto se repartiera entre los hilotas. Al preguntarle el motivo, dijo: «A los que practican virtudes viriles no les es adecuado ocuparse en una glotonería así, pues lo que seduce a los esclavos es ajeno a los hombres libres» [16].

25. En otra ocasión los tasios, por considerar que habían sido muy beneficiados por él, le honraron con tem- D plos y deificaciones y le enviaron una embajada para informarle de esto; cuando leyó los honores que los embajadores le presentaban, preguntó si su patria podía deificar a los hombres. Como contestaran afirmativamente, dijo: «Ea, haceros dioses en primer lugar a vosotros mismos y, si podéis realizar esto, entonces creeré que también podéis hacer de mí un dios.»

26. Cuando los griegos de Asia decidieron por votación erigir imágenes de él en sus ciudades más prominentes, les escribió: «Que no haya ninguna imagen mía, ni pintada ni esculpida, ni construida» [17].

27. Al ver en Asia una casa techada con vigas cuadra- E das, preguntó al dueño si crecían en su país troncos cuadrados. Le dijo que no, sino redondos y le respondió:

[16] Esto se dice de Lisandro en Eliano, *Var. Hist.* III, 20. Cf. Ateneo, 657B: Corn. Nep., XVII, *Agesilao* 8, 3 y 4; y Plut., *Vida de Agesilao* XXXVI 616F.

[17] Cf. *Mor.* 191D.

«¿Pues, qué, si hubiesen sido cuadrados, acaso los hubieras redondeado?» [18].

28. Al preguntarle una vez hasta dónde llegaban las fronteras de Esparta, dijo blandiendo la espada: «Hasta donde esto llegue» [19].

29. Cuando otro intentaba saber por qué Esparta estaba sin murallas, señaló a los ciudadanos armados y dijo: «Éstos son los muros de los espartanos» [20].

30. A otro que deseaba averiguar lo mismo, le dijo: «No se deben fortificar las ciudades ni con piedras ni con F vigas, sino con las virtudes de sus habitantes.»

31. Aconsejaba a sus amigos que se afanaran en enriquecerse no con dinero, sino con valentía y virtud.

32. Cuando deseaba que un trabajo fuera rápidamente ejecutado por sus soldados, él mismo se aplicaba el primero a la vista de todos.

33. Se sentía enaltecido por el hecho de esforzarse más que ningún otro y por el de gobernarse a sí mismo más que por ser rey [21].

34. Al ver a un espartano cojo que salía a la guerra y buscaba un caballo, le dijo: «¿No te das cuenta que la guerra no tiene necesidad de los que huyen, sino de los que permanecen?» [22].

35. Cuando le preguntaron cómo había conseguido su gran reputación, dijo: «Despreciando la muerte.»

36. Al preguntarle uno por qué los espartanos lucha- 211A ban al son de las flautas, le dijo: «Para que cuando

[18] Cf. *Mor.* 227C, y *Vida de Licurgo* XII 47C.

[19] Cf. *Mor.* 190E (3), 217E (7), 218F (2), 229C (6) y 267C.

[20] Cf. *ibid.*, 217E y 228E (28), y *Vida de Licurgo* XIX 52B; PLATÓN, *Leyes* 778D, y DEMÓSTENES, *De Cor.* 299, 325.

[21] Cf. *Mor.* 198E (8). Se atribuye el mismo pensamiento a Catón.

[22] *Ibid.*, 217C y 234E; VALERIO MÁXIMO, III 7.

marchen a ritmo, los cobardes y los valientes sean evidentes» [23].

37. Como uno considerara dichoso al rey de los persas que, ciertamente, era muy joven, le dijo: «Ni siquiera Príamo a esa edad había sufrido ninguna derrota.»

38. Cuando hubo sometido a su poder a una gran parte del Asia, decidió marchar contra el mismo rey para que cesase de holgar y corromper a los jefes populares de los griegos [24].

39. Cuando fue requerido por los éforos a causa de la guerra suscitada en Esparta por los griegos, influidos por el dinero enviado por el rey persa, dijo que un buen gobernante debía ser gobernado por las leyes y zarpó de B Asia dejando un buen recuerdo de él a los griegos de allí [25].

40. Como la moneda persa tuviera estampado un arquero, dijo al levantar el campamento, que había sido expulsado de Asia por el rey junto con treinta mil arqueros; pues tal fue el número de daricos de oro llevado a Atenas y Tebas por medio de Timócrates y distribuido entre los jefes del partido popular, con lo que estos pueblos declararon la guerra a los espartanos [26].

41. Escribió en respuesta esta carta a los éforos:

«Agesilao saluda a los éforos:

»Conquistamos la mayor parte de Asia, expulsamos a los bárbaros y en Jonia establecimos muchos campamen-

[23] Cf. TUCÍDIDES, V 70; JEN., *Const. de Esparta* XIII 8; CIC., *Tusc.* II 16, 37, y VAL. MÁX., II 6, 2.

[24] Aunque hubo de desistir, reclamado por las guerras intestinas de Grecia, cf. PLUT., *Vida de Agesilao* XV 603E; y JEN., *Hel.* III 5, 1 y IV 1, 41, y *Ages.* I 7.

[25] Cf. PLUT., *Vida de Agesilao* XV 603E; JEN., *Hel.* IV 2, 1 ss., y *Ages.* I 36; y CORN. NEP., XVII, *Agesilao* 4, 1-4.

[26] Cf. PLUT., *Vida de Agesilao* XV 604C, y *Vida de Artajerjes* XX 1021D; JEN., *Hel.* III 5, 1.

C tos. Pero, puesto que me ordenáis, de acuerdo con el término fijado, presentarme, sigo a la carta o incluso casi me adelantaré a ella; ejerzo el gobierno no para mí, sino para la ciudad y los aliados; pues así un gobernante gobierna verdaderamente de acuerdo con la justicia, cuando también es gobernado por las leyes y los éforos o por quienes quiera que sean gobernantes en la ciudad.»

42. Cuando hubo cruzado el Helesponto y marchaba por la Tracia no requirió nada de los bárbaros, pero les enviaba legados para informarse de si atravesaba un terri- D torio amigo o enemigo. La mayoría lo recibieron amistosamente y le ayudaron, pero los llamados tralos, a quienes también Jerjes, según se dice, les ofreció regalos, pidieron a Agesilao como precio por atravesar su tierra cien talentos de plata e igual número de mujeres. Éste, empero, se burló de ellos y les preguntó que por qué no venían al punto para obtener esto. Hizo avanzar su ejército, se lanzó contra ellos que estaban alineados en orden de batalla, los puso en fuga y, después de haber matado a muchos, atravesó el país.

43. Envió a un mensajero para proponer al rey de los macedonios la misma cuestión. Como aquél le contestara que deliberaría, dijo: «Pues bien, que delibere, pero nosotros marcharemos.» El rey se asombró por su audacia y con temor ordenó que avanzara como amigo.

E **44.** Desde que los tesalios se aliaron con sus enemigos, devastaba su país. Envió, no obstante, a la ciudad de Larisa a Jenocles y a Escites para tratar de un acuerdo de amistad. Pero, al ser éstos capturados y detenidos, los demás lo llevaron muy a mal y consideraron que Agesilao debía acampar en torno a Larisa y asediarla. Pero éste dijo que no estaba dispuesto a perder a ninguno de sus dos

hombres ni a cambio de tomar toda Tesalia, y los recobró mediante un pacto con los enemigos.

45. Cuando se enteró de que había tenido lugar una F batalla en los alrededores de Corinto [27], y que sólo habían muerto unos cuantos espartanos, pero, en cambio, muchos corintios, atenienses y otros aliados suyos, no se le vio muy alegre ni alborozado por la victoria, sino que gimiendo profundamente exclamó: «¡Ay de Grecia, que ha matado ella misma a tantos hombres cuantos bastarían para vencer a todos los bárbaros!» [28].

46. Cuando los farsalios acosaron y maltrataron a su ejército, los puso en fuga con quinientos jinetes y erigió un trofeo al pie del monte Nartacio. Y esta victoria le enorgulleció sobre todas la otras, porque con su propio esfuerzo había formado el cuerpo de caballería y con éste solo superó a los que se enorgullecían de su arte de la equitación [29].

47. Al traerle Difridas [30] un mensaje de su ciudad de 212A que inmediatamente ocupase a su paso Beocia, y aunque él había pensado hacer esto más tarde con una preparación mejor, no desobedeció a los gobernantes. Hizo venir dos divisiones del ejército apostado cerca de Corinto e invadió Beocia. En Coronea venció en combate a tebanos, atenienses, argivos, corintios y a los dos pueblos locrios y, aunque su cuerpo estaba maltrecho por muchas heridas, fue ésta, según dice Jenofonte [31], la batalla más importante de las realizadas en su vida.

[27] En el año 394 a. C. Cf. Jen., *Hel.* IV 2, 18.

[28] Cf. *Mor.* 191A (6), y *Vida de Agesilao* XV 604F; Jen., *Hel.* IV 3, 1, y *Ages.* VII 4; Diod., XIV 86, y Corn. Nep., XVII, *Agesilao* 5, 2.

[29] Cf. *Mor.* 209B, y *Vida de Agesilao* XVI 605A; y Jen., *Hel.* IV 3, 3-9, y *Ages.* II 2 ss.

[30] Uno de los éforos.

[31] *Hel.* IV 15 ss., *An.* V 3, 6, y *Ages.* II 9-16. Cf. Plut., *Vida de*

48. Cuando regresó a su casa nada cambió ni en su vida ni en su forma de vivir a causa de sus éxitos y victorias.

B **49.** Al ver que algunos ciudadanos se creían ser alguien y se jactaban por tener cría de caballos, convenció a su hermana Cinisca a competir en los Juegos Olímpicos montada en un carro, pues quería demostrar a los griegos que tales cosas no son prueba de virtud, sino de riquezas y de recursos económicos [32].

50. Cuando tenía con él a Jenofonte, el filósofo, a quien trataba con gran consideración, le ordenó que hiciera venir a sus hijos a Esparta para educarlos, en la idea de que se les enseñaría la más bella de las lecciones, a gobernar y a ser gobernados.

C **51.** En otra ocasión, al preguntársele por qué los espartanos eran más afortunados que todos los demás, respondió: «Porque se ejercitan más que los demás en gobernar y ser gobernados» [33].

52. Después de la muerte de Lisandro, encontró formada una gran asociación que aquél, a su regreso de Asia, había organizado contra Agesilao, y se aplicó a demostrar qué clase de ciudadano había sido Lisandro en vida. Y, al leer un discurso que había quedado entre sus documentos, escrito por Cleón de Halicarnaso y que Lisandro había hecho suyo y se disponía a pronunciar ante el pueblo sobre una revolución y un cambio de gobierno, quiso sacarlo a la luz. D Pero, al leer el discurso uno de los ancianos, por temor a su rigor, le aconsejó no desenterrar

Agesilao XVII-XVIII 605A-F. Esta batalla tuvo lugar en agosto del 394 a. C.

[32] Cf. PAUS., III 8, 1 ss., 13, 1, y V 12, 5; JEN., *Ages.* III 9, 6, y PLUT., *Vida de Agesilao* XX 606D.

[33] Cf. *Mor.* 215C, *Vida de Licurgo* XXX 58C, y *Vida de Agesilao* I 596D; JEN., *Agesilao* II 16.

a Lisandro, sino, más bien, enterrar con él el discurso; obedeció y no hizo nada [34].

53. . A los que ocultamente se le oponían no les causó problemas abiertamente, sino que trataba de enviar siempre a algunos de ellos como generales y oficiales, y les mostraba, entonces, que en el poder habían sido malvados y ambiciosos. Después, cuando eran juzgados, los ayudaba y los defendía, y así los hacía aliados suyos y los atraía a su lado, de modo que no hubiera ninguna oposición.

54. Cuando uno le pidió que escribiera a sus amigos E de Asia, para conseguir lo justo, le dijo: «Mis amigos hacen lo justo por sí mismos, aunque yo no les escriba.»

55. Uno le mostraba la firme muralla de la ciudad, construida sólida en exceso, y le preguntaba si le parecía bien: «Sí, por Zeus —contestó—, bien no como para que habiten hombres en ella, sino mujeres» [35].

56. A un megarense que se ufanaba ante él de su ciudad, le dijo: «Tus palabras, joven, necesitan un gran apoyo» [36].

57. Lo que veía que otros admiraban, él parecía ni F darse cuenta de ello. Una vez Calípides [37], el actor de tragedias, que tenía nombre y reputación entre los griegos y era bien considerado por todos, se puso en primer lugar

[34] Cf. *Mor.* 229F, *Vida de Lisandro* XXIV 447D y XXX 450E, y *Vida de Agesilao* XX 606E.

[35] La misma idea en *Mor.* 190A, 215D, 230C, y VAL. MÁX., III 7.

[36] Normalmente esta observación se atribuye a Lisandro. Ahora bien, la idea originalmente fue expuesta por Adimanto a Temístocles en HERÓDOTO, VIII 61.

[37] Cf. *Mor.* 348E, y *Vida de Agesilao* XXI 607D; JEN., *Banquete* III 11; POLIENO, *Stratēg.* VI 10. Era famoso este actor por el impacto que causaban sus representaciones, aunque fue criticado por Aristófanes por su exageración.

frente a él y le dirigió la palabra. Después, se situó ostentosamente entre los que paseaban con él, y se exhibía pensando que el rey iniciaría una amigable conversación. Finalmente, le dijo: «¿No me conoces, oh rey, ni has oído quién soy?» Agesilao lo miró y le dijo: «¿No eres tú Calípides, el bufón?» Así llaman los espartanos a los actores.

58. Invitado a oír a uno que imitaba el canto del ruiseñor, se disculpó diciendo: «Se lo he oído al pájaro mismo muchas veces» [38].

213A **59.** Menécrates, el médico, a quien por su éxito en algunas curaciones desahuciadas se le dio el sobrenombre de Zeus, usaba de este título insoportablemente e, incluso, se atrevió a escribir a Agesilao en estos términos: «Menécrates Zeus al rey Agesilao, alegría.»

Agesilao sin leer el resto le respondió: «El rey Agesilao a Menécrates, salud» [39].

B **60.** Cuando Conón [40] y Farnabazo, que poseían el imperio marítimo gracias a la flota del rey, sitiaron la costa espartana, y la ciudad de los atenienses se amuralló con el dinero entregado por Farnabazo [41], los espartanos hicieron la paz con el rey [42]; enviaron al ciudadano Antálcidas a Tiribazo y entregaron al rey a los griegos de Asia, en favor de quienes Agesilao había hecho la guerra. De donde

[38] Cf. *Mor.* 191B y 231C, *Vida de Agesilao* XXI 607E, y *Vida de Licurgo* XX 52E.

[39] Cf. *Mor.* 191A 5.

[40] Almirante ateniense que vivía en la corte de Evágoras de Chipre y que con el oro persa organizó una flota.

[41] Este sátrapa persa entregó 50 talentos a Atenas, con lo que la ciudad reconstruye sus murallas, empieza a rehacer su poder naval y se alía con Tebas, Corinto y Argos contra Esparta.

[42] La Paz de Antálcidas o Paz del Rey se firmó en Sardes en el año 387 a. C. (cf. JEN., *Hel.* IV 8, 10, y V 1, 29).

le sucedió a Agesilao que no podía participar ni lo más mínimo en este asunto de tan mala reputación. Antálcidas era, en efecto, enemigo de él y a toda costa hizo la paz, en la idea de que la guerra enaltecía a Agesilao y lo hacía muy ilustre e importante.

61. También a un hombre que decía que los espartanos eran propersas, le respondió que, más bien, los persas eran proespartanos.

62. Al preguntársele en una ocasión cuál de las dos virtudes era mejor, si la valentía o la justicia, dijo que no era de ninguna utilidad la valentía si la justicia no estaba presente; y que si todos los hombres fueran justos, no habría necesidad de la valentía [43]. C

63. A los habitantes de Asia que tenían por costumbre dar al rey de los persas el título de «Grande», les dijo: «¿Por qué aquél es más grande que yo, si no es ni más justo ni más sensato?» [44].

64. Solía decir que los habitantes de Asia en tanto que libres eran malos, pero como esclavos buenos [45].

65. Al preguntársele cómo se podía llegar a alcanzar la mayor reputación entre los hombres, dijo: «Si se dice lo mejor y se hace lo más honroso.»

66. Acostumbraba a decir que un general debía tener audacia frente a los enemigos y benevolencia ante sus subordinados.

67. A uno que trataba de saber qué deben aprender los niños, le dijo: «Aquello que, cuando sean hombres, también les sea útil.» D

68. Cuando ejercía de juez en un proceso en el que el acusador hablaba bien, pero el acusado inhábilmente y

[43] Cf. *Mor.* 190F (3), y *Vida de Agesilao* XXIII 608F.

[44] Cf. *Mor.* 190F (2).

[45] *Ibid.* (1).

repetía a cada cosa: «Agesilao, es preciso que el rey custodie las leyes», le dijo: «Y si alguien te abre la casa o si alguien te roba el manto, ¿esperarías que el arquitecto o que el que te tejió el manto vinieran en tu defensa?»

69. Una vez concertada la paz, al traérsele una carta del rey de los persas, en la que el Persa junto con Calias, el espartano, le proponían una relación de hospitalidad y E amistad, no la aceptó y dijo que la devolvieran al rey, ya que no era necesario enviarle cartas a él personalmente; y que si el Rey se mostraba amigo de Esparta y benevolente respecto a Grecia, que también él con todo su poder sería su amigo; pero si era sorprendido en alguna maquinación, «ni aunque reciba muchas cartas, que no piense que me tendrá como amigo» [46].

70. Era extraordinariamente amante de los niños, y se cuenta que en casa jugaba con los niños pequeños y se montaba a horcajadas en una caña como si fuera un caballo. Al ser visto por un amigo, le pidió que no se lo dijera a nadie antes de llegar a ser él mismo padre de familia [47].

F **71.** Agesilao hacía la guerra continuamente a los tebanos y, herido en la batalla [48], cuentan que Antálcidas dijo: «Has recibido una bella recompensa de los tebanos por enseñarles a luchar cuando ni querían ni tenían ningún conocimiento de ello.» Pues se dice que realmente los tebanos llegaron a ser entonces más belicosos que los espartanos por las muchas campañas que éstos dirigieron contra ellos. Por esto el viejo Licurgo en las llamadas *Retras* prohibió que se hicieran muchas campañas militares contra los mismos pueblos, para que no aprendiesen a hacer la guerra.

[46] Cf. PLUT., *Vida de Agesilao* XXIII 608F; JEN., *Agesilao* VIII 3; EL., *Var. Hist.* X 20.

[47] Cf. PLUT., *Vida de Agesilao* XXV 610C, y EL., *Var. Hist.* X 20. VALERIO MÁXIMO (VIII 8) cuenta esta historia de Sócrates.

[48] Año 378 a. C., en la invasión de Beocia. Sobre esta anécdota, cf. *Mor.* 189F y 227C, *Vida de Agesilao* XXVI 610D, *Vida de Licurgo* XIII 47D, y *Vida de Pelópidas* XV 285D.

72. En una ocasión, cuando oyó que los aliados estaban enojados por las frecuentes campañas, como eran mu- 214A chos los que seguían a unos pocos espartanos, quiso mostrar el número de éstos y ordenó a todos los aliados sentarse mezclados unos con otros y a los espartanos aparte separados de los demás; entonces dio orden mediante heraldo de que, en primer lugar, se levantaran los alfareros, y cuando éstos estuvieron en pie, ordenó que se levantaran, en segundo lugar, los herreros, después los carpinteros y, a continuación, los albañiles, y así oficio por oficio; como resultado, casi todos los aliados quedaron en pie, pero ningún espartano. Pues les estaba prohibido ejercer un oficio y aprender trabajo artesanal alguno. Por esto dijo Agesilao con una sonrisa: «¡Mirad, hombres, cuántos más soldados nosotros enviamos de expedición que vosotros!»

73. En la batalla de Leuctra [49], al huir muchos espar- B tanos y quedar expuestos a las afrentas autorizadas por la ley los éforos, dándose cuenta de que la ciudad quedaba desierta de hombres y que necesitaba soldados, quisieron liberarse de la privación de derechos ciudadanos y observar las leyes. Eligieron como legislador a Agesilao. Éste se dirigió a la asamblea pública y dijo: «No podría haber sido legislador de otras leyes, pues a las que existen nada les añadiría ni quitaría ni cambiaría. Y es bueno que nues- C

[49] Año 371 a. C.; supuso esta batalla el término de la hegemonía espartana.

tras actuales leyes estén en pleno vigor a partir de mañana» [50].

74. A pesar de que Epaminondas regresó envuelto en una gran ola de clamor y los tebanos y los aliados le aclamaban por la victoria, no obstante Agesilao jamás le impidió la entrada a la ciudad ni le hizo retirarse, aun siendo pocos los que estaban en la ciudad [51].

75. En la batalla de Mantinea [52] ordenó a los espartanos que pelearan contra Epaminondas y se olvidaran de todos los demás, pues les dijo que sólo los hombres inteligentes son valientes y causa única de una victoria; si mataban a éste, fácilmente harían súbditos a todos los demás, D pues eran muy poco inteligentes y no valían nada. Y así sucedió. Porque, mientras la victoria estuvo con Epaminondas, también se dio la fuga del enemigo; pero, al volverse éste a exhortar a los suyos, un espartano lo hirió fatalmente, y cuando hubo caído, los de Agesilao, que habían huido, regresaron y consiguieron la disputada victoria, pues los tebanos se mostraron mucho peores y los espartanos mejores con mucho.

76. Cuando Esparta mantenía una tropa mercenaria y necesitaba dinero para la guerra, Agesilao fue a Egipto, invitado por el rey de los egipcios, por una remuneración. Por la sencillez de su vestido les pareció a los indígenas despreciable, pues esperaban que se vería al rey de Esparta E engalanado suntuosamente en su persona como el rey de Persia. Tal era la pobre opinión que tenían de los reyes.

[50] Cf. *Mor.* 191C (10), y *Vida de Agesilao* XXX 612F, en donde se explica cómo se podía castigar a los que se habían mostrado cobardes en el campo de batalla.

[51] Cf. Plut., *Vida de Agesilao* XXXI 613B; Jen., *Hel.* VII 5, 10; Diod., XV, y Corn. Nep., XVII, *Agesilao* 6, 1 ss.

[52] Año 362 a. C. Con la muerte de Epaminondas en esta batalla se desvanecía la hegemonía de la ciudad de Tebas.

Pero les mostró entretanto que la grandeza y la dignidad conviene adquirirlas con entendimiento y valentía [53].

77. Cuando se dio cuenta de que sus hombres estaban a punto de capitular por el temor del peligro que se avecinaba a causa del gran número de enemigos (eran doscientos mil) y el reducido número de los suyos, antes de dar F la orden de batalla decidió prevenirse con algo desconocido a los demás, y en su mano escribió VICTORIA de derecha a izquierda. Y, al coger el hígado que le dio el sacerdote, se lo puso en la mano escrita, lo retuvo durante bastante tiempo, mostrando vacilación y pretendiendo incertidumbre hasta que los caracteres de las letras, reabsorbidas por el hígado se grabaron en él. Entonces se lo mostró a los que se disponían a pelear, diciendo que los dioses habían manifestado la victoria a través de lo escrito. Creyeron, por esto, tener una prueba segura de superioridad y cobraron ánimo para la batalla [54].

78. Cuando los enemigos, gracias a su número, rodeaban su campamento con un foso, y Nectanabio, con quien se había aliado, insistía en salir y combatir, dijo que no obstacularizaría a los enemigos en su deseo de igualarse a ellos. Y cuando ya faltaba poco para terminar de cavar 215A el foso, en este espacio que quedaba entre los dos extremos ordenó la tropa y luchando de igual a igual puso en fuga a los enemigos, hizo una gran matanza con los pocos soldados que estaban con él y envió mucho dinero a la ciudad [55].

[53] Cf. Plut., *Vida de Agesilao* XXXVI 616B; y Corn. Nep., XVII, *Agesilao* 7, 2.

[54] Frontino, en *Stratēg.* I 11, 14, cuenta de Alejandro una anécdota parecida.

[55] Cf. *Mor.* 191C (11), y *Vida de Agesilao* XXXIX 618A, y Diod., XV 93.

79. Cuando en su viaje de regreso de Egipto le sobrevino la muerte, encargó a los suyos que no hicieran ninguna representación ni esculpida, ni pintada, ni retrato de su persona, «pues si he hecho alguna obra buena, éste será mi recuerdo. Y si no, ni todas las estatuas del mundo servirían, pues son obra de artesanos y de hombres sin ninguna dignidad» [56].

B

Agesípolis, hijo de Cleómbroto [57]

1. Agesípolis, hijo de Cleómbroto, cuando alguien dijo que Filipo devastó Olinto en pocos días, le replicó: «Por los dioses, no edificará otra ciudad así en muchos años.»

2. Al decir otro que, cuando era rey, fue hecho rehén junto con los que estaban en la flor de la edad, pero no sus hijos ni sus mujeres, respondió: «Con justicia, pues está bien que nosotros mismos paguemos nuestros propios errores.»

3. Como quisiera que se le enviaran de su casa unos C perros de caza y alguien le dijera: «No se les exporta», replicó: «Ni a los hombres antes tampoco, pero ahora sí.»

Agesípolis, hijo de Pausanias [58]

Agesípolis, hijo de Pausanias, como los atenienses lo invitaran a tomar a la ciudad de Mégara como árbitro de

[56] Cf. *Mor.* 191D (12).

[57] Fue rey de Esparta en los años 371-370 a. C. Cf. Pol., IV 35, 10.

[58] Fue rey de Esparta, desde el 394 a. C., fecha en que su padre Pausanias fue desterrado a Tegea hasta el 380 a. C., año en que murió cuando ocupaba Olinto, ciudad de relevancia política por ser la capital de la liga calcídica (cf. Diod., XIV 89 y XV 22 ss., y Jen., *Hel.* V 2, 3 ss.).

las discrepancias que tenían entre ellos, dijo: «Es vergonzoso, atenienses, que quienes han tenido la hegemonía de los griegos sepan menos de justicia que los megarenses.»

Agis, hijo de Arquidamo [59]

1. Agis, hijo de Arquidamo, al decirle en una ocasión los éforos: «Marcha con los jóvenes contra el país de éste; él mismo te conducirá a la ciudadela», dijo: «Y ¿cómo D puede ser bueno, éforos, confiar tantos jóvenes al que traiciona a su propia patria?» [60].

2. Al preguntarle qué ciencia se practicaba más en Esparta, dijo: «El saber gobernar y ser gobernado» [61].

3. Decía que los espartanos no preguntan cuántos son los enemigos, sino dónde están [62].

4. Al impedírsele, en Mantinea, entablar combate con los enemigos porque eran muchos más en número, dijo: «Es preciso que quien quiere gobernar a muchos luche contra muchos» [63].

5. Cuando uno preguntó cuántos espartanos había, dijo: «Cuantos son suficientes para mantener apartados a los malvados» [64].

6. Al pasar por las murallas de los corintios y ver que eran altas, con torres fortificadas y muy extensas, dijo: «¿Qué mujeres habitan el lugar?» [65]. E

[59] Véase n. 158 a *Mor.* 190C.

[60] En *Mor.* 191E (2) se atribuye la máxima a Agis III.

[61] Esta respuesta, en *Mor.* 212C (51), se pone en boca de Agesilao.

[62] Lo mismo en *Mor.* 190C (1).

[63] Lo mismo en *Mor.* 190C (2).

[64] Lo mismo en *Mor.* 190D (5).

[65] En *Mor.* 190A, se atribuye una contestación muy similar a Teopompo; en 212E, a Agesilao, y en 230C, a Pantedas.

7. Al decir un sofista: «La palabra es lo más importante de todo», le respondió: «Entonces, si tú estás en silencio, no tienes ningún valor.»

8. Cuando los argivos, después de la derrota, lo encontraron de nuevo más animoso, como viera a los aliados inquietos, les dijo: «Tened ánimo, hombres; pues, si cuando nosotros vencemos, tenemos miedo, ¿qué pensáis que harán los que han sido vencidos por nosotros?»

9. Al embajador de Abdera cuando terminó de pronunciar un largo discurso, como preguntara qué debía anunciar a sus ciudadanos, le dijo: «Que te escuché en silencio tanto tiempo cuanto necesitaste para hablar» [66].

F

10. A unos que elogiaban a los eleos, porque eran muy justos en la celebración de los Juegos Olímpicos, les dijo: «¿Qué hacen de importante o maravilloso si practican la justicia un solo día cada cuatro años?» [67].

11. A los que decían que algunos de los de la otra familia [68] le envidiaban, les dijo: «Sin duda, los propios males los afligirán y, además de esto, mi fortuna y la de mis amigos.»

12. A uno que le aconsejaba que debía dar un salvoconducto a los enemigos que desertaban, le dijo: «Si no luchamos contra los que huyen por cobardía, ¿cómo lucharemos contra los que se quedan por valentía?»

216A

13. Cuando alguien proponía para la libertad de los griegos acciones no faltas de nobleza, pero difíciles de realizar, le decía: «Tus palabras, amigo, necesitan un aval de poder y dinero» [69].

[66] Cf. *Mor.* 232E (2).

[67] *Ibid.*, 190C (3).

[68] Se refiere a la otra familia real, esto es, a la de los Agíadas, pues Agis II pertenecía a la de los Euripóntidas.

[69] Cf. *Mor.* 212E (56).

14. A uno que dijo que Filipo convertiría Grecia en un lugar infranqueable, le contestó: «Amigo, a nosotros nos es suficiente ir y venir en los límites de nuestra propia tierra.»

15. Un embajador que había venido de Perinto a Esparta pronunció un largo discurso; cuando cesó de hablar y preguntó a Agis qué debía comunicar a los de Perinto, le dijo: «¿Qué otra cosa sino que a duras penas cesaste de hablar, pero yo guardé silencio?»

16. Llegó como embajador único ante Filipo, y al decirle éste: «¿Qué es esto?, ¿vienes solo?», contestó: «Sí, pues vine a ver a uno solo.»

B

17. Al decirle uno de los de edad madura a él, ya anciano, cuando veía que las costumbres antiguas caían en desuso mientras otras dañinas se iban introduciendo, que todo se había trastocado en Esparta, le dijo con humor: «Si esto sucede, los acontecimientos marchan así de acuerdo con un curso lógico. Pues también yo, cuando era niño, oía a mi padre que todo se había trastocado, y me dijo que su padre, cuando él era niño, también le había dicho esto; de modo que no hay que asombrarse, si lo de después es peor que lo de antes, sino que lo sorprendente sería que de algún modo fuera mejor o igual.»

C

18. Cuando se le preguntó cómo uno podría permanecer hombre libre toda su vida, respondió: «Despreciando a la muerte» [70].

Agis, el joven [71]

1. Agis, el joven, cuando Demades dijo que los prestidigitadores se tragaban las espadas espartanas por lo pe-

[70] El mismo dicho se atribuye a Agesilao en *Mor.* 210F (35).

[71] Véase n. 169 a *Mor.* 191E.

queñas que eran, dijo: «Y, sin embargo, los espartanos alcanzan a los enemigos con sus espadas»[72].

2. A un hombre malvado que le preguntaba muchas veces quién era el mejor espartiata, le respondió: «El que menos se parezca a ti»[73].

AGIS, EL ÚLTIMO[74]

D Agis, el último rey de los espartanos, cuando fue hecho prisionero por una traición y condenado por los éforos sin juicio, en el momento en que era conducido a la horca vio llorar a uno de sus oficiales y le dijo: «Cesa de llorar por mí, hombre; pues, aunque muero así en contra de la ley y de la justicia, soy mejor que los que me matan.» Y una vez dicho esto, entregó voluntariamente su cuello a la horca[75].

ACRÓTATO[76]

Acrótato, cuando sus padres estimaron que debía cooperar con ellos en una acción injusta, hasta cierto punto

[72] Cf. *Mor.* 191E (1).

[73] *Ibid.*, 190D (4), se atribuye el mismo dicho a Agis II.

[74] Agis IV fue rey de Esparta entre los años 244 y 241 a. C. Se caracterizó por su política de reformas sociales. Fue condenado por Leónidas, el rey que compartía con él la diarquía, y sus propios éforos. (Cf. PLUT., *Vida de Agis.*)

[75] *Ibid.*, XIX-XX 803C.

[76] Hijo mayor del rey espartano Cleómenes II, luchó en Acragante contra el tirano de Siracusa, Agatocles. Murió joven, antes que su padre, y no llegó a acceder al trono de Esparta (cf. PAUS., I 13, 5, y III 6, 2, y DIOD., XIX 70, 4 ss.).

se les opuso, pero, como insistieran, les dijo: «Mientras estuve con vosotros, no tuve el menor conocimiento de justicia; pero, puesto que me entregasteis a la patria y a sus E leyes y, además, me instruisteis en la justicia y en la nobleza, en la medida que pudisteis, intentaré seguir esto más que a vosotros; y cuando me pidáis que haga lo mejor —y lo justo es lo mejor para un ciudadano particular y aún más para un gobernante— haré lo que me pedís; pero para lo que me proponéis, presentaré mis excusas.»

ALCÁMENES, HIJO DE TELECLO[77]

1. Alcámenes, el hijo de Teleclo, a uno que le preguntaba cómo se puede mantener un reino lo mejor posible, le dijo: «Si el lucro personal no se estima por encima de todo.»

2. A otro que intentaba averiguar por qué no aceptaba regalos de los mesenios, le dijo: «Si yo los aceptase, F sería imposible mantener la paz de acuerdo con las leyes.»

3. A uno que le dijo que llevaba una vida muy austera, siendo así que poseía una vasta fortuna, le dijo: «Es noble que quien posee mucho, viva de acuerdo con la razón y no según sus deseos.»

ANAXÁNDRIDAS[78]

1. Anaxándridas, el hijo de León, le dijo a uno que estaba muy disgustado por el exilio de la ciudad, que se

[77] Fue rey de Esparta en la primera mitad del siglo VIII a. C.

[78] Fue rey de Esparta *ca.* 560-520 a. C. (Cf. HDT. I 67, y V 39 ss., y PAUS., III 3, 5 ss.)

le impuso: «No temas el exilio de la ciudad, sino el de la justicia.»

2. A uno que decía cosas necesarias a los éforos, pero más de las suficientes, le dijo: «Amigo, donde no hay necesidad, tú la creas» [79].

3. Cuando alguien preguntó por qué ponían los campos en manos de los hilotas y no los cuidaban ellos mis- 217A mos, dijo: «Porque los adquirimos, no para ocuparnos de ellos, sino de nosotros mismos.»

4. A otro que afirmaba que la buena reputación es perjudicial y que quien se aparte de ella será feliz, le dijo: «Sin duda, los que cometen actos injustos, según tu razonamiento, serían felices, pues ¿cómo alguien que comete actos impíos o injustos podría preocuparse de su buena reputación?»

5. Al preguntar otro por qué los espartanos arriesgaban sus vidas audazmente en las guerras, le respondió: «Nos ejercitamos en tener respeto a la vida, y no como otros en temerla.»

6. Cuando uno le preguntó por qué los ancianos prolongaban los juicios de pena capital durante muchos días B y, aunque se fuera absuelto, se estaba aún no menos bajo auto de acusación, respondió: «Aplazan el fallo muchos días porque si se equivocan respecto a la pena capital, no les es posible rectificar; deberá, en cambio, estar bajo auto de acusación, porque, según esta ley, es posible tomar una decisión mejor» [80].

[79] Este mismo dicho lo atribuye PLUTARCO a León, padre de Anaxándridas, en *Vida de Licurgo* XX 52B.

[80] Cf. PLAT., *Ap.* XXVII 37A, y TUC., I 132.

ANAXANDRO, HIJO DE EURÍCRATES [81]

Anaxandro, hijo de Eurícrates, cuando uno le preguntó por qué no reunían el dinero en el tesoro público, le contestó: «Para que los que son sus guardianes no se corrompan.»

ANAXILAS [82]

Anaxilas, a uno que se asombraba de por qué los éfo- C ros no se levantaban ante los reyes a pesar de haber sido establecidos por ellos, le dijo: «Por la misma causa por la que también son éforos.»

ANDRÓCLIDAS [83]

Andróclidas, el espartano, con una pierna mutilada se alistó entre los combatientes. Como algunos insistieran en impedírselo, puesto que estaba mutilado, les dijo: «Pero yo no tengo por qué huir, sino que debo permanecer firme para luchar contra los que se me opongan.»

[81] Rey de Esparta, de la familia de los Agíadas. Reinó en la época de la segunda guerra mesenia (*ca.* 685 a. C.). Cf. HDT., VII 204, y PAUS., III 3, 4 y 14, 4; IV 15, 3; VIII 22, 5.

[82] Es probable que se trate de un rey espartano del siglo VII a. C., aunque con esta única máxima es difícil saber de quién se trata.

[83] PLUTARCO cita a un personaje de este nombre en *Vida de Licurgo* VIII 437C, pero es aventurado afirmar que se trate de la misma persona.

ANTÁLCIDAS [84]

1. Cuando Antálcidas era iniciado en los misterios de D Samotracia, al preguntarle el sacerdote cuál era la acción más terrible realizada en su vida, dijo: «Si alguna acción así ha sido realizada por mí, los dioses mismos lo sabrán.»

2. A un ateniense que llamaba a los espartanos ignorantes, le dijo: «Nosotros somos, en efecto, los únicos que no hemos aprendido nada malo de vosotros» [85].

3. A otro ateniense que le dijo: «Pues nosotros os hemos puesto muchas veces en fuga desde el Cefiso», le contestó: «Nosotros, en cambio, jamás os pusimos en fuga desde el Eurotas» [86].

4. Cuando se le preguntó cómo se puede agradar más a los hombres, contestó: «Si se conversa sobre las cosas más agradables y se les propone lo más útil.»

5. Cuando un sofista se disponía a leer un encomio E de Heracles, dijo: «¿Pues quién lo censura?» [87].

6. Cuando Agesilao fue herido en una batalla por los tebanos, le dijo: «Recibes la justa recompensa, por haber enseñado a combatir a quienes ni querían ni sabían.» Pues tenían fama de haber llegado a ser guerreros por las continuas campañas de Agesilao contra ellos [88].

7. Solía decir que las murallas de Esparta eran sus jóvenes y las fronteras las puntas de sus lanzas [89].

[84] Cf. n. 176 a *Mor.* 192B.

[85] Se repite la máxima de *Mor.* 192B (1).

[86] Lo mismo en 192C (2). El Cefiso es el río que pasa por Atenas y el Eurotas por Esparta.

[87] Lo mismo en 192C (3).

[88] *Ibid.*, 189F (5).

[89] *Ibid.*, 210E (28, 29 y 30). Es proverbial el ardor bélico de los espartanos.

8. Al que intentaba averiguar por qué los espartanos usaban en la guerra espadas cortas, le dijo: «Porque luchamos cerca de los enemigos» [90].

ANTÍOCO

Cuando Antíoco era éforo, al oír que Filipo ha- F bía dado su tierra a los mesenios, le preguntó si también les había hecho entrega del poder para mantener por la lucha el dominio de aquella tierra [91].

AREO [92]

1. Areo, cuando algunos elogiaban no a sus propias mujeres sino a las de los demás, dijo: «Por los dioses, no se debería hablar a la ligera de bellas y nobles mujeres, sino que éstas, como quiera que fueren, deberían ser absolutamente desconocidas, excepto únicamente para los que conviven con ellas» [93].

2. Cuando en una ocasión pasaba por Selinunte de Sicilia, al ver inscrito en un monumento funerario el siguiente dístico elegíaco:

[90] *Ibid.*, 191E (1) y 216C (1).

[91] Repetición de *Mor.* 192B.

[92] Areo I, fue rey de Esparta del 309 al 256 a. C. Llevó a cabo una sublevación de Grecia contra Antígono Gónatas (281), liberó a Esparta del asedio de Pirro (272). Murió en el 265 en Corinto cuando luchaba por liberar Atenas del asedio de Antígono. (Cf. PLUT., *Vida de Pirro* XXVII 2, XXIX 11, XXX 4 y XXXII 4, y PAUS., I 13, 6 y III 6, 3 ss.)

[93] Cf. *Mor.* 220D y 242F. La misma idea se encuentra en TUC., II 45.

A éstos que intentaban extinguir una tiranía el broncíneo Ares se los llevó. En las puertas de Selinunte murieron,

dijo: «Con justicia habéis muerto en vuestro intento de extinguir una tiranía que estaba ardiendo. Pues, por el contrario, debíais haberla dejado que ella sola se consumiera por completo» [94].

Aristón [95]

218A 1. Cuando uno elogiaba la máxima de Cleómenes, porque, al preguntársele qué debía hacer un buen rey, contestó: «Favorecer a sus amigos y hacer mal a sus enemigos», Aristón dijo: «¿No sería mejor, mi buen amigo, favorecer a los amigos y a los enemigos hacerlos amigos?» Esta máxima atribuida por todos a Sócrates [96], también se cuenta de Aristón.

2. A uno que preguntaba cuántos espartanos había en total, le dijo: «Tantos cuantos son suficientes para mantener apartados a los enemigos» [97].

3. Cuando un ateniense leía un elogio funerario de B los que murieron en manos de los espartanos, dijo: «¿Cómo piensas, pues, que son los nuestros que han vencido a éstos?»

[94] Esta anécdota la repite PLUTARCO en *Vida de Licurgo* XX 52E.

[95] Rey de Esparta, aproximadamente entre los años 560-510 a. C.

[96] Cf. PLAT., *Rep.* I 9, 335B ss., *Crit.* X 49A ss., y *Gorg.* 469A-B y 475B-D, en donde se sostiene que, en cualquier caso, es mejor padecer la injusticia que cometerla.

[97] La misma frase se le atribuye a Agis en *Mor.* 190D (5).

Arquidámidas

1. Arquidámidas dijo al que elogiaba a Cárilo porque era amable con todos por igual: «¿Cómo se le puede elogiar en justicia, si es amable también con los malvados?» [98].

2. A uno que censuraba a Hecateo, el sofista, porque, invitado a su convite, no dijo palabra, le replicó: «Me parece que ignoras que quien sabe hablar, conoce también el momento oportuno de hacerlo» [99].

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo [100] C

1. Arquidamo, el hijo de Zeuxidamo, cuando uno le preguntó quiénes estaban al frente de Esparta, respondió: «Las leyes y los principios acordes con las leyes.»

2. A uno que elogiaba a un citarista y estaba asombrado por su destreza, le dijo: «Amigo, ¿qué honor no concederás tú a los hombres honrados cuando elogias así a un citarista?»

3. Cuando uno, al presentarle a un tañedor de lira, le dijo: «Éste es un buen músico», le replicó: «Y entre nosotros éste es un buen cocinero de sopa», en la idea de que en nada difiere el procurar placer mediante el sonido de instrumentos al procurarlo por la preparación de sopa D y alimentos [101].

4. Cuando uno le prometió que le haría el vino agradable al paladar, le dijo: «¿Para qué?, pues se gastará más y hará menos útiles los banquetes viriles» [102].

[98] Cf. *Mor.* 55E y 537D.

[99] Aparece esta anécdota también en la *Vida de Licurgo* XX 52C.

[100] Cf. n. 155 a *Mor.* 190A.

[101] Cf. *Mor.* 223F (15).

[102] *Ibid.*, 240D (2).

5. Cuando acampando cerca de Corinto vio unas liebres que subían desde un lugar por la muralla, dijo entonces a sus soldados: «Nuestros enemigos son fáciles de conquistar» [103].

6. Como dos personas lo aceptaran como árbitro, los condujo al recinto de Atenea la del Santuario de Bronce y les hizo jurar que permanecerían fieles a su fallo; y, cuando aquéllos así lo hubieron acordado, les dijo: «Pues bien, E yo resuelvo que vosotros no saldréis del recinto antes de que hayáis resuelto vuestras discrepancias.»

7. Cuando Dionisio, tirano de Sicilia, envió costosos vestidos a sus hijas, no lo aceptó y dijo: «Temo que las niñas así ataviadas me parezcan feas» [104].

8. Al observar que su hijo luchaba impetuosamente contra los atenienses, dijo: «O añade a tu fuerza o quita a tu coraje.»

Arquidamo, hijo de Agesilao [105]

1. Arquidamo, el hijo de Agesilao, como Filipo le escribiera después de la batalla de Queronea [106] una carta F muy dura, le contestó por escrito: «Si midieras tu sombra, no la encontrarías mayor que antes de la victoria.»

2. Al preguntársele cuanto territorio dominaban los espartanos, dijo: «Cuanto alcanzan con su lanza» [107].

3. A Periandro, el médico, muy distinguido en su profesión y alabado en grado sumo, pero que escribía poemas

[103] Un dicho muy similar se atribuye a Lisandro en *Mor.* 190E (4) y 229 (9).

[104] *Ibid.,* 190E (1).

[105] Véase n. 168 a *Mor.* 191E.

[106] 338 a. C.

[107] En *Mor.* 210E (28) se atribuye esta respuesta a Agesilao.

muy malos, le dijo: «¿Por qué te empeñas, Periandro, en que en lugar de hábil médico se te llame mal poeta?»

4. Cuando algunos aconsejaban en la guerra contra Filipo que se debía entablar combate lejos de la patria, dijo: «No hay que mirar esto, sino dónde seremos en la batalla superiores a los enemigos.»

5. A quienes lo alababan cuando ganó la batalla [108] contra los de Arcadia, les dijo: «Mejor hubiera sido si hubiéramos vencido por la inteligencia más que por la fuerza.»

6. Cuando invadió Arcadia, al enterarse de que los 219A eleos los ayudaban, les escribió esta carta: «Arquidamo a los eleos: noble cosa es la quietud.»

7. Cuando los aliados en la guerra del Peloponeso intentaban saber cuánto dinero sería suficiente y consideraban que se había de poner un límite a los impuestos, dijo: «La guerra no se nutre de raciones fijas» [109].

8. Al ver un dardo lanzado por una catapulta traída entonces por primera vez de Sicilia, exclamó: «Por Heracles, el valor del hombre ha desaparecido» [110].

9. Cuando los griegos no quisieron obedecerlo en romper los acuerdos con los macedónicos Antípatro [111] y Crátero y ser libres, en la idea de que los espartanos serían B más duros que los macedonios dijo: «Una oveja siempre emite el mismo sonido, pero un hombre tiene muchas y diferentes maneras de expresarse hasta realizar lo pensado.»

[108] Dirigió la expedición contra Arcadia, en lugar de su padre que estaba muy enfermo, y obtuvo allí la victoria en el 367 a. C. (Cf. Jen., *Hel.* VII 1, 28-32, y Plut., *Vida de Agesilao* XXXIII 614E.)

[109] En *Mor.* 109A se atribuye este dicho a Arquidamo II, a quien, sin duda, pertenece, ya que fue él quien participó en la guerra del Peloponeso.

[110] Cf. *Mor.* 191D.

[111] No hay acuerdo cronológico entre Antípatro y Arquidamo, tercero de tal nombre, pues éste murió el 338 a. C.

Asticrátidas

A Asticrátidas, cuando después de ser derrotado Agis, su rey, en la batalla contra Antípatro, cerca de Megalópolis [112], alguien le dijo: «¿Qué haréis, espartanos?, ¿os someteréis por ventura a los macedonios?», respondió: «¿Qué?, ¿acaso podría Antípatro impedir que nosotros muriéramos en defensa de Esparta?»

Bías

C Cuando Bías fue capturado en una emboscada por Ifícrates [113], el general ateniense, al preguntarle los soldados qué había que hacer, respondió: «¿Qué otra cosa podéis hacer vosotros, sino salvar vuestras vidas y yo morir en la lucha?»

Brásidas [114]

1. Brásidas cogió un ratón entre unos higos, pero, al recibir un mordisco, lo soltó; después dijo a los presentes: «No hay nada tan pequeño que no pueda salvarse, si osa defenderse de quienes lo atacan» [115].

2. En una batalla fue alcanzado por una lanza que traspasó su escudo y, al extraer de su herida la punta de D la lanza, con ella misma mató a su enemigo; y, al preguntársele cómo fue herido, respondió: «El escudo me traicionó» [116].

3. Al salir para la guerra, escribió a los éforos: «Cuanto quiero, lo haré en la guerra o moriré.»

4. Cuando sucedió que cayó mientras intentaba liberar a los griegos de Tracia, los embajadores enviados a Esparta fueron a visitar a su madre Argileónide. Preguntó, en primer lugar, si Brásidas había muerto honorablemente y, como los tracios lo elogiaran y dijeran que no había otro como él, replicó: «Nos desconocéis, amigos; pues Brásidas era un hombre honrado, pero Esparta tiene muchos E que son mejores que él» [117].

Damónidas

Damónidas, al ser colocado en el último puesto del coro por el que lo dirigía, dijo: «Bien, corego, has descubierto cómo también este mismo lugar que no tiene ningún honor puede convertirse en un sitio de honor» [118].

Dámide

Dámide dijo respecto a lo ordenado por Alejandro de que se votara su deificación: «Concedamos a Alejandro, si lo quiere, que se le llame dios» [119].

[112] En el año 331 a. C.
[113] Véase n. 130 a *Mor.* 186F.
[114] Véase n. 156 a *Mor.* 190B.
[115] Idéntico a *Mor.* 190B (1).
[116] Casi idéntico a *Mor.* 190B (2).
[117] Casi idéntico en *Mor.* 190b (3) y 240C, y *Vida de Licurgo* XXV 55D.
[118] Lo mismo en *Mor.* 191F.
[119] Cf. El., *Var. Hist.* II 19.

Damindas

F Damindas, cuando Filipo invadió el Peloponeso, como alguien dijera: «Los espartanos corren el riesgo de sufrir terriblemente, si no pactan con él», exclamó: «Mujerzuela, ¿qué cosa terrible vamos a sufrir, si despreciamos la muerte?»

Dercílidas

Dercílidas, cuando Pirro tenía su ejército cerca de Esparta [120], fue enviado a él en calidad de embajador. Como Pirro le ordenase que recibieran a su rey Cleónimo o que se enterarían de que ellos no eran más valientes que los demás, lo interrumpió y le dijo: «Si es un dios, no lo tememos, pues no hemos cometido injusticias; y si es un hombre, seguro que no es superior a nosotros.»

Demárato [121]

1. Demárato, como Orontes le hablara con dureza y 220A alguien le dijera: «Demárato, Orontes te ha tratado ásperamente», contestó: «No ha cometido ninguna falta contra

[120] En el 272 a. C.

[121] Rey de Esparta, de la familia de los Euripóntidas, desde *ca.* 510 a. C. Compartió la diarquía con Cleómenes, quien, a causa de las discrepancias entre ambos y con ayuda de los éforos, logró deponerlo en el 491 a. C. (cf. Hdt., VI 61 ss.). Marchó, entonces, a Persia, donde fue acogido por Darío I, quien tenía la política de atraerse a la aristocracia y favorecer las luchas intestinas de las ciudades griegas con el fin de facilitar la expansión de su poder.

mí, pues son los que hablan por adulación quienes me ofenden, y no quienes hablan con enemistad.»

2. Al preguntarle alguien por qué entre ellos deshonraban a quienes tiraban los escudos, y, en cambio, no a los que arrojaban los yelmos y las corazas, contestó: «Porque se revisten de esto para su propio beneficio, pero del escudo en beneficio del frente común.»

3. Al oír a un músico, dijo: «Me parece que no parlotea mal.»

4. Al preguntársele en una reunión si guardaba silencio por necedad o por falta de palabras, dijo: «Un necio B no podría guardar silencio» [122].

5. Cuando uno le preguntó por qué estaba exilado de Esparta, siendo así que era rey, le respondió: «Porque sus leyes son más poderosas que yo.»

6. Como un persa con su continua venalidad sedujera a su amado y le dijera: «Espartano, he cautivado a tu amado», le contestó: «Por los dioses, tú no, sino que, más bien, lo has comprado.»

7. Cuando un persa desertó del rey y fue persuadido por Demárato a cambiar de opinión y regresar, como el rey se dispusiera a ejecutarlo, dijo: «Es vergonzoso, majestad, que cuando era enemigo tuyo no pudieras darle castigo por su deserción, y que lo mates, en cambio, cuando C ha vuelto a ser amigo.»

8. A uno que era un parásito del rey y que se burlaba con frecuencia de su exilio, le dijo: «No discuto contigo, amigo; pues he consumido la función de mi vida.»

[122] En *Mor.* 503F, se atribuye a Bias una observación similar.

Écprepes

Écprepes, un éforo, cortó con una azuela dos de las nueve cuerdas de Frínide, el músico, mientras decía: «No dañes la música» [123].

Epéneto

Epéneto decía que los mentirosos eran causantes de todas las faltas e injusticias.

D

Eubedas

Eubedas, al oír que uno elogiaba a una mujer de otro, no lo pudo soportar y dijo: «Entre los ajenos a la familia no se debiera tener absolutamente ninguna conversación sobre la naturaleza femenina» [124].

Eudámidas, hijo de Arquidamo [125]

1. Eudámidas, el hijo de Arquidamo, y hermano de Agis, al ver a Jenócrates, ya anciano, en la Academia que discutía sobre temas filosóficos con sus amigos, preguntó quién era el viejo. Como alguien le dijera que era un sabio y que buscaba la virtud, replicó: «¿Cuándo la pondrá en práctica si ahora la busca?» [126].

[123] Cf. Plut., *Vida de Agis* X 799F.

[124] La misma idea en *Mor.* 217F.

[125] Véase n. 175 a *Mor.* 192A.

[126] Cf. *Mor.* 192A (1).

2. Al oír a un filósofo que argumentaba que sólo el hombre sabio es un buen general, dijo: «El discurso es admirable, pero el orador no es de fiar, pues no ha estado en medio del fragor de trompetas» [127]. E

3. Después de haber expuesto Jenócrates su tesis y haber terminado de hablar, se presentó Eudámidas. Como alguno de los suyos dijera: «Cuando nosotros llegamos, entonces acaba», le replicó: «Bien está, si ya dijo todo lo que necesitaba.» Pero al decir el otro: «Hubiera estado bien oirle», le contestó: «Si visitáramos a uno que ya ha cenado, ¿estimaríamos oportuno que volviera a cenar de nuevo?»

4. Al preguntarle alguien por qué, después que los ciudadanos optaron por la guerra contra los macedonios, él decidió mantener la paz, dijo: «Porque no necesito probar que éstos estaban mintiendo.» F

5. Al hablar otro de sus hazañas contra los persas y urgirle a la guerra, le dijo: «Me parece que no te das cuenta de que esto es lo mismo que combatir a cincuenta lobos después de haber vencido a mil ovejas.»

6. Cuando cierto músico tuvo un gran éxito, alguien le preguntó qué le había parecido y contestó: «Posee gran encanto en pequeño asunto.»

7. Como alguien elogiara a Atenas, dijo: «¿Quién podría elogiar debidamente a esta ciudad por la que nadie mejoró al amarla?»

8. A uno de Argos que dijo que los espartanos en sus salidas se hacían más descuidados y que se apartaban de las leyes tradicionales, le respondió: «Vosotros, en cambio, cuando venís a Esparta no os hacéis peores, sino mejores.» 221A

[127] *Ibid.*, B (2).

9. Cuando Alejandro proclamó por medio de heraldos en Olimpia que todos los exiliados regresaran a su tierra [128] a excepción de los tebanos, Eudámidas dijo: «Tebanos, la proclama es desafortunada, pero os honra; pues Alejandro solamente os teme a vosotros.»

10. Al preguntársele por qué motivo ante acciones arriesgadas ofrecía sacrificios a las musas dijo: «Para que nuestras hazañas encuentren nobles palabras» [129].

Euricrátidas, hijo de Anaxándridas [130]

B Euricrátidas, el hijo de Anaxándridas, cuando alguien le preguntó por qué los éforos fallaban cada día juicios sobre contratos, le respondió: «Para que, así, en medio de nuestros enemigos, podamos confiar los unos en los otros.»

Zeuxidamo [131]

1. Zeuxidamo, al preguntarle alguien, por qué mantenían no escritas las leyes sobre la valentía, y no se las daban escritas a los jóvenes para que las leyeran, respondió: «Porque es preciso que se acostumbren a las nobles haza-
C ñas viriles, pues esto es mejor que aplicarse a los escritos.»

[128] En el año 323 a. C. Cf. Diod., XVIII 8.

[129] Cf. *Mor.* 238B, y *Vida de Licurgo* XXI 53D.

[130] Rey de Esparta en la primera mitad del siglo vi. Lo menciona Heródoto (VII 204) en la genealogía de Leónidas.

[131] Hijo del rey de Esparta, Leotíquidas II. Murió en el 476 a. C., antes de que su padre fuera desterrado, y, por tanto, nunca ocupó el trono (cf. Hdt., VI 71, 1, y Paus., III 7, 10).

2. Cuando un etolio dijo que, para quienes puedan realizar nobles hazañas viriles, la guerra es mejor que la paz, dijo: «No, por los dioses, sino que para ésos la muerte es mejor que la vida.»

Herondas

Al estar Herondas en Atenas cuando una persona quedó convicta de inactividad, se informó y ordenó que le mostraran al que había sido condenado en el juicio por libertad [132].

Teáridas [133]

Al preguntársele a Teáridas cuando afilaba su espada si ésta era aguda, dijo: «Más que la calumnia.»

Temísteas

Temísteas predijo al rey Leónidas la destrucción que en las Termópilas le iba a sobrevenir a él y a quienes lucha- D ban con él, pues era adivino. Como fuera enviado por Leónidas a Esparta con el pretexto de anunciar lo que iba a suceder, pero en realidad para que no muriera con los de-

[132] Para los espartanos, para quienes inactividad y libertad eran sinónimos, ya que la población libre no trabajaba, era muy difícil concebir que se pudiera acusar a alguien por inactividad (cf. Plut., *Vida de Licurgo* XXIV 54E).

[133] Es difícil saber si este personaje es el célebre megalopolitano al que Plutarco alude en *Vida de Cleómenes* XXIV.

más, él no lo soportó, sino que le dijo: «Fui enviado como combatiente, no como mensajero» [134].

Teopompo [135]

1. Teompopo, en respuesta a uno que le preguntaba cómo se podía mantener un reino lo más seguro posible, le dijo: «Si se concede a los amigos una justa libertad de palabra y no se permite, en la medida de lo posible, que los súbditos sean objeto de injusticia.»

2. En respuesta a un extranjero que afirmaba que entre sus conciudadanos era llamado filoespartano, dijo: E «Mejor sería que te llamaran filociudadano, que filoespartano.»

3. Cuando un embajador de Elis dijo que de la ciudad le habían enviado a él porque era el único que emulaba la vida espartana, le dijo: «¿Cuál de las vidas es mejor, la tuya o la de los restantes ciudadanos?» Al responder éste que la suya, le dijo: «¿Cómo se podría salvar esa ciudad en la que entre muchos hay uno solo que es honrado?»

4. Cuando alguien dijo que Esparta se salvaba porque sus reyes eran gobernantes competentes, contestó: «No, sino porque sus ciudadanos obedecen con prontitud» [136].

F 5. Cuando los de Pilos determinaron por votación otorgarle grandes honores, les contestó por escrito que el tiempo aumenta los honores moderados, pero hace desaparecer los excesivos.

[134] Cf. *Mor.* 88C, y Hdt., VII 221.

[135] Véase n. 154 a *Mor.* 190A.

[136] Cf. *Mor.* 816E, y *Vida de Licurgo* XXX 58D.

6. Al mostrarle uno una muralla y preguntarle si le parecía fuerte y alta, le dijo: «¿No es, entonces, un gineceo?» [137].

Torición

Torición, cuando llegó de Delfos, al ver que el ejército de Filipo en el Istmo ya había ocupado el estrecho, dijo: «Corintios, el Peloponeso tiene en vosotros unos malos porteros.»

Tectámenes

Tectámenes, cuando los éforos lo condenaron a muerte, se marchó sonriendo. Y como alguno de los presentes le preguntara si despreciaba las leyes de Esparta, respondió: «No, sino que me alegro de que yo deba sufrir esta pena, sin haber pedido nada de nadie, ni haber tomado préstamo alguno.»

Hipodamo

Hipodamo, cuando Agis se hallaba en el campo de 222A batalla al lado de Arquidamo [138], fue enviado junto con Agis a Esparta para rendir allí sus servicios. «Pero yo —dijo— ya no encontraré muerte más bella que la de actuar con nobleza y con valor en favor de Esparta.» Ya sobrepasaba los ochenta años. Después de esto cogió sus armas, se situó a la derecha del rey y murió en el combate.

[137] Cf. *Mor.* 190A, 212E (55) y 230C (1).

[138] Tanto el padre de Agis II como el de Agis III se llamaba Arquidamo.

Hipocrátidas [139]

1. Hipocrátidas en respuesta al sátrapa de Caria que le mandó una carta porque un espartano, cuando unos pre- B paraban una conspiración, aunque lo sabía, guardó silencio, y le añadía cómo se le debía tratar, escribió: «Si le has hecho algún favor importante, mátalo, y si no, expúlsalo de tu tierra porque es un cobarde en lo que respecta al valor.»

2. Cuando en una ocasión se lo encontró un joven a quien acompañaba un amante y como aquél cambiara de color, le dijo: «Debieras pasear con personas tales que al ser visto con ellas no se te demudara el color de la piel.»

Calicrátidas [140]

1. Calicrátidas, almirante de la flota espartana, cuando los amigos de Lisandro le propusieron que les permitie- C ra llevarse a uno sólo de sus enemigos y que aceptase cincuenta talentos, a pesar de estar muy necesitado de di-

[139] Heródoto (VIII 131) menciona este nombre como el de uno de los primeros reyes de Esparta.

[140] Fue el joven sucesor de Lisandro en la navarquía espartana. Se enfrentó con Ciro, que le retiró la ayuda económica. A pesar de la oposición que encontró en Lisandro y sus partidarios, logró anexionar algunas ciudades y mantuvo durante algún tiempo una política de unidad de las ciudades griegas frente al persa. Firmó tratados de paz con Atenas. No obstante, la rivalidad entre las dos ciudades surgió y Calicrátidas consiguió en Mitilene una victoria naval sobre los atenienses al mando de Conón. En un ataque a la flota ateniense en las Arginusas (al sur de Lesbos) perdió la vida y los atenienses batieron por completo a la flota espartana (406 a. C.).

nero para la alimentación de sus marineros, no cedió. Cleandro que era consejero le dijo: «Pues yo lo aceptaría si fuera tú», a lo que le respondió: «Yo también si fuese tú» [141].

2. Cuando fue a Sardes a visitar a Ciro el Joven, que era aliado de los espartanos, por una cuestión de dinero para la flota, el primer día ordenó mandar una embajada de que quería entrevistarse con Ciro. Como oyera que estaba bebiendo, dijo: «Esperaré hasta que haya bebido.» Después se retiró, cuando supo que no era posible encon- D trarse con Ciro en aquel día, con la impresión de que éste carecía de modales. Al día siguiente, cuando oyó que bebía de nuevo y que no vendría, dijo que obtener dinero no merecía un esfuerzo tal como para hacer algo indigno de Esparta, y se marchó a Éfeso profiriendo muchos malos juramentos contra los primeros que fueron tratados pródigamente por los bárbaros y les enseñaron a enorgullecerse por su riqueza. Juró ante los presentes que, antes que nada, en cuanto llegara a Esparta, haría todo lo posible por conciliar a los griegos, para que fuesen más temibles que los bárbaros y para terminar con la necesidad de pedir recursos a aquéllos para ir los unos contra los otros [142].

3. Cuando se le preguntó cómo eran los jonios, res- E pondió: «Como libres malos, como esclavos buenos» [143].

4. Cuando Ciro envió el dinero para los soldados y regalos para él, sólo aceptó el dinero, pero los regalos se los devolvió, y le dijo que no tenía necesidad de una amistad privada con él, sino que la amistad general que había

[141] Una contestación del mismo tipo dio, según *Mor.* 180B (11), Alejandro a su general Parmenión.

[142] Cf. Plut., *Vida de Lisandro* VI 436C, y Jen., *Hel.* I 6, 6-7.

[143] Este mismo dicho se le atribuye a Agesilao en *Mor.* 190F (1) y 213C (64).

contraído con todos los espartanos también existía para con él [144].

5. Cuando estaba a punto de entablar una batalla naval en las Arginusas, Hermón, el timonel, le dijo que era F conveniente zarpar, pues los trirremes de los atenienses eran muchos más en número, a lo que le replicó: «¿Y eso qué? Huir es lo vergonzoso y una injuria para Esparta; lo mejor es quedarnos y morir o vencer» [145].

6. Tras haber ofrecido unos sacrificios previos, cuando oyó al adivino que en las víctimas sacrificadas se señalaba victoria para el ejército y muerte para su general, sin consternarse, dijo: «La suerte de Esparta no depende de un hombre solo. Si muero yo, la patria en nada se debilitará, pero si cedo a los enemigos, se perjudicará.» Y, después de designar en su lugar general a Cleandro, se precipitó al combate naval y luchando murió [146].

Cleómbroto, hijo de Pausanias [147]

223A Cleómbroto, el hijo de Pausanias, cuando un extranjero discutía con su padre sobre la virtud, le dijo: «Mi padre fue mejor que tú, hasta que tú también fuiste padre.»

[144] Cf. *Mor.* 213D (69).

[145] Jen., *Hel.* I 6, 32, y Cic., *De off.* I 24, 84.

[146] Cf. Plut., *Vida de Pelópidas* II 177D.

[147] Fue nombrado rey de Esparta en el año 380 a. C., tras ser desterrado su padre Pausanias. Realizó, sin éxito, varias expediciones contra los tebanos. Perdió la vida en el 371, en la batalla de Leuctra (Jen., *Hel.* V 4, 14 ss., y VI 1, 1, y Diod., XV 23, 2 y 54, 6 ss.).

Cleómenes, hijo de Anaxándridas [148]

1. Cleómenes, el hijo de Anaxándridas, decía que Homero era el poeta de los espartanos y Hesíodo el de los hilotas, pues aquél había dado las directrices de cómo se debía luchar y éste de cómo se debía trabajar la tierra [149].

2. Después de haber hecho un armisticio de siete días con los argivos, los mantenía vigilados, y a la tercera noche, cuando dormían por fiarse de la tregua, los atacó. Mató a unos y a otros los hizo prisioneros [150].

3. Cuando se le censuró por la transgresión de los B juramentos, dijo que al jurar por los días no había incluido las noches; y que, de cualquier modo, el mal que uno puede hacer a los enemigos es considerado por dioses y hombres superior a la justicia [151].

4. Le sucedió que fue expulsado de Argos por el pacto que había violado, por lo que las mujeres arrebataban las armas de los templos para defenderse con ellas de él. Después, perdió el juicio, y agarrando un cuchillo se desgarró a sí mismo desde los tobillos hasta las partes vitales C y, así, perdió la vida, mientras reía con gesto de dolor [152].

5. El adivino trató de disuadirle para que no condujera el ejército a la ciudad de los argivos, pues el retorno sería vergonzante. Pero, al acercarse a la ciudad y ver las

[148] Fue rey de Esparta *ca.* 525-488 a. C. A él se debe, en gran medida, el poder militar de Esparta en la época de las Guerras Médicas (cf. Hdt., V 39-91, y VI 51-85).

[149] Cf. El., *Var. Hist.* XIII 19.

[150] Cf. Hdt., VI 78-79, y Cic., *De off.* I 10, 33.

[151] Cf. Eur., *Electra* 584, y Nauck, *Trag. Graec. Frag., Eurípides,* núm. 758.

[152] Cf. *Mor.* 245D; Paus., II 20, 8; Hdt., VI 75 y 84; El., *Var. Hist.* II 41, y Aten., 427C.

puertas cerradas y a las mujeres en las murallas, dijo: «¿Te parece a ti que el regreso va a ser vergonzante, en donde, muertos los hombres, las mujeres han cerrado las puertas?»

6. A los argivos que lo vituperaban por perjuro e impío, les dijo: «Vosotros sois dueños de hablarme mal, pero yo lo soy de haceros mal.»

D **7.** A los embajadores de Samos que insistían en que hiciera la guerra al tirano Polícrates y pronunciaban, para ello, largos discursos, les dijo: «Respecto a lo que habéis hablado, de lo del principio no me acuerdo, por esto no comprendo lo del medio, y lo del final no lo apruebo» [153].

8. A un pirata que recorría el país y que, cuando fue apresado, dijo: «No tenía alimentos que ofrecer a mis soldados, por eso vine para coger por la fuerza a quienes tenían, pero no lo daban de buen grado», le respondió: «Concisa es la maldad.»

9. A un desgraciado que hablaba mal de él, le dijo: «¿Acaso tú hablas mal de todos, para que, mientras nos defendemos, no tengamos tiempo de hablar de tu maldad?»

E **10.** Cuando un ciudadano dijo que un buen rey debía ser afable en todo momento y en cualquier parte, dijo: «Cierto, pero no hasta el punto de ser despreciable.»

11. Cuando, obligado por una larga enfermedad, prestó su atención a curanderos y adivinos, cosa que antes no hacía, como alguien se sorprendiera, le dijo: «¿Por qué te sorprendes? No soy el mismo ahora que antes y, al no ser el mismo, no apruebo las mismas cosas.»

F **12.** Mientras un sofista hablaba extensamente sobre la valentía, comenzó a reírse. Como alguien le dijera; «¿Por qué te ríes, Cleómenes, al escuchar a uno que habla sobre la valentía, y eso que tú eres rey?», respondió: «Amigo,

[153] Cf. HDT., III 46.

si una golondrina hablara sobre esto, también reiría; pero si fuera un águila, estaría muy callado.»

13. Cuando los argivos dijeron que repararían la primera derrota, dijo: «Me sorprendería, si, por añadir dos sílabas [154], ahora fuerais mejores que antes.»

14. Cuando alguien, para insultarle, le dijo: «Eres blando, Cleómenes», respondió: «pero mejor esto que ser injusto, tú, en cambio, eres avaricioso, aunque posees riquezas suficientes.»

15. Alguien se empeñó en presentarle a un músico, al que, entre otras cosas, elogiaba como persona y decía 224A que era el mejor músico de los griegos, a lo que Cleómenes, señalando a uno de los que estaban cerca, dijo: «Sí, por los dioses, y éste es para mí el mejor cocinero de sopa» [155].

16. Cuando Meandrio, el tirano de Samos, huyó a Esparta a causa de la invasión de los persas, le mostró cuantos vasos de oro y plata había traído y le ofreció cuanto quisiera. Pero Cleómenes no aceptó nada, sino que se puso en guardia para que no diese nada a ningún ciudadano y, dirigiéndose a los éforos, les dijo que era mejor para Esparta que su huésped samio se alejara del Peloponeso, con el fin de que no persuadiera a ningún espartano a convertirse en un hombre malo. Éstos obedecieron y publica- B ron, mediante heraldo, la expulsión de Meandrio aquel mismo día [156].

17. Cuando uno dijo: «Por qué, después de haber vencido reiteradamente a los argivos que os hacen la guerra,

[154] Se refiere a las dos sílabas de *aná* en *ana-máchesthai* «volver a luchar, reparar», frente a *máchesthai* «luchar».

[155] En *Mor.* 218C (3), se atribuye una anécdota similar a Arquidamo II.

[156] Cf. HDT., III 148.

no los habéis matado?», le respondió: «No podemos aniquilarlos, para poder tener maestros de gimnástica para los jóvenes.»

18. Cuando alguien le preguntó por qué motivo los espartanos no ofrecían como sacrificios a los dioses los despojos de los enemigos, dijo: «Porque son de cobardes»[157].

Cleómenes, hijo de Cleómbroto[158]

C Cleómenes, el hijo de Cleómbroto, cuando alguien le dio gallos de pelea y le dijo que morían peleando por la victoria, le replicó: «Pues bien, dame algunos de los que los matan, pues éstos son mejores que aquéllos.»

Labotas[159]

Labotas, como uno pronunciara un largo discurso, dijo: «¿Por qué me haces un proemio tan largo para un asunto tan pequeño? De acuerdo con la importancia del asunto debe hacerse uso de la palabra.»

[157] Cf. *Mor.* 224F (4).

[158] Sucedió en el trono a su hermano Agesípolis II en el año 370 a. C. y fue rey de Esparta hasta el 309/8. (Cf. Diod., XX 29, 1; Paus., I 13, 4, y III 6, 2, y Plut., *Vida de Agis*. 3.) La misma anécdota se cuenta en *Mor.* 191F.

[159] Uno de los primeros reyes de Esparta, de la familia de los Agíadas. Se le sitúa entre el siglo xi y el x a. C. (cf. Hdt., I 65, y VII 204, y Paus., II 23).

Leotíquidas[160]

1. Leotíquidas Primero, al decirle alguien que estaba muy variable, dijo: «Por las circunstancias, pero no como D vosotros por vuestra maldad.»

2. En respuesta a uno que preguntaba cómo sería la mejor forma posible de conservar sus bienes actuales, dijo: «Si no lo confías todo a la fortuna.»

3. Al preguntársele qué debían aprender especialmente los niños libres, dijo: «Cuanto les sea útil cuando sean hombres»[161].

4. Cuando alguien preguntó por qué motivo los espartanos bebían tan poco, dijo: «Para que otros no deliberen por nosotros, sino nosotros por otros.»

Leotíquidas, hijo de Aristón[162]

1. Leotíquidas, el hijo de Aristón, en respuesta a quien decía que los hijos de Demárato[163] hablaban mal de él, dijo: «Por los dioses, no me sorprende, pues ninguno de E ellos es capaz de decir algo agradable»[164].

[160] Rey espartano del siglo vii a. C., hijo de Anaxilao, de la familia de los Euripóntidas (cf. Hdt., VIII 131, y Paus., III 7).

[161] La misma respuesta se le atribuye a Agesilao en *Mor.* 213D (67).

[162] Probablemente se trata del hijo de Menares y no de Aristón. Reinó en Esparta del 490 al 469 a. C. Se destacó en un ataque a los persas en Mícala, a cuyo ejército derrotó en el 479. (Cf. Hdt., VI 65-87, VIII 131 ss., y IX 90-92; Paus., III 4, 3, y IV 7, 10; Diod., IX 34-37, y Tuc., I 89, 2.)

[163] Rey espartano, al que, cuando fue depuesto, sucedió Leotíquidas II en el trono. Véase n. 121 a *Mor.* 219F.

[164] En Dióg. Laerc., II 35, se encuentra la misma historia sobre Sócrates, y en Estobeo, *Floril.* XIX 5, sobre Platón.

2. Como una serpiente estuviese enroscada en torno a la llave de la puerta vecina y los adivinos lo interpretaran como un prodigio, dijo: «A mí no me lo parece. Sería, en cambio, un prodigio que la llave estuviera enroscada en torno a la serpiente.»

3. A Filipo, el sacerdote de los misterios órficos, que era absolutamente pobre y predicaba que los iniciados de su secta, después del fin de la vida, serían felices, le dijo: F «¿Pues, por qué, insensato, no mueres lo más rápido posible para, de una vez, cesar de llorar tu infortunio y tu pobreza?» [165].

4. Cuando alguien preguntó por qué no ofrecían las armas de los enemigos a los dioses, respondió que lo que se había capturado por la cobardía de sus poseedores, ni era noble que los jóvenes lo vieran ni ofrecérselo a los dioses.

León, hijo de Euricrátidas [166]

1. Cuando se le preguntó a León, el hijo de Euricrátidas, qué tipo de ciudad se debía de habitar para poder vivir más seguro, contestó: «Donde los habitantes no posean ni demasiado, ni excesivamente poco, y donde lo justo sea fuerte y lo injusto sea débil.»

2. Al ver que los corredores en Olimpia se esforzaban en la salida para ganar alguna ventaja, exclamó: «¡Cuánto más los corredores se preocupan de la rapidez que de la justicia!»

[165] Dióg. Laerc., VI 4, atribuye esta anécdota a Antístenes.

[166] Rey espartano, de la familia de los Agíadas, abuelo de Cleómenes I, reinó en la primera mitad del siglo vii (cf. Hdt., I 65, V 39, y VII 204, y Paus., III 3, 5 y 9).

3. Al hablar alguien, en un momento poco oportuno, sobre asuntos que no carecían de importancia, le dijo: «Amigo, te empleas en lo necesario en un momento innecesario.»

Leónidas, hijo de Anaxándridas [167]

225A **1.** Leónidas, el hijo de Anaxándridas y hermano de Cleómenes, en réplica a uno que le dijo: «Excepto en que eres rey en nada te diferencias de nosotros», exclamó: «Pero no sería rey, si no fuera mejor que vosotros.»

2. Como su esposa Gorgo le preguntara cuando salía hacia las Termópilas a luchar contra Persia, si tenía algo que encomendarle, le dijo: «Que te cases con hombres honrados y des a luz hijos buenos» [168].

3. Al decirle los éforos que llevaba pocos hombres a las Termópilas, dijo: «No, sino demasiados para la acción a la que vamos.»

4. Y cuando de nuevo le dijeron: «¿No has decidido hacer otra cosa que impedir la entrada a los bárbaros?», respondió: «Eso de palabra, pero de hecho morir en defensa de los griegos.»

[167] Fue rey de Esparta del año 488 al 480 a. C. Al frente del ejército espartano se apostó en las Termópilas con unos siete mil hombres. Allí resistió con firmeza durante dos días el embate de los persas, pero al tercero, desbordado por éstos, Leónidas ordenó la retirada de la mayor parte de su contingente, y se quedó con trescientos espartanos y setecientos tespienses, que resistieron hasta perecer (480). Así permitió la retirada de la flota griega y retrasó el avance por tierra de los persas (Hdt., VI 200, y Tovar-Ruipérez, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1970, págs. 143 y sigs.).

[168] Cf. *Mor.* 240E (6) y 866B.

B **5.** Cuando llegó a las Termópilas dijo a sus compañeros de armas: «Dicen que el bárbaro se aproxima y que está cerca y que nosotros, en cambio, nos demoramos; en efecto, pronto o matamos a los bárbaros o nos disponemos a morir nosotros mismos.»

6. Cuando alguien dijo: «Por las flechas de los bárbaros no es posible ver el sol», respondió: «Será, ciertamente, agradable, si luchamos a la sombra contra ellos» [169].

7. Cuando otro dijo: «Están cerca de nosotros», respondió: «Efectivamente, y también nosotros estamos cerca de ellos.»

8. Al decirle alguien: «Leónidas, ¿estás dispuesto a correr un riesgo así con tan pocos hombres frente a tantos?», respondió: «Si pensáis que lo corro por el número, C ni toda Grecia sería suficiente, ya que es una pequeña parte del número de aquéllos; pero si por el valor, entonces este número es suficiente.»

9. Cuando otro le dijo lo mismo, le contestó: «En realidad, me llevo a muchos, siendo así que van a morir.»

10. Cuando Jerjes [170] le escribió: «Tienes la posibilidad, si no luchas contra los dioses y te incorporas a mis filas, de ser el monarca absoluto de Grecia», le replicó por escrito: «Si conocieras la belleza de la vida, te apartarías del deseo de lo ajeno; para mí es mejor la muerte en favor de Grecia que ser monarca absoluto de la gente de mi raza.»

11. Cuando de nuevo Jerjes escribió: «Entrega tus D armas», le contestó: «Ven a tomarlas.»

12. Cuando él quería atacar enseguida a los enemigos, los polemarcos le dijeron que debía esperar a los restantes aliados. Y dijo: «Pues ¿no están presentes quienes están dispuestos a combatir? [171]. ¿O no sabéis que sólo luchan contra los enemigos quienes respetan y temen a sus reyes?»

[169] Cf. Hdt., VII 226; Est., *Floril.* VII 46; Val. Máx., III 7, 8, y Cic., *Tusc.* I 42, 101.

[170] Cuando Leónidas murió en las Termópilas, Jerjes ordenó que su cadáver fuera descoyuntado.

13. Anunció a sus soldados que desayunaran como si fueran a cenar en el Hades [172].

14. Al preguntársele por qué los mejores prefieren una muerte honrosa a una vida sin honra, dijo: «Consideran que lo primero es algo propio de la naturaleza, mientras que lo segundo es responsabilidad de ellos mismos.»

15. Al desear salvar a los jóvenes y saber que abiertamente no lo aceptarían, dio un despacho secreto [173] a cada E uno de ellos y los envió a los éforos. También quiso salvar a tres hombres maduros, pero éstos se dieron cuenta y no aceptaron hacerse cargo de los despachos. Uno de ellos dijo: «No te seguí como heraldo, sino como combatiente»; el segundo: «Mejor sería que permaneciera aquí»; y el tercero: «No lucharé detrás de éstos, sino en primera fila.»

Locago

Locago, el padre de Poliénidas y Sirón, al anunciarle alguien que uno de sus hijos había muerto, dijo: «Hace tiempo sabía que estaba destinado a morir.» F

[171] Cf. *Mor.* 185F.

[172] Cf. Cic., *Tusc.* I 42, 101, y Val. Máx., III 2, 3.

[173] El término griego *skytálē*, propiamente *bastón*, significa en el contexto espartano «mensaje secreto». Pues en un bastón se enrollaban en forma ascendente unas tiras de cuero en las que se escribía el mensaje que quería enviarse. Estas tiras, al recibirlas el destinatario, las enrollaba en otro bastón que él tenía exactamente de la medida y características del bastón del mandatario, y así podía leerlo (cf. Plut., *Vida de Lisandro* XIX).

Licurgo [174]

1. Licurgo, el legislador, al querer que los ciudadanos pasaran de su forma de vida actual a un tipo de vida más moderada y se transformaran en hombres buenos y honrados —pues vivían muy regaladamente—, crió dos cachorros que eran del mismo padre y de la misma madre; al uno lo acostumbró a la glotonería y le permitió quedarse en casa, al otro lo sacaba y lo ejercitaba en la cinegética. Después, los llevó a la Asamblea, puso algunos huesos y buenos manjares y soltó una liebre. Cada perro se fue a lo que estaba acostumbrado y, cuando uno hubo cazado la liebre, dijo: «¿Veis, ciudadanos, que siendo de la misma 226A raza, en virtud del régimen de vida, han resultado muy diferentes el uno del otro y que la disciplina es más eficaz que la naturaleza para la consecución de lo bueno?»

Algunos dicen que no presentó perros que fueran de la misma naturaleza, sino que uno era un perro casero y el otro un perro cazador; entonces ejercitó al de peor raza para la cinegética y acostumbró al otro de la mejor solamente a la glotonería; después, como cada uno fuera a lo que se le había acostumbrado, haciendo evidente cuánto contribuyó la instrucción para lo mejor y para lo peor, dijo: «Ciudadanos, ciertamente la nobleza de nacimiento tan admirada por muchos y el ser descendientes de Heracles B no nos es útil en nada, si no hacemos aquello por lo que él se reveló el más ilustre y el más noble de todos los hombres, y aprendemos y practicamos acciones nobles durante toda la vida.»

2. Después de haber hecho una redistribución de la tierra y haber asignado un lote igual a los ciudadanos, se

[174] Véase n. 148 a *Mor.* 189E.

cuenta que, algún tiempo después, al venir de fuera, atravesó el territorio recién cosechado, y al ver que los montones de grano estaban unos junto a otros y que eran iguales, se alegró y dijo con una sonrisa a los presentes que Esparta toda parecía ser de muchos hermanos que la acababan de repartir [175].

3. Después de haber introducido la abolición de las deudas, se propuso también repartir a partes iguales todo C lo que había en las casas para hacer desaparecer por completo la desigualdad y disparidad. Pero, cuando se dio cuenta de que los ciudadanos aceptaban difícilmente la sustracción abierta de sus bienes, dejó sin valor las monedas de oro y de plata y decretó que se usaran solamente de hierro; y fijó el plazo de hasta cuándo se podía cambiar toda la hacienda por este dinero. Cuando se hizo esto, desapareció D toda injusticia de Esparta, pues ya ni se podía robar, ni dejarse sobornar ni cometer fraudes ni hurtar, dado que ni era posible ocultar, ni envidiable adquirir ni sin riesgo usar, ni seguro exportar o importar. Además de esto, también proscribió de Esparta todo lo superfluo, por lo que ni mercader ni sofista ni adivino o mendicante ni artesano de objetos de arte entraban en Esparta, pues no les permitió poner en circulación moneda de valor, sino que introdujo solamente la de hierro, que en peso es una mina de Egina, pero en valor cuatro bronces [176].

4. Con el pensamiento de atacar la molicie y de acabar con la rivalidad por la riqueza, introdujo las comidas comunes. A quienes les preocupaba saber por qué había instituido esto y había dividido a los ciudadanos en armas E en pequeñas compañías, les dijo: «Para que reciban las

[175] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* VIII 44A.

[176] *Ibid.*, IX 44C, y Jen., *Const. de Esparta* VII 5-6.

órdenes con presteza y, en caso de que tramen alguna revolución, la falta sea entre pocos, y para que exista igual porción de comida y de bebida, y para que no sólo en comida y bebida, sino también en cama y en mobiliario o en cualquier otra cosa, no tenga en conjunto el rico más que el pobre [177].»

5. Después de haber hecho que la riqueza no fuera envidiable al no poder nadie ni hacer uso de ella ni mostrarla, dijo a sus amigos: «¡Qué bello es, compañeros, mostrar, a través de los hechos cómo la riqueza en realidad es ciega!»

F

6. Tomó precauciones para que nadie pudiera, después de haber comido en casa, ir a la comida común ya satisfecho por otros alimentos o bebidas. Los otros denunciaban al que no comía o bebía con ellos, en la idea de que no era dueño de sí y demasiado débil para la vida en común; y se multaba al que se manifestaba así. En efecto, cuando el rey Agis, después de mucho tiempo, regresó de una campaña militar en la que había vencido a los atenienses y quiso cenar ese único día con su mujer, pidió que se le enviara su porción, pero los polemarcos no se la enviaron. Al día siguiente, cuando el asunto se reveló a los éforos, fue multado por éstos [178].

227A

7. Los ciudadanos acomodados, resentidos por este tipo de legislación, se unieron, lo denunciaron y lo apedrearon con la intención de lapidarlo hasta la muerte, pero, cuando era perseguido, se precipitó en el ágora, se adelantó a los otros y se refugió en el templo de Atenea del Santuario de Bronce. Mas Alcandro, que lo seguía, cuando éste se volvió, le sacó un ojo con un golpe de bastón. Como Licurgo hubiera de recibirlo después de un castigo por decisión popular, ni lo maltrató, ni lo censuró. Por el contrario, lo invitó a vivir con él y lo hizo panegirista suyo y del método de vida que llevaba con él, además de ferviente partidario de su disciplina. Licurgo erigió un templo como recuerdo de esta infortunada experiencia en el recinto de Atenea del Santuario de Bronce, y le dio el nombre de Optiletis; pues los dorios de aquí llaman «optilos» a los ojos [179].

B

8. Al preguntársele por qué no hacía uso de leyes escritas, dijo: «Quienes se educan y se instruyen en la disciplina debida deciden lo idóneo en cada ocasión» [180].

9. En otra ocasión, cuando unos intentaban averiguar por qué ordenó colocar el tejado en las casas solamente con un hacha, y la puerta sólo con una sierra y con ninguna otra herramienta, dijo: «Para que los ciudadanos sean mesurados en todo cuanto introducen en la casa y no posean nada que sea causa de rivalidad entre otros.»

C

10. A causa de esta costumbre, cuentan que también Leotíquidas, el primer rey, cuando estaba comiendo en casa de uno [181] y vio que la construcción del techo de la casa era muy valiosa y embellecida con artesonado, preguntó a su huésped si en su país los troncos crecían cuadrangulares.

11. Al preguntársele por qué había prohibido hacer repetidas campañas contra los mismos enemigos, dijo: «Para que no se hagan diestros en la guerra, al acostumbrarse a defenderse muchas veces.» Por esto, pareció que no era vano el reproche a Agesilao, quien, en sus continuas inva-

[177] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* X 45B.

[178] *Ibid.*, X 45D y XII 46C.

[179] *Ibid.*, XI 45D-46A; EL., *Var. Hist.* XIII 23, y EST., *Floril.* XIX 13.

[180] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XIII 47A.

[181] *Ibid.*, C.

D siones y campañas en Beocia, preparó a los tebanos como rivales dignos de los espartanos. Antálcidas, en efecto, al verlo herido, exclamó: «Has obtenido una buena recompensa por enseñar a luchar a aquellos que ni querían ni sabían» [182].

12. Cuando otro intentaba averiguar por qué sometía los cuerpos de las muchachas a fatigosos ejercicios en las carreras, en las luchas, en el lanzamiento de discos y jabalinas, dijo: «Para que la estirpe de sus retoños, al adquirir un comienzo fuerte en fuertes cuerpos, crezca con salud, y ellas mismas soporten los partos con vigor y afronten con facilidad y nobleza los dolores y, si hay necesidad, puedan combatir en su propia defensa, en la de sus hijos y en la de la patria» [183].

E **13.** Al censurar algunos la desnudez de las doncellas en las procesiones y preguntar la causa, dijo: «Para que, al ejercitarse en lo mismo que los hombres, no sean inferiores a ellos ni en la fortaleza y salud del cuerpo, ni en el valor ni aspiraciones del espíritu, y puedan estar por encima de la opinión de la mayoría.» Por lo que también se cuenta de Gorgo, la mujer de Leónidas, lo siguiente: En cierta ocasión una mujer, según parece extranjera, le F dijo: «Sólo vosotras las espartanas, domináis a vuestros hombres», a lo cual respondió: «Efectivamente, sólo nosotras parimos hombres» [184].

14. Al impedir a los no casados la asistencia al espectáculo en las Gimnopedias, y añadirles alguna otra deshonra, creó gran preocupación por la procreación. También les privó del honor y cuidado que los jóvenes concedían a los mayores. Nadie censuró lo que se le dijo a Dercílidas, a pesar de ser un ilustre general. Un joven, en efecto, no se levantó para ceder su asiento a Dercílidas al acercársele éste, sino que le dijo: «Tú no has engendrado a nadie para que se levante y me lo ceda a mí en un futuro» [185].

15. Al informarse alguien de por qué había legislado que las muchachas se entregaran en matrimonio sin dote, respondió: «Para no permitir que algunas se queden sin casar por falta de bienes, ni que otras se vean forzadas por su hacienda, y para que cada hombre considere el carácter de la muchacha y haga la elección en atención a su virtud.» Por esto también desterró todo ornamento 228A superfluo de la ciudad [186].

16. Éste también limitó la edad de los matrimonios tanto para hombres como para mujeres, y en respuesta a alguien que le preguntó sobre la cuestión, dijo: «Para que la descendencia sea fuerte por ser descendencia de padres en sazón» [187].

17. En respuesta a uno que estaba sorprendido por el hecho de que prohibiera al hombre casado acostarse con su mujer, y de que le ordenara que estuviera la mayor parte del día con sus compañeros y pasara con ellos las noches enteras, y que visitara a su mujer en secreto y con precaución, dijo: «para que estén fuertes de cuerpo sin llegar a sentirse satisfechos, y para que se sientan siempre renovados en el amor y ofrezcan una descendencia más B fuerte» [188].

[182] *Ibid.*, D, y *Mor.* 189F (5).

[183] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XIV 47F.

[184] *Ibid.*, 47E-48B, y *Mor.* 240E (5).

[185] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XV 48C.

[186] Cf. El., *Var. Hist.* VI 6.

[187] Cf. Jen., *Const. de Esparta* I 6.

[188] *Ibidem*, y Plut., *Vida de Licurgo* XV 48E.

18. También desterró el perfume por considerarlo ruina y destrucción del aceite [189], y el colorante por considerarlo lisonja de los sentidos.

19. Hizo de Esparta suelo prohibido para todos aquellos que se ocupaban en el embellecimiento del cuerpo, por considerar que a través de su pernicioso arte dañaban las artes.

20. Era tal la moderación de las mujeres en aquella época y distaba tanto de su ligereza posterior, que en los primeros tiempos hubiera sido increíble la cuestión del adulterio entre ellas. Una historia recuerda que Geradatas, C un espartano de tiempos remotos, al preguntarle un extranjero qué pena sufrían los adúlteros en su tierra, pues no había visto nada legislado por Licurgo al respecto, dijo: «Nadie, extranjero, es adúltero entre nosotros», y al replicarle aquél: «¿Y si uno lo fuera?», Geradatas le contestó: «Pagaría un gran toro que, estirando su cuello por encima del Taigeto, bebiera del Eurotas.» Aquél, asombrado, preguntó: «¿Cómo puede haber un toro de tales dimensiones?» Geradatas, sonriendo, dijo: «¿Cómo puede haber un adúltero en Esparta, en donde la riqueza, el lujo y el ornato caprichoso son una deshonra, mientras que el respeto, el buen orden y la obediencia de los súbditos es lo que más se estima?» [190].

21. Al que estimaba que la democracia se debía ins- D taurar en la ciudad, Licurgo le dijo: «Tú crea, primero, una democracia en tu casa» [191].

22. Al preguntarle uno por qué había ordenado que los sacrificios por los dioses fuesen tan pequeños y tan baratos, contestó: «Para que en ningún momento dejemos de honrar a la divinidad» [192].

23. Cuando él permitió a los ciudadanos participar sólo en aquellos juegos atléticos en que no se levantara el brazo [193], alguien le preguntó el motivo. Éste dijo: «Para que ningún ciudadano se acostumbre a desfallecer en su esforzado luchar.»

24. Al preguntarle alguien por qué ordenaba cambiar con frecuencia el lugar del campamento, contestó: «Para infligir mayor daño a los enemigos»[194].

25. Cuando otro intentaba averiguar por qué había prohibido asaltar lugares bien amurallados, dijo: «Para E que los mejores no mueran a manos de una mujer, de un niño, o de una persona así» [195].

26. A los tebanos que deliberaban con él sobre el sacrificio y el duelo que se iba a celebrar por Leucotea, les aconsejó que si la consideraban una divinidad, no profirieran gritos de dolor, pero que si la consideraban una mujer, no le ofrecieran sacrificios como a una divinidad [196].

27. A los ciudadanos que preguntaban: «¿Cómo podríamos defendernos de una invasión de los enemigos?», les dijo: «Si permanecéis pobres y no deseáis el uno ser más importante que el otro.»

28. En otra ocasión, al preguntarle sobre fortificaciones, dijo que no estaba sin fortificar una ciudad cuya

[189] Antiguamente los perfumes se hacían con aceite. Cf. Séneca, *Quaest. nat.* IV 13, 9.

[190] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XV 49C.

[191] Cf. *Mor.* 189E (2).

[192] *Ibid.*, 172B.

[193] El levantar el brazo era señal de derrota.

[194] Cf. Jen., *Const. de Esp.* XII 5.

[195] Cf. Hdt., IX 70, y Tuc., I 16, 5, para constatar la poca habilidad de los espartanos cuando se trataba de atacar ciudades amuralladas.

[196] Cf. *Mor.* 171E, 379B y 763C, y Arist., *Ret.* II 23, 27. Sobre Leucotea, cf. Hom., *Od.* V 333 ss.; Eur., *Medea* 1284 ss., y Ovidio, *Metam.* IV 481 ss.

corona de gloria eran sus hombres y no sus ladrillos [197].

F **29.** Los espartanos se preocupaban especialmente de su cabellera, en recuerdo de un dicho de Licurgo al respecto, porque hace a los bellos más bien parecidos y a los feos más temibles [198].

30. Ordenó que, en las guerras, una vez puestos los enemigos en fuga y alcanzada la victoria, los persiguieran hasta asegurar el éxito, y que, después, se retiraran inmediatamente, pues decía que no era noble, ni propio de un griego matar a los que habían sometido, y que, en cambio, esta acción era noble y magnánima, pero también útil, pues quienes luchaban contra ellos, al saber que perdonaban la vida a los que se entregaban, y mataban a quienes ofrecían resistencia, considerarían más ventajoso huir que permanecer [199].

31. Al preguntarle alguien por qué prohibió despojar 229A los cadáveres de los enemigos, dijo: «Para que no se despreocupen de la guerra al agacharse por los despojos y, además, para que mantengan su pobreza a la vez que su puesto.»

Lisandro [200]

1. Lisandro, cuando Dionisio, el tirano de Sicilia, le envió costosos mantos para sus hijas, no los aceptó y dijo que temía que con esto sus hijas parecieran más feas. Pero, poco tiempo después, al ser enviado como embajador

[197] Cf. *Mor.* 210E (29 y 30).

[198] Cf. *ibid.*, 189E (1); Hdt., I 82, y Jen., *Const. de Esp.* XI 3 y XIII 9.

[199] Cf. Tuc., V 73; Pol., *Stratēg.* I 16, 3, y Plut., *Vida de Licurgo* XXII 54A.

[200] Véase n. 160 a *Mor.* 190E.

de la misma ciudad al mismo tirano, como Dionisio le enviara dos estolas y le pidiera que eligiese la que quisiese para llevársela a su hija, dijo que ella misma eligiría mejor y cogió las dos y se marchó [201].

2. Lisandro, que era un hábil sofista y adornaba muchas cosas con sus estratagemas, establecía lo justo sólo en lo útil y lo noble en lo conveniente, y decía que la verdad era mejor que la mentira, pero que la dignidad y la honra de cada una estaban determinadas por su provecho [202].

3. A quienes lo vituperaban por realizar la mayoría B de las cosas mediante engaño, como algo indigno de Heracles [203], y por llevar a cabo sus empresas con éxito mediante ardid y no abiertamente, les decía riendo que adonde no llegaba la piel de león debía añadirse la de zorro [204].

4. Al censurarlo otro por las transgresiones de los juramentos que había prestado en Mileto, dijo: «A los niños hay que engañarlos con astrágalos, pero a los hombres con juramentos» [205].

5. Después de haber vencido a los atenienses en Egospótamos mediante una estratagema [206] y haberlos oprimido con el hambre, sometió la ciudad y escribió a los éforos: «Atenas ha sido tomada.»

[201] Cf. *Mor.* 141D y 190E (1), y Plut., *Vida de Lisandro* II 434C.

[202] Cf. *ibid.*, VII 437A.

[203] Los Agíadas y los Euripóntidas tenían como antepasado común, según la leyenda, a Heracles.

[204] Cf. *Mor.* 190E (2).

[205] Cf. *ibid.*, 330F y 741C; Diod., X 9, 1, y El., *Var. Hist.* VII 12.

[206] Cf. Plut., *Vida de Lisandro* XIV 441B. Al quinto día de la batalla, Lisandro fingió retirarse, por lo que los atenienses desembarcaron en busca de provisiones. Entonces, Lisandro se lanzó al ataque y se apoderó de ciento sesenta trirremes y sus tripulaciones. El general ateniense Conón se retiró.

C 6. En respuesta a los argivos que disputaban con los espartanos por las fronteras de su tierra y les decían que hablaban con más justicia que ellos, sacó la espada y dijo: «Quien domine ésta, es quien habla mejor sobre fronteras y territorios» [207].

7. Al ver que los beocios vacilaban cuando iba a atravesar su territorio, les envió un mensajero para informarse de si debían pasar por su tierra con las lanzas levantadas o envainadas [208].

8. Cuando un megarense en el consejo público hizo uso de la libertad de palabra con respecto a él, le dijo: «Tus palabras, amigo, necesitan el apoyo de una ciudad» [209].

D 9. Cuando se sublevaron los corintios, al marchar él a lo largo de sus murallas se dio cuenta de que los espartanos vacilaban en atacar; entonces, se vio una liebre que saltaba el foso, por lo que exclamó: «¿No os avergonzáis, espartanos, de temer a unos enemigos tales, por cuya inactividad las liebres duermen en sus muros?» [210].

10. Cuando consultaba el oráculo en Samotracia, el sacerdote le ordenó decir cuál era la hazaña más ilegal que había realizado en su vida. Éste preguntó: «¿Debo hacer esto porque lo ordenas tú, o porque lo ordenan los dioses?» Se le contestó: «Los dioses». Dijo: «Pues bien, tú quítate de delante de mí y yo se lo diré a ellos en caso de que me lo pregunten» [211].

[207] Cf. *Mor.* 190E (3).
[208] Cf. Plut., *Vida de Lisandro* XXII 445D.
[209] Cf. *Mor.* 190F (5).
[210] *Ibid.*, E (4).
[211] *Ibid.*, 217C (1).

11. Al preguntarle un persa qué tipo de gobierno re- E comendaba especialmente, dijo: «Aquel que dé su merecido tanto a los valientes como a los cobardes.»

12. En respuesta a uno que decía admirarlo y amarlo sobremanera, dijo: «Tengo dos bueyes en un campo y, aunque uno y otro permanecen callados, conozco perfectamente al que no trabaja y al que trabaja.»

13. Cuando uno lo vituperaba, dijo: «Habla abundantemente, extranjero miserable, habla sin dejar nada, que puedas vaciar tu alma de los males de los que parece estar llena.»

14. Poco después de su muerte, al surgir una disputa F por cierta alianza, Agesilao fue a la casa de Lisandro para examinar los documentos sobre la cuestión, pues Lisandro los había guardado en su casa; encontró también un libro escrito por Lisandro sobre la constitución política. Defendía que se debía poner fin a la monarquía de los Euripóntidas y de los Agíadas, y hacer una elección pública de entre los mejores, para que esta dignidad no perteneciese a los descendientes de Heracles, sino a los que son como Heracles, juzgándolos por su virtud, por la que también se exaltó a aquél con honras divinas. Agesilao sintió el deseo de hacer público este documento entre los ciudadanos y demostrar qué tipo de ciudadano había sido Lisandro en secreto, con el propósito también de desacreditar a sus enemigos. Pero se cuenta que Cratidas, quien entonces presidía a los éforos, en prevención de que, al ser leído este discurso, persuadiera a los ciudadanos, contuvo a Agesilao y le dijo que no debía de desenterrar a Lisandro, sino enterrar también el discurso con él, pues estaba muy 230A bien elaborado y era convincente [212].

[212] *Ibid.*, 212C (52); *Vida de Lisandro* XXIV 447D y XXX 450E, y *Vida de Agesilao* XX 606E.

15. A los pretendientes de sus hijas, quienes, al descubrirse después de su muerte que era pobre, renunciaron a sus obligaciones, los éforos los castigaron, pues cuando pensaban que era rico lo cultivaron, pero cuando conocieron por su pobreza que era justo y honrado, lo despreciaron [213].

Namertes

Cuando Namertes fue enviado como embajador, al felicitarlo uno de los de allí porque tenía muchos amigos le B preguntó si tenía algún modo de comprobar de qué manera es probado quien tiene muchos amigos. Como el otro intentara saberlo, le dijo: «Por el infortunio.»

Nicandro [214]

1. Nicandro, cuando alguien le dijo que los argivos hablaban mal de él, respondió: «Sin duda están expiando sus culpas por hablar mal de los buenos.»

2. Al preguntar uno por qué llevaban melena y se cuidaban la barba, dijo: «Porque para el hombre sus adornos naturales son los más bellos y los más baratos de todos» [215].

3. Cuando un ateniense dijo: «Nicandro, insistís demasiado en el holgar», le contestó: «Dices verdad, pues

[213] Plut., *Vida de Lisandro* XXX 451A; El., *Var. Hist.* VI 4 y X 15, y Est., IV 32A 21.

[214] Rey espartano de la familia de los Euripóntidas. Fue hijo de Cárilo (cf. *Mor.* 189F) y padre de Teopompo (cf. *ibid.*, 221D1-F6). Reinó *ca.* 810-772 a. C. Luchó contra Argos (Hdt., VII 131, 2; Diod., VII 8, 2, y Paus., II 36, 4 y III 7, 4).

[215] Cf. *Mor.* 189F (3).

no nos esforzamos como vosotros en lo que se presente» [216].

Pantedas [217]

C

1. Pantedas fue como embajador a Asia y, al mostrarle alguien una sólida muralla, exclamó: «Por los dioses, extranjeros, bello gineceo» [218].

2. A propósito de que los filósofos conversaban en la Academia sobre muchos asuntos serios, al preguntarle a Pantedas qué opinión le merecían aquellos discursos, dijo: «¿Qué otra que serios?, pero de ninguna utilidad, a no ser que vosotros los pongáis en práctica» [219].

Pausanias, hijo de Cleómbroto [220]

1. Pausanias, el hijo de Cleómbroto, cuando los delios hablaban de su derecho sobre la isla frente a los ate-

[216] *Ibid.*, 239D (41), 348F y 710F; Plat., *Leyes* VII 10, 8036D.

[217] Como embajador de Esparta, puso fin al dominio de Clearco I en Bizancio (403 a. C.). Como harmosta espartano, murió en el campo de batalla en Tanagra luchando contra Pelópidas en el año 377 a. C. (Cf. Plut., *Vida de Pelópidas* XV, y Diod., XIV 12, 4 ss.)

[218] Cf. *Mor.* 190A.

[219] *Ibid.*, 112B, 220D y 1033B-E; Dem., *Ol.* II 12.

[220] Rey espartano, de la familia de los Agíadas. Reinó en Esparta desde el 479 a. C. Al frente del ejército griego fue el verdadero artífice de la derrota que los griegos infirieron a los persas en Platea (cf. Hdt., IX 10 y 19-75; Tuc., I 132, 1, y Paus., III 4, 9). Después de esta batalla estuvo en Bizancio, donde reinó algún tiempo hasta que fue expulsado por Cimón. Volvió a Esparta, pero, al descubrirse que mantenía correspondencia con los persas, se refugió en el Santuario de Atenea de la Casa de Bronce y allí los éforos lo dejaron morir de hambre (466). Véanse Tuc., I 128 ss., y Diod., XI 44 ss.

D nienses y decían que, según sus leyes, las mujeres no podían alumbrar hijos en la isla, ni los que morían podían ser enterrados en ella, les preguntó: «¿Cómo puede ser vuestra patria ésta en la que ninguno de vosotros ha nacido ni tendrá en ella morada definitiva?» [221].

2. Cuando los exiliados lo exhortaban a conducir su ejército contra los atenienses y le decían que, al ser proclamado su nombre en Olimpia, sólo aquéllos le silbaban, dijo: «¿Qué pensáis, pues, que harían aquellos que silban cuando se les trata bien si se les tratara mal?» [222].

3. Al preguntar alguien por qué habían hecho a Tirteo, el poeta, ciudadano, dijo: «Para que jamás parezca que un extranjero es caudillo nuestro» [223].

E **4.** A un hombre débil de cuerpo que le aconsejaba enfrentarse al enemigo por tierra y por mar, le dijo: «¿Quieres, en efecto, desnudarte y mostrar qué tipo de persona eres tú, que nos aconsejas a nosotros entablar combate?»

5. Cuando algunos miraban maravillados entre los despojos de los bárbaros el gran lujo de su vestimenta, les dijo que hubiera sido mejor para ellos ser hombres de mucho valor que poseer cosas de mucho valor [224].

6. Después de la victoria acaecida en Platea frente a los medos, ordenó que la comida persa que había sido previamente preparada se le sirviera a él y a los suyos. Como ésta fuera de una sorprendente magnificencia, exclamó: F «Por los dioses, codicioso era el persa, que con tales cosas vino por nuestro pan de cebada» [225].

[221] Cf. Tuc., III 104 y V 1, y Estrabón, VIII 4, 10.

[222] Una contestación similar es atribuida a Filipo de Macedonia en *Mor.* 143F, 179A (26) y 457F.

[223] Cf. Plat., *Leyes* I 5, 629A, y Estr., VIII 4, 10.

[224] Cf. Plat., *Leyes* IX 10, 870B; Jen., *Banquete* IV 34, y Cic., *Parad. Stoic.* VI 1-3 (42-52).

[225] Cf. Hdt., IX 82.

Pausanias, hijo de Plistoánacte [226]

1. Pausanias, el hijo de Plistoánacte, en respuesta a uno que le preguntaba por qué entre ellos no estaba permitido cambiar ninguna de las leyes antiguas, dijo: «Porque es preciso que las leyes tengan autoridad sobre los hombres, y no los hombres sobre las leyes» [227].

2. Como elogiara en Tegea a los espartanos después de su exilio, alguien le dijo: «¿Por qué no permaneces, entonces, en Esparta en vez de exiliarte?» Respondió: «Porque tampoco los médicos acostumbran a pasar su tiempo junto a los sanos, sino donde estén los enfermos.»

3. Cuando alguien le preguntó cómo se podría vencer a los tracios, dijo: «Si elegimos general al mejor.»

4. Cuando un médico lo visitó y le dijo: «No tienes 231A nada malo», contestó: «Porque no te tengo a ti de médico.»

5. Cuando uno de sus amigos lo censuraba porque hablaba mal de un médico sin haber tenido ninguna experiencia con él ni haber sufrido ningún daño, le dijo: «Si hubiera tenido alguna experiencia con él, no viviría.»

6. Al decirle un médico: «Has llegado a la vejez», le respondió: «Porque no te tuve a ti de médico.»

7. Decía que el mejor médico era aquel que no permitía pudrirse a sus enfermos, sino que los enterraba inmediatamente.

[226] Nieto del anterior Pausanias, fue rey de Esparta del 408 al 394 a. C. Tomó parte en el bloqueo de Atenas del 405. Tras la caída de los Treinta intentó reconciliar los partidos de la ciudad por lo que fue juzgado en Esparta. Participó en una expedición contra Tebas (395), por cuyo fracaso fue condenado a muerte y huyó a Tegea. (Cf. Tuc., III 26, 2; Jen., *Hel.* II 2, 7 ss. y 4, 29 ss., y III 5, 5 ss.; Paus., I 13, 4, y III 5, 1 ss.; Diod., XIII 5, 1 y 107, 2, y XIV 81, 1 ss.)

[227] Pausanias escribió un tratado sobre las leyes de Licurgo, cf. Jacoby, *F. Gr. H.* 582.

Pedareto [228]

B 1. Pedareto, cuando uno le dijo que los enemigos eran muchos, respondió: «Sin duda nosotros seremos muy famosos, pues mataremos a más.»

2. Cuando vio a uno, afeminado por naturaleza, pero elogiado por los ciudadanos a causa de su moderación, dijo: «No se debe elogiar a hombres que parezcan mujeres, ni a mujeres que parezcan hombres, a no ser que alguna necesidad obligue a la mujer.»

3. Al no ser elegido entre los Trescientos [229], que era la mayor dignidad en el orden ciudadano, se marchó alegre y sonriente. Como los éforos lo llamaran y se informaran de por qué reía, dijo: «Porque me congratulo con la C ciudad de que tenga trescientos ciudadanos mejores que yo.»

Plistarco [230]

1. Plistarco, el hijo de Leónidas, en respuesta a uno que preguntaba por qué motivo no tomaban sus nombres de los primeros reyes, dijo: «Porque aquéllos tenían necesidad de ser monarcas absolutos, pero los que les siguieron [231] en modo alguno.»

[228] Véase n. 172 a *Mor.* 191F.

[229] Cf. Hdt., VIII 124, y Jen., *Const. de Esp.* IV 3.

[230] Fue rey de Esparta desde la muerte de su padre Leónidas, en el 480 a. C., hasta el 458 (cf. Hdt., IX 10; Tuc., I 132, 1, y Paus., III 4, 9).

[231] La dinastía de los Agíadas tomó el nombre de Agis, segundo rey de esa familia, y la de los Euripóntidas lo tomó de Euriponte, el tercer rey de esa línea real dinástica, cf. Plut., *Vida de Licurgo* II 40D; Estr., VIII 366, y Paus., III 7, 1.

2. Como cierto abogado se dedicara a decir bromas, le dijo: «Guárdate, amigo, de bromear continuamente, para que no te conviertas en una broma, como también quienes ejercitan de continuo la lucha, se convierten en luchadores.»

3. A uno que imitaba a un ruiseñor, le dijo: «Es más agradable, amigo, escuchar al ruiseñor mismo» [232].

4. Cuando alguien le dijo que un murmurador lo D elogiaba, dijo: «Me pregunto, si no le habrá dicho alguien que he muerto, pues aquél no es capaz de hablar bien de nadie que esté vivo.»

Plistoánacte [233]

Plistoánacte, el hijo de Pausanias, cuando un orador ático llamó a los espartanos ignorantes, le dijo: «Hablas con razón, pues somos los únicos griegos que no hemos aprendido nada malo de vosotros» [234].

Polidoro [235]

1. Polidoro, el hijo de Alcámenes [236], como cierto individuo amenazara constantemente a los enemigos, le dijo:

[232] Cf. *Mor.* 212F 58.

[233] Fue rey de Esparta del 458 al 408 a. C. En el 407 participó en una expedición contra Atenas. Estuvo exilado en Arcadia. Regresó a Esparta. Promovió la paz con Atenas. Firmó en el 421 la paz de Nicias y participó en las negociaciones de alianza entre las dos ciudades con el fin de prestarse recíproca defensa (cf. Tuc., I 107, 2 y 114, 1; II 21, 1, y V 16, 2 ss. y 19, 1 ss.).

[234] En *Mor.* 192B (1) se atribuye esta respuesta a Antálcidas.

[235] Rey de Esparta, que reinó en la segunda mitad del siglo viii a. C. Participó en la primera guerra mesenia. Murió asesinado (cf. Hdt., VII 204, y Paus., III 3, 3, 1-4).

«¿No te das cuenta de que estás malgastando la parte más importante de tu venganza?»

E 2. Cuando sacaba el ejército contra Mesenia, alguien le preguntó si se disponía a luchar contra sus hermanos. Dijo que no, sino a marchar por la parte no asignada del territorio.

3. Cuando los argivos, después de la batalla de los Trescientos [237], fueron de nuevo vencidos con todas sus fuerzas en batalla campal, los aliados recomendaron a Polidoro que no desperdiciase la ocasión, sino que atacara la muralla de los enemigos y tomara su ciudad, pues sería fácil, dado que los hombres habían muerto y sólo quedaban las mujeres. Pero les dijo: «Para mí es una acción noble el vencer a los rivales en una lucha de igual a igual; pero, después de haber luchado por las fronteras de nuestro territorio, desear tomar su ciudad no me parece justo, F pues vine a reconquistar la tierra, y no a ocupar una ciudad.»

4. Al preguntársele por qué los espartanos arriesgan su vida con valentía en la guerra dijo: «Porque aprendieron a respetar a sus generales y no a temerlos» [238].

POLICRÁTIDAS

Cuando Policrátidas fue, junto con otros, de embajador a los generales del rey y éstos les preguntaron si venían como particulares o habían sido enviados como representantes públicos, dijo: «Si tenemos éxito, como representantes públicos, y si no, como particulares» [239].

[236] Véase n. 77 a *Mor.* 216E.

[237] Cf. HDT., I 81-83.

[238] Cf. *Mor.* 217A (5), donde una respuesta muy similar se atribuye a Anaxándridas.

FÉBIDAS [240]

Fébidas, antes de la confrontación de Leuctra, como algunos afirmaran que este día mostraría al hombre valiente, dijo que este día merecería la pena si podía mostrar al hombre valiente.

SOOS [241]

Se cuenta que Soos, asediado por los clitorios en un 232A terreno árido y sin agua, acordó que les dejaría la tierra que les había tomado por las armas si todos los suyos bebían de la fuente cercana; los enemigos la vigilaban. Y, hechos los juramentos, reunió a los suyos y ofreció el reino al que no bebiera. Pero ninguno se contuvo, sino que todos bebieron; él bajó el último de todos y se salpicó —aun estaban los enemigos presentes— y después regresó y retuvo el terreno, puesto que no había bebido.

[239] En PLUT., *Vida de Licurgo* XXV 55C, este dicho se atribuye a Pisistrátidas.

[240] Destacado general espartano del siglo IV a. C. Actuó militarmente en la Calcídica y en Tebas. Murió en el año 378 a. C. Cf. JEN., *Hel.* V 2, 24 ss. y 4, 41 ss.; DIOD., XV 20, 1 ss. y 33, 6.

[241] Legendario rey de Esparta, que, según la tradición, fue el segundo de la dinastía de los Euripóntidas. Cf. PAUS., III 7, 1, y PLUT., *Vida de Licurgo* II 40C.

TELECLO [242]

B 1. Teleclo, en respuesta a uno que decía que el padre de Teleclo hablaba mal de él, dijo: «De no haber tenido cosas que decir, no habría hablado.»

2. Cuando su hermano le dijo que los ciudadanos no se comportaban con él como con el rey a pesar de ser de la misma familia, sino con mucha menos consideración, dijo: «Porque tú no sabes sufrir la injusticia y yo sí» [243].

3. Al preguntársele por qué entre ellos existía la costumbre de que los más jóvenes se levantaran y cedieran su asiento a los mayores, dijo: «Porque, al tener tal actitud con los que nada tienen que ver con ellos, honrarán más a sus progenitores» [244].

4. Al preguntarle uno qué hacienda poseía, dijo: «No más que la suficiente.»

CÁRILO [245]

1. Cárilo, cuando se le preguntó por qué Licurgo ha- C bía establecido tan pocas leyes, contestó: «Porque quienes hablan poco, tienen también necesidad de pocas leyes» [246].

2. Al preguntarle uno por qué llevaban en público a las doncellas sin velo, pero a las mujeres cubiertas con un velo, dijo: «Porque es preciso que las doncellas encuentren maridos, y que las mujeres, en cambio, conserven los que tienen.»

[242] Véase n. 153 a *Mor.* 190A.
[243] Cf. *Mor.* 190A.
[244] *Ibid.*, 237D, y JEN., *Const. de Esp.* VI 1-3.
[245] Véase n. 151 a *Mor.* 189F.
[246] Cf. *Mor.* 189F (1).

3. Cuando un hilota se comportó insolentemente con él, le dijo: «Si no estuviera tan enfadado, te mataría» [247].

4. Al preguntarle uno cuál era, en su opinión, la mejor forma de gobierno, dijo: «En la que el mayor número de gobernados están dispuestos a competir unos con otros, sin disensión interna, por la virtud» [248].

5. Al preguntar uno por qué, entre ellos, todas las D esculturas de los dioses estaban equipadas de armas, dijo: «Para no referir a los dioses los reproches dichos contra los hombres por su cobardía y para que los jóvenes no supliquen sin armas a los dioses.»

6. En respuesta a uno que preguntaba por qué llevaban melenas, dijo: «Porque éste es un adorno natural y barato» [249].

MÁXIMAS DE ESPARTANOS DESCONOCIDOS

1. Los espartanos dijeron a los embajadores de los samios que hablaban largamente: «Lo primero lo hemos olvidado y lo último no lo hemos captado por haber olvidado lo primero» [250].

2. A un orador que se extendió mucho en su discurso E y pedía las respuestas para comunicar a sus ciudadanos, le dijeron: «Pues bien, comunícales que a duras penas cesaste de hablar y nosotros de escucharte» [251].

3. En respuesta a los tebanos que les discutían algunas cuestiones, dijo: «Es preciso que tengáis menos orgullo o más poder.»

[247] *Ibid.* (2).
[248] *Ibid.*, 154E.
[249] *Ibid.*, 189F (3).
[250] *Ibid.*, 223D (7).
[251] *Ibid.*, 216 (15).

4. Al preguntársele a un espartano por qué motivo se había dejado crecer tanto el pelo de la barba, dijo: «Para que, al ver mis canas, no haga nada indigno de ellas.»

5. Al preguntársele a otro: «¿Por qué usáis espadas cortas?», respondió: «Para acercarnos más a los enemigos.»

6. Cuando alguien alababa a los combatientes argivos, un espartano dijo: «En Troya»[252].

7. Otro, al oír que a algunos después de cenar se les obligaba a beber, dijo: «¿Y no se les obliga también a comer?»

8. Cuando Píndaro escribió[253]:

Atenas soporte de Grecia,

un espartano dijo que Grecia caería, si se apoyaba en un soporte así.

F **9.** Cuando uno vio en una pintura que unos espartanos eran degollados por unos atenienses, dijo: «Valientes atenienses», pero un espartano lo interrumpió y le dijo: «En la pintura.»

10. A uno que escuchaba ávidamente las blasfemias provenientes de una calumnia, un espartano le dijo: «Cesa de dirigir tus orejas contra mí»[254].

11. A uno que había sido castigado y decía: «Erré involuntariamente», alguien le dijo: «Pues, entonces, paga también involuntariamente tu castigo.»

12. Alguien, al ver en un viaje a unos hombres sentados en sillas de mano, dijo: «Ojalá no llegue a sentarme allí donde no me sea posible ceder el lugar a un anciano»[255].

[252] Es decir, fue hace mucho tiempo, cuando eran dignos de elogio.
[253] *Fr.* núm. 76 (ed. Christ).
[254] Cf. Est., III 2, 41.
[255] Se cuenta la misma anécdota en Plut., *Vida de Licurgo* XX 52F.

13. Cuando, en cierta ocasión, unos de Quíos en una visita a Esparta después de cenar vomitaron en el lugar de los éforos y se ensuciaron en los sitiales en que los éforos se sentaban, los espartanos comenzaron, acto seguido, 233A una exhaustiva investigación sobre quiénes lo habían hecho por si acaso eran ciudadanos, pero, cuando supieron que eran quiotas, proclamaron mediante heraldo que se permitía a los quiotas practicar el desenfreno[256].

14. Cuando cierta persona vio que se vendían almendras de las duras a doble precio que las otras, dijo: «¿Acaso escasean las piedras?»[257].

15. Cuando uno desplumó a un ruiseñor sin apenas encontrar carne, dijo: «Tú eres voz, pero nada más.»

16. Un espartano, al ver a Diógenes el Cínico que abrazaba una estatua de bronce en una época en que hacía mucho frío, le preguntó si tenía frío; como éste le contestara negativamente, le preguntó: «¿Qué gran cosa, pues, estás haciendo?»

17. Uno del Metaponto, al ser tachado de cobarde por un espartano, le dijo: «Pero, de hecho, tenemos no B poco de otra tierra.» El espartano le respondió: «En efecto, no solo sois cobardes, sino también injustos.»

18. Como uno que visitaba Esparta se sostuviera firme sobre una sola pierna y dijera a un espartano: «Pienso que tú, espartano, no puedes permanecer tanto tiempo como yo sobre un solo pie», éste lo interrumpió y le dijo: «Realmente no, pero ciertamente no hay ningún ganso que no pueda hacerlo.»

[256] El., *Var. Hist.* II 15, cuenta una anécdota muy parecida de los de Clazomene. Cf. Hesiquio, s. v. *klazomenios.*
[257] Cf. Ateneo, II, págs. 52-54.

19. Cuando uno se envanecía sobre su arte retórica, un espartano le dijo: «Pero, por los dos dioses, no hay, ni jamás habrá ciencia que no se apoye en la verdad»[258].

C **20.** Cuando un argivo dijo en una ocasión: «En nuestra tierra hay muchas tumbas de espartanos», un espartano le respondió: «Pues en la nuestra no hay ni una sola de argivos», porque ellos habían invadido muchas veces Argos, pero los argivos jamás Esparta[259].

21. Un espartano que había sido hecho prisionero y puesto en venta, cuando el heraldo proclamó: «Vendo un espartano», le tapó la boca y dijo: «Di: 'Un prisionero'»[260].

22. Como Lisímaco preguntara a uno de sus soldados si no era un hilota, le respondió: «¿Tú crees que un espartano vendría por tus cuatro óbolos?»

23. Cuando los tebanos, después de haber vencido a los espartanos en Leuctra, llegaron junto al mismo Eurotas, y uno se vanagloriaba y decía: «¿Dónde están ahora los espartanos?», un espartano hecho prisionero por ellos D respondió: «No están, de otro modo vosotros no hubierais llegado aquí.»

24. Como los atenienses consideraran, cuando entregaron su ciudad, que Samos[261] sólo se les debía dejar a ellos, los espartanos les dijeron: «¿Cuando ni siquiera os pertenecéis a vosotros mismos, también entonces pretendéis poseer a los demás?» De aquí también el proverbio:

Aquel que no se posee a sí mismo, pretende Samos[262].

[258] Cf. Plat., *Fedro* 260E.

[259] Cf. Plut., *Vida de Agesilao* XXXI 613D.

[260] Cf. *Mor.* 234C (40).

[261] Samos fue la fiel aliada de Atenas durante la guerra del Peloponeso. Rendida Atenas en el 404, Samos tardó aún unos meses en rendirse a los espartanos.

[262] Leutsch-Schneidewin, *Paroemiographi Graeci*, vol. I, pág. 292, y vol. II, pág. 571; cf., asimismo, Dión Crisóstomo, *Or.* LXXIV 5 (p. 637C).

25. Después de haber tomado los espartanos cierta ciudad por la fuerza, los éforos dijeron: «Se ha terminado la lucha de nuestros jóvenes; ellos ya no tendrán competidores»[263].

26. Cuando su rey les prometió arrasar por completo otra ciudad por suceder que había ofrecido muchas veces E problemas a los espartanos, no lo permitieron y le dijeron: «De ningún modo hagas desaparecer ni arrases la amoladera de nuestros jóvenes.»

27. No les pusieron entrenadores a quienes luchaban, para que la emulación no proviniera de la destreza, sino del valor[264]. Por esto, al preguntársele a Lisanóridas cómo Caronte lo había vencido, respondió: «Por su mucho ingenio.»

28. Filipo, cuando entraba en su territorio, les escribió si preferían que fuera como amigo o como enemigo. Le respondieron: «Ni lo uno, ni lo otro.»

29. Después de haber enviado un embajador a Antígono, el hijo de Demetrio[265], se informaron de que aquél había llamado a éste rey, por lo que lo castigaron, a F pesar de haber traído un medimno de trigo para cada uno en un momento de escasez de alimentos.

30. Como Demetrio se quejara de que a él le habían mandado un solo embajador, le dijeron: «¿No es, pues, suficiente si es uno para uno?»[266].

[263] Esta última frase aparece entre corchetes en la edición de W. Nachstädt. Pantazides la omite en su edición por considerarla un comentario marginal que se ha introducido en el texto.

[264] Cf. *Mor.* 639F, y Plut., *Vida de Pelópidas* VII 281B.

[265] Se refiere a Antígono Gónatas, hijo de Demetrio Poliorcetes. Cf. n. 91 a *Mor.* 183C.

[266] Cf. *Mor.* 216B (16).

31. Como un malvado aportara una buena idea, la aceptaron, pero se la quitaron a éste y se la atribuyeron a otro que vivía honradamente [267].

32. Castigaron al padre de unos hermanos que disputaban entre sí, por permitir la discordia entre sus hijos.

33. Castigaron a un músico que los visitaba, porque tocaba el arpa con los dedos [268].

34. Dos niños estaban luchando y el uno hirió al otro mortalmente de un golpe de hoz. Los amigos del herido, cuando iban a separarlos, le prometieron vengarlo y matar al que lo había golpeado, a lo que les replicó: «De ningún 234A modo, por los dioses, pues no es justo; ya que yo debería haber hecho esto, si me hubiera adelantado y hubiera sido valiente.»

35. A otro muchacho le sucedió que, cuando llegó el momento en que era costumbre que los muchachos libres robaran lo que pudieran y era vergonzoso no hacerlo inadvertidamente, como los chicos que iban con él robaran un zorrillo vivo y se lo dieran para guardarlo, al presentarse en su búsqueda quienes lo habían perdido, se metió el zorro bajo su manto. Y aunque la fiera se enfureció y le mordió todo el costado hasta las entrañas, el muchacho no se movió para no ser descubierto. Después, cuando aquéllos se marcharon, los muchachos vieron lo sucedido y le reprendieron, diciéndole que hubiera sido mejor dejar el B zorrillo al descubierto antes que ocultarlo hasta la muerte. Pero él dijo: «No, sino que es mejor morir sin ceder a los dolores, que adoptar una vida vergonzosa al ser descubierto por debilidad de espíritu» [269].

[267] *Ibid.*, 41B y 801B; ESQUINES, *Contra Timarco* 180-181, y AULO GELIO, XVIII 3.

[268] Así la melodía era más suave que con el plectro. Cf. *Mor.* 802F.

[269] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XVIII 51B.

36. Unas personas, al encontrarse a unos espartanos por el camino, les dijeron: «Estáis de suerte, pues unos salteadores se acaban de marchar de aquí.» Pero ellos contestaron: «No, por Enialio, sino que son ellos quienes están de suerte por no habernos encontrado a nosotros.»

37. Al preguntársele a un espartano qué sabía, dijo: «Ser libre.»

38. Un muchacho espartano que fue hecho prisionero por el rey Antígono y vendido, obedecía al que lo había C comprado en todo cuanto él consideraba que convenía realizar a un hombre libre. Pero cuando le ordenó que le trajera un orinal, no lo soportó y dijo: «No seré un esclavo.» Y como aquél insistiera, se subió al tejado y le dijo: «Que te aproveche tu compra.» Se tiró abajo y murió [270].

39. Otro que estaba a la venta, cuando alguien le dijo: «Si te compro, ¿serás útil y honrado?», respondió: «Y aunque no me compres» [271].

40. Cuando otro cautivo fue puesto a la venta, al proclamar el heraldo que vendía un esclavo, dijo: «Maldito, ¿no dirás un prisionero?» [272].

41. Un espartano tenía en su escudo como emblema una mosca de tamaño no mayor que el real. Como algunos D en plan de burla le dijeran que había hecho esto para pasar inadvertido, respondió: «Más bien para ser advertido; pues me acerco a los enemigos hasta tal punto que mi emblema pueda ser visto por ellos en su tamaño natural.»

42. Otro, como llevaran una lira a un banquete, dijo: «No es espartano el gastar el tiempo en tonterías» [273].

[270] Cf. *Mor.* 242D (30); SÉN., *Epíst.* 77 (14); EPICTETO, I 2, 8.

[271] Cf. *Mor.* 242C (29).

[272] *Ibid.*, 233C (21).

[273] *Ibid.*, 220A (3), y *Vida de Temístocles* II 112C; CIC., *Tusc.* I 2, 4.

43. Un espartano, al preguntársele si el camino a Esparta era seguro, dijo: «Depende de qué tipo de persona seas; pues los leones marchan por donde quieren, pero a las liebres las cazamos por aquella tierra.»

44. En una pelea un contendiente agarrando al otro por el cuello lo golpeó con fácil esfuerzo y lo tiró a tierra. E Y, como el que cayó quedó en situación de inferioridad respecto al cuerpo, mordió el brazo del otro. Éste dijo: «Muerdes, espartano, como las mujeres». A lo que respondió: «No, por cierto, sino como los leones» [274].

45. Cuando un cojo salió para la guerra, algunos que le seguían se reían de él. Éste se dio media vuelta y les dijo: «Cabezas huecas, no hay que huir cuando se lucha contra el enemigo, sino que hay que permanecer firme y conservar el puesto» [275].

46. Otro, al ser herido por un arco y escapársele la vida, decía que no le preocupaba estar a punto de morir, sino el morir a manos de un arquero afeminado y antes de haber hecho nada» [276].

47. Un hombre se paró en una posada y dio un trozo F de carne al posadero para preparar. Cuando éste le pidió queso y aceite le dijo: «¿Para qué? Si yo tuviera queso, ¿necesitaría además carne?» [277].

48. A uno que felicitaba a Lampis [278], el egineta, porque tenía fama de ser muy rico por tener muchos barcos,

[274] Esta anécdota se atribuye a Alcibíades en *Mor.* 186D (1), y *Vida de Alcibíades* I 192C.

[275] Cf. *Mor.* 210F (34) y 217C; VAL. MÁX., III 7, 8.

[276] HDT., IX 72, atribuye una anécdota similar al espartano Calícrates en la batalla de Platea.

[277] Cf. *Mor.* 995B, y EL., *Var. Hist.* XIV 7.

[278] Era un rico armador de Egina. Cf. *Mor.* 787A; DEM., *Or.* XXIII 211 (691); DIÓG. LAERC., I 103-4, y CIC., *Tusc.* V 14, 40.

le dijo un espartano: «No me fío de una felicidad que esté colgada de unos cables.»

49. Al decir alguien a un espartano que mentía, le contestó: «En efecto, somos hombres libres, pero los demás, si no dicen la verdad, lo lamentarán.»

50. Uno que se propuso colocar erguido un cadáver, como, a pesar de todo su esfuerzo, no pudiera, dijo: «Por los dioses, dentro debe de haber algo.»

51. Tínico, cuando murió su hijo Trasibulo, lo llevó con fortaleza, y le hizo el siguiente epigrama [279]:

Sin vida, sobre su escudo ha llegado Trasibulo a Pitana, 235A
después de haber recibido siete heridas de los argivos;
las siete aparecían de frente [280]*; el anciano Tínico*
puso su ensangrentado cuerpo sobre la pira y dijo así:
«Lloren los cobardes, pero yo a ti, hijo, te enterraré
sin lágrimas, a ti que eres mío y también espartano.»

52. Como un bañero virtiese agua muy abundantemente sobre Alcibíades, el ateniense, dijo un espartano: «¿Por qué esto, como si no estuviera limpio? Le echa mucha agua como si estuviera muy sucio» [281].

53. Cuando Filipo el macedonio les dio algunas órdenes por carta, los espartanos le respondieron: «Referente B a lo que nos escribiste, no.» Y cuando Filipo invadió el territorio espartano y todos pensaban que morirían, dijo a un espartano: «¿Qué haréis ahora, espartanos?» Éste le replicó: «¿Pues qué otra cosa, sino morir con valentía?

[279] Se le atribuye a Dioscórides en la *Antología Palatina* VII 229.

[280] Es decir, no se entregó a la fuga.

[281] Cf. *Mor.* 237B, 5. Los espartanos, a diferencia de los atenienses, no eran nada aficionados ni a los baños ni a los ungüentos.

Porque nosotros somos los únicos griegos que aprendimos a ser libres y a no someternos a otros»[282].

54. Después de la derrota de Agis[283], Antípatro le pidió cincuenta muchachos como rehenes, pero Eteocles, que era éforo, le dijo que no le daría los muchachos para que no quedasen sin educar, faltos de la instrucción tradicional, pues no serían ciudadanos; que le daría, en cambio, si lo deseaba, ancianos o mujeres en doble cantidad. C Pero, como éste amenazara terriblemente si no recibía los muchachos, le contestaron por decisión popular: «Si nos ordenas cosas más arduas que la muerte, moriremos muy complacidos.»

55. Cuando se celebraban los juegos en Olimpia, un anciano que deseaba verlos, no encontraba asiento. Mientras iba de lugar en lugar se le insultaba y era objeto de burla y nadie le hacía sitio, pero cuando llegó frente a los espartanos, todos los jóvenes y muchos hombres se levantaron y le cedieron su lugar. Como todos los griegos reunidos mostraran la aprobación de esta costumbre con un aplauso y la elogiaran mucho, el anciano sacudió

su cano cabello y su cana barba[284]

D y dijo llorando: «¡Ay de mí, qué mal! Pues todos los griegos conocen la nobleza, pero sólo los espartanos la practican.»

Dicen algunos que esto mismo sucedió también en Atenas. Cuando se celebraban las Panateneas, la gente del Ática trataba groseramente a un anciano, lo llamaban como pa-

[282] Cf. *Mor.* 513A; Cic., *Tusc.* V 14, 12, y Val. Máx., VI 4, 4.
[283] Hace referencia a Agis III. Véase n. 169 a *Mor.* 191E.
[284] Hom., *Il.* XXII y XXIV 516.

ra hacerle un sitio y, si se acercaba, no le dejaban puesto. Cuando hubo pasado por delante de casi todos, llegó frente a los delegados de los espartanos y todos se levantaron de sus asientos para cederle el lugar. La multitud, encantada por lo sucedido, aplaudió en señal de gran aprobación y un espartano dijo: «Sí, por los dos dioses, los atenienses E saben lo que es noble, pero no lo practican»[285].

56. Un mendigo pidió a un espartano, quien le dijo: «Si te diera, mendigarías aún más; pero es responsable de tu desvergonzada conducta el primero que te dio pues te hizo un vago.»

57. Un espartano, al ver a uno que reunía dinero para los dioses, dijo que no creía en dioses que fueran más pobres que él.

58. Uno que sorprendió a otro en adulterio con una mujer fea, le dijo: «Desgraciado, ¿qué necesidad tienes?»[286].

59. Otro, al escuchar a un orador que trenzaba largos períodos, dijo: «Sí, por los dos dioses, el hombre es valiente, bien da vueltas a su lengua sin absolutamente ningún tema.»

60. Un hombre que llegó a Esparta y vio el respeto F de los jóvenes hacia los mayores exclamó: «Sólo en Esparta conviene envejecer»[287].

61. Al preguntársele a un espartano qué clase de persona era el poeta Tirteo, dijo: «Bueno para agudizar las almas de los jóvenes.»

62. Cuando otro que padecía de los ojos salió a la guerra, algunos le dijeron: «¿Dónde vas en tal estado, o

[285] Cf. Cic., *De Sen.* XVIII 63-64, y Val. Máx., IV 5, 2.
[286] Cf. *Mor.* 525D.
[287] Cf. Cic., *De Sen.* XVIII 63.

qué vas a hacer?» Y él respondió: «Aunque no haga otra cosa, al menos destemplaré alguna espada enemiga.»

63. Los espartanos Bulis y Esperquis marcharon voluntariamente a visitar a Jerjes, rey de los persas, para rendirle una satisfacción que Esparta le debía de acuerdo con 236A un oráculo, porque habían matado a unos heraldos que les habían sido enviados por el Persa; cuando aquéllos llegaron ante Jerjes le invitaron a que les hiciera morir, como representantes de los espartanos, del modo que quisiera. Pero aquél quedó admirado, liberó a los hombres y les pidió que se quedaran junto a él. Le contestaron: «¿Cómo podríamos vivir aquí abandonando patria, leyes y a aquellos hombres por quienes recorrimos este camino para morir?» Como Indarnes, el general, insistiera aún más y les dijera que recibirían igual honor que los amigos más emi- B nentes del rey, dijeron: «Parece que no conoces cuán grande es la libertad, que ningún hombre de sentido cambiaría por el imperio persa» [288].

64. Un espartano, como un amigo el primer día lo evitara y, al día siguiente, cuando hubo tomado prestada ropa de cama, lo recibiera suntuosamente, saltó sobre la cama y la pisoteó y añadió que por ella ayer no había dormido ni siquiera sobre un camastro de paja.

65. Otro, al ir a Atenas y ver que los atenienses pregonaban el salazón y la carne, recogían impuestos, frecuentaban burdeles y hacían otros actos desvergonzados sin considerar nada vergonzoso, cuando regresó a su patria, C como le preguntaran sus conciudadanos qué tal iban las cosas en Atenas, dijo: «Todo bien», dando a entender irónicamente que entre los atenienses todo se considera bueno y nada es vergonzoso.

[288] Cf. *Mor.* 815E; HDT., VII 134-136, y DIÓN CRIS., *Or.* LXXVI 5.

66. Otro, al preguntársele sobre una cuestión contestó: «No», y cuando el que había preguntado le dijo: «Mientes», le respondió: «¿Ves, pues, que eres un necio al preguntarme sobre lo que sabes?»

67. En una ocasión, unos espartanos fueron en embajada a visitar a Lígdamis [289], el tirano. Como éste diera largas muchas veces y aplazara el encuentro, y después de todo alguien dijera que se encontraba débil, los embajadores le replicaron: «Dile, por los dioses, que no hemos venido hasta él para luchar, sino para hablar con él.» D

68. Cuando uno iniciaba a un espartano en los misterios, le preguntó qué acción consideraba la más impía de cuantas había realizado. El espartano dijo: «Los dioses lo saben.» Pero, como insistiera más y le dijera: «Pero es absolutamente necesario que tú lo digas», el espartano respondió: «¿A quién se lo debo decir a ti o al dios?» Como le dijera: «Al dios», el espartano dijo: «Pues, entonces, tú retírate» [290].

69. Otro, al pasar por la noche junto a una tumba, y creer ver un espíritu, corrió tras él con la lanza levantada y descansando sobre ella exclamó: «¿Dónde me huyes, alma dos veces muerta?»

70. Otro, después de haber hecho el voto de arrojarse desde la roca Leucadia, subió y cuando vio la altura, dio media vuelta. Al ser objeto de burla, dijo: «No pensaba E que mi voto necesitara de otro voto mayor.»

71. Otro, en una batalla campal estuvo a punto de clavar su espada en el enemigo, pero al sonar la retreta no lo hizo. Cuando uno le preguntó por qué, cuando tenía

[289] Aristócrata de Naxos que ayudó a Pisístrato a implantar la tiranía en Atenas (HDT., I 61). Fue derrotado por los espartanos *ca.* 524.

[290] Cf. *Mor.* 217C (1) y 229D (10).

al enemigo en su mano, no lo mató, dijo: «Es mejor obedecer al oficial que matar al enemigo» [291].

72. A un espartano derrotado en Olimpia le dijo alguien: «Tu rival, espartano, se ha mostrado mejor que tú». Él respondió: «No exactamente, sino más avezado en el arte de disparar» [292].

[291] Cf. JEN., *Cirop.* IV 1, 3; EPICT., II 6, 15, y PLUT., *Mor.* 273F, y *Comparación de Pelópidas y Marcelo* III 317D.

[292] Cf. *Mor.* 233E (27).

ANTIGUAS COSTUMBRES DE LOS ESPARTANOS

INTRODUCCIÓN

Plutarco afirma, en la *Vida de Lisandro* (XVII 443A), que ya ha tratado en otro escrito sobre las costumbres de los espartanos. Pudiera ser el tratado que nos ocupa al que apuntara Plutarco. Recoge en él cuarenta y dos anécdotas tocantes a la vida cotidiana de los espartanos, en las que, una vez más, pone de manifiesto su admiración por este pueblo. Trata, al principio, de costumbres puntuales de los espartanos en lo referente a la comida, a la bebida y a la austeridad de su educación, para hacer una recapitulación final en la que subraya cómo estas costumbres inciden en la vida de la *pólis.* Pues «la ciudad, mientras siguió las leyes de Licurgo y permaneció fiel a los juramentos, fue la primera de Grecia en buen gobierno y reputación durante un período de quinientos años... Así fue hasta que hicieron caso omiso de la legislación de Licurgo» (239F-240A).

Las fuentes en las que bebió Plutarco para elaborar este pequeño tratado fueron las obras de Heródoto, Tucídides y las atribuidas a Jenofonte.

Respecto a la autoría del escrito, Volkmann (*Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* Berlín, 1869, págs. 237 y sigs.), aunque prefiere no pronun-

ciarse sobre el tema, piensa que es un extracto que o bien Plutarco o algún sucesor suyo hizo a partir de las *Vidas.* Nachstädt (*Bericht über die Sitzungen des Philol. Vereins,* Berlín, 1935, págs. 3 sigs. y 165 sigs.) y Ziegler (*Plutarchos von Chaironeia,* Stuttgart, 1949, pág. 230) son de la opinión de que estos escritos constituyen la materia prima reunida por Plutarco a partir de la cual escribió con un estilo ya más cuidado las *Vidas.* La cuestión permanece abierta.

Como hemos señalado en la Introducción anterior, este escrito figura en los manuscritos a continuación de *Máximas de espartanos;* por tanto, no está recogido como escrito independiente en el «Catálogo de Lamprias».

ANTIGUAS COSTUMBRES DE LOS ESPARTANOS

236F

1. El más anciano, señalando las puertas a cada uno de los que entran para la comida en común, les dice: «A través de éstas no sale ni una palabra» [1].

2. Encontraba especial aprobación entre ellos el llamado caldo negro, hasta el punto de que los más ancianos no necesitaban un pedazo de carne, sino que se lo pasaban a los jóvenes. Se cuenta que Dionisio, el tirano de Sicilia, compró por este motivo un cocinero espartano y le ordenó que le preparara el caldo sin escatimar gastos. Después, al probarlo, no lo pudo soportar y lo escupió. El cocinero le dijo: «Es preciso, oh rey, haberse ejercitado a la manera 237A espartana y haberse bañado en el Eurotas para degustar este caldo» [2].

3. Los espartanos, después de beber mesuradamente en las comidas comunes, se van sin antorcha. Pues no les está permitido hacer ni éste ni otro camino con luz, para que se acostumbren a viajar de noche en la oscuridad con ánimo y sin temor [3].

[1] Cf. *Mor.* 697E, y *Vida de Licurgo* XII 46D.

[2] Cf. *ibid.,* XII 46E; Estobeo, *Floril.* XXIX 100, y Cicerón, *Tusc.* V 34, 98.

[3] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XII 46F; Jenofonte, *Const. de Esp.* V. 7.

4. Aprendían las letras por necesidad; pero desterraban todo tipo de educación: de libros no menos que de hombres. Toda su educación estaba dirigida a obedecer bien, a esforzarse en ser fuertes y a vencer o morir combatiendo [4].

B **5.** Iban siempre sin camisa, recibían un solo manto para todo el año, y, mugrientos sus cuerpos, se mantenían el mayor tiempo posible apartados de baños y aceites [5].

6. Los jóvenes dormían juntos en fila y por clases en camastros de ramas, que ellos mismos confeccionaban rompiendo a mano y sin cuchillo las puntas de la caña que crecía junto al Eurotas. En el invierno ponían por debajo de sus camastros las hierbas llamadas «matalobos» y las mezclaban con pajas, pues se creía que sus hojas tenían propiedades caloríficas [6].

7. Estaba permitido amar el alma de los muchachos C de carácter serio, pero el tener relación íntima con ellos se consideraba vergonzoso en la idea de que se amaba el cuerpo y no el alma. Al que se le acusaba de haber mantenido alguna relación deshonrosa, se le privaba del derecho de ciudadanía para toda la vida [7].

8. Era costumbre que los más ancianos preguntaran a los jóvenes a dónde iban y por qué, y que reprendieran al que no contestara o buscase excusas [8]; y el anciano que, estando presente, no reprendía al joven que cometía una equivocación, estaba sujeto al mismo castigo que el que

[4] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XVI 50B; ISÓCRATES, *Panat.* 209, y H. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad,* Buenos Aires, 1976³, págs. 16-30.

[5] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XVI 50C; JEN., *Const. de Esp.* II 4.

[6] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XVI 50C.

[7] *Ibid.,* XVII 51D; JEN., *Const. de Esp.* II 12-14; ELIANO, *Hist. Var.* III 10-12, y MARROU, *Historia de la educación...,* págs. 35 y sigs.

[8] Cf. JEN., *Const. de Esp.* II 10.

la había cometido; y al que mostraba resentimiento si era castigado, se le tenía en gran oprobio.

9. Si se sorprendía a alguien cuando cometía una falta, éste debía dar vueltas en torno a algún altar de la ciudad cantando un estribillo de censura compuesto para él; esto no era otra cosa que censurarse uno a sí mismo [9]. D

10. También se exigía a los jóvenes no sólo respetar a los padres y obedecerlos, sino también preocuparse de todas las personas mayores, hacerles sitio en los caminos, cederles los asientos y permanecer en silencio en su presencia. Por esto cada uno gobernaba, no como en las otras ciudades, sobre sus propios hijos, esclavos y bienes, sino también sobre los del vecino como si fueran propios, con el fin de tener lo máximo posible en común y de preocuparse de ello como si fuera propio [10].

11. Cuando un niño era castigado por alguien, si se lo decía a su padre, resultaba vergonzoso para el padre, al oírlo, no darle otra paliza, pues tenían mutua confianza E por la instrucción tradicional de que nadie ordenaría nada vergonzoso a sus hijos [11].

12. Los jóvenes roban también la comida que pueden, y aprenden a dirigir sus ataques gallardamente contra los que duermen o vigilan sin cuidado. El castigo al que es sorprendido es una paliza y dejarlo sin comida. Pues para ellos la comida es muy escasa para que combatan por

[9] PLUT., *Vida de Licurgo* XV 48C.

[10] Cf. JEN., *Const. de Esp.* II 10 y VI 1-3. PLATÓN, en *Timeo* 18a-19b, defiende también el principio espartano de comunidad de mujeres, hijos y bienes en su esbozo de la ciudad ideal.

[11] Cf. JEN., *Const. de Esp.* VI, 2.

sí mismos la necesidad y se vean obligados a ser audaces y austeros [12].

13. Éste era el objeto de la precaria alimentación. Por los motivos aducidos era muy escasa, para que se acostum-F braran a no llenarse y a poder pasar hambre; pues pensaban que serían más útiles a la guerra, si eran capaces de hacer un sobreesfuerzo incluso sin comer; y más dueños de sí y más frugales, si podían pasar el mayor tiempo posible con un pequeño gasto; y que soportarían la falta de alimentación hasta el punto de consumir como alimento lo primero que encontraran. Creían que harían los cuerpos más sanos con una alimentación frugal, por considerar que los cuerpos reprimidos en su impulso hacia la gordura y al ensanchamiento crecían hacia lo alto y se hacían bellos; pues las constituciones delgadas y secas son más aptas para la flexibilidad, pero las bien alimentadas se oponen a esto por su pesadez [13].

238A **14.** Se aplicaban también no menos a la música y a las canciones. Pues esto era un acicate que despertaba el espíritu y la inteligencia, y que asistía al impulso entusiástico y al práctico. Su lenguaje era simple y llano, ya que no consistía en otra cosa que en elogios a los que vivieron noblemente, murieron en defensa de Esparta y se encontraban entre los bienaventurados; en censuras a quienes por haber sido cobardes llevaban una vida desdichada y dolorosa; y en una declaración y exaltación de la virtud adecuada a cada edad [14].

---

[12] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XVII 50E; Jen., *Const. de Esp.* II 6-9; Isócr., *Panat.* 211-214.

[13] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XVII 51A; Jen., *Const. de Esp.* II 5-6; El., *Var. Hist.* XIV 7, y Ateneo, XII 550C.

[14] Respecto a la formación musical en la educación espartana, afirma Marrou (*Historia de la educación...*, pág. 20): «La música, ubicada en el centro de la cultura, asegura el nexo entre sus diversos aspectos: por medio de la danza se vincula con la gimnasia; por medio del canto sirve de vehículo a la poesía, única forma arcaica de la literatura.» De hecho, en Esparta florecieron las dos grandes escuelas musicales, la de Terpandro, caracterizada por el solo vocal o instrumental, y la de la lírica coral.

15. Efectivamente, tres coros [15] correspondientes a las tres edades se presentaban en las fiestas. El de los ancianos comenzaba con esta canción [16]:

Nosotros hace tiempo fuimos valerosos jóvenes.

Después seguía el de los hombres maduros:

Nosotros lo somos: si quieres, mira.

Y, en tercer lugar, el coro de los niños cantaba:

Y nosotros os aventajaremos en mucho.

16. Además, el ritmo de sus cantos de marcha incita a la valentía, a la audacia y al menosprecio de la muerte; hacen uso de ellos en los coros y cuando marchan al son de la flauta contra el enemigo; en efecto, Licurgo unió el amor a la música con el ejercicio para la guerra, para que el excesivo espíritu guerrero mezclado con la melodía tuviese acuerdo y armonía. Por esto, el rey en las batallas sacrificaba previamente también a las Musas, para que quienes luchaban realizaran hazañas dignas de la palabra y de una gloriosa memoria [17]. C

---

[15] Estos coros parece que fueron introducidos por Tirteo.

[16] Cf. *Mor.* 544E, y *Vida de Licurgo* XXI 53B; Bergk, *Poet. Lyr. Graec.*, III, pág. 661; Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca*, II, pág. 197, y Edmonds, *Lyra Graeca*, III, pág. 530.

[17] Cf. *Mor.* 210F (36) y 221A (10), y *Vida de Licurgo* XXI 53B-D; Tucídides, V 70; Aristóteles, *Pol.* 1340B 18; Polibio, IV 20, 6; Dión Crisóstomo, II 59, p. 31; Aten., IV 184D y XIV 632F; Valerio Máximo, II 6, 2, y Bergk, *Poet. Lyr. Graec.*, II, pág. 404.

17. No permitían que nadie transgrediese ninguna ley de la antigua música. Los éforos multaron incluso a Terpandro [18], a pesar de ser el más antiguo y mejor citarista de su tiempo, además de panegirista de las hazañas heroicas, y le quitaron su cítara y la clavaron a una pared porque había añadido una cuerda más para la variedad del sonido, pues ellos aprobaban solamente las melodías más simples. Y cuando Timoteo [19] competía en los Festivales Carneos [20], uno de los éforos cogió un cuchillo y le D preguntó de qué lado podía cortar las cuerdas añadidas a las siete usuales.

18. Licurgo extirpó toda la superstición en torno a los entierros permitiendo enterrar a los muertos en la ciudad [21] y tener los monumentos funerarios cerca de los templos. Abolió también las impurezas: no permitió enterrar ninguna cosa junto con el difunto, sino solamente envolver el cuerpo en ropa color rojo y hojas de olivo, y estableció para todos igual tratamiento. Hizo desaparecer las inscripciones de las tumbas, excepto las de los muertos en guerra, así como el luto y las lamentaciones [22].

[18] Músico del siglo VII a. C., que, además de ser el fundador de una escuela musical, hacer modificaciones en los instrumentos e introducir en sus composiciones rítmicas el yambo y el troqueo, fue el primero que empleó sistemáticamente la música para fines terapéuticos y psicagógicos.

[19] Se refiere a Timoteo de Mileto (*ca.* 450-360), poeta innovador del ditirambo y de quien se conserva un pasaje en el que trata de justificarse ante los espartanos por emplear instrumentos con once cuerdas.

[20] Fiestas que se celebraban en Esparta en honor de Apolo Carneo (cf. *Mor.* 717D; TUC., V 54, 76; EURÍPIDES, *Alc.* 445 ss.).

[21] En la Antigüedad no se permitía enterrar a los muertos en la ciudad para que no la contaminaran de impurezas. En ciertas ciudades el nacer y el morir se consideraban actos impuros, por lo que evitaban cuidadosamente el que se produjeran dentro de la ciudad.

[22] Cf. PLUT., *Vida de Licurgo* XXVII 56A.

19. No les permitía salir de la ciudad para que no participaran en costumbres extranjeras y en formas de vida E indisciplinadas [23].

20. También introdujo la expulsión de extranjeros, para que quienes venían de fuera no fueran maestros de algo malo para los ciudadanos.

21. El ciudadano que no se sometiera a la instrucción de los muchachos, no participaba en los derechos de la ciudad [24].

22. Algunos decían que el extranjero que se sometiese a esta disciplina de la constitución de acuerdo con el programa de Licurgo, podía participar en la parte que se le F asignara desde el principio [25].

23. No se permitía vender. Pero era costumbre hacer uso de los sirvientes del vecino como de los propios si se necesitaban, y también de sus perros y caballos, a no ser que sus dueños tuvieran necesidad de ellos. Y, en el campo, si alguien carecía de algo que precisaba, después de abrir y tomar lo necesario del que lo tuviera, lo volvía a cerrar y lo dejaba [26].

24. En las guerras vestían ropas de color rojo, porque les parecía que este color era varonil y, además, porque lo sanguinolento del color producía mayor temor a los inexpertos. Y si alguno de ellos era herido, no era fácilmente

[23] *Ibid.*, 56C; *Vida de Agis* X 799D; TUC., II 39; JEN., *Const. de Esp.* XIV 4; ARISTÓFANES, *Aves* 1012; EL., *Var. Hist.* XIII 16. Véase ya en Licurgo el inicio de la dinámica de aislamiento que caracterizó la política espartana.

[24] Cf. JEN., *Const. de Esp.* III 3; MARROU, *Historia de la educación...*, págs. 22-27.

[25] Cf. ARIST., *Pol.* II 7, 1266b18.

[26] Cf. JEN., *Const. de Esp.* VI 3-4, y ARIST., *Pol.* II 5, 1263a35.

detectado por los enemigos, sino que pasaba desapercibido por la ventaja de la identidad del color [27].

25. Cuando vencen a los enemigos mediante una estratagema, sacrifican un buey a Ares; pero cuando los vencen en batalla abierta, ofrecen un gallo, acostumbrando así a quienes los dirigen a ser no sólo luchadores sino también estrategas.

239A **26.** A sus súplicas añaden la petición de ser capaces de sufrir la injusticia.

27. Su súplica es que se les conceda noble recompensa por sus valerosas hazañas y nada más.

28. Veneran a Afrodita en armas, y representan a todas las divinidades masculinas y femeninas con lanzas, en la idea de que todas poseen el valor guerrero [28].

29. Los aficionados a proverbios suelen decir:

Ofrece tu mano, cuando la fortuna te llame,

para indicar que se debe invocar a los dioses a la vez que se emprende una acción y se actúa, y no de otro modo [29].

30. A los niños les mostraban los hilotas borrachos para apartarlos de la excesiva bebida [30].

B **31.** No era costumbre entre ellos golpear en las puertas de la casa, sino gritar desde fuera.

32. No empleaban raspadores de hierro, sino de cañas [31].

[27] Cf. Jen., *Const. de Esp.* II 3 y XI 3; El., *Var. Hist.* VI 6, y Val. Máx., II 6, 2.

[28] Cf. *Mor.* 232D (5), y Paus., III 15, 10; 19, 2 y 23, 1.

[29] Cf. Babrio, *Fábulas*, núm. 20, y Leutsch-Schneidewin, *Parem. Gr.*, II, pág. 653.

[30] Cf. *Mor.* 455E., *Vida de Licurgo* XXVIII 57A, y *Vida de Demetrio* I 889A; Plat., *Leyes* VII 19, p. 816e; Diógenes Laercio, I 103, y Clemente de Alejandría, *Pedag.* III 8.

[31] Teofrasto, *Hist. plant.* IV 12, y Plinio, *Hist. Nat.* XVI 66.

33. No acudían ni a comedias ni a tragedias, para no oír ni en serio ni en broma a quienes hablaban en contra de las leyes [32].

34. Arquíloco, el poeta, cuando llegó a Esparta, al punto lo expulsaron, porque descubrieron que había escrito en sus versos que era mejor arrojar las armas que morir [33].

Algún sayo se ufana con mi escudo, arma
excelente que abandoné mal de mi grado junto a un [matorral.
Pero salvé mi vida: ¿qué me importa aquel escudo?
Váyase enhoramala; ya me procuraré otro que no sea [peor [34]. C

35. Los servicios religiosos eran comunes a muchachas y muchachos.

36. Los éforos multaron a Esciráfidas, porque fue engañado por muchos.

37. Mataron a uno que llevaba una túnica de tela basta, por hacer un bordado en la túnica.

38. Castigaron al joven fuera del gimnasio porque conocía el camino a Pilea [35].

[32] Plat., *Leyes* VII 19, 816d.

[33] Cf. Bergk, *Poet. Lyr. Graec.*, II, pág. 384, *Arquíloco*, núm. 6; Diehl, *Ant. Lyr. Gr.*, I, pág. 213; Horacio, *Odas* II 7, 10, y Val. Máx., VI 3, 1.

[34] Traducción de F. Rodríguez Adrados, *Líricos Griegos*, vol. I, Barcelona, 1956, pág. 32. La línea tercera del poema presenta problemas en la tradición manuscrita.

[35] El sentido es oscuro. Se ha sugerido que tal vez se tratara de un lupanar o, simplemente, de algún lugar de encuentro donde se reunían los hombres para hablar.

39. Expulsaron a Cefisofonte, quien decía que era capaz de hablar todo el día sobre cualquier asunto, y le dijeron que un buen orador debía ajustar la palabra a los hechos [36].

40. En Esparta los niños, azotados con látigos durante el día entero en el altar de Ártemis Ortia, muchas veces hasta la muerte, lo resisten contentos y orgullosos, y compiten entre ellos por la victoria consistente en quién de ellos puede resistir más golpes y durante más tiempo. El que vence goza de máxima reputación. La competición se llama «flagelación». Se celebra anualmente [37].

41. Una de las cosas más nobles y felices que Licurgo proporcionó a los ciudadanos fue la abundancia de tiempo libre. No les estaba permitido en absoluto dedicarse a ningún oficio manual. Tampoco les era necesario ni un tipo de lucro que implicara acumulación trabajosa, ni una trabajosa ocupación activa, dado que habían convertido la riqueza en algo no envidiable e inmerecedor de honores. Los hilotas trabajaban la tierra para ellos y pagaban un tributo establecido de antemano. Estaba prohibido bajo maldición pagar a alguno de más, para que los hilotas tuvieran una ganancia y trabajaran con agrado, y aquéllos no desearan más [38].

42. Les estaba prohibido ser marinos y luchar en el mar. Después, ciertamente, participaron en las batallas na-

[36] Cf. *Mor.* 208C (3).

[37] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XVIII 51B, y *Vida de Arístides* XVII 329D; Jen., *Const. de Esp.* II 9; Filóstrato, *Apolonio* VI 20, y Cic., *Tusc.* II 14, 34.

[38] Cf. *Mor.* 214A, 216F (3) y 230B (3); *Vida de Licurgo* XXIV, y *Vida de Agesilao* XXVI; Heródoto, II 167; Plat., *Rep.* VIII 4, 6, 547d y 550e, y *Leyes* VIII 12, 846d; Jen., *Econ.* IV 2, 3, y *Const de Esp.* VII 1-6; Isócr., *Busiris* 20; El., *Var. Hist.* VI 4, y Aten., XIV 657D.

vales; pero, cuando se hicieron dueños del mar, se retiraron de nuevo, al ver que se corrompían las costumbres de los ciudadanos. Sin embargo, cambiaron de opinión otra vez como en todo lo demás. En efecto, cuando los espartanos acumularon dinero, quienes lo acumularon fueron condenados a muerte. Pues a los reyes Alcámenes [39] y Teopompo [40] se les había dado un oráculo [41]:

El amor a la riqueza matará a Esparta;

pero, sin embargo, cuando Lisandro tomó Atenas, trajo mucho oro y plata, y lo aceptaron y rindieron honores a este hombre.

La ciudad, mientras siguió las leyes de Licurgo y permaneció fiel a los juramentos, fue la primera de Grecia en buen gobierno y reputación durante un período de quinientos años [42]. Pero, poco a poco, al transgredirse leyes y juramentos e introducirse furtivamente la ambición y el afán de lucro, también sus elementos de poder se debilitaron [43]. Y, por esto, sus aliados adoptaron una postura hostil frente a ellos. Pero, no obstante, estando en tal situación, después de la victoria de Filipo de Macedonia en Queronea [44], cuando todos los griegos lo proclamaron general de tierra y mar, y a continuación a Alejandro, su hijo, después de la destrucción de Tebas [45], solamente los espar-

[39] Cf. *Mor.* 216E.

[40] *Ibid.*, 221D.

[41] Cf. Leutsch-Schneidewin, *Parem. Gr.*, I, págs. 39, 201 y 327; II, pág. 150; Diodoro, VIII 12, 5, y Plut., *Vida de Agis* IX 799B.

[42] Cf. Plut., *Vida de Licurgo* XXIX 57D-58A; Diod., VII 12, 8, y Pol., VI 48-50.

[43] Isócr., *Sobre la paz*, 100, y Cic., *De Off.* II 7, 26.

[44] Esta batalla tuvo lugar el 2 de agosto del año 338 a. C.

[45] En el año 335 a. C., un año después de la muerte de Filipo.

tanos, a pesar de tener una ciudad sin murallas, de ser pocos por las continuas guerras, y de haberse debilitado mucho y ser fáciles de someter, gracias a que conservaban algún pequeño rescoldo de la legislación de Licurgo, no participaron en las campañas militares ni con éstos ni con otros reyes macedónicos posteriores, ni entraron a formar parte del congreso general ni pagaron tributo [46]. Así fue hasta que hicieron por completo caso omiso de la legislación de Licurgo y fueron tiranizados por los propios ciu-B dadanos sin guardar ya nada de su instrucción tradicional; se hicieron semejantes a los demás, se apartaron de la buena fama de antes y de la libertad de palabra y se los redujo a la esclavitud. Ahora, como los restantes griegos, están bajo el dominio romano [47].

[46] Cf. POL., IV 81.

[47] Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* IV 8, 10, y SUET., *Vespasiano* 8.

MÁXIMAS DE MUJERES ESPARTANAS

INTRODUCCIÓN

Con estas cuarenta anécdotas sobre mujeres espartanas termina el escrito intitulado, en el «Catálogo de Lamprias», *Máximas de espartanos*. En primer lugar, presenta diez máximas que corresponden a cuatro mujeres conocidas, a saber, Argileónide (madre de Brásidas), Gorgo (hija del rey Cleómenes y esposa de Leónidas), Girtiade (madre del rey Areo I de Esparta o, tal vez, de su mujer) y Damatria, y, a continuación, treinta más de espartanas desconocidas. El *leitmotiv* de estas máximas lo constituye la austeridad y la fortaleza de estas mujeres que anteponen el amor a la ciudad al amor a los suyos. Además de por este su amor a la ciudad, estas mujeres se caracterizan a sí mismas por su fidelidad (27), por su buena administración de la casa (28) y por su libertad (30).

Las máximas están escritas en dialecto ático, si bien en ciertos nombres propios y en las respuestas de algunas mujeres (cf. 240C; 241A [3]; 241C [8]; 241D [10]; 241E [11]; 242C [27] y 242D [30]) se refleja el dialecto dorio de los espartanos.

MÁXIMAS DE MUJERES ESPARTANAS

ARGILEÓNIDE

240C

Argileónide, la madre de Brásidas [1], cuando su hijo murió, como algunos de Anfípolis vinieran a Esparta y se presentaran ante ella, les preguntó si su hijo había muerto de una forma noble y digna de Esparta. Lo elogiaron y dijeron que en tales empresas era el mejor de todos los espartanos. Ella les dijo: «Extranjeros, mi hijo era noble y honrado, pero Esparta tiene muchos hombres mejores D que él.»

GORGO [2]

1. Gorgo, hija del rey Cleómenes, cuando Aristágoras de Mileto urgía a éste a una guerra contra el Rey en defen-

[1] Destacado general espartano que murió en Anfípolis en el 422 a. C. en la guerra del Peloponeso. Cf. *Mor.* 190B y 219C.

[2] Hija del rey Cleómenes de Esparta y esposa de Leónidas, heroico defensor de los griegos en las Termópilas. Gorgo, por las noticias que a través de Heródoto y Plutarco tenemos de ella, debió de seguir con despierto interés los acontecimientos, tanto de política interior como exterior de su ciudad.

sa de los jonios, le prometía una suma de dinero y respondía a sus objeciones ofreciéndole más, dijo: «Padre, este miserable extranjero te destruirá, si no lo expulsas inmediatamente de casa» [3].

2. En una ocasión, cuando su padre le ordenó que diese grano a un hombre a título de remuneración y añadió: «Pues me enseña a hacer el vino bueno», ella le respondió: «Sin duda, padre, que se beberá un vino mejor, y los que beban serán más débiles y peores» [4].

E

3. Cuando vio que a Aristágoras lo calzaba uno de sus servidores, exclamó: «Padre, el extranjero no tiene manos» [5].

4. A un extranjero que se presentó con un vestido adornado, lo empujó a un lado y le dijo: «Vete de aquí. No vales ni en lo de la mujer.»

5. Al preguntarle una mujer del Ática: «¿Por qué, vosotras, espartanas, sois las únicas que gobernáis a vuestros hombres?», le respondió: «Porque somos las únicas que alumbramos hombres» [6].

6. Cuando exhortaba a su marido Leónidas, que salía hacia las Termópilas, a mostrarse digno de Esparta, le preguntó qué debía hacer ella. Éste le dijo: «Casarte con un hombre honrado y alumbrar hijos buenos» [7].

[3] Cf. HERÓDOTO, V 48-51.

[4] En *Mor.* 218D (4) se atribuye a Arquidamo una respuesta muy parecida.

[5] Cf. DIÓGENES LAERCIO, VI 44.

[6] Cf. *Mor.* 227E (13).

[7] *Ibid.*, 225A (2).

GIRTIADE [8]

1. Girtiade, cuando Acrótato [9], su nieto, recibió muchos golpes en una pelea de jóvenes y fue traído a casa como muerto, dijo a los familiares y amigos que le lloraban: «¿No os callaréis? Pues mostró de qué sangre era.» Y dijo que los valientes no debían gritar, sino buscar la curación [10].

F

2. Cuando un mensajero vino de Creta [11] para anunciar la muerte de Acrótato, dijo: «¿No estaba dispuesto, cuando fue contra los enemigos, o a morir él mismo a manos de aquéllos o a matarlos? Es más agradable oír que murió de forma digna de mí, de la ciudad y de los antepasados, que si hubiera vivido todo el tiempo siendo un cobarde» [12].

DAMATRIA

Damatria, como consecuencia de haber oído que su hijo era cobarde e indigno de ella, cuando se presentó, lo mató. Éste es el epigrama que le hace referencia:

[8] O bien fue la madre de Areo I, rey de Esparta (cf. *Mor.* 217F), o bien la madre de la esposa de Areo; esto segundo es lo más probable.

[9] Se destacó en la defensa de Esparta contra Pirro (272). Sucedió en el trono a su padre Areo. Murió en Megalópolis luchando contra el tirano de esta ciudad, Aristodamo, en el año 262 (cf. PLUTARCO, *Vida de Pirro* XXVIII 4).

[10] Cf. PLATÓN, *Rep.* X 6, 604c-d.

[11] Hay cierta incoherencia histórica en esta anécdota, ya que Acrótato murió en Megalópolis, y no en Creta. Babbit admite la posibilidad de que la inclusión de Creta en este texto se deba a una confusión de Acrótato con su padre Areo, ya que este último durante algún tiempo estuvo en campaña en Creta.

[12] Cf. ESTOBEO, *Floril.* CVIII 83 (988, 5).

Al que transgredió las leyes, a Damatrio, al espartano,
mató su madre, la espartana [13].

Espartanas desconocidas

241A **1.** Otra espartana mató a su hijo porque había abandonado la línea de combate, pues lo consideró indigno de la patria, y dijo: «No es mío el vástago.» Éste es el epigrama que le hace referencia:

Corre, vil vástago, por la tiniebla, por cuya aversión
ni el Eurotas fluye para las temerosas ciervas.
Inútil despojo, vil resto, corre hacie el Hades, corre, jamás
[alumbré
nada indigno de Esparta [14].

2. Otra, al oír que su hijo había caído en el campo de batalla, dijo: «Que los cobardes lloren; pero yo, a ti, hijo, sin lágrimas te entierro, a ti, que eres mío y también de Esparta» [15].

3. Una mujer, al oír que su hijo se había salvado y que había huido de los enemigos, le escribió: «Una mala fama se ha extendido sobre ti, o lávala enseguida o no seas» [16].

B **4.** Otra, como sus hijos huyeran de la batalla y se presentaran ante ella, dijo: «¿Adónde venís después de haberos escapado, esclavos ruines? ¿Acaso tenéis intención

[13] Cf. *Ant. Palat.* VII 433. Véase *Mor.* 241F-242B.
[14] *Ibidem.*
[15] Cf. *Ant. Palat.* VII 229, y *Mor.* 235A (51).
[16] El mismo pensamiento se repite en 241D (10 y 11) y E (12).

de ocultaros aquí de donde salisteis?» y levantándose su ropa, se lo enseñó [17].

5. Una mujer, al ver que su hijo se acercaba, le preguntó: «¿Qué hace la patria?» Y éste respondió: «Todos han muerto.» Ella cogió una teja, se la tiró y lo mató, diciendo: «¿A ti, pues, te enviaron a nosotras como mensajero de malas noticias?»

6. Cuando uno contaba a su madre la noble muerte de su hermano, le dijo: «¿No te es vergonzoso, entonces, haber perdido un viaje así en su compañía?» [18].

7. Una mujer que había enviado a sus hijos —eran C cinco— a la guerra permanecía en las afueras de la ciudad y esperaba con ansiedad cuál sería el desenlace de la batalla. Cuando alguien llegó y le comunicó, en respuesta a su pregunta, que todos sus hijos habían muerto, dijo: «Pero no pregunté esto, esclavo ruin, sino cómo va la patria.» Cuando le dijo que había vencido, exclamó: «Entonces, acepto contenta la muerte de mis hijos» [19].

8. Una mujer enterraba a su hijo, cuando una humilde anciana se le acercó y le dijo: «¡Oh mujer, qué mala suerte!» A lo que le respondió: «No, por los dos dioses, sino buena; pues lo alumbré para que muriera por Esparta y esto me ha sucedido» [20]. D

9. Cuando una mujer de Jonia se enorgullecía por uno de sus vestidos que era muy lujoso, una espartana señalando a sus cuatro hijos, muy completos en todo, dijo: «Tales

[17] Cf. *Mor.* 246A, Est., *Floril.* CVIII 83.
[18] Cf. *Mor.* 242B (22).
[19] Cf. Plut., *Vida de Agesilao* XXIX 612C-D, donde también se habla de la actitud de las madres espartanas al conocer la suerte de sus hijos tras la batalla de Leuctra.
[20] Cf. Est., *Floril.* CVIII 83, y Cic., *Tusc.* I 42, 102.

debieran ser las obras de la noble y honrada señora, y de ellas enorgullecerse y jactarse»[21].

10. Otra mujer, al escuchar que su hijo se había comportado mal en tierra extranjera, le escribió: «Tu mala fama se ha extendido; aléjala o no seas»[22].

11. De forma semejante unos exiliados de Quíos, cuando llegaron a Esparta, acusaron de muchas cosas a Pedere-E to[23]. La madre de éste, Teleutia, los hizo venir y, al escuchar el motivo de sus quejas, puesto que a ella le pareció que su hijo había faltado, le escribió en estos términos: «La madre a Pedereto: o actúa mejor, o permanece allí y renuncia a tu salvación en Esparta.»

12. Otra, cuando su hijo era juzgado por una injusticia, le dijo: «Hijo, libérate a ti mismo de los cargos, o de la vida.»

13. Otra, al enviar a un hijo cojo al campo de batalla, le dijo: «Hijo, recuerda en cada paso tu valor»[24].

14. Otra, cuando su hijo vino a ella del campo de batalla herido en el pie y con un fuerte dolor, le dijo: «Si F recuerdas tu valor, hijo, no tendrás dolor y estarás con ánimo.»

15. Un espartano herido en la guerra y que no podía andar, caminaba a gatas. A éste, avergonzado por el ridículo, le dijo su madre: «¡Cuánto mejor es, hijo, gozarse por el valor antes que avergonzarse por una risa estúpida!»

16. Otra, al entregar a su hijo el escudo, le exhortó diciendo: «Hijo, o con él, o sobre él»[25].

---

[21] Cf. Est., *Floril.* V 47.

[22] Una respuesta muy similar en 241A (3).

[23] Sobre este personaje, véase n. a *Mor.* 191F, e *ibid.*, 231B.

[24] Cf. *Mor.* 331B; Est., *Floril.* VII 29, y Cic., *De or.* II 61, 249.

[25] Hace referencia al oprobio que significaba para un soldado griego el tirar o abandonar el escudo y darse a la fuga. Cf. *Mor.* 235A; Est., *Floril.* VII 31, y Valerio Máximo, II 7. 2.

17. Otra, al entregar el escudo al hijo que salía a la guerra, le dijo: «Tu padre siempre lo conservó. También tú o consérvalo, o no seas.»

18. Otra, en respuesta al hijo que decía tener la espada corta[26], le replicó: «Pues añade un paso.»

19. Otra, al oír que su hijo había muerto con valentía 242A y nobleza en el campo de batalla, exclamó: «Sí, era mío.» Pero, al informarse de que su otro hijo se había salvado por un acto de cobardía, dijo: «Pues no era mío»[27].

20. Otra, al oír que su hijo había muerto en la batalla en el lugar que se le había destinado, dijo: «Retiradlo y que su hermano lo reemplace en su puesto.»

21. Otra que tomaba parte en una solemne procesión pública oyó que su hijo había vencido en el campo de batalla, pero que por las muchas heridas recibidas se estaba muriendo. No se quitó la corona, sino que, llena de orgullo, dijo a las que estaban cerca: «Es mucho más bello, amigas, vencer en el campo de batalla y morir, que triunfar B en los Juegos Olímpicos y vivir»[28].

22. A uno que le contaba a su hermana la noble muerte de su hijo, le dijo aquélla: «Cuánto me alegro por él y me entristezco por ti, que te perdiste un viaje en tan buena compañía»[29].

23. Uno envió un emisario a una espartana por si cedía a la seducción. Pero ella dijo: «De niña aprendí a obedecer a mi padre y practiqué esto; cuando me hice mujer,

---

[26] Cf. *Mor.* 191E (2).

[27] La misma reacción en *Mor.* 241A (1).

[28] Cf. *Mor.* 118E-F; Val. Máx., V 10, 1-3; El., *Var. Hist.* III 2-5.

[29] Una anécdota muy similar en 241B (6).

a mi marido. Así, pues, si me propone cosas justas, expóngaselo con claridad, en primer lugar, a mi marido.»

24. Al preguntársele a una muchacha pobre qué dote había entregado al que la había desposado, dijo: «La moderación familiar.»

C **25.** Al preguntársele a una espartana si había tenido relación íntima con su marido, contestó: «Yo no, sino él conmigo.»

26. Una mujer, tras haber mantenido ocultamente relaciones íntimas, se provocó un aborto, y resistió tanto sin proferir ni una sola voz, que a su padre y a otros que le eran próximos les pasó desapercibido su parto. La magnitud del dolor venció, pues, la torpeza que afrentaba su decoro.

27. Al preguntársele a una espartana que estaba a la venta qué sabía, dijo: «Ser fiel.»

28. A otra mujer que había sido hecha cautiva, al preguntársele lo mismo, dijo: «Administrar bien una casa.»

29. Al preguntarle uno a una mujer si sería honrada si la compraba, le respondió: «Y aunque no me compres» [30].

D **30.** Otra mujer que estaba en venta, como un heraldo le preguntara, qué sabía, dijo: «Ser libre.» Cuando su comprador le ordenó algo inadecuado a una mujer libre, dijo: «Te arrepentirás por haberte privado de tal posesión», y se quitó la vida [31].

---

[30] Cf. *Mor.* 234C (39).

[31] Actitudes muy semejantes en espartanos se relatan *ibid.*, 234B (37 y 38).

VIRTUDES DE MUJERES

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos ante una escogida selección de historias sobre virtudes de mujeres, compuesta por Plutarco para su amiga Clea, sacerdotisa de Delfos, como un suplemento a la conversación sobre la igualdad de sexos que ambos mantuvieron con ocasión de la muerte de Leóntide.

Desde el mismo comienzo, cuando Plutarco revela a Clea su propósito de escribir para ella *Virtudes de mujeres,* advertimos la validez actual de las opiniones vertidas por el autor acerca de la mujer, el tema tantas veces expuesto por Platón sobre si la virtud es una o múltiple, innata o enseñable (*Menón, Protágoras,* etc.), así como el estilo plutarquiano de comparar hombre-mujer, del mismo modo que en las *Vidas* hace una *sýnkrisis* de griego-romano.

Las hazañas dignas de elogio llevadas a cabo por mujeres aparecen agrupadas, primero, por pueblos (troyanas, focenses, quiotas...), después, por parejas (Valeria y Cloeria, Micca y Megisto) y, por último, en solitario, respondiendo a la intención del autor de pasar de las realizadas en común a las realizadas individualmente. Las virtudes que en esta selección se ensalzan son el coraje, la audacia, la fidelidad, la bondad y la honradez, y de muchas mujeres se admira su inteligencia.

Sabemos que el matrimonio de Plutarco gozó de solidez, que su esposa se cultivaba día a día por propia iniciativa y bajo la tutela de su marido, participaba en tertulias y, en suma, desarrollaba una cierta vida intelectual; por todo ello, es fácil comprender que Plutarco estimara positivamente el papel de la mujer en la sociedad. La actualidad de la temática planteada por Plutarco es, a todas luces, indiscutible y válida todavía para quienes busquen testimonios de mujeres virtuosas y decididas.

En las notas que aparecen en las páginas siguientes se observará la frecuencia con que se cita a Polieno y sus *Strategemata*. Ilustrativo, a este respecto, es el libro de P. Stadter, *An Analysis of the «Mulierum Virtutes», Plutarch's historical Methods,* Harward, 1965. De las veintisiete acciones memorables que Plutarco relata en su tratado, diecinueve figuran en los libros VII y VIII de los *Strategemata* de Polieno, que escribió su obra en el año 162, unas décadas después de la muerte del autor de los *Moralia*. Wyttenbach pensaba que Polieno había tomado esas diecinueve historias de la selección de Plutarco, pero O. Knott, en 1884, intentó demostrar que las semejanzas entre Plutarco y Polieno se explicaban por el hecho de que los dos autores habían tenido como fuente una misma obra anterior. La opinión de Knott fue comúnmente aceptada, y así lo manifestó K. Ziegler. Ahora bien, en 1965 Stadter ha demostrado de manera decisiva que es necesario volver a Wyttenbach. Sobre las veintisiete historias, dieciocho nos son conocidas únicamente por medio de Plutarco y para las otras nueve aduce muchos detalles que no volvemos a encontrar en ninguna otra parte. P. Stadter hace hincapié en la importancia para Plutarco de otras fuentes además de la de los libros, como, por ejemplo, monumentos,

fiestas, ritos, costumbres y tradiciones orales (cf. *Actes du VIII^e^ Congrès,* Association Guillaume Budé, París, 5-10 de abril de 1968).

Virtudes de mujeres figura con el número 126 en el «Catálogo de Lamprias».

Respecto a la virtud de las mujeres, Clea, no tenemos la misma opinión que Tucídides [1]. Pues éste opina que la mejor es aquella de quien menos se habla entre los de fuera de casa, ya sea para vituperarla o elogiarla, y piensa que el nombre de la mujer honrada, lo mismo que su persona, deben estar encerrados y sin salir a la calle [2]. A nosotros, en cambio, Gorgias nos parece más hábil, al F aconsejar que no la forma sino la fama de la mujer debiera ser conocida por muchos. Pero la costumbre de los romanos [3] parece alcanzar lo mejor, pues rinde públicamente los debidos homenajes tanto a hombres como a mujeres después de su muerte. Por esto, cuando la excelente Leóntide murió, inmediatamente tuvimos entonces contigo una larga conversación no exenta de consolación filosófica, y

[1] Tucídides (II 45) dice así: «Y si debo hacer también una mención de la virtud de las mujeres que desde ahora quedarán viudas, con una breve indicación lo diré todo. Vuestra gran gloria consistirá en no ser inferiores a vuestra condición natural, y en que entre los hombres haya sobre vosotras las menores conversaciones posibles en buena o mala parte.» (Traducción de F. Rodríguez Adrados [Madrid, 1952].)

[2] Cf. *Mor.* 217A (1) y 220D; Sinesio, *De provid.* 105D.

[3] Cf. Plutarco, *Vida de Camilo* VIII 133B; Liv., V 50, y Cicerón, *De orat.* II 11, 44.

ahora, como deseaste, te terminé de escribir el resto de lo que dije respecto a que era una sola y la misma la virtud 243A de la mujer y la del hombre, con una exposición histórica que no está ordenada para el placer del oído. Pero si en lo convincente también hay placer por la naturaleza del ejemplo, el discurso ni evita el encanto que ayuda a la exposición ni se avergüenza de

a las Musas
las Gracias unir,
bellísima yuntura,

según dice Eurípides [4], y otorga su confianza muy en especial al amor por la belleza inherente al alma.

Ea, pues, si decimos que la misma es la pintura de hombres y de mujeres y ofrecemos pinturas tales de mujeres, como las que han dejado Apeles, Zeuxis o Nicómaco, ¿acaso hay quien pudiera reprocharnos que tendemos más a B agradar y a deleitar que a persuadir? Yo pienso que no. Así, pues, si declaramos de nuevo que el arte poética o el arte adivinatoria no es una la de los hombres y otra la de las mujeres, sino la misma, y si comparamos las canciones de Safo con las de Anacreonte, o los oráculos de las Sibilas con los de Bacis, ¿podrá alguien impugnar en justicia la demostración porque conduce al oyente, alegre y complacido a la convicción? [5]. No podrías decir esto. Y, ciertamente, no es posible aprender la similitud y diferencia de la virtud femenina y masculina de ningún otro modo mejor que comparando a un tiempo vidas con vidas y C hazañas con hazañas cual grandes obras de arte, y examinando si la magnificencia de Semíramis tiene el mismo carácter y sello que la de Sesostris, o si la inteligencia de Tanacílide es la misma que la de Servio, el rey, o si la sensatez de Porcia es la misma que la de Bruto, y la de Pelópidas la misma que la de Timoclea, de acuerdo con los más importantes puntos de identidad e influencia. De hecho, las virtudes adquieren ciertas diferencias cual propio colorido por su naturaleza [6], y llegan a asemejarse por las costumbres en que se basan y por los caracteres de las personas, su educación y modo de vida [7]. Por ejemplo, Aquiles es valiente de diferente manera a Ayante; y la sabiduría D de Ulises no era igual a la de Néstor, ni era justo Catón del mismo modo que Agesilao, ni Irene amaba a su marido al modo de Alcestis, ni Cornelia era magnánima a la manera de Olimpia. Pero, a pesar de esto, no establezcamos muchos tipos diferentes de valentía, sabiduría y justicia, dado que sólo las diferencias individuales no excluyen a ninguna de su propia clasificación.

Pasaré por alto lo muy repetido y aquello de cuanto pienso que tú, seguramente, por tu contacto con los libros tienes ya recuerdo y conocimiento, excepción hecha de algunas cosas dignas de ser oídas que hayan escapado a quienes han recordado antes que nosotros historias comúnmente publicadas. Pero, puesto que muchas hazañas dignas de elogio han sido realizadas por mujeres ya en común ya en particular, no será malo recordar, en primer lugar, un resumen de las realizadas en común. E

[4] *Heracles* 673. Probablemente citado de memoria, pues hay alguna transposición y cambio de palabras.

[5] Cf. Horacio, *Epíst.* II 3, 426.

[6] Sobre la concepción del pensamiento, fundamentada en la analogía, cf. Aristóteles, *Problem.* XXX 1, y Cic., *Tusc.* I 33, 80.

[7] Cf. Cic., *De orat.* III 7, 26-28, y Porfirio, *De abstin.* III 8.

I

Troyanas [8]

La mayoría de los troyanos que huyeron de Troya cuando fue tomada, sufrieron una tempestad y, por su inexperiencia en la navegación e ignorancia en el mar, fueron arrastrados a Italia; con dificultad penetraron por necesidad en la ribera del Tíber donde había anclas y atracaderos. Mientras los hombres caminaban errantes por el territorio en busca de información, las mujeres cayeron en la cuenta de que cualquier tipo de establecimiento en una tierra es mejor para hombres de noble y honrada actuación que todo viaje y navegación, y que era preciso que ellas crearan una patria, pues no podían recobrar la que habían perdido. De aquí que se pusieran de acuerdo y quemaran las naves. Una sola mujer, Roma, según dicen, llevaba la iniciativa.

Hecho esto, salieron al encuentro de sus hombres que corrían en auxilio de sus barcos hacia el mar, y, como temieran su cólera, unas abrazaban y besaban insistentemente a sus maridos, otras a sus parientes y, así, con este tipo de complacencia, los apaciaguaron. Por esto surgió y aún ahora permanece entre las mujeres romanas la costumbre de saludar con un beso a sus parientes.

Los troyanos, en efecto, al darse cuenta, según parece, de la inevitable necesidad y, a la vez, al reconocer por sus experiencias con los indígenas que los aceptaban cordial y amigablemente, se sintieron satisfechos de lo realizado por sus mujeres y se instalaron allí con los latinos.

[8] Cf. *Mor.* 265B, y *Vida de Rómulo* I 17F; Polieno, *Stratēg.* VIII 25, 2, y Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* I 72-73.

II

Focidias [9]

La hazaña de las focidias no ha encontrado escritor ilustre, aunque no es inferior a ninguna otra realizada por mujeres en punto a virtud; está atestiguada en los importantes ritos que aún ahora los focenses practican en la proximidad de Hiámpolis [10] y en los antiguos decretos. Una detallada relación de esta hazaña [11] está escrita en la vida de Daifanto [12], y lo que atañe a las mujeres es como sigue.

Los tesalios estaban complicados en una guerra sin cuartel contra los de la Fócide; pues éstos mataron en un solo día a todos los gobernantes y tiranos tesalios de las ciudades focidias, por lo que los tesalios acabaron con doscientos cincuenta rehenes de aquéllos [13]. Los tesalios penetraron, a continuación, con todo su ejército por la Lócride, y establecieron por decreto que no dejarían con vida ni a un solo hombre de edad madura y que esclavizarían a mujeres y niños. Daifanto, el hijo de Batilio, uno de los tres

[9] Cf. Pol., *Stratēg.* VII 65, y Paus., X 1, 3-11. Sobre el gentilicio de este pueblo, son en castellano focenses los hombres habitantes de la Fócide, frente a foceos, los habitantes de Focea en Asia Menor. Cf. M. Fernández-Galiano, *La transcripción de los nombres propios griegos*, Madrid, 1969, pág. 88.

[10] Ciudad mencionada ya por Homero (*Il.* II 521). Se encontraba en la calzada principal que unía el norte con el centro de Grecia (cf. Paus., X 1, 2-10; 35-6). Se conservan aún hoy restos de una muralla que data del siglo iv a. C.

[11] Heródoto (VIII 27-28) menciona la derrota de la caballería tesalia en el siglo vi a. C., en los aledaños de esta ciudad.

[12] Que Plutarco escribió la *Vida de Daifanto* lo atestigua el «Catálogo de Lamprias», que la cataloga con el núm. 38.

[13] Cf. Esquines, *De falsa legatione* 140.

gobernadores de la Fócide, convenció a los focenses a que salieran para presentar batalla a los tesalios, reunieran a las mujeres junto con los niños de toda la Fócide en un mismo lugar, amontonaran a su alrededor una gran cantidad de madera y establecieran guardias con la orden de que, si se enteraban de que sus hombres habían sido vencidos, encendieran rápidamente la madera y quemaran sus personas. La mayoría votó esto, pero uno se levantó y dijo que era justo que también las mujeres estuvieran conformes con este parecer; y si no, se debía renunciar y no D hacer uso de la violencia. Expuesto este plan a las mujeres, éstas se reunieron y lo ratificaron con su voto y ensalzaron a Daifanto por haber decidido lo mejor para la Fócide. Se dice también que los niños se reunieron y decidieron por votación lo mismo.

Realizadas estas cosas, los focenses trabaron combate cerca de Cleonas de Hiámpolis y vencieron. A la votación de los focenses, los griegos la llamaron «Demencia» [14]. E Y la mayor fiesta de todas, la Elafebolia [15], en honor de Ártemis, la celebran hasta ahora en Hiámpolis en recuerdo de aquella victoria.

III

Quiotas [16]

Los quiotas ocuparon Leuconia por el siguiente motivo. Se casaba uno de reconocida fama en Quíos, y cuando

[14] Paus., X 1, 7.

[15] Se celebraban en marzo/abril. El culto de Ártemis en esta ciudad lo atestiguan Estr., IX 2, 3 y 3, 15; Paus., X 1, 2 y 35, 1, y Plinio, *Hist. Nat.* IV 27.

[16] Cf. Pol., *Stratēg.* VIII 66; Ateneo, XIII 566E.

llevaba a la novia en el carro, el rey Hipoclo, que era íntimo amigo del novio y estaba allí como los demás en medio de la bebida y de la risa, saltó al carro, sin hacer nada insultante, sino siguiendo el juego y la costumbre común. Pero los amigos del que se casaba lo mataron. Señales de cólera divina se manifestaron pronto a los quiotas y la divinidad ordenó matar a quienes habían matado a Hipoclo, mas todos dijeron haber matado a Hipoclo. La divinidad, F en efecto, ordenó de nuevo expulsar a todos de la ciudad, si todos habían participado en el crimen. Y, así, a los responsables y participantes en el asesinato y a quienes de alguna manera consintieron, que no eran pocos ni ineptos, los asentaron en Leuconia, ciudad que, primero, arrebataron a los de Coronea y, luego, la poseyeron junto con los eritreos.

Después, ellos entraron en guerra con los eritreos [17], entonces los jonios de mayor poder, y cuando éstos marcharon contra Leuconia, al no poder resistir, cedieron en evacuar la ciudad mediante un pacto: cada persona saldría con una túnica, un manto y nada más. 245A Las mujeres los acusaban de cobardía, si deponían las armas y salían desnudos entre los enemigos. Mas como dijeran que lo habían jurado, les ordenaron que no abandonaran sus armas, sino que dijeran a los enemigos que la espada es manto, y túnica el escudo, para un hombre de coraje. Persuadidos de esto los quiotas, hablaron con franqueza a los de Eritrea y les mostraron sus armas. Los eritreos temieron su audacia y ninguno se les aproximó ni les impidió el paso, sino que se alegraron con su partida. Los quiotas B

[17] Entre Quíos y Eritrea hubo siempre rivalidad comercial. Cf. Hdt., I 18, y Frontino, *Stratēg.* II 5, 15.

aprendieron, pues, a tener coraje gracias a sus mujeres y así se salvaron.

Una hazaña nada inferior a ésta en valor fue también realizada mucho tiempo después por las mujeres de Quíos, cuando Filipo [18], el hijo de Demetrio, asediaba a la ciudad e hizo mediante heraldo una proclama bárbara e insolente: que los esclavos hicieran defección hacia él a cambio de su libertad y del matrimonio con su dueña, en la idea de que los iba a unir con las mujeres de sus dueños. Pero las mujeres reaccionaron con una cólera feroz y terrible C y, junto con sus esclavos —también participaban en la indignación y apoyaban a las mujeres con su presencia—, corrieron a subir a las murallas; llevaban piedras y proyectiles, y exhortaban y animaban a los combatientes; hasta el final se defendieron, dispararon a los enemigos y rechazaron a Filipo sin que absolutamente ningún esclavo desertara hacia él.

IV

ARGIVAS [19]

De las hazañas realizadas por mujeres en común ninguna es más famosa que la batalla contra Cleómenes [20] por Argos, que llevaron a cabo por instigación de la poetisa Telesila [21]. A ésta, por ser, según dicen, de ilustre familia

[18] Se refiere a Filipo V, hijo de Demetrio II, que reinó en Macedonia del 221 al 179 a. C. En el año 202 tomó las ciudades de Sesto, Calcedonia, Quíos, Paros, Tasos y Perinto.

[19] Cf. *Mor.* 223B (4); HDT., VI 77; POL., *Strateg.* VIII 33, y PAUS., II 20, 8, 10.

[20] Rey de Esparta, cf. *Mor.* 223A-224C.

[21] Poetisa de Argos, de la primera mitad del siglo v a. C. Dio nombre al telesileo (gliconio acéfalo), muy empleado en la métrica eolia.

pero de constitución enfermiza, la enviaron al templo de una divinidad para consultar sobre su salud. Al decirle D el oráculo que se cuidara de las Musas, obedeció al dios, y se dedicó a la poesía y a la música. Enseguida se liberó de su mal y fue admirada por las mujeres a causa de su arte poética. Pero, cuando Cleómenes, el rey de los espartanos, después de haber matado a muchos argivos (no, ciertamente, según algunos dicen, siete mil setecientos setenta y siete [22]), se dirigió a la ciudad, un impulso y audacia demoníaca se apoderó de las mujeres jóvenes para rechazar a los enemigos en defensa de su patria. Bajo la dirección de Telesila tomaron las armas y, colocándose en círculo junto a la almena, rodearon las murallas, de modo que E sorprendieron a los enemigos. A Cleómenes, en efecto, lo rechazaron tras haber caído muchos. Al otro rey, a Demarato [23] que, según dice Sócrates [24], consiguió entrar y ocupar el Panfilíaco, lo expulsaron. Y, así, la ciudad sobrevivió. A las mujeres caídas en la batalla las enterraron en la Vía Argiva, y a las que se salvaron les concedieron erigir una estatua de Ares como recuerdo de su valor. Algunos dicen que la batalla tuvo lugar en el séptimo día del mes que ahora llaman «el Cuarto» y que antiguamente era llamado «de Hermes» por los argivos, y otros dicen que en el primer día del mes en el que hasta ahora celebran las fiestas de la Insolencia. En ellas visten a las mujeres con túnicas y clámides de varones y a los hombres con peplos F y velos de mujeres.

Para reparar la falta de hombres, no unieron a las mujeres con esclavos, como Heródoto cuenta [25], sino que die-

[22] Seis mil, según HDT., VII 148. Se sitúa esta acción hacia el 494 a. C.

[23] Cf. *Mor.* 219F-220C.

[24] Cf. MÜLLER, *Frag. Histor. Graec.*, IV, pág. 497.

[25] HDT., VI 83.

ron el derecho de ciudadanía a sus mejores vecinos. Corría el rumor también de que los menospreciaban y los trataban con indiferencia al acostarse, por considerarlos peores. De aquí que se promulgara una ley ordenando que las mujeres casadas que tuvieran un amante, debían dormir con sus maridos.

V

PERSAS [26]

246A Ciro, tras conseguir que los persas hicieran defección del rey Astiages y de los medos, fue vencido en una batalla. Cuando los persas huían a la ciudad, y a los enemigos les faltaba poco para entrar con ellos, las mujeres salieron a su encuentro ante la ciudad y, levantando sus peplos desde la parte de abajo, les decían [27]: «¿Dónde vais, los más cobardes de todos los hombres?, pues en vuestra huida no podéis ocultaros aquí, de donde procedéis.» Los persas se avergonzaron de la visión y de las palabras, y tildándose a sí mismos de cobardes, se dieron la vuelta, se lanzaron de nuevo contra los enemigos y los pusieron en fuga. A B partir de aquí se estableció una ley, por la que, al entrar un rey en la ciudad, cada mujer recibiría una moneda de oro. Ciro lo ordenó por decreto [28]. Se dice que Oco [29] —que fue, entre otras cosas, un mezquino y el más avaro de los reyes— pasaba rodeando la ciudad y no entraba,

[26] Cf. POLIENO, *Strateg.* VII 45, 2; JUSTINO, *Hist. Philip.* I 6, 13-15.

[27] Cf. *Mor.* 241B (4) y 248B.

[28] Cf. JEN., *Cirop.* VIII 5, 21.

[29] Cf. PLUT., *Vida de Alejandro* LXIX 703A. La ciudad a la que se refiere es Persépolis.

sino que privaba a las mujeres de su obsequio. Alejandro, en cambio, entró dos veces y dio doble a las embarazadas.

VI

CELTAS [30]

Antes de que los celtas cruzaran los Alpes y se establecieran en la parte de Italia que ahora habitan, surgió entre ellos una terrible discordia sin fin que los llevó a la guerra civil. Pero las mujeres se pusieron en medio de las fuerzas C armadas, asumieron las controversias y arbitraron y decidieron de un modo tan irreprochable, que crearon una admirable amistad entre todos, tanto entre los Estados como entre las familias. Desde entonces, los celtas continuaron deliberando con las mujeres los asuntos de guerra y de paz y decidían a través de ellas las cuestiones conflictivas relativas a los aliados. Así, al menos, en los tratados con Aníbal escribieron que, si los celtas acusaban a los cartagineses, los gobernadores y generales de los cartagineses en España serían los jueces, y si los cartagineses acusaban a los celtas, serían jueces las mujeres de los D celtas.

VII

MELIAS [31]

Los melios [32], al necesitar una tierra de vasta extensión, enviaron al frente de la colonia a Ninfeo, hombre

[30] Cf. POL., *Strateg.* VII 50.

[31] *Ibid.*, VIII 64.

[32] La extensión de la isla de Melos es, aproximadamente, de 18 km. de ancho y 10 de largo.

joven y de extraordinaria belleza. La divinidad les ordenó navegar e instalarse allí donde perdieran sus embarcaciones. Les aconteció que, al llegar y desembarcar en Caria [33], sus naves fueron destruidas por una tempestad. Los carios que habitaban Criaso, ya porque se compadecieran de su situación apurada, ya porque temieran su audacia, les invitaron a vivir con ellos y les cedieron parte de su territorio. E Después, al ver que en poco tiempo se habían extendido mucho, proyectaron una conspiración para matarlos, por lo que prepararon un banquete y un festín. Pero sucedió que una doncella caria amaba a Ninfeo, sin que los demás lo hubieran percibido. Se llamaba Cafene. Preparados estos planes, ella, sin poder mirar con indiferencia que se matase a Ninfeo, le reveló la intención de los ciudadanos. Por eso, cuando los de Críaso vinieron a invitarlos, Ninfeo les dijo que entre los griegos no era costumbre ir a un convite sin sus mujeres. Al oírlo, los carios les pidieron F que llevaran también a sus mujeres. Así, Ninfeo, después de informar a los melios de lo tramado, les exhortó a que fueran en sus vestimentas habituales sin armas, pero que cada mujer llevara una espada en los pliegues de su ropa y se sentara junto a su marido. Cuando en medio de la cena se dio la señal convenida a los carios, y los griegos se dieron cuenta del momento, todas las mujeres a la vez abrieron sus pliegues y los hombres cogieron las espadas, atacaron a los bárbaros y los mataron a todos juntos; tomaron posesión del territorio, devastaron la ciudad y cons- 247A truyeron otra a la que llamaron Nueva Críaso. Cafene se casó con Ninfeo y recibió la honra y gratitud merecida por el valor de su acción. Es, en efecto, digno de admirarse el silencio y el coraje de las mujeres, y el hecho de que

[33] En Asia Menor.

ni una sola entre muchas, ni siquiera involuntariamente, se acobardara por timidez.

VIII

Etruscas [34]

Cuando los etruscos ocuparon Lemnos e Imbros y raptaron a las mujeres atenienses de Braurón [35], nacieron unos niños a quienes los atenienses expulsaron de las islas por considerarlos semibárbaros. Desembarcaron en Ténaro [36] y fueron útiles a los espartanos en la guerra contra los hilotas, por lo que obtuvieron el derecho de ciudadanía B y el de matrimonio, pero no se les consideró dignos para cargos públicos ni para el senado, pues existía la sospecha de que venían a unirse para la revolución y que proyectaban alterar las instituciones establecidas. Los espartanos, en efecto, los detuvieron, los encarcelaron y los mantuvieron en estrecha vigilancia, ya que intentaban declararlos culpables con pruebas claras y seguras. Las mujeres de los encarcelados iban a la prisión y, por sus muchos ruegos y súplicas, obtuvieron permiso de los guardias para sólo saludar y hablar a sus maridos. Pero, una vez dentro, les ordenaron que se cambiaran rápidamente de ropa y les de-

[34] Cf. *Mor.* 296B; Hdt., IV 145-148, y VI 138; Pol., *Stratēg.* 49, y Valerio Máximo, IV 6, 3.

[35] En la costa oriental del Ática. Es una de las doce antiguas ciudades del Ática que menciona Estrabón (IX 1, 20). De Braurón procedía Pisístrato.

[36] Al sur del Peloponeso. En Ténaro había un templo con derecho de asilo, a donde con frecuencia acudían los hilotas (cf. Tuc., I 128; Paus., IV 24, 5, y Diodoro, XI 45, 4).

jaran las suyas a ellas, y que ellos, vestidos con las de C las mujeres, salieran con sus rostros ocultos. Realizado esto, las mujeres esperaron allí, preparadas para todo lo peor, y los guardias, engañados, dejaron pasar a los hombres en la idea de que, ciertamente, eran mujeres.

Después de esto, ocuparon el Taigeto [37], incitaron a los hilotas a la defección y los admitieron como fuerza adicional. Los espartanos sintieron miedo y entablaron mediante heraldo negociaciones de paz. Acordaron que ellos recobrarían a sus esposas, recibirían dinero y naves para zarpar y que, cuando en algún lugar encontraran una tierra, D serían considerados como colonos y parientes de la ciudad de los espartanos. Así hicieron los pelasgos llevando como caudillos a los espartanos Polis, Delfos y Crataídas. Una parte de ellos se instaló en Melos [38], pero los de Polis con la mayoría navegaron a Creta y probaron la verdad de los vaticinios, pues un oráculo les había profetizado que, cuando perdieran su diosa y su áncora, cesaría su curso errante y fundarían allí una ciudad. Cuando, en efecto, anclaron junto al llamado Quersoneso, una confusión de pánico se E cernió sobre ellos por la noche. Asustados por ello, saltaron a las naves en desorden y se dejaron en tierra una estatuilla de Ártemis que habían llevado como legado de sus antepasados desde Braurón a Lemnos, y que desde Lemnos había viajado con ellos por todas partes. Cuando la confusión cesó, la echaron de menos en la navegación, y, al mismo tiempo, Polis se dio cuenta de que la lengüeta no estaba en el ancla —pues violentamente arrastrada, según parece, se rompió en unos lugares pedregosos sin que

[37] Monte, a cuyas faldas se situaba la población de Ténera. Tenía una excelente cantera de mármol.

[38] Cf. Tuc., V 84.

nadie lo notara—, dijo que los oráculos se habían cumplido y dio la señal de regresar. Ocupó el territorio y, des- F pués de haber vencido en muchas batallas a los que se le oponían, fundó Licto [39] y sometió otras ciudades a su poder. Por eso, también los consideran, a causa de sus madres, relacionados por nacimiento con los atenienses y colonos de los espartanos [40].

IX

Licias

Lo que se cuenta que sucedió en Licia es como un mito, pero tiene, no obstante, una fama atestiguada [41]. Según dicen, Amisodaro, al que los licios llaman Isara, llegó de la colonia de los licios próxima a Celeia con unas naves piratas que dirigía Quimarro, hombre guerrero, cruel y brutal. Navegaba con una nave que tenía como distintivo 248A un león en la proa y una serpiente en la popa. Hacía mucho mal a los licios y no era posible navegar por el mar, ni vivir en las ciudades cercanas al mar.

Belerofonte [42] lo mató persiguiéndolo con Pegaso [43] cuando trataba de escapar; expulsó también a las Amazonas. Pero no consiguió ningún tratamiento justo. Por el

[39] Según Polibio (IV 54, 6), es una de las ciudades más antiguas de Creta.

[40] Cf. Arist., *Polít.* II 10, 2 (1271b). Es frecuente que la historia y la leyenda se unan para explicar los orígenes de un pueblo o una ciudad.

[41] Cf. Hom., *Il.* VI 152 ss., y XVI 328; Apolodoro, *Bibliot.* II 3; Paus., II 1, 9 y 31, 9; Higinio, *Fab.* 57.

[42] Héroe mítico, al que se le rendía culto en Corinto y Licia. Destruyó a la Quimera y luchó contra las Amazonas a las que venció.

[43] Mítico caballo alado de Belerofonte.

contrario, Yobates [44] fue muy injusto con él. De aquí que se metiera en el mar y suplicara a Posidón [45], en perjuicio de aquél, que convirtiera su terreno en estéril e inaprovechable. Belerofonte salió después de su plegaria, y una ola se levantó e inundó la tierra. El espectáculo era terrible: B el mar siguiéndolo se encrespó y cubrió la llanura. Los hombres, entonces, quisieron detener a Belerofonte, pero como no podían persuadirlo, las mujeres se despojaron de sus túnicas y salieron a su encuentro. Y, en efecto, cuando él, por vergüenza, retrocedió de nuevo hacia el mar [46], se dice que la ola también marchó hacia atrás junto con él. Algunos, al tratar de explicar el elemento mítico de este relato, afirman que él no embraveció al mar con sus imprecaciones, sino que la parte más fértil de la llanura yacía bajo el nivel del mar, y que Belerofonte quebró toda la cresta de un acantilado que contenía el mar y, al penetrar C el mar violentamente e inundar la llanura, los hombres no consiguieron nada suplicándole, pero que las mujeres, sin embargo, al rodearlo multitudinariamente, obtuvieron su respeto y le hicieron cesar en su cólera.

Otros aseguran que la llamada Quimera era una montaña orientada hacia el sol, que producía fuertes e ígneos destellos en el verano, por cuya refracción por la llanura los frutos se secaban, y que Belerofonte, cuando se dio cuenta, cortó la parte más lisa del barranco que de manera especial refractaba los rayos solares. Puesto que no obtuvo gratitud, en venganza se volvió en cólera contra los licios, pero fue persuadido por las mujeres.

[44] Rey de los licios (cf. APOLODORO, II 30 ss.).
[45] Según PÍNDARO (*Ol.* XIII 69), Belerofonte era hijo de Posidón.
[46] Cf. HOM., *Il.* VI 162.

La causa que Ninfis [47] ha expuesto en su cuarto libro D sobre Heraclea es la menos mítica. Dice, en efecto, que Belerofonte mató un jabalí salvaje que dañaba a animales y frutos en territorio de los jonios [48], sin obtener a cambio ninguna recompensa. De aquí que, al imprecar a Posidón contra los jantios, toda la llanura se cubrió de sal y se arruinó por completo, pues la tierra se hizo amarga. Esto fue así hasta que por respeto a las mujeres que le suplicaban, rogó a Posidón que depusiera su cólera. Por esto, era costumbre entre los jantios tomar el nombre de la madre y no el del padre [49].

X

SALMANTICENSES [50]

Aníbal [51], el hijo de Barca, antes de hacer su expedición E contra los romanos, atacó en España una gran ciudad: Salmántica [52]. En principio, los asediados sintieron temor y acordaron hacer lo ordenado: entregar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Pero, cuando éste levantó el asedio, cambiaron de opinión y no cumplieron lo pactado. Éste, entonces, volvió y ordenó a sus soldados F atacar la ciudad para saqueo de bienes. Los bárbaros, ciertamente, se sobresaltaron y convinieron en que los hombres libres saldrían en túnica y abandonarían armas, bie-

[47] Cf. MÜLLER, *Frag. Hist. Graec.*, III, pág. 14, fr. 13.
[48] Cf. ESTR., XIII 590.
[49] Cf. HDT., I 173.
[50] Cf. POL., *Stratēg.* VII 48.
[51] General cartaginés, hijo de Amílcar Barca. Vivió del 247 al 183 a. C.
[52] *Ca.* 220 a. C. Cf. POL., III 14, y LIV., XXI 5.

nes, esclavos y ciudad. Las mujeres, al considerar que los enemigos iban a registrar a cada uno de los hombres que salía, pero que a ellas no las tocarían, cogieron espadas, las escondieron y salieron al mismo tiempo que sus maridos. Una vez que todos hubieron salido, Aníbal los retuvo colocando para su guardia una guarnición de marselleses en las afueras de la ciudad. Los restantes soldados cayeron desordenadamente sobre la ciudad y la saquearon. Como hicieran un gran botín, los marselleses no pudieron soportar el quedarse mirando y no prestaban atención a la guardia, sino que se indignaban y se movían para participar en la ganancia. En este momento las mujeres llamaron a sus hombres, les entregaron las espadas y algunas, incluso, atacaron por sí mismas a los guardianes. También una arrebató la espada a Banón, el intérprete, y lo golpeó, pero por suerte para él llevaba puesta la coraza. De los demás, a unos los derribaron los hombres, pusieron en fuga a otros y se abrieron salida junto con sus mujeres. Aníbal, al enterarse, los persiguió y mató a los que fueron capturados. Los demás llegaron a las montañas y por el momento escaparon, pero después le enviaron una súplica y fueron restablecidos por él en su ciudad, consiguiendo inmunidad y un trato humanitario.

249A

B

XI

Milesias [53]

En cierta ocasión un terrible y extraño mal de origen desconocido se apoderó de las doncellas de Mileto. La con-

[53] Cf. Pol., *Strateg.* VIII 63, y Aulo Gelio, XV 10.

jetura más común era que el aire había adquirido una contaminación extraña e infecciosa que les producía alteración y confusión mental. Les sobrevino, en efecto, un repentino deseo de morir y un loco impulso de ahorcarse, y muchas se ahorcaron sin ser advertidas. De nada servían las palabras ni las lágrimas de los padres, ni los consuelos de los amigos, sino que, burlando la vigilancia y toda la habilidad de sus vigilantes, se daban muerte. El mal parecía ser de origen divino y superior al remedio humano, hasta que por consejo de un hombre sensato se publicó una propuesta: que las ahorcadas fueran llevadas desnudas por el ágora. Una vez sancionada la propuesta, no sólo retuvo a las jóvenes, sino que éstas dejaron por completo de darse muerte.

C

Evidentemente, gran prueba de nobleza y virtud es la preocupación por la mala reputación y el hecho de que quienes ante lo más terrible de todo, la muerte y el dolor, hicieron sin reparo ostentación de su desgracia, no aceptaron ni soportaron la vergüenza que les vendría después de su muerte.

D

XII

Las de Ceos

Era costumbre entre las jóvenes de Ceos ir acompañadas de alguien a los santuarios públicos y pasar allí el día unas con otras. Sus pretendientes las observaban mientras ellas jugaban y danzaban. Al atardecer iban por turno a casa de cada una, y ayudaban a los padres y hermanos de las otras hasta incluso a lavarles los pies. A menudo varios se enamoraban de una sola joven, pero su amor era tan ordenado y controlado, que cuando la muchacha

se comprometía con uno, los otros al punto se retiraban. E En resumen, la buena conducta de las mujeres fue tal que entre ellos no se recuerda, en un espacio de setecientos años, ni un caso de adulterio ni de seducción.

XIII

Las de Fócide

Cuando los tiranos de Fócide hubieron tomado Delfos y los tebanos declarado la llamada guerra santa contra ellos, las mujeres devotas de Dioniso, las llamadas «tíades», fuera de sí y yendo de un lado a otro por la noche, llegaron sin ser vistas a Anfisa [54]. Como estaban cansadas y la cordura no estaba con ellas, se tumbaron en el ágora y yacían dormidas aquí y allá. F Las mujeres de los de Anfias, temiendo que, por haberse aliado la ciudad a los focenses y por estar presentes muchos soldados de los tiranos, las tíades [55] fueran tratadas indignamente, corrieron todas al ágora y en silencio se colocaron en círculo en torno a las mujeres que dormían, mas no se les acercaron; pero, cuando se levantaron, las unas se preocupaban de las otras y les ofrecían alimentos. Finalmente, las de Anfisa, tras haber persuadido a sus maridos, las acompañaron con escolta segura hasta la frontera.

[54] Ciudad que está en la zona de los locrios ozolos, a 15 km. de Delfos.

[55] Mujeres entregadas al culto de Dioniso en Delfos. (Cf. Paus. X 4, 3.)

XIV

Valeria y Clelia [56]

250A

La arrogancia y la virtud de Lucrecia, mujer casada con un hombre ilustre y emparentado por linaje con los reyes, desterraron a Tarquinio el Soberbio [57], séptimo rey romano a partir de Rómulo; pues fue ultrajada por uno de los hijos de Tarquinio, que había sido recibido como huésped por ella, y, después de contar a sus amigos y parientes su desgracia, se dio muerte. Tarquinio, desposeído de su poder, llevó a cabo otras muchas guerras, en un intento de recuperar su hegemonía. Finalmente, persuadió B a Porsena, gobernador de los etruscos, para realizar una campaña militar contra Roma con una gran fuerza [58]. A la vez que la guerra también el hambre [59] atacó a los romanos, y al informarse de que Porsena, además de ser un hombre luchador, era también justo y honrado, querían hacerlo juez en su causa contra Tarquinio. Pero Tarquinio adoptó una actitud arrogante y dijo que si Porsena no se mantenía como aliado seguro, tampoco sería un juez justo. Porsena lo dejó y en su actuación se esforzó para marchar como amigo de los romanos, recobrando los esclavos y el territorio de los etruscos del que se habían apropiado. En estas condiciones le fueron entregados como rehenes C diez jóvenes y diez muchachas (entre las que estaba Vale-

[56] Cf. Plut., *Vida de Publícola* XVII-XIX 106-107; Liv., II 13; Dion. Hal., *Ant. Rom.* V 32-34; Séneca, *Cons. ad Marc.* XVI 2; Val. Máx., III 2, 2, y Polieno, *Stratēg.* VIII 31.

[57] Último rey romano. Tras ser destronado por los patricios latinos en el año 509 a. C., fue proclamada la República Romana.

[58] Cf. Liv., II 9.

[59] *Ibid.*, 11.

ria, hija del cónsul Publícola), y Porsena abandonó al punto todo el preparativo para la guerra, a pesar de que el acuerdo aún no era completo.

Las jóvenes bajaron al río como para bañarse a corta distancia del campamento. Por instigación de una de ellas, de nombre Clelia, tras ceñirse y colocarse sus ropas en torno a la cabeza, se expusieron al riesgo de lanzarse a nadar en una impetuosa corriente con profundos remolinos; D y, cogidas unas a otras, alcanzaron con gran esfuerzo y a duras penas la otra orilla. Hay quienes dicen que Clelia se procuró un caballo, lo montó y pasó lentamente al otro lado, y que actuó como guía de las demás, animándolas y ayudándolas cuando nadaban. En qué argumento se basan, lo diremos en un momento.

Cuando los romanos las vieron a salvo, admiraron su valor y su osadía, pero no les gustó su regreso ni soportaron que fuesen superiores en lealtad a un solo hombre. Así, pues, ordenaron a las jóvenes volver y enviaron con ellas unos acompañantes. Tarquinio preparó una emboscada para cuando éstas hubieran cruzado el río y le faltó poco para hacerse dueño de las doncellas. Pero Valeria, hija del cónsul Publícola, huyó junto con tres sirvientes al campamento de Porsena, y el hijo de Porsena, Arronte, E corrió rápidamente en auxilio de las otras y las liberó de los enemigos. Cuando fueron presentadas al campamento, Porsena ordenó, al verlas, que le dijeran cuál había sido la instigadora y promotora del plan. Las otras, temiendo por Clelia, callaron. Pero la propia Clelia dijo que había sido ella. Porsena la admiró y ordenó que se trajera un caballo adecuadamente guarnecido; se lo regaló a Clelia, F y las despidió a todas con amabilidad y humanidad. Muchos consideran esto prueba de que Clelia cruzó el río con un caballo. Otros dicen que no fue así, sino que Porsena quedó sorprendido de su fuerza y valor como superior al de una mujer y la estimó digna de un regalo adecuado a un luchador. Hay, en efecto, en la llamada Vía Sacra una imagen ecuestre de una mujer [60], que unos dicen que es de Clelia y otros de Valeria.

XV

Micca y Megisto

Aristotimo [61], cuando se sublevó como tirano sobre los eleos, pudo prevalecer gracias al rey Antígono [62], pero no usó su poder para nada razonable ni moderado. Era, en 251A efecto, brutal por naturaleza, pero estaba sometido por temor a una banda de diferentes bárbaros que vigilaban su cargo y su persona, y pasaba por alto muchas insolencias y muchas crueldades que los ciudadanos sufrían en manos de ellos. Un ejemplo es el suceso de Filodemo. Éste tenía una bella hija de nombre Micca. Un mercenario del tirano, de nombre Lucio, más por arrogancia que por amor intentó poseerla. Con un requerimiento llamó a la doncella. Sus padres, al ver la coacción, le aconsejaron que fuera. Pero B la noble y magnánima joven pedía a su padre, mientras lo abrazaba y le suplicaba, que le permitiera morir antes que su doncellez fuera mancillada de modo tan vergonzoso

[60] *Ibid.*, 13; Plut., *Vida de Publícola* XIX 107C, y Plin., *Hist. Nat.* XXXIV 13 (28-29).

[61] Tirano de Elis, durante algunos meses, en el año 272 a. C. (cf. Paus., V 5, 1 y VI 14, 15, y Just., *Hist. Philip.* XXVI, 1).

[62] Antígono Gónatas, rey de Macedonia, con el fin de asegurar el control macedónico en Grecia apoyó la instauración de tiranías en Elis, Megalópolis y Argos (cf. Pol., II 4, 10).

e inicuo. Hubo cierta dilación, y el propio Lucio, bebido y llevado por el deseo, se levantó en medio de la bebida en un momento de pasión. Al encontrar a Micca con la cabeza en las rodillas de su padre, le ordenó que lo siguiera, pero ella no quiso, por lo que le rasgó la túnica y azotó su cuerpo desnudo. Ésta resistió en silencio los dolores. Su padre y su madre, puesto que nada conseguían con sus C súplicas y sus lágrimas, dirigieron una llamada a dioses y hombres, pues estaban sufriendo cosas terribles e injustas. El bárbaro, absolutamente enloquecido por su pasión y su borrachera, dio muerte a la joven cuando justamente tenía su rostro en el regazo de su padre.

El tirano, sin embargo, no se inmutó ante tales hechos; mató, en cambio, a muchos y desterró a más. Se cuenta que, al menos ochocientos que habían huido a la tierra de los etolios, pedían que se salvara del tirano a sus mujeres y a sus hijos más pequeños. Poco tiempo después, él mismo proclamó mediante un heraldo que las mujeres que quisieran se marcharan donde estuvieran sus maridos y se llevaran cuanto quisieran de sus bienes femeninos. Cuando se dio cuenta de que todas habían acogido con agrado la D proclama (eran más de seiscientas), ordenó que marcharan juntas en un día fijado como para procurar él su seguridad. Llegado el día, las mujeres se reunieron en las puertas con sus bienes preparados. Llevaban a algunos de sus hijos en brazos y tenían a otros junto a los carros mientras se esperaban unas a otras. Repentinamente, muchos hombres del tirano avanzaron hacia ellas, mientras les gritaban aún de lejos que esperaran. Cuando estuvieron cerca, ordenaron a las mujeres que retrocedieran hacia atrás. Dieron la vuelta a los carros y carruajes, los empujaron hacia las mujeres y los lanzaron por el medio sin ningún cuidado,

sin permitir a las mujeres ni seguirlos, ni permanecer, ni E acudir en ayuda de sus niños que estaban pereciendo (unos morían al tirarlos desde los carros, otros al caer debajo). Los mercenarios las hostigaban con gritos y latigazos como al ganado, cuando se tropezaban unas con otras, hasta que las metieron a todas en prisión. Sus bienes se los llevaron a Aristotimo.

Los eleos se indignaron por este asunto y las mujeres consagradas a Dioniso, a las que llaman «Las Dieciséis», tomaron ramas de suplicantes e ínfulas del dios y salieron al ágora al encuentro de Aristotimo. Su guardia personal F se retiró por respeto a las sacerdotisas. Primero, permanecieron en silencio ofreciendo piadosamente las ramas de suplicantes. Pero, cuando se hizo evidente que suplicaban en favor de las mujeres y trataban de aplacarle su cólera, se irritó con su guardia personal y les gritó por permitir que éstas se le acercaran. Hizo que las expulsaran del ágora, a unas a empujones y a golpes a otras y multó a cada una con dos talentos [63].

Después de estos hechos, Helánico organizó en la ciudad una acción contra el tirano. Era Helánico un hombre que, por su ya avanzada edad y por la muerte de sus dos hijos, no había inquietado al tirano en el sentido de que 252A pudiese organizar algo. Pero los exiliados cruzaron desde Etolia y ocuparon Amimone, fortificación natural del terreno, apta para operaciones bélicas. Se les unieron numerosos ciudadanos que habían huido de la Élide. Aristotimo, por temor a estos acontecimientos, fue a ver a las mujeres encarceladas y, pensando que conseguiría más por miedo que por favor, les ordenó escribir y enviar una carta

[63] El talento era la unidad monetaria de mayor valor. Un talento tenía 60 minas o, lo que es los mismo, 6000 dracmas.

a sus maridos para que salieran de aquella fortificación. Y si no lo hacían, las amenazó con degollarlas a todas después de haberlas torturado y de haber dado muerte a B los niños. Esperó un largo rato y les ordenó decir si harían algo de esto. La mayoría de las mujeres no le contestaron, sino que se miraron unas a otras en silencio y, mediante un signo de cabeza, convinieron que ni temerían, ni la amenaza las turbaría. Megisto, la mujer de Timoleón, que ocupaba por su marido y por su virtud el lugar de mando, no estimó oportuno ni levantarse ni se lo permitió a las otras, sino que sentada le contestó: «Si fueras un hombre inteligente no hablarías a las mujeres sobre sus maridos, sino que te dirigirías a ellos como dueños nuestros y encontrarías palabras mejores que éstas con las que C nos engañaste a nosotras. Pero si tú renuncias a persuadirlos e intentas confundirlos a través nuestro, no esperes ni engañarnos a nosotras de nuevo ni que ellos tengan sentimientos tan bajos que, para salvar a sus mujeres e hijos, abandonen la libertad de la patria. Pues, en efecto, no es tanto un mal para ellos perdernos a nosotras, que ni siquiera ahora nos tienen, cuanto un bien rescatar a los ciudadanos de tu crueldad e insolencia.»

Después que Megisto dijo estas cosas, Aristotimo, sin poderlo soportar, ordenó que se le trajera a su hijo, como para matarlo ante su vista. Mientras los sirvientes lo buscaban mezclado entre otros niños que jugaban y luchaban, D la madre lo llamó por su nombre y le dijo: «Ven aquí, hijo, y antes de que te des cuenta y lo pienses, libérate de esta amarga tiranía. Pues para mí es más penoso verte como un esclavo sin dignidad que verte muerto.»

Aristotimo desenvainó su espada contra aquélla y la atacó con ira, pero uno de sus asociados, de nombre Cilón [64], a quien consideraba leal, pero que lo odiaba y participaba en la conspiración de los de Helánico, se levantó y lo apartó de su empeño suplicándole y diciéndole que tal acción era innoble, mujeril e indigna de un caudillo que había aprendido a afrontar las situaciones. De modo E que Aristotimo, apenas en sus cabales, se retiró. Pero le sucedió un gran portento: era mediodía y descansaba con su esposa. Mientras preparaban la comida, se vio un águila en el cielo que volaba en torno a su casa. Entonces, como con premeditación e intención, dejó caer una piedra de gran tamaño en aquella parte de la casa, donde estaba la habitación en la que precisamente Aristotimo estaba acostado. Se produjo a la vez un enorme estruendo arriba y un gran griterío afuera por parte de los que habían visto el ave. Aristotimo, fuera de sí, al darse cuenta de lo que había sucedido, hizo llamar a un adivino, a quien cons- F tantemente consultaba en el ágora y le preguntó angustiado por la señal. Éste lo exhortó en el sentido de que Zeus le animaba y le ayudaba, pero a los ciudadanos en quienes confiaba les dijo que había un juicio pendiente sobre la cabeza del tirano que estaba a punto de fallarse. Por esto, estimaron los de Helánico que no habían de demorarse, sino atacar al día siguiente.

Por la noche le pareció a Helánico ver en sueños que uno de sus hijos muertos se colocaba junto a él y le decía: «¿Qué te ha pasado, padre, que duermes? Mañana debes 253A dirigir tú la ciudad.» Éste, ciertamente, se llenó de valor por la visión y animó a sus compañeros.

[64] A Cilón los etolios le erigieron una estatua en Olimpia en recuerdo del derrocamiento, que llevó a efecto, del tirano Aristotimo (cf. PAUS., V 5, 1, y VI 14, 11). Una inscripción hallada en Delfos en honor a Cilón fue publicada por DITTENBERGER en *Sylloge Inscript. Graec.*[3], 423 (920 en la ed.[2]).

Aristotimo, por su parte, al informarse de que Crátero venía en su ayuda con una gran fuerza y que había acampado en Olimpia, adquirió tal intrepidez que salió, junto con Cilón, al ágora sin su guardia personal. Cuando Helánico se percató de la oportunidad no dio la señal convenida entre él y los que iban a atacar, sino que dijo con voz B clara al tiempo que extendía ambas manos. «¿Por qué os demoráis hombres valerosos? Noble es el escenario en medio de la patria para combatir.» Así, Cilón, el primero, desenvainó su espada e hirió a uno de los que seguían a Aristotimo. Trasibulo y Lámpide lo atacaron por el otro lado, pero Aristotimo se adelantó y se refugió en el templo de Zeus. Allí lo mataron, tiraron su cuerpo al ágora y convocaron a los ciudadanos para la libertad. No se adelantaron mucho a las mujeres, pues éstas al punto corrieron con alegría y griterío, rodearon a los hombres y los adornaron con cintas y coronas. La multitud corrió, entonces, a casa del tirano, pero su mujer se encerró en su C habitación y se ahorcó. Tenía dos hijas, aún doncellas, muy bien parecidas y ya con edad de contraer matrimonio. A éstas las capturaron y las sacaron fuera con intención de matarlas, pero querían primero torturarlas y ultrajarlas. Megisto salió a su encuentro, junto con otras, y les gritó que cometían unos actos terribles, si, considerándose democráticos, se atrevían a esto y se mostraban desenfrenados al estilo de los tiranos. Muchos sintieron respeto ante la categoría de esta mujer que hablaba con audacia a la D vez que lloraba, y decidieron dejar la violencia y permitir a las doncellas que murieran por ellas mismas.

Una vez que devolvieron a las doncellas dentro, les ordenaron al punto que se dieran muerte. La mayor, Miro, se soltó su cinturón, hizo con él un nudo, se despidió de su hermana y la exhortó a que prestara atención e hiciera

lo que veía que ella hacía: «Para que no acabemos nuestras vidas —le dijo— con humillación ni en forma indigna de nosotras.» Pero al pedirle la más joven que le permitiera morir en primer lugar y coger el cinturón, le dijo: «Jamás te he negado nada que tú me pidieras; acepta, pues, E ahora también este favor; yo soportaré y sufriré lo que aún es más pesaroso que la muerte, verte a ti, queridísima hermana, morir la primera.» Después de esto, enseñó a su hermana a colocarse el nudo en torno al cuello, y cuando se dio cuenta de que había muerto, la descolgó y la cubrió. Ella misma pidió a Megisto que se preocupara de ella y no permitiera que yaciera vergonzosamente, una vez muerta. Hasta el punto que ninguno de los presentes fue ni tan cruel ni tan contrario al tirano, que no llorase ni sintiese compasión ante la nobleza de las doncellas.

De las hazañas, en efecto, realizadas en común por las mujeres, que son muchísimas, basten estos ejemplos. De los actos de valentía individual escribiré desordenadamente, según me vengan, pues pienso que la materia expuesta F no necesita un orden cronológico.

XVI

Pieria [65]

Como algunos de los jonios llegados a Mileto tuvieran disensiones con los hijos de Nileo [66], se marcharon a Miunte [67] y allí se establecieron. Sufrieron muchos daños por

[65] Cf. Pol., VIII 35; Aristeneto, I 15.
[66] Fundador de Mileto.
[67] Ciudad que estaba situada en la desembocadura del río Meandro.

parte de los milesios, pues les declararon la guerra por su defección. La guerra, sin embargo, no fue sin treguas o negociaciones, sino que en algunas fiestas las mujeres iban de visita a Mileto desde Miunte. Estaba entre los de Miunte, Pites, hombre ilustre, que tenía esposa, Yapigia, y una hija, Pieria. Cuando entre los milesios se celebraba la festividad en honor a Ártemis y el sacrificio que ellos llaman 254A Nelida, envió a su mujer y a su hija, que le habían pedido participar en la fiesta. El más poderoso de los hijos de Nileo, de nombre Frigio, se enamoró de Pieria y pensaba en su mente qué cosa podría él hacer que le resultara a ella especialmente agradable. Ella le dijo: «Si consigues que yo venga aquí muy a menudo y muchos conmigo.» Frigio, comprendiendo que le pedía amistad y paz entre los ciudadanos, B puso fin a la guerra. Pieria tuvo, en efecto, fama y reputación en una y otra ciudad, hasta el punto que aun hasta ahora las mujeres de los milesios suplican que sus maridos las amen tanto como Frigio amó a Pieria.

XVII

POLICRITE [68]

Se suscitó una guerra entre naxios y milesios [69] a causa de Neera, mujer del milesio Hipsicreonte. Ésta, en efecto, se enamoró del naxio Promedonte y se marchó en navegación con él. Éste era huésped de Hipsicreonte, pero se unió a la apasionada Neera, y como ella temía a su marido,

[68] Cf. POL., *Stratèg.* VIII 36, y PARTENIO, 9 y 18.

[69] Las guerras entre los habitantes de Naxos y los de Mileto y Eritrea no debieron de ser infrecuentes (*I.G.*, XII 5, 445 A 1 54). La misma situación geográfica puede explicar la rivalidad entre estas ciudades.

se la llevó a Naxos y la sentó en el templo de Hestia [70] como suplicante. Al no entregarla los naxios por atención a Promedonte y poner solamente como excusa su calidad C de suplicante, estalló la guerra. Junto a otros muchos, lucharon también al lado de los milesios los eritreos, los jonios de mayor coraje, y la guerra fue larga y produjo grandes calamidades [71]. Llegó a su fin por la virtud de una mujer, igual que había surgido por la perversidad de otra.

Diogneto, el general de los eritreos, confiado en una fortificación guarnecida y bien situada por disposición natural contra la ciudad de los naxios, reunió un gran botín de los naxios y capturó a doncellas y mujeres libres. De una de ellas, de Polícrite, se enamoró y la retuvo no como cautiva sino en situación de mujer casada. Cuando se celebraba entre los milesios una fiesta [72] en el ejército y todos estaban dedicados a la conversación y a la bebida, Polícrite D preguntó a Diogneto si algo impedía mandar unas porciones de pastas a sus hermanos. Aquél lo permitió y lo ordenó, y la mujer introdujo una notita escrita en una placa de plomo dentro de un pastel y ordenó al portador decir a sus hermanos que ellos sólo consumieran lo que les enviaba. Éstos encontraron el plomo y leyeron la nota de Polícrite, quien les ordenaba atacar a los enemigos por la noche, pues todos estaban totalmente descuidados por la bebida con motivo de la fiesta. Llevaron el mensaje a sus generales y les exhortaron a salir con ellos. Cuando el E territorio fue tomado y muchos hubieron muerto, Polícrite

[70] Diosa del hogar (cf. HESÍODO, *Teog.* 493 ss., y *Trab.* 734).

[71] La historia de Neera no es más que una típica leyenda etiológica que da explicación al origen de un conflicto.

[72] Nachstädt sugiere que se trataba de los *Thargelia,* fiestas de carácter agrario que se celebraban en abril/mayo (cf. NILSSON, *Griech. Feste*², 105 ss.).

suplicó a sus ciudadanos en favor de Diogneto y lo salvó. Ella apareció en las puertas ante los ciudadanos que acudían a su encuentro, quienes la recibieron con alegría y coronas y le mostraron su admiración. Pero ella no resistió la magnitud de su alegría y allí mismo cayó muerta junto a la puerta. En este lugar está enterrada y su tumba se llama «Tumba de la Envidia» en la idea de que Polícrite, al disfrutar sus honores, fue aborrecida por una fortuna envidiosa.

Así lo cuentan los escritores de Naxos. Aristóteles [73], F en cambio, dice que Polícrite no fue capturada, sino que simplemente Diogneto, cuando la vio, se enamoró de ella y estuvo dispuesto a hacerle y a concederle cualquier cosa; y que ella estaba de acuerdo en ir a él para obtener una sola cosa, por la cual, según dice el filósofo, pidió juramento a Diogneto. Cuando hubo jurado, le pidió que se entregara el Delion (pues el territorio se llamaba Delion), ya que de otro modo, le dijo, no tendría trato con él. Éste cedió en razón del juramento y de su deseo, y entregó el lugar a Polícrite, y ésta, a su vez, a los ciudadanos. Desde entonces se estableció el equilibrio de nuevo e hicieron las paces con los milesios en los términos que deseaban.

XVIII

LÁMPSACE [74]

255A De Focea llegaron dos hermanos gemelos, Foxo y Blepo, de la familia de los Códridas [75]. De éstos, Foxo fue

[73] Fr. 559 (ed. ROSE), y AULO GEL., III 15.

[74] Cf. POL., *Stratēg.* VIII 37.

[75] Codro fue un legendario rey de Atenas. Su hijo Neleo fue, según la leyenda, el fundador de Mileto.

el primero que se arrojó al mar desde las rocas Léucadas [76], según ha contado Caronte de Lámpsaco [77]. Foxo, que tenía poder y categoría real, navegó a Pario [78] por asuntos privados, se hizo amigo y huésped de Mandrón, rey de los bébrices, llamados pitiesenos, y los socorrió y luchó a su lado cuando fueron hostigados por sus vecinos. Cuando Foxo partió, Mandrón le expresó su más profundo B reconocimiento y le prometió que le daría parte de su territorio y de su ciudad, si quería venir con los colonos a Pitiesa. Foxo persuadió a sus ciudadanos y envió a su hermano con los colonos. Lo que Mandrón les había prometido estaba a su disposición como esperaban. Ellos tomaron presas y despojos de los vecinos bárbaros e hicieron grandes ganancias. Fueron, primero, envidiados y, luego, temidos por los bébrices, quienes deseaban liberarse de ellos. Como no persuadieron a Mandrón, hombre honesto y justo en su trato con los griegos, cuando salió de viaje, se C dispusieron a matar a los foceos con un engaño. La hija de Mandrón, Lámpsace, muy joven, se enteró con antelación de la conjura y, ante todo, intentó disuadir a sus parientes y amigos y mostrarles cuán terrible e impía era la acción que intentaban llevar a cabo, al matar a hombres benefactores y aliados y ahora también ciudadanos. Puesto que no los convenció, dijo a los griegos en secreto lo que se preparaba y les recomendó que se guardaran. Éstos, que habían preparado un sacrificio y un banquete, invitaron D a los pitiesenos en las afueras de la ciudad. Ellos se dividieron en dos partes, con una tomaron las murallas y con

[76] De lo alto de estas rocas se lanzaban al vacío los desesperados por el mal de amores. Así, Safo.

[77] Cf. MÜLLER, *Frag. Hist. Graec.*, I, pág. 33.

[78] Colonia milesia en la costa de Misia en el Helesponto.

la otra mataron a los hombres. Cuando así se hicieron dueños de la ciudad, hicieron venir a Mandrón y le pidieron que correinara con ellos. Lámpsace murió de una enfermedad, la enterraron en la ciudad con gran magnificencia y dieron a la ciudad el nombre de Lámpsaco [79] por ella. Cuando Mandrón, para evitar toda sospecha de traición, se excusó de vivir con ellos y estimó que debía llevarse a las mujeres y a los hijos de los muertos, los mandaron E resueltamente fuera sin hacerles ningún daño. Y a Lámpsace, primero, le rindieron honores heroicos, y después decretaron que se le ofrecieran sacrificios como a una diosa y así aún continúan ofreciéndoselos.

XIX

ARETAFILA [80]

Aretafila, la cirenea, no nació hace mucho tiempo, sino en los años favorables de Mitrídates, y desplegó una acción y un valor comparables a los de las heroínas. Era hija de Eglator y esposa de Fédimo, hombres ilustres. Era bella de aspecto, tenía una extraordinaria reputación por su forma de pensar y no estaba exenta de sagacidad política. Los azares comunes de su patria la hicieron ilustre. Nicócrates, cuando se alzó como tirano entre los de Cire- F ne, no sólo ordenó el asesinato de muchos ciudadanos, sino que dio muerte con su propia mano al sacerdote de Apolo [81], Melanipo, y asumió el sacerdocio. Mató también a Fédimo, el marido de Aretafila y se casó con Areta-

[79] *Cf.* ESTR., XIII 589, y STEPHANUS BYZ., *s.v.*

[80] POL., *Stratēg.* VIII 38.

[81] El templo de Apolo era el más importante de los que había en Cirene.

fila contra la voluntad de ésta. Además de otras innumerables transgresiones, puso guardias en la puerta, que maltrataban a los cadáveres, cuando los llevaban a enterrar, clavándoles dagas y aplicándoles hierros incandescentes, para que no saliera ningún ciudadano ocultamente haciéndose pasar por un cadáver.

Difíciles de llevar, en efecto, eran para Aretafila sus propios males, a pesar de que el tirano le había entregado 256A por amor el máximo disfrute de su poder (pues fue vencido por ella y con ella solamente se mostraba civilizado, siendo en todo lo demás brutal e inflexible). Pero las calamidades que sufría su patria indignamente, la afligían al máximo, pues uno tras otro eran asesinados los ciudadanos y no había ninguna esperanza de venganza por parte de nadie. Aretafila, sospechando que ella era la única esperanza para la comunidad, pues los exiliados eran, sin duda, débiles y muy temerosos y estaban dispersos, y emulando la noble y famosa audacia de Tebe de Feras [82], pero sin parientes ni aliados leales, cual las circunstancias le ofrecieron a ella, intentó matar a su marido con un veneno. B Pero, al preparar, procurarse y experimentar muchos medios eficaces, no pasó desapercibida, sino que fue delatada. Como se presentaran pruebas, Calbia, la madre de Nicócrates, mujer sanguinaria por naturaleza e inexorable, pensó enseguida que se debía matar a Aretafila tras haberla torturado. Pero el amor de Nicócrates apaciguaba y debilitaba su cólera, y el hecho de que Aretafila se enfrentara

[82] Hija de Jasón de Feras, casada con Alejandro de Feras, a quien con la ayuda de sus hermanastros dio muerte (cf. *Mor.* 856A y 1093C; *Vida de Pelópidas* XXXV; JENOFONTE, *Hel.* VI 4, 35-37; DIODORO, XVI 14; CIC., *De divin.* I 25, 53; *De invent.* II 49, 144, y *De off.* II 7, 25, y VAL. MÁX., IX 13, 3).

con valentía a las acusaciones y se defendiera a sí misma le proporcionó alguna excusa a su actitud. Cuando fue sorprendida con las pruebas y vio que la preparación del veneno no admitía negación, confesó, pero dijo que no preparaba un veneno mortal. «Por grandes cosas, hombre mío —dijo—, yo me esfuerzo; por tu benevolencia hacia mí, por la reputación y poder, que yo disfruto gracias a ti, soy envidiada por malas mujeres. Temí sus pociones y recursos, y me convencí para idear a su vez otros remedios, tontos tal vez y mujeriles, pero no merecedores de muerte. A no ser que a ti como juez te parezca que has de matar a causa de unos filtros y de un encantamiento a una mujer que desea ser amada más de lo que tú quieres.»

Nicócrates estimó que debía torturar a Aretafila, a pesar de haberse defendido de tales acusaciones, y con el apoyo de Calbia, inflexible e inexorable, la probó con los tormentos. Ella se mantuvo indómita en los castigos hasta que Calbia de mal grado cedió. Nicócrates se convenció y la puso en libertad, y se arrepintió de haberla torturado. Sin que pasara mucho tiempo, volvió de nuevo llevado a ella por su pasión, y reanudó otra vez sus relaciones intentando ganarse con honores y amabilidad su benevolencia. Pero ella, que había superado torturas y dolores, no estaba dispuesta a dejarse vencer por un favor, sino que su espíritu de emulación sumado a su amor por la nobleza emprendió otro ardid.

Tenía una hija de edad casadera y de bastante buen ver. Preparó a ésta como cebo para el hermano del tirano, joven muy proclive a los placeres. Se habla mucho de que Aretafila, aplicando pociones y hechizos a la niña, se adueñó del joven y le hizo perder la razón. Se llamaba Leandro. Cuando estuvo conquistado, implorando a su hermano consiguió su consentimiento para el matrimonio. Por una parte, la joven, instruida por su madre, lo indujo y lo persuadió a liberar la ciudad, en la idea de que ni él vivía libre en la tiranía ni era dueño de contraer matrimonio o conservarlo; por la otra, sus amigos, intentando hacerse gratos a Aretafila, le preparaban siempre calumnias y sospechas contra su hermano. Pero cuando se dio cuenta de que también Aretafila planeaba y se afanaba en las mismas cosas, se puso manos a la obra, y tras animar al esclavo Dafnis, mató a Nicócrates por medio de éste. Por lo demás, él no prestó atención alguna a Aretafila, sino que enseguida mostró con sus obras que había matado a su hermano, mas no al tirano; pues gobernó sin sentido y sin cordura. No obstante, había en él cierto respeto a Aretafila, quien, a su vez, ejercía en él cierta influencia, y ésta, sin ser odiada por él ni combatiéndolo abiertamente, llevaba a cabo sus actividades a escondidas. En efecto, primero suscitó contra él la guerra de África, al convencer a cierto potentado, a Anabo, para que invadiera el territorio y llevara su ejército contra la ciudad. Después, calumnió ante Leandro a sus amigos y generales, arguyendo que no eran audaces en la guerra y que deseaban más paz y tranquilidad de la que sus asuntos y su tiranía requerían, si es que deseaba dominar con firmeza a los ciudadanos. Ella dijo que tramitaría la reconciliación y que traería a Anabo a parlamentar con él, si se lo pedía antes de que la guerra produjera algún mal irremediable. Leandro se lo pidió. Ella había hablado previamente con el africano y le había pedido que capturase al tirano a cambio de muchos bienes y regalos, cuando se presentara a hablar con él. Convencido el africano, Leandro vacilaba, pero, avergonzado ante Aretafila, quien decía que ella misma estaría presente, salió sin armas y sin guardia. Cuando se acercó y vio a Anabo,

se sintió de nuevo a disgusto y quiso esperar a su guardia C personal. Pero Aretafila, que estaba presente, primero lo animó y después lo llamó cobarde. Finalmente, pasado un tiempo, arrastrándolo de la mano muy impulsiva y audazmente lo llevó ante el bárbaro y se lo entregó. Fue, al punto, capturado y apresado y, después de ser encadenado, fue custodiado por los africanos, hasta que los amigos de Aretafila se presentaron con el dinero. Al enterarse, la mayoría corrió a la convocatoria, y cuando vieron a Aretafila, les faltó poco para olvidar su ira contra el tirano y D consideraron la venganza de aquél algo accidental. Tenían como asunto primero en el gozo de su libertad saludar a aquélla con alegría y lágrimas, postrándose ante ella como ante la estatua de un dios. Unos corrían tras otros y, finalmente, al atardecer, cogieron a Leandro y regresaron a la ciudad. Cuando hubieron colmado a Aretafila de honores y elogios, volvieron su atención a los tiranos. A Calbia la quemaron viva, y a Leandro lo cosieron dentro de un saco y lo tiraron al fondo del mar. Estimaron que Aretafila debía cogobernar y coadministrar el Estado junto con los E mejores hombres. Pero ella, como quien ha contendido en un complicado drama de muchas partes hasta la consecución del premio, cuando vio la ciudad libre, se recluyó al punto en el gineceo y declinó cualquier tipo de acción. El resto de su vida lo pasó tranquilamente en los telares con los parientes y amigos.

XX

CAMMA [83]

Vivían en Galacia [84] dos de los más poderosos tetrarcas, Sinato y Sinorix, emparentados lejanamente entre sí. De ellos, Sinato estaba casado con una mujer joven, Camma de nombre, notable por su belleza y juventud, pero más admirada por su virtud. No sólo era sensata y amante F de su marido, sino también inteligente, magnánima y extraordinariamente querida por sus subordinados a causa de su bondad y honradez. La hacía más ilustre el hecho de ser sacerdotisa de Ártemis, a quien los gálatas honraban mayormente, y se la veía siempre en procesiones y sacrificios engalanada con gran magnificencia.

Sinorix se enamoró de ella y, al no ser capaz ni de persuadirla ni de forzarla en vida de su marido, cometió una acción terrible, pues mató con un engaño a Sinato, y sin que pasara mucho tiempo, pretendió a Camma, quien pasaba largos ratos en el templo y llevaba la injusticia 258A de Sinorix no con lamentos ni humillación, sino con sensatez, en espera de su oportunidad. Éste persistía en sus peticiones y no parecía, en absoluto, estar falto de argumentos plausibles de que, en todo lo demás, él se había mostrado mejor que Sinato, y que lo había matado por amor a Camma y no por ninguna otra malicia. Las negativas de la mujer no eran, en principio, demasiado duras, y después poco a poco parecía ablandarse. En efecto, B parientes y amigos la presionaban al cuidado y favor de Sinorix, que tenía un gran poder, e intentaban persuadirla

[83] Cf. *Mor.* 768B; POL., *Stratēg.* VIII 39, y APULEYO, *Met.* VIII 1-14.
[84] En Asia Menor.

y obligarla. Finalmente cedió y lo hizo venir ante ella, ya que el consentimiento y la promesa de fidelidad había de ser en presencia de la diosa. Cuando llegó, lo recibió amablemente, lo condujo al altar y derramó una libación de una vasija. Ella bebió y le invitó también a él. Era una bebida de leche y miel envenenada. Cuando vio que lo había bebido, rompió en claros gritos de júbilo, se postró ante la diosa y dijo: «Te pongo a ti por testigo, oh muy reverenciada divinidad, de que por este día sobreviví a la C muerte de Sinato, sin haber disfrutado durante este tiempo de nada noble de la vida, más que de la esperanza de la justicia y con ella bajo hacia mi marido. Y a ti, el más impío de todos los hombres, que tus parientes te preparen una tumba en lugar del tálamo nupcial.»

Cuando el gálata oyó esto y sintió que el veneno actuaba ya y descomponía su cuerpo, montó en su carro experimentando temblor y agitación, y al punto cayó. Se cambió a una litera, y al atardecer murió. Camma aguantó la noche y, cuando se enteró que aquél había llegado a su fin, murió feliz y con alegría.

XXI

Estratonice [85]

La Galacia nos dio también a Estratonice, la mujer de Diotaro, y a Quiomara, la de Ortiagonte, mujeres dignas de D recuerdo. Estratonice, en efecto, sabía que su marido deseaba hijos legítimos para la sucesión del reino, pero, al no tenerlos ella, lo convenció para que tuviera un hijo con

[85] Cf. *Mor.* 1049C y 1109B.

otra mujer y le permitiera a ella hacer pasar al niño por hijo suyo. Diotaro admiró su inteligencia e hizo todo de acuerdo con ella. Ella preparó de entre los prisioneros a una joven de buena apariencia, de nombre Electra, y la apartó para Diotaro. A los niños que nacieron los educó con amor y magnificencia como si fueran hijos legítimos suyos.

XXII

Quiomara [86]

Sucedió que Quiomara, la mujer de Ortiagonte, cayó prisionera, junto con otras mujeres, cuando los romanos, E a las órdenes de Gneo [87], vencieron en combate a los gálatas en Asia. El taxiarco [88] que se apoderó de ella hizo uso de su suerte, como los soldados acostumbran a hacer, y la deshonró, pues era una persona ignorante y sin control cuando de placer y de dinero se trataba. Fue vencido, sin embargo, por su ambición y por una suma de dinero acordada a cambio de la mujer. La llevó para ponerla en libertad mediante rescate a un lugar donde un río que pasaba por medio hacía de frontera. Cuando los gálatas atravesa- F ron el río, le dieron el oro y recibieron a cambio a Quiomara. Ésta con un movimiento de cabeza ordenó a uno que golpeara al romano que se despedía afectuosamente de ella. Aquél obedeció y le cortó la cabeza. Ella la recogió, la envolvió entre los pliegues de su ropa y se marchó.

[86] Cf. Pol., XXI 38; Liv., XXXVIII 24; Val. Máx., VI 1, 2; Floro, *Epít. de Hist. Rom.* I 27, 6; Suidas, s.v. *Ortiágōn*.

[87] Gneo Manlio Vulso. Fue proclamado cónsul en el 189 a. C. Sobre sus campañas en Galacia, cf. Pol., XXI 33-39, y Liv., XXXVIII 12-37 y 37-41.

[88] En el ejército romano, taxiarco correspondía a centurión.

Cuando llegó junto a su marido y tiró la cabeza ante él, éste quedó admirado y dijo: «Mujer, la fidelidad es un noble asunto.» Ella le respondió: «Sí, pero más noble es que viva solamente uno que haya tenido trato íntimo conmigo.» Polibio dice que, después de haber tenido una conversación en Sardes con esta mujer, quedó admirado por su sensatez e inteligencia.

XXIII

259A

Una mujer de Pérgamo

Cuando Mitrídates [89] hizo ir a Pérgamo, en calidad de amigos, a los sesenta gálatas mejores, parecía comportarse de forma arrogante y despótica hacia ellos y todos estaban indignados. Poredorix [90], hombre fuerte de cuerpo y de espíritu excepcional (era tetrarca de los tosiopos [90]), resolvió apoderarse de Mitrídates cuando gestionara asuntos en el estrado del gimnasio, y empujarlo junto con él a un precipicio [91]. Pero, por un azar, en aquel día él no subió al gimnasio, sino que invitó a los gálatas a su casa. B Poredorix les exhortó a que tuvieran coraje y que, cuando estuvieran allí, despedazaran su cuerpo y lo destrozaran atacándolo desde todas partes. Esto no pasó inadvertido a Mitrídates, y, al serle revelado, dio orden de que se degollara a los gálatas uno por uno. Poco después, al acordarse de un jovencito que sobresalía mucho en gracia y belleza entre los de su edad, sintió compasión y se arrepintió. Era evidente que estaba apesadumbrado por si hubiera

[89] Cf. Apiano, *Las guerras de Mitrídates* VII 46.

[90] Estos nombres presentan problemas en la tradición manuscrita.

[91] No es difícil imaginarlo, habida cuenta de lo escarpado del terreno; pues la ciudad de Pérgamo estaba construida sobre la ladera de una colina.

muerto entre los primeros, pero, sin embargo, los despidió con la orden de que si se le encontraba vivo, lo dejaran en libertad. El nombre del joven era Bepolitano. Fue objeto de una suerte asombrosa, pues cuando fue capturado llevaba una bella y costosa vestimenta. La quiso guardar C el verdugo para él limpia y sin mancha de sangre y, cuando lo estaba despojando de ella con tranquilidad, vio a los emisarios del rey que venían corriendo y gritaban el nombre del joven. Así fue como la avaricia que ha perdido a tantos hombres salvó, inesperadamente, a Bepolitano.

Poredorix fue ejecutado y abandonado sin sepultura. Ninguno de sus amigos se atrevió a acercársele. Solamente una mujercita de Pérgamo que el gálata, aún en vida, conocía por su belleza, se arriesgó a enterrarlo y a cubrir su cuerpo. Los guardias se dieron cuenta, la capturaron D y la llevaron ante el rey. Se dice que también Mitrídates se conmovió ante su presencia, pues la muchacha era de aspecto muy joven e inocente. Y se emocionó aún más, según parece, al conocer que la causa que la movió fue el amor. Permitió que ella lo recogiera y que enterrara su cuerpo con el vestido y ornato que le pertenecía.

XXIV

Timoclea [92]

Teágenes [93] de Tebas, quien tenía las mismas aspiraciones para la ciudad que Epaminondas, Pelópidas [94] y los

[92] Cf. Plut., *Vida de Alejandro* XII 671A; Pol., *Stratēg.* VIII 40, Jerón., *Adversus Iovinianum* 35, y Zonaras, IV 9, 185B.

[93] General de los beocios, que murió en el año 338 a. C., en la batalla de Queronea contra Filipo de Macedonia.

[94] Destacados generales tebanos.

mejores, tropezó con la común fortuna de Grecia en Queronea, cuando ya vencía y perseguía a sus oponentes. Fue E él quien, al que gritaba: «¿Hasta dónde persigues?», le respondió: «Hasta Macedonia.» Cuando murió, le sobrevivió una hermana que atestiguaba que aquél, por la virtud de su familia y por su naturaleza, fue un hombre grande y brillante. Y, además, ella tenía la posibilidad de disfrutar algún beneficio de su virtud, de modo que soportaba con mayor facilidad cuantas desgracias comunes les sobrevenían.

Pues, cuando Alejandro dominó a los tebanos [95] y unos y otros iban de acá para allá saqueando la ciudad, sucedió que un hombre ni razonable ni moderado, sino arrogante e insensato, ocupó la casa de Timoclea. Estaba al mando de una tropa tracia y tenía el mismo nombre que el rey, F pero en nada se le asemejaba. Ya que, sin respetar ni el linaje ni la vida de la mujer, cuando se hubo llenado de vino, le exigió después de cenar que se acostara con él. Y esto no fue el fin, sino que también pedía oro y plata, si algo había sido escondido por ella, unas veces como intentando matarla y otras como prometiéndole mantenerla para siempre en situación de esposa. Ella, aceptando la propuesta que éste le ofrecía, le contestó: «Yo antes de 260A esta noche prefería morir a vivir, de modo que pudiera conservar intacta, al menos, mi dignidad, puesto que todo estaba perdido. Pero las cosas así han sido y si es preciso que te considere a ti como protector, dueño y marido, por disponerlo así la divinidad, no te privaré de lo tuyo. Pues veo que me he convertido en lo que tú quieres. Yo tenía algún adorno personal y vasos de plata y tenía también algo de oro y de dinero. Pero, cuando la ciudad fue tomada, ordené a mis criadas reunirlo todo y lo tiré, o mejor,

[95] En el año 335 a. C.

lo depositsé en un pozo sin agua. Esto no lo sabéis muchos, pues hay una tapa sobre el pozo y un umbroso bosque crece en derredor. Ojalá tú tengas suerte en encontrarlo B y me será testimonio y prenda ante ti de la brillantez y buena fortuna de mi casa.»

Cuando el macedonio lo oyó, no esperó el día, sino que, al punto, fue al lugar, conducido por Timoclea. Ordenó cerrar el jardín, para que nadie se diese cuenta y bajó en túnica. Lo condujo una odiosa Parca vengadora de Timoclea, que lo vigilaba desde arriba del pozo. Y cuando ésta se dio cuenta por la voz de que había llegado abajo, ella misma tiró muchas piedras, mientras sus servidoras C hacían rodar otras muchas grandes hasta que lo mataron y lo dejaron sepultado. Cuando los macedonios lo supieron y recogieron el cadáver, puesto que ya había sido proclamado un edicto de que no se matara a ningún tebano, los que la capturaron la llevaron ante el rey y lo informaron de su osadía. Pero éste por la compostura de su rostro y por su paso pausado se dio cuenta de su dignidad y nobleza y le preguntó primero qué mujer era. Ella le respondió con intrepidez y coraje: «Yo tenía un hermano, Teágenes, que fue general en Queronea y murió cuando luchaba contra vosotros en defensa de la libertad de los griegos para que nosotros no suframos una experiencia como ésta. Pero, puesto que nosotros hemos padecido cosas indignas de nuestro linaje, no huimos de la muerte. Pues quizás D es mejor que uno no viva si ha de pasar por la experiencia de otra noche así, si tú no impides esto.»

Los más sensibles de los presentes comenzaron a llorar, pero no se le ocurrió a Alejandro, por considerarla superior, compadecerse de la mujer, sino que admiró su virtud y sus palabras pues le afectaron muy positivamente. Ordenó a los oficiales que pusieran atención y se guardaran

de cometer de nuevo otro ultraje tal en una casa ilustre. A Timoclea la dejó en libertad, a ella y a todos cuantos se encontraban emparentados por su linaje con ella.

XXV

Erixo [96]

Arcesilao [97], el hijo de Bato, que recibía el sobrenombre de Feliz, no se parecía en nada a su padre en sus mane- E ras. Y aún en vida de éste, al rodear su casa con almenas, fue multado por su padre con un talento. Cuando aquél murió, Arcesilao, que, por una parte, era de carácter cruel (se le daba este sobrenombre) y, por otra, había entrado en relación con un perverso amigo, Laarco, en lugar de rey se hizo tirano. A su vez, Laarco, que aspiraba a la tiranía, mató o desterró a los mejores hombres de Cirene y descargó su responsabilidad en Arcesilao. Y, finalmente, indujo a éste a una grave enfermedad mental al darle de F beber liebre marina [98]. Y lo mató. Él tomó, entonces, el poder como para proteger al hijo de éste, a Bato. El niño por su cojera y por su edad era desdeñado, pero muchos tenían la atención puesta en su madre, pues era discreta y humana y tenía muchos parientes influyentes. Por esto, también Laarco la colmó de atenciones y la pretendió como esposa. Estimaba que debía adoptar a Bato como hijo casándose con ella y proclamarlo asociado en el gobierno.

[96] Cf. Hdt., IV 160; Pol., VIII 41; Nic. Damasc., Fr. 52, en Müller, *Frag. Hist. Graec.*, III, pág. 387.

[97] Rey de Cirene.

[98] Es un tipo de pescado *(lepus marinus)*, cuya ingestión, según Plutarco (*Mor.* 983F), es de fatales consecuencias.

Pero Erixo (éste era el nombre de la mujer), después de haber deliberado con sus hermanos, ordenó a Laarco que se entrevistara con ellos, como si ella aceptara el matrimo- 261A nio. Cuando Laarco se encontró con los hermanos, lo engañaron deliberadamente expulsándolo. Erixo, empero, le envió una criada suya para comunicarle que sus hermanos ahora se oponían, pero que si tenía lugar la unión, cesarían sus diferencias y cederían, que si él estaba de acuerdo, debía venir por la noche a visitarla. Pues si el principio transcurría bien, también todo lo demás iría bien.

Esto le resultaba placentero a Laarco y, muy excitado por la complaciente disposición de la mujer, convino en ir B cuando aquélla lo mandara. Erixo dispuso todo de acuerdo con Poliarco, su hermano mayor. Cuando se fijó la fecha para la reunión, Poliarco se introdujo secretamente en la habitación de su hermana llevando con él a dos jóvenes con espadas en la mano, que intentaban vengar el crimen de su padre, a quien Laarco, precisamente, había asesinado hacía muy poco.

Cuando Erixo lo hizo venir, entró sin guardia personal. Los jóvenes se abalanzaron sobre él, lo golpearon con sus espadas y murió. Tiraron su cadáver por encima de la muralla, trajeron a Bato y lo proclamaron rey sucesor de los derechos de su padre. Poliarco restituyó a los cireneos su primitiva forma de gobierno.

Sucedió que se encontraban presentes muchos soldados C de Amasis [99], rey de los egipcios, a quienes Laarco consideraba partidarios adictos y por cuyo medio en no poca medida aterrorizaba a los ciudadanos. Éstos enviaron legados a Amasis para acusar a Poliarco y a Erixo. Aquél estaba indignado y proyectaba declarar la guerra a los de Cire-

[99] Rey de Egipto, 570-526. Firmó pactos de paz con Cirene.

ne, pero ocurrió que murió su madre y, mientras tenían lugar las ceremonias del funeral, regresaron los legados enviados a Amasis con la nueva. Poliarco consideró que de- D bía ir allí a defenderse, pero Erixo no se quedó atrás, sino que quiso seguirlo y compartir el riesgo; ni tampoco su madre Critola, aunque entrada en años, quedó rezagada, pues era grande su dignidad por haber sido hermana de Bato el Feliz. Cuando llegaron a Egipto, el pueblo acogió con admiración su acción, y Amasis manifestó un extraordinario reconocimiento por la inteligencia y valentía de aquella mujer. Después de haber honrado con regalos y atención real a Poliarco y a las mujeres, los mandó a Cirene.

XXVI

Jenócrita [100]

E No menos habría que admirar a Jenócrita de Cumas por sus acciones frente al tirano Aristodemo [101], de quien algunos por su sobrenombre de Blando piensan que lo fue, pero desconocen la verdad. Fue, en efecto, llamado por los bárbaros Blando, lo que significa «casi niño», porque, cuando era joven junto con otros de su edad que aún llevaban melena (a los que llamaban «cuervos», según parece, por su cabellera), fue excelente y brillante en las guerras contra los bárbaros no sólo por su audacia y por las

[100] Cf. Dion. de Hal., *Ant. Rom.* VII 2-12; Diod., VII 10.

[101] Hijo de Aristócrato, salvó Cumas de las campañas etruscas. Con ayuda del ejército y el pueblo fue proclamado tirano. Acogió a Tarquinio el Soberbio, cuando éste fue desterrado. Repartió el suelo y liberó de las deudas. Hacia el 490 a. C., murió por una conspiración de los aristócratas.

hazañas de su brazo, sino que se mostró superior por su inteligencia y previsión. De aquí que llegara a las más altas magistraturas siendo admirado por sus ciudadanos. Fue F también enviado con tropas auxiliares a los romanos, cuando, sitiados por los etruscos, éstos establecieron a Tarquinio el Soberbio en su reino. En esta campaña militar que duró mucho tiempo cedió en todo para dar gusto a los ciudadanos de la expedición y, como demagogo más que como general, los persuadió a que se unieran para atacar al Senado y expulsar a los mejores y más poderosos. A partir de entonces se convirtió en tirano, y en las injusticias referentes a mujeres y jóvenes libres se superó a sí mismo en perversidad. Así, se cuenta, que dispuso que los jóvenes llevaran el cabello largo y ornamentos de oro, y obligó a las muchachas a llevar la cabeza rapada en redondo y a llevar clámides masculinas y túnicas cortas. Sin 262A embargo, se enamoró extraordinariamente de Jenócrita y la retuvo —era hija de un exiliado— sin restituir a éste a su tierra ni convencerla, sino que de algún modo consideraba que a la joven le agradaba vivir con él, puesto que era envidiada y felicitada por los ciudadanos. Pero a ella esto no le impresionaba; antes bien, estaba disgustada de su unión ilegítima y sin garantía, y deseaba, no menos que los que eran odiados por el tirano, la libertad de su patria.

Sucedió que, en aquella circunstancia, Aristodemo construía un foso en torno a su territorio. No era ésta una B obra ni necesaria ni útil, sino simplemente que el tirano deseaba desgastar y agotar a los ciudadanos con trabajos y ocupaciones. Había ordenado, en efecto, a cada uno sacar un cierto número de medidas de tierra. Pero una mujer, cuando vio que Aristodemo se acercaba, se apartó del camino y se cubrió el rostro con su túnica. Cuando Aristodemo se hubo marchado, los jóvenes se burlaban y en bro-

ma le preguntaban por qué solamente había evitado por pudor a Aristodemo y ante los demás no tenía tal sentimiento. Ella les contestó con mucha seriedad y les dijo: «Porque Aristodemo es el único hombre entre todos los de Cumas.»

Esta frase, así dicha, afectó a todos, pero a los nobles C de corazón los incitó por un sentimiento de vergüenza a ocuparse, incluso, de la defensa de su libertad. Se cuenta que Jenócrita, al oír esto, dijo que también ella preferiría llevar tierra por su padre, si éste estuviera presente, a participar de tal lujo y poder con Aristodemo. Esto fortaleció a los que se unían contra Aristodemo a cuyo frente estaba Timóteles. Y al proporcionarles Jenócrita una entrada garantizada y ofrecerles a Aristodemo desarmado y sin guardias, se introdujeron sin dificultad y lo mataron. Así, la ciudad de Cumas fue liberada por el valor de dos mujeres, la una les introdujo el pensamiento y el impulso de la acción, la otra colaboró en su realización.

Grandes honores y dones se le ofrecieron a Jenócrita, D pero lo rechazó todo y pidió una sola cosa: enterrar el cuerpo de Aristodemo. Esto se lo concedieron y la eligieron sacerdotisa de Deméter por considerar que el honor no sería menos grato a la diosa que adecuado para ella.

XXVII

La mujer de Pites [102]

Se dice también que la mujer de Pites, contemporáneo de Jerjes, fue honrada y sabia. El propio Pites, según parece, encontró unas minas de oro y amó la riqueza que

[102] Cf. Pol., *Stratēg.* VIII 42; Hdt., VII 27-29 y 38-39, y Ovidio, *Metam.* XI 92 ss.

de ellas provenía, no con mesura, sino excesiva e insaciablemente. Él mismo pasaba su tiempo en esto, hacía bajar allí a los ciudadanos y les obligaba a todos igualmente a cavar, a transportar o a purificar el oro, sin hacer ni llevar a cabo ninguna otra actividad en absoluto. Como E muchos morían y todos estaban exhaustos, sus mujeres fueron a las puertas de la mujer de Pites e hicieron una súplica. Ésta las exhortó a que se fueran y a mantener el ánimo, y ella misma convocó a los artesanos del oro en quienes más confiaba, los encerró y les ordenó hacer de oro panes y todo tipo de tortas y frutas y cuantas golosinas y alimentos sabía que agradaban más a Pites. Hecho todo F esto, Pites llegó de tierra extranjera, pues precisamente estaba de viaje fuera. Su mujer le preparó, cuando pidió la cena, una mesa de oro sin nada comestible, sino todo oro. Pites, al principio, se alegró con las imitaciones, pero cuando hubo saciado la vista pidió de comer. Mas la mujer le presentaba en oro aquello que apetecía. Él se enfadó y le dijo a gritos que tenía hambre, a lo que su mujer le replicó: «Tú nos has proporcionado abundancia de estas cosas, pero de ninguna otra, pues toda habilidad profesional ha desaparecido. Nadie cultiva la tierra, sino que, por haber dejado atrás lo sembrado, lo cultivado, y los pro- 263A ductos de la tierra, buscamos y excavamos cosas inútiles, y nos agotamos a nosotros mismos y a nuestros ciudadanos.»

Esto conmovió a Pites, y no terminó por completo con el negocio de las minas, pero ordenó que una quinta parte de los ciudadanos las trabajaran y a los restantes los dedicó a la agricultura y a los oficios.

Cuando Jerjes [103] bajaba contra Grecia, Pites, que había sido muy espléndido en su hospitalidad y regalos, pidió

[103] Cf. Hdt., VII 27-39.

un favor al rey: que de los muchos hijos que tenía, eximiera a uno del servicio militar y se lo dejase como consuelo B de su vejez. Pero Jerjes, llevado por su ira no sólo ordenó que, tras matar y cortar en dos a aquel por el que Pites le había rogado [104], pasara por medio de él el ejército, sino que se llevó a los demás y todos murieron en las batallas.

A consecuencia de esto, Pites perdió su ánimo y pasó por experiencias semejantes a las de muchos malvados e insensatos. Pues temía la muerte, pero la vida le oprimía. No quería vivir, pero no podía abandonar la vida. Había en la ciudad un gran terraplén y un río que fluía a través C de él al que llamaban Pitopolites [105]. Hizo un mausoleo en el terraplén y desvió el curso del río, de modo que el río fuera por el terraplén y tocara su tumba. Cuando esto estuvo terminado, él mismo bajó al mausoleo, y confió a su mujer el gobierno de toda la ciudad. Le pidió que no se acercara, sino que cada día le enviara la comida puesta dentro de una barca, hasta el día en que la barca pasara por la tumba y quedara la comida intacta. Entonces habría de cesar de mandársela, pues él habría muerto. Éste pasó así el resto de su vida, y su mujer administró muy bien los asuntos de gobierno y proporcionó a los ciudadanos una liberación de sus males.

---

[104] Cf. HDT., IV 84; SÉN., *De ira* III 16, y PLIN., *Hist. Nat.* XXXIII 10, 47.

[105] Cf. STEPH. BYZ., s.v. *Pythópolis.*

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL